LIONEL SHRIVER

¿Nos quedamos o nos vamos?

Traducción de Daniel Najmías



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
1. La caja de la jabonera
2. La primera última cena
3. El regreso del hombre de la furgoneta blanca
4. De repente, Cyril cambia de opinión
5. El principio de precaución
6. Home cinema
7. A divertirse con la doctora Mimi
8. A seguir divirtiéndose con la doctora Mimi
9. No estáis envejeciendo, estáis mejorando
10. De la ignorancia y la dicha
11. El amor no se congela
12. Érase una vez en Lambeth
13. La última última cena
Notas
Créditos

A Ann: leal, competente, irresistiblemente traviesa y destinada a que las cosas le vayan viento en popa. Gracias por defenderme tan bien y por no olvidar las botellitas de vino y las palomitas para nuestros somnolientos viajes en tren de vuelta a casa.

Todo sistema aislado tiende por naturaleza a degenerar hacia un estado aún más desordenado.

SEGUNDO PRINCIPIO
DE LA TERMODINÁMICA

1. LA CAJA DE LA JABONERA

–¿Se suponía que tenía que echarme a llorar? –dijo Kay quitándose el pesado y socorrido abrigo negro de lana.

Corría uno de esos abriles interminables que perpetuaban el monótono frío de enero. El único cambio que había traído la primavera era convertir en agravio activo su complaciente aceptación del crudo invierno.

–No hay normas –dijo Cyril, y llenó el hervidor.

–En lo que respecta a ciertos descarnados ritos de paso, yo diría que sí las hay. Y, por favor, sé que es un poco pronto, pero no quiero té.

Kay fue directa a la nevera a buscar el amontillado seco. Había tomado un traguito de vino en la recepción que siguió al funeral y no le apetecía nada volver al té del desayuno. En casa, tomarse una copa a las cinco y media de la tarde era darse un capricho, y aprovechó aquel resquicio coyuntural para saltarse el mandamiento familiar –no escrito pero no por ello menos férreo– que prohibía descorchar una botella antes de las ocho. Cualquier impresión de estar ahogando sus penas era pura presunción. En realidad, la sensación que le había dejado en el estómago el punto de inflexión de aquella tarde no se parecía en nada al dolor. Era, más bien, un cosquilleo indefinido, mitad hambre, mitad indigestión.

Para sorpresa de Kay, Cyril dejó el hervidor y se sentó con ella a la mesa con un vaso para él, y no olvidó cortar y retorcer dos gajos de lima. Si uno de los dos fuese el responsable de establecer la línea divisoria de las ocho, ese sería Cyril, aunque las costumbres ya íntimamente entrelazadas del matrimonio venían de tan lejos que ni uno ni otro llevaba registro alguno.

–Pensé que al menos me sentiría aliviada –dijo Kay,

entrechocando, en un brindis falto de todo entusiasmo, su barato vaso de vino, comprado en Barcelona, con el que Cyril había dejado en la mesa. Socorridos como el abrigo, esos vasos altos y estrechos tenían la proporción ideal de la que carecía casi siempre el cristal fino. Otra prueba de su ineptitud: ser capaz de ponderar la geometría de la cristalería en un momento como ese.

–¿No te sientes aliviada?

–Para ser franca, llevaba al menos diez años esperando pasar esta página. Puede que sea vergonzoso, pero a ti no te sorprenderá. Ahora que nos toca vivir eso que antes se llamaba *lo inevitable*...

–A lo mejor ahora deberíamos llamarlo *lo optativo* –dijo Cyril–. O *lo postergable hasta el infinito*. Algo así como *pensándolo bien, tal vez podamos dejarlo para la semana que viene, cariño*.

–Bueno, no siento nada parecido a una liberación, ni me siento más ligera. Solo triste y abatida. Mi padre nos fue chupando tanta vida a todos los que estuvimos a su lado hasta que murió... Puede que nos haya dejado incluso sin la miserable cantidad de energía que necesitamos para celebrar que por fin ha muerto.

–Menudo desperdicio –dijo Cyril.

–Sí, pero todo habría sido muy distinto si ese desperdicio se hubiese limitado únicamente a la vida de Godfrey Poskitt y a la discreta desgracia de haber acabado mal. Ha sido mucho más desastroso que eso. Mi pobre madre, los cuidadores, hasta nuestros hijos cuando todavía iban a verlo. Me alegra muchísimo haberles dado permiso para que no fingiesen más que eran unos nietos amorosos. Porque... ¿qué sentido tenía? La mayor parte de las veces ni los reconocía, y lo único que sacaban por tomarse la molestia de ir a verlo eran insultos. Y tampoco es que diese gusto verlo. Físicamente, quiero decir. Mi madre y yo hacíamos lo que podíamos, pero cambiarle los pañales era una tortura. Se resistía y pataleaba de una manera que... Y a veces tenía una ligera erección. Eso sí que era humillante. Sinceramente, que mi propio padre... Así que lo cambiábamos cada vez menos, y a menudo olía mal.

–A pesar de todo, que dos de sus nietos hayan asistido hoy ha sido un verdadero gesto.

–Simon ha ido, por supuesto. Es tan cumplidor e

hiperresponsable... ¡Por el amor de Dios, Cyril, tiene veintiséis años y ya parece un hombre de mediana edad! Y si bien he agradecido que apareciera, aunque solo fuese por mi madre, Hayley, cómo no, ha tenido que llegar tarde, montando su numerito de siempre, para llamar la atención. Vaya, si hasta pienso que lo planeó y todo, que antes de salir se quedó un rato viendo la tele solo para asegurarse de no llegar puntual, cosa demasiado aburrida para ella. Y lo de Roy haciéndose humo al final también era previsible. Ser nieto no es más que otra de las cosas que no consigue hacer como es debido.

–En cuanto al desperdicio –dijo Cyril, dando marcha atrás en la conversación–, has omitido a una víctima muy visible. Tú misma.

Mejor que fuese su marido quien lo dijera.

–No consigo calcular cuántos años de mi vida ha logrado destruir la interminable chochez de ese hombre.

–Al menos te las apañaste para seguir trabajando. Fue casi un milagro. Tu padre te dejaba sin tiempo libre: las tardes y los fines de semana, las primeras horas de la mañana, esos viajes de urgencia a Maida Vale en mitad de la noche... Un tiempo que podrías haber pasado conmigo.

–O sea, ¿que ahora la parte agraviada eres tú?

–Solamente una más.

Inquieta, Kay se levantó para recoger unas migas de la encimera, al lado del fregadero, y con profunda tristeza miró el jardín de invierno a medio terminar que daba a la cocina, una obra *en construcción* que duraba ya dos años, otra víctima arrastrada al remolino de las infinitas necesidades del difunto. Últimamente, los chicos parecían mirarlos con envidia, pero Cyril y ella habían comprado esa casa en 1972, cuando se enteraron de que Kay estaba embarazada de Hayley y necesitaban más espacio. En aquellos días no solo el país entero estaba hecho una ruina, también lo estaba Lambeth, lo que explicaba que una casa tan espléndida (aunque estuviera al sur del río) hubiese entrado dentro de las posibilidades de una enfermera y un médico de cabecera del NHS,[1] la ahora tan denostada sanidad pública. Esas tres plantas –con un desván de propina– solo parecían espléndidas desde fuera. ¡Por Dios! Decir que

necesitaba reformas era quedarse muy corto. Ahora que, tras diecinueve años de sobrecostes y molestias, por fin iban a tener una casa habitable, los chicos tendían a olvidar que, para ir al baño, habían tenido que pisar tablas flojas sin pulir o sacudirse del pelo pedacitos de placas de yeso antes de ir al colegio. También habían olvidado ya las advertencias de la infancia que les tocó vivir: por ejemplo, volver rápido a casa al salir del metro porque en aquellos días el barrio era de lo más chungo. Tampoco entendían que esa casa supusiera un agobio económico para un matrimonio joven que cobraba del Estado y que asumía el considerable riesgo de que el destartalado interior colapsara como un vaso plegable. Lo único que los chicos veían ahora era un edificio imponente y respetable, la Casa de Mamá y Papá, una proyección convencional de la clase acomodada, algo que ellos nunca podrían permitirse, mucho menos con las tasas de interés al quince por ciento. Y, si Kay no andaba mal encaminada, Roy ya soñaba con heredar algo. Siempre andaba buscando atajos.

Ahora que su padre había muerto, era de suponer que Kay tendría tiempo libre para terminar el jardín de invierno, pero el entusiasmo inicial por ese proyecto se había evaporado. Ya tenía cincuenta y un años. ¿Cuántos más vivirían ahí? Más crudo todavía: ¿cuántos años más vivirían ellos? Pensaba que había cruzado el umbral de los cincuenta con aplomo –«¡Mírame! ¡Me tomo el paso del tiempo con elegancia y esta nueva década no me preocupa lo más mínimo!»–, pero antes de esa edad nunca se le habían pasado por la cabeza pensamientos tan lúgubres.

–Me pregunto si después del funeral debería haber vuelto con mamá –dijo Kay, con tono de duda–. Percy dijo que iría a hacerle compañía, pero ya conozco a mi hermano. No se quedará mucho.

–¿No te has sacrificado bastante ya? –dijo Cyril–. ¡Ay, las mujeres! Siempre os estáis quejando de que sois las que os ocupáis de todo y de todos, pero después, cuando tenéis un respiro, dais un paso al frente y os presentáis voluntarias para cuidar de alguien más.

–¡Solo «nos presentamos voluntarias», como tú dices, porque nadie más lo hace! –El estallido de cólera desconcertó a ambos. Kay se moderó–. Perdona. No es que no le haya pedido a Percy que

echase una mano más de una vez. Pero vive un poco lejos, en Tunbridge Wells, y, por supuesto, estaba ocupadísimo engañando a su mujer y sus hijos.

–Eso no es totalmente justo.

–No digo que planeara hacerse gay para librarse de sus deberes filiales, pero lo cierto es que ser gay es una buena excusa. «Ah, este fin de semana no puedo cuidar a papá porque salta a la vista que no se siente a gusto desde que salí del armario.» Bueno, claro que «no se siente a gusto», imbécil, ¡nació en 1897!

–El problema es algo mucho más institucional que endilgar a las mujeres el trabajo de ponerles la cuña a los viejos –dijo Cyril, irguiéndose en la silla y en un tono más parecido al autoritario de siempre–. El Gobierno central tiene que asumir más responsabilidad por los cuidados. No deberían recaer en ti, ni en tu madre, ni tampoco en los demás miembros de tu familia...

–Pues recayeron, y recaen, y las cosas seguirán igual cuando tú y yo estemos en las últimas. Si hasta la ayuda más nimia de todas las que ofrece el Ayuntamiento... ¿Quién va a venir a hacerte la cama? No digamos ya correr por la calle detrás de ti cuando desvaríes... Los requisitos para tener derecho a un cuidador a domicilio se calculan según los recursos de cada cual, y mi padre era abogado.

–Es verdad. Y comprueban los recursos con un método bastante brutal...

–Si tienes ahorradas más de veinte mil míseras libras, los del Ayuntamiento no vienen a limpiarte el culo, y eso es mucho más de lo que mamá se ha gastado en todos esos cuidadores. Pero seguirá sin poder aspirar a una prestación porque tiene la casa. ¿Y si no has ahorrado nada, o casi nada? Entonces el Ayuntamiento se hace cargo de todo. ¿Qué le parece eso, señor Socialista? Te deslomas toda la vida como mi padre, asumes tus cargas económicas y mantienes a la familia, y después, cuando te vienes abajo, el Estado te dice que te las apañes solo. Si no haces nada, no ganas nada y no ahorras nada (es decir, si no guardas absolutamente nada para ti), pues entonces sí, el Estado te cuida gratis y te lo paga todo. ¡Y después hablan de riesgo moral! Es evidente que los que hacen algo, ganan algo y ahorran algo son unos imbéciles.

–Estás despotricando. Ya sabes que pienso que la asistencia social debería ser una prestación universal, como el seguro médico.

–Sí, sí, muy bien. La haces universal y luego la misma gente responsable que gana algo seguirá pagándose su asistencia social y pagando la de todos los demás con esos impuestos que están tan por las nubes que ya ni se puede comprar un bote de mermelada. Eras tú el que no podía faltar a esa manifestación multitudinaria en Trafalgar contra la tasa comunitaria..., un dinero que habría servido para financiar la asistencia social y muchas cosas más.

–No empieces. Ese impuesto era regresivo y lo sabes. Y gracias a protestas como la de Trafalgar, la tasa comunitaria está muerta y enterrada. Además, dudo que justo esta noche tu estado de ánimo sea el más adecuado para diseñar políticas oficiales complejas.

–Tanto trabajo para tenerlo limpito y acicalado... Cortarle las uñas de los pies, con lo gruesas y retorcidas que las tenía, sacarle los mocos de esas peludas fosas nasales, cajas enteras de toallitas húmedas para limpiarle el culo... –Kay había empezado a dar vueltas por el suelo de gres, pues una de las ventajas de haber abierto la cocina y la zona del comedor era que así resultaba más sencillo pasearse–. No sabría explicarte lo engorroso que es cepillarle los dientes a alguien, y, además, mi padre mordía... Vigilar que no se escapara, acorralarlo, desvestirlo... Me sentía mitad hija, mitad perro pastor. Vigilancia constante, teníamos que estar pendientes de él como si fuese un niño de dos años... No fuera a cortarse o a beber Fairy o a incendiar la casa... Darle de comer con cuchara, limpiarle los pegotes de la barba. Horas y horas engatusándolo para conseguir que bajara de la escalera que sube al desván, nada menos...

»Bueno, al Estado le habría costado una fortuna pagar todo eso solo por mi padre. Cuidar de todos los demás desechos vivientes como él le costaría lo que no tiene, y por eso no es una prestación universal. Sinceramente, para controlarlo teníamos que estar ahí las tres, mamá, la cuidadora y yo, y a duras penas lo conseguíamos. El verdadero problema no es cómo se financia ese deterioro con patas, sino el hecho en sí de que se financie. Mi padre padeció cuatro largos años de deterioro constante, y después diez años largos de

pura degradación. Da igual quién lo pague, es dinero malgastado. Es repulsivo, y también una pérdida de tiempo para la gente más joven (mi tiempo..., el de mi madre), es decir, la flor de nuestra vida arrancada de cuajo mientras aún gozamos de buena salud, mientras estamos cuerdas y todavía podemos disfrutar. ¿Desperdicio, has dicho? *Solo* desperdicio, ¿y para qué? Debería haber muerto cuando le diagnosticaron la enfermedad. Así podría haber vuelto a casa después del funeral y llorar hasta que no me quedaran lágrimas.

Kay volvió a desplomarse en la silla de la cocina. Tenía los ojos secos. Tan secos que le dolían.

Cyril miró detenidamente a su mujer. Ese aparente estoicismo no era propio de ella. De los dos, Kay era, con mucho, la más apasionada. Él era el pensador metódico, y eso significaba que a veces los demás lo tomaban por un hombre sin corazón. No obstante, Kay no era de las que montaban escenitas. Ocho días antes, cuando la llamada desde Maida Vale los despertó a las cuatro de la mañana, se había comportado con naturalidad. La noticia no los pilló por sorpresa. Al parecer, hacía semanas que era difícil alimentar a su suegro; el pobre tenía problemas para tragar. (Eso fue lo que ocurrió: el cerebro se le volvió tan disfuncional que el viejo olvidó cómo se cerraba la epiglotis. En el momento más extremo, la enfermedad descerrajó el tiro de gracia y el cerebro olvidó cómo respirar.) Cuando Kay terminó de hablar con su madre en el pasillo, dejó el inalámbrico junto a la cama y anunció sin ceremonia: «Ha muerto». Después se metió bajo el edredón y se quedó dormida en cuanto cerró los ojos.

–Entonces ¿no consigues sentir nada por él? ¿Nada de nada? –preguntó Cyril–. ¿Pena, un momento de nostalgia?

Desde esa muestra sorprendentemente flemática de pragmatismo de la semana anterior, resultaba casi demasiado fácil imaginar a Kay descubriendo que nada menos que su marido acababa de estirar la pata y acomodándose aliviada en su lado de la cama para seguir durmiendo; por fin cierto alguien ya no tiraría sistemáticamente de las sábanas hacia la izquierda y tendría todo el edredón para ella sola.

–No, no siento absolutamente nada, y mira que lo he intentado –

dijo Kay–. Ese morirse poco a poco engaña a todo el mundo. Siento como si mi padre hubiera muerto hace años. Tampoco nunca se me ha permitido un verdadero duelo, pero no debería sentir pena de mí misma, porque para mi madre ha sido mucho peor. No paraba de acusarla de que le robaba cosas o de que hurgaba en sus documentos jurídicos. Llamó a la policía más de una vez, y de vez en cuando tenía periodos de lucidez lo bastante largos para convencer a un agente, de pie en la puerta, de que aquella extraña mujer sentada en el salón era en realidad una timadora o una ladrona. No soy capaz de concebir lo doloroso que ha debido de ser para ella. Estoy segura de que en algún momento debí de decirte que, en sus últimos años de vida, mi padre olvidó todo lo que tuviera que ver con su matrimonio. Solo pensaba en «Adelaide». ¿Te acuerdas? La novia con la que se casó cuando volvió de la Gran Guerra. Y Adelaide murió antes de que cumplieran dos años de casados, de una gripe quizá. Imagina cómo se sentía mi madre. Cincuenta y cinco años de matrimonio borrados por una relación de dieciocho meses allá por 1920. Sería como si yo, cuando esté chocha, no dejara de suspirar por aquel David Nosequé...

–David Castleveter –dijo Cyril con amargura, completando la frase.

–Ya ves. Te acuerdas de mis antiguos novios mejor que yo. Mi padre no paraba de llamar a Adelaide y acusaba a mi madre de secuestrar a su novia. Pensaba que mamá era una arpía celosa que lo había encerrado en una casa desconocida. He visto un retrato, una foto en blanco y negro que tenía en uno de los estantes más altos de la biblioteca del despacho. Adelaide era una chica guapísima... Más guapa, para ser sincera, de lo que mi madre fue jamás, y estoy segura de que eso a mamá no la ayudaba mucho.

–¿No puedes separar una cosa de otra? –dijo Cyril, y volvió a llenarle el vaso hasta la mitad. Ya había oído hablar de la loca obsesión de Godfrey por Adelaide, pero, en ese momento, tanto repetirlo parecía descompensar un poco el organismo de su mujer–. Antes de que enfermase parecías tener verdadera debilidad por tu padre. ¿No puedes conservar en un lugar aparte lo que recuerdas de sus mejores días?

–Bonita idea, pero la memoria es muy frágil. No se la puede

destrozar de esa manera. Mis recuerdos de lo que fue mi padre se parecen a una delicada típula pisoteada durante los últimos diez años. Pienso en mi padre y no puedo controlar las imágenes que me vienen a la cabeza. Desnudo de cintura para abajo, rojo de rabia y cubierto de heces... Una de mis preferidas.

–Aún conservo un recuerdo bastante claro de Godfrey de cuando era más joven. Un poco puritano, y tory, claro, pero a nuestros mayores les perdonamos sus opiniones erróneas por respeto.

–Tú no perdonaste nada parecido. Os enzarzabais en peleas terribles cuando llegó Thatcher... Y, a esas alturas, mi padre ya había perdido un poco la chaveta, así que no fue un enfrentamiento justo.

–¿No te digo? Tú sí que recuerdas cosas de antes de que la perdiera por completo.

–Mi madre está convencida de que ella fue la causante de tanta calamidad.

–¿Y eso?

–Bueno, puede que mi padre estuviera realmente destrozado por la pérdida de Adelaide. No volvió a casarse hasta..., creo que fue en 1936. En esos días era un tipo bien parecido. Esbelto, pómulos altos y esa mata de pelo que conservó hasta el final. Mamá no debía de cobrar mucho trabajando de recepcionista en el bufete, y casarse con su jefe, un abogado, parecía ofrecer una seguridad con la que solo podía soñar. La única razón por la que en esa época una joven soltera como mi madre trabajaba era porque su familia no podía mantenerla... Mi abuelo era un tendero que apenas tenía algo que llevarse a la boca.

–Ahórrate los detalles sobre los humildes orígenes de Maggie, *bab*. Tuviste una educación muy buena, y lo sabes.

Tiempo atrás, los británicos presuntuosos afirmaban tener un pariente lejano con credenciales aristocráticas –una baronesa, un duque–, una idea muy conveniente para ascender en la escala social a ojos de sus iguales. Ahora, el pueblo llano, en general de clase media, afirmaba con mucha pompa tener parientes en las minas de carbón o en la siderurgia. Pero, con un padre empleado primero en fábricas como Longbridge y luego en British Leyland, Cyril, el de Birmingham, siempre ganaba cuando se competía por los orígenes

más deprimentes; aun así, tendía a quitarle importancia a un detalle interesante: cuando su padre se jubiló, los obreros de la industria del automóvil no ganaban nada mal que digamos. Es más, había inventado toda clase de explicaciones sobre por qué había borrado hasta el último rastro del acento de Birmingham después de dejar su ciudad natal y mudarse a Londres. Pero el verdadero motivo era muy sencillo: vergüenza, de ahí que cualquier residuo regional –como ese *bab*, un apelativo cariñoso que Cyril reservaba exclusivamente para su mujer cuando quería llamarla «nena»– resultase aún más precioso.

–¿Puedo terminar, oh, sal de la tierra? –dijo Kay–. A mediados de los años treinta, la economía seguía siendo una mierda y mi madre se sintió halagada por las atenciones de un hombre mayor, por supuesto. Creo que se enamoró de él de verdad, pero con la veneración típica de alguien que se encapricha con un profesional que impone respeto y, además, es tu jefe. Era un puerto seguro en la tormenta. Los dieciocho años de diferencia debieron de parecer más una ventaja que un sacrificio.

–Los jóvenes no tienen imaginación –dijo Cyril.

–Exacto –dijo Kay–. Mi madre tal vez pensara en las consecuencias para los hijos. A Percy y a mí, papá siempre nos pareció un viejo; no teníamos ni idea de lo joven que era todavía. Todos los padres de nuestros compañeros de clase habían combatido en «la guerra», y nosotros tendíamos a ocultar que el nuestro había servido en la otra. Sin embargo, lo último que mi madre debió de calcular cuando se casó fue que, cuando el novio cumpliera ochenta, ella tendría apenas sesenta y dos, y todavía estaría de muy buen ver para una mujer, aunque cargando con un caso perdido que de la noche a la mañana ya no recuerda cómo se llama el primer ministro. Y, como en los años treinta casi nadie vivía tanto, lo último que mi madre habría calculado es que, cuando él por fin muriese, casi con noventa y cuatro años, ella tendría setenta y seis, y las caderas hechas cisco después de desperdiciar década y media lavando a su marido, insultada y vilipendiada por sus desvelos, y ¿para qué...? ¡Todo para que cuando piense en lo que le queda de vida se pregunte si no estará a punto de pasarle lo mismo a ella!

–No estoy acusándote de egocéntrica –dijo Cyril con dulzura, acariciándole la mano–. Pero ¿estás llorando por tu madre, o por ti y por mí?

–Ah, ni idea –dijo Kay, secándose los ojos, aliviada, precisamente ese día, por llorar por alguien, aunque solo fuese por ella misma.

–¿Acaso también estás enfadada conmigo? –preguntó Cyril con cautela–. ¿Por no haberte ayudado más a menudo cuidando a tu padre?

–No, no, ya hemos hablado de eso. Por favor, deja de castigarte. Uno de nosotros tenía que quedarse aquí con Hayley mientras todavía iba al colegio, y alguien tenía que acordarse de ir a comprar el pan. Seguro que recuerdas que las pocas veces que me sustituiste mi padre se puso fatal, muy nervioso. A lo mejor sentía que rivalizabas con él por el cariño de Adelaide. Además, tú vas a Birmingham casi todos los meses a ver a tus padres, que también están envejeciendo. Y quién sabe qué le espera a mi madre... A mí ya no me quedan fuerzas. ¿Y cuánto más podemos aguantar haciendo de supervisores del deterioro humano? Es como si, en el futuro, nuestro trabajo a jornada completa fuese a consistir en contemplar cómo se pudre la fruta.

Cyril, pensativo, esperó un momento.

–Si tu madre también es longeva, entiendo que te preocupe tener que pasar otra vez por lo mismo. A fin de cuentas, Percy solo echó una mano con la planificación del funeral una vez pasada la parte verdaderamente dura...

–Y vaya chapuza que organizó. Debería haberle explicado a mamá lo del presbiterio central de San Marcos, que debe de tener cabida para quinientas personas. Fue todo tan ridículo... Todos los amigos de mi padre han muerto. Sus hermanos también. Y, como se le fue la olla, había conseguido que sus sobrinos y sobrinas se distanciasen de él. Además, la mayoría ya son también demasiado viejos para ir a un funeral en el norte de Londres empujando el andador. No fue nadie. Más que una congregación, eso parecía un viaje en grupo.

–También puedo entender por qué te preocupa tener que cuidar de mis padres –prosiguió Cyril, con paciencia–. Pero mi hermana está obligada a ayudar y yo pagaré lo que haga falta con tal de que

no se vengan a vivir con nosotros. Ya sabemos que mi madre y tú nunca os habéis llevado bien. Así que, si no te importa, me preocupa mucho más lo que nos pueda pasar a nosotros.

–¿No estás anticipándote un pelín? Solo tenemos cincuenta y pocos.

–¿Anticipándome? Nada de eso. El momento de pensar en las opciones que tendremos en la vejez es cuando todavía somos relativamente jóvenes y estamos en forma. Tú has sido de lo más generosa conmigo y me has dado casi carta blanca, pero la verdadera razón por la que evité colaborar en los cuidados de tu padre es que ser testigo de su decadencia, aunque brevemente en comparación contigo, me resultaba insoportable. No era mi padre, así que, en sentido estricto, no era mi responsabilidad, un detalle técnico del que me aproveché muy a gusto. No lo cuidé porque no estaba obligado a hacerlo, punto. Puede que en la clínica tenga algunos pacientes también mayores y en una situación delicada, pero las consultas solo duran diez minutos, casi siempre los acompaña un pariente y no esperan que les cambie los pañales ni que decida cincuenta veces al día si les sigo la corriente cuando desvarían o si los hago entrar en razón. Esas visitas siempre me han parecido desalentadoras y lúgubres, pero no hasta el punto de incapacitarme. En cambio, si quieres que te diga la verdad, con tu padre me entraban ganas de suicidarme. O de matar a alguien, o las dos cosas. Media hora en su presencia me parecía una pequeña edad de hielo. Me hacía sentir como si la vida entera fuese un horror, un sinsentido. Equivocado en lo político, sí, pero Godfrey siempre había sido un hombre culto que sabía expresarse y se conservaba bien; sin embargo, acabó siendo peor que un animal. Al menos a los animales de verdad los puedes llevar al veterinario para que mueran sin sufrir antes de que lleguen a un estado biológico tan deshonroso. Yo haré casi cualquier cosa para evitar que tú y yo tengamos un destino así.

–Eso es lo que dice todo el mundo –dijo Kay con aire taciturno, apoyando los pies en la silla que tenía delante–. Todos creen ser la excepción. Ven lo que le pasa a la gente mayor y juran que a ellos nunca les pasará. Que no lo tolerarán. Tienen sus principios. Valoran

la calidad de vida. Harán algo para envejecer con dignidad. Y si alguna vez van a morir (y en el fondo de su alma la mayoría piensa que nunca morirá), serán sensatos, cariñosos, divertidos y estarán lúcidos hasta el final, rodeados de amigos y familiares que los querrán muchísimo. Todos creen que tienen demasiado amor propio para permitir que un extraño les lave las partes, o para encerrarse en una residencia aséptica e impersonal, o mugrienta e impersonal.

»Pero ¡hete aquí que después resulta que son exactamente iguales a todos los demás! Y acaban hechos una piltrafa humana y pasando el desgraciado final de sus días como todos los demás, o con un búlgaro en la habitación de invitados que los desprecia y les manga el whisky, o en una institución cínica que racanea sirviéndoles bocadillos de pan duro con pasta de carne para untar en todas las comidas. Sí, mi padre fue un hombre muy culto que siempre iba de punta en blanco. Si en sus días un Fantasma de las Navidades Futuras le hubiese mostrado una visión de lo que sería su vida cuando tuviese noventa años, huyendo de una mujer que, según imaginaba, era una agente del MI6 mientras él se hundía en sus propios excrementos, ¿no crees que le habría dicho a ese espíritu que preferiría estar muerto?

–Contra eso justamente quiero luchar –dijo Cyril–. He visto entrar y salir a suficientes pacientes geriátricos para suponer de un modo bastante concluyente que son muy pocos los que conservan, una vez pasados, digamos, los ochenta, esa «calidad de vida» que actualmente damos por sentada. Las enfermedades crónicas atacan con furia. Incluso si no se te va la cabeza, el cuerpo implosiona y la vida cotidiana gira casi exclusivamente en torno al dolor. Cada año que pasa se lleva toda una serie nueva de cosas que antes hacías y ya no puedes hacer. Los mundos se encogen, nada de lo que dicen los periódicos importa, y así hasta que lo único que te preocupa es mitigar el dolor o, al menos, que no empeore. Y quizá la comida, en el improbable caso de que sigas teniendo apetito. Es un buen número redondo, así que creo que ochenta es el límite.

–Y en ese momento, ¿qué?

–Como médico que soy, estoy en una situación inmejorable para

conseguir una buena solución médica por adelantado. La clave para no acabar como todos los demás consiste en ser proactivo.

–Un momento. Seamos claros. –Kay volvió a poner los pies en el suelo y se enderezó en la silla–. Estás proponiendo que lleguemos a los ochenta y después nos suicidemos. Esa palabra no la has mencionado. Cualquiera que conciba un plan así no debería valerse de eufemismos y evasivas.

–Totalmente de acuerdo. *Estoy proponiendo que lleguemos a los ochenta y después nos suicidemos*.

–Pero, suponiendo que de verdad lo digas en serio...

–Muy en serio. De hecho, la carne está sometida a mil sacudidas naturales a cualquier edad. Por principio deberíamos conservar los medios que nos permitan una salida rápida. En diez minutos se pueden experimentar cosas que a ti o a mí nos harían implorar perder el conocimiento mucho antes de que transcurran esos diez minutos.

–¿Es una amenaza?

–Es una observación. No tengo que recordarte lo que los dos hemos visto.

–Pero ¿cómo funcionaría ese pacto? Me llevas más de un año. ¿Si veo que te quedas dormido después de tomarte tu abominable cicuta, no llamo a emergencias? ¿Y en esa fantasía tuya no me detienen?... ¿Y después qué, me paso los catorce meses siguientes deambulando y llorando tu muerte? En ese momento estaré obligada por contrato a matarme.

–Preferiría que lo hiciéramos como lo hemos hecho todo desde 1963. Juntos. Podríamos elegir el día de mi cumpleaños, pero, a menos que tú estés enferma, cosa que podría pasar, por supuesto, eso significaría un pequeño sacrificio por tu parte. Por tanto, propondría que yo lo retrasase, da igual cómo esté, y que esperemos el tuyo.

–Algún cumpleaños –murmuró Kay.

–Nuestro compromiso tendría que ser firme. Aunque podría consolarte saber que, en Inglaterra y Gales, la esperanza de vida para los hombres es de setenta y tres años, y de setenta y nueve para las mujeres. Tu padre fue una aberración actuarial. Un corredor

de apuestas nos daría algo más que meras probabilidades de que no llegue el momento de cumplir el pacto.

Apenas unos años después, cualquiera que soltara de un tirón la esperanza de vida para hombres y mujeres en Inglaterra y Gales no impresionaría a nadie, pues los niños de ocho años con acceso a una línea telefónica encontrarían esas estadísticas en un segundo, como por arte de magia. Y unos pocos años después, los niños de ocho años llevarían en el bolsillo la herramienta que les permitiría, como si fueran magos, conseguir esas estadísticas más la superficie sembrada de la Micronesia y los tratamientos más comunes para los callos. Y así la cultura general, por amplia que fuese, perdería casi todo su valor. Sin embargo, en ese momento Cyril podía sacar a colación unas cifras actualizadas solo porque era un médico de cabecera que estaba al día.

–¿Y si digo que no? –preguntó Kay–. ¿Lo harías igual?

–Es posible. Como un favor. Un gran favor, si no nos olvidamos de tu padre.

–Podría no parecer un favor.

–La auténtica bondad no necesita reconocimiento.

En ese instante, Kay podría haber contentado a su marido con un acuerdo informal que habría servido para que la dejase en paz; después podrían haber seguido como hasta entonces. Cuando las imágenes más vívidas del deterioro de su padre empezaran a desdibujarse, Cyril podría olvidar ese absurdo pacto. Pero ella lo conocía bien: no lo olvidaría. Kay nunca había fomentado una relación condescendiente y no pensaba hacerlo ahora. Después de veintiocho años de matrimonio, Cyril habría detectado fácilmente cualquier falta de sinceridad por su parte. Y, después de veintiocho años de casados, Kay también habría detectado cualquier insinceridad de Cyril, cualquier capricho o impetuosidad pasajera de los que luego él no tendría más remedio que retractarse. Su marido era un hombre serio, con frecuencia demasiado serio para su gusto, y a ella tanto idealismo a veces le había resultado opresivo. No cabía duda de que él llevaba un tiempo dándole vueltas a ese asunto, años quizá. Si había llegado al extremo de poner la proposición sobre la mesa, su determinación había tropezado con el punto de no

retorno. Lo mínimo que ella podía hacer era pensárselo a fondo y comprometerse en serio o negarse con la misma seriedad.

Así pues, le dijo a Cyril que, dado que le había soltado la idea de sopetón, y considerando la gravedad de lo que estaba en juego, tenía que pensárselo. Al levantarse para guardar el jerez en la nevera, la desconcertó descubrir que entre los dos se habían acabado la botella. O mejor dicho, ella sola. Por Dios, apenas eran las ocho menos veinticinco y ya estaba achispada. No le apetecía nada preparar la cena. Además, en ese estado, nadie debería dejar en sus manos la olla exprés. ¡Ni un traguito antes de las ocho! Esas normas de Cyril podían parecer rígidas y arbitrarias, pero ese puñado de indicadores inamovibles proporcionaba la estructura necesaria para fijarse un norte y ser productivo.

Al cabo de una semana de la modesta proposición de Cyril, Kay se puso a hurgar en el estante de arriba de la nevera confiando en tener todavía un bote abierto de salsa de menta; lo que encontró fue una cajita negra de cartón duro casi oculta en el rincón de la izquierda, al fondo. La reconoció como el estuche de una jabonera muy chic, pero poco valorada, de acero inoxidable (un material atractivo siempre y cuando no lo estropease la pastilla de jabón). La verdad era que había conservado ese accesorio tan poco práctico solo por la elegancia de la caja; la tapa, al cerrarse, emitía un agradable pfff. Como Cyril seguía sin acusarla de ser una agente del MI6, estaba claro que no había puesto a enfriar una simple jabonera de metal. De hecho, Kay supo lo que contenía en cuanto la vio. Decir que le dio miedo sería demasiado. La observó con una mezcla de sentimientos encontrados, curiosidad y cautela, aunque la curiosidad no era tanta como para llevarla a abrir la tapa. Así pues, dejó la caja donde estaba sin tocarla y se resignó a abrir un bote nuevo de salsa de menta.

Eso había ocurrido en primavera. En otoño, Kay dejó el mismo abrigo de lana negra en la encimera de Corian y se dejó caer en la

misma silla de la cocina. La merma de su familia directa –un miembro menos– no la había librado por completo de ir a Maida Vale, aunque ahora esas visitas podían programarse con antelación y a horas decentes. Ese mes, Cyril pasaba consulta en su clínica los sábados y acababa de llegar a casa.

–Hemos llegado más o menos a la conclusión de que el alzhéimer tiene un fuerte componente genético, ¿no? –preguntó Kay sin mucha energía.

–El «estilo de vida» parece tener algo que ver. Es una expresión ingeniosa que está ganando adeptos en el NHS. A la sanidad pública le resulta muy cómodo culpar a nuestros pacientes de sus propias desgracias, pero, sí, la demencia parece tener su lado hereditario.

–Es que he encontrado diez cajas de barritas de cereales Weetabix en los armarios de mi madre. Siempre llenaba la despensa con la eficiencia de una cantina militar. Ahora dice que va a Sainsbury's y que no recuerda haber comprado cereales. Como yo me he abstenido de decir nada, tampoco recuerda que era mi padre el que desayunaba Weetabix, ella solo toma tostadas.

–Estás asustada y lo comprendo. ¿Te estás precipitando a sacar conclusiones?

–Más que precipitarme, doy un saltito. En el transcurso de una hora me ha hablado tres veces del mismo concierto de cámara en San Marcos. Y no paraba de preguntar que cómo le iba a «Cyril» en Barclays y que si a «Cyril» le gustaba su nuevo apartamento, así que no pude más que deducir que hablaba de Simon. Para rematarla, me encontré una pila de toallas recién lavadas en el horno. ¿Y ese pacto tuyo, querido? –Kay se levantó con la actitud de quien no bromea. No había aludido a la macabra proposición de su marido desde abril, cuando él había sugerido la idea–. Me apunto.

Así pues, Kay y Cyril Wilkinson sellaron su acuerdo en octubre de 1991. Con la eterna arrogancia del presente, la última década del siglo xx parecía avanzar con audacia hacia un mundo nuevo y feliz,

pues el mundo es siempre nuevo, pero no siempre feliz. Como todas las demás épocas que la precedieron, esta parecía moderna a más no poder, repleta de novedades asombrosas –ordenadores baratos y lo bastante compactos para que toda familia pudiera tener uno–, en cuya invención la mayoría no había participado aun cuando sus extraordinarias capacidades parecieran reflejarse personalmente en ellos.

A pesar de que en la economía soplaban vientos en contra, fue una época de alocado optimismo. En el Reino Unido, Michael Heseltine había echado un cubo de agua fría sobre la líder de su propio partido y la bruja malvada se había derretido (aunque Kay tenía por «Maggie» Thatcher una debilidad que, con mucha prudencia, le ocultaba a Cyril). Mandela había salido de la cárcel y, poco después, mientras en Johannesburgo se ponían en marcha las conversaciones de paz multipartidistas, perdonó algo que habría parecido imperdonable. En ese momento, las seis semanas de lo que aún no se conocía por el nombre de «primera» guerra del Golfo parecieron largas, si bien pronto, en perspectiva, se redujeron alegremente a «solo» seis semanas. Con el Muro de Berlín hecho pedazos y convertido en souvenir para turistas, los tiranos de Europa del Este acabaron depuestos o linchados, Alemania se reunificó y una cascada de repúblicas soviéticas de las que la mayoría de los occidentales no había oído hablar nunca declararon la independencia, hechos todos que tentaron a un prestigioso politólogo a postular «el fin de la historia», cosa que, con dos guerras mundiales aún vivas en la memoria, resultaba una perspectiva seductora.

La seguridad social británica se había creado cuando Cyril tenía nueve años, y tanto Kay como él habían crecido en el clima cultural de solidaridad y sacrificio que caracterizó la posguerra. Ansioso por tomar parte en el grandioso nuevo experimento socialista de su país, a los quince años Cyril había decidido que sería médico de cabecera. Así, a pesar de ciertos escándalos en la década de 1980 –la contaminación de las reservas nacionales de sangre con el VIH y la hepatitis C– y el dolor de cabeza de la escalada de los precios, su compromiso profesional con el servicio que políticos y usuarios por

igual apodaban sentimentalmente «nuestro NHS» había sido inquebrantable. A partir de su primera experiencia como médico residente, nunca había cabido la menor duda: el doctor Cyril J. Wilkinson estaba comprometido de por vida con la sanidad pública.

En cambio, la decisión de Kay, que quiso ser enfermera, había sido más una cuestión de oportunidad. A finales de la década de 1950, la enfermería era una de las pocas profesiones accesibles a las mujeres. Sin embargo, por temperamento no estaba hecha para ese trabajo. De niña había sido aprensiva, le espantaban las agujas y, cuando ponía una inyección, le bastaba con imaginar que el brazo del paciente era un solomillo de cerdo para que de golpe le diera un peligroso mareo. Generosa era, y bastante, pero no abnegada, y en secreto anhelaba un reconocimiento personal que profesiones como la enfermería no ofrecían. Era competente, y mucho, pero, aunque no se podía decir en absoluto que fuese una mera calientasillas en el Departamento de Endocrinología del Saint Thomas, nunca había creído que la enfermería fuese su vocación. Por eso se jubiló a los cincuenta y cinco años, la edad habitual, y muy pronto se matriculó en un curso de Interiorismo que ofrecía la Universidad de Kingston. Reinventarse significó vencer la dura oposición de su marido, al que se vio obligada a recordarle las muchas veces que él había admirado su buen gusto, pues, sin ayuda de nadie, había convertido la casa de Lambeth en una vivienda elegante que solía dar lugar a comentarios elogiosos. Después de graduarse y obtener la autorización reglamentaria, hizo sus pinitos en casas de amigos, pero la decoración de interiores se promociona sola y no tardó en correrse la voz. Con el tiempo, Kay se labró un nombre en su segunda carrera y en un campo completamente nuevo y mucho más divertido.

Por lo general, se esperaba que los médicos de cabecera se jubilaran a los sesenta, pero Cyril quiso seguir cinco años más; considerando que cualquier insinuación de indolencia lo ponía de mal humor (y que la jardinería no le interesaba nada), es posible que se hubiera mantenido en activo aún más tiempo. Leía, sí, pero los ásperos y abultados ensayos que le atraían solo servían a su propia formación –¿y a quién le importan los temas que dominara un médico chapado a la antigua?–. Incluso antes de que empezara a

despotricar contra otra gratuita guerra del Golfo, pasaba horas leyendo el *Guardian* y farfullando: para qué diablos servía tener por fin un Gobierno laborista, con un primer ministro de plástico que estrechaba alegremente la mano a todo el mundo y en el fondo era un tory con piel de cordero. Aunque solo le sirviera para llenar el día, su actividad física fue a menos; en cambio, Kay, siempre una mujer dinámica, se aceleró. Siempre había un color de pintura que elegir, otra subasta de muebles y cachivaches a la que asistir, un sofacito estrafalario abandonado en la acera implorando que alguien lo rescatara y tapizara antes de que el Ayuntamiento se lo llevase al vertedero.

No era habitual que hiciesen referencia al Día D que ellos mismos habían programado. La «solución médica eficaz» durmió durante años en el mismo rincón de la nevera, al fondo a la izquierda, y Kay nunca la tocó. Era probable que cada tanto Cyril sustituyera el contenido con nuevos fármacos, pero, si lo hacía, nunca fue delante de Kay. Cuando la fiel nevera con congelador –de John Lewis– empezó a gotear y a inundar el suelo como un perro viejo y tembloroso que se mea encima cuando van a sacrificarlo, Kay asumió la responsabilidad de quitar la mayonesa y la mermelada y de tirar a la basura las mitades mohosas de limón que encontró en el fondo del cajón de las verduras; sin embargo, cuando le tocó despejar el estante de arriba encontró un bote abierto de salsa de menta reseca, pero no la caja negra. Cuando les entregaron la Bosch nueva y se puso a guardar la comida que había sobrevivido, descubrió que, aun estando completamente vacía, la caja negra había vuelto a su lugar de siempre en el estante de arriba. Misterio... Durante el jaleo que acompaña al fallo de un electrodoméstico tan importante, no había visto a su marido acercarse a la difunta John Lewis ni a su sustituta.

No obstante, durante el animado aunque no siempre alegre discurso que soltaba durante la cena, Cyril sí aludía implícitamente, y con deliberada frecuencia, al dichoso acuerdo. Su idea de una conversación chispeante se traducía en comentarios como: «¿Te has dado cuenta de que en la naturaleza casi nunca se ven animales que apenas pueden caminar o con aspecto de estar envejecidos,

encorvados y calvos? Los ciervos, por ejemplo. Se desarrollan, se ven más o menos igual durante un tiempo de vida normal y después mueren. Nos acostumbramos a ver a personas muy viejas, pero nosotros también somos animales, y es antinatural que las criaturas sobrevivan en un estado avanzado de deterioro».

Consternado, iba tomando nota del aumento imparable de la esperanza de vida.

–En las noticias sobre nuestra «población envejecida» –señaló una vez mientras comían pastel de pollo–, los presentadores, en cuanto mencionan el aumento de la longevidad, enseguida añaden: «¡Y eso es bueno, por supuesto!», como un aparte compulsivo. Pero ¡no es bueno! No vivimos más tiempo: ¡nos morimos más tiempo!

Y, casi a cuento de nada, y sin que nadie se lo preguntase, añadía que, desde sus inicios en 1948, «¡el presupuesto anual del NHS se ha multiplicado por cuatro! ¡Y en términos reales, ajustado a la inflación!». En 1999, cuando se jubiló y Tony Blair empezó a inyectar efectivo en el servicio «gratuito» como quien rellena un pavo con mantequilla caliente, Cyril actualizó la cifra: «¡Por seis!».

Tampoco olvidó mantener a Kay informada del creciente porcentaje de británicos mayores de sesenta y cinco, subrayando sobre todo que aumentaba el número de «viejosviejos», los de más de ochenta y cinco, cuyas múltiples enfermedades crónicas eran una ruina para las arcas públicas, por no mencionar todo el padecimiento personal que no se confesaba.

–Las personas de nuestra edad –observó una vez, cuando los dos todavía tenían sesenta y cinco– le costamos al seguro el doble que un treintañero medio. Pero, a los ochenta y cinco, ¡la proporción es de cinco a uno! Comparado con un contribuyente que tiene hijos pequeños y que aún puede disfrutar y divertirse en su día libre y jugar un partidito de fútbol, cuesta cinco veces más pasta mantener vivo a un carcamal que se queda medio dormido delante de la tele viendo *Ven a cenar conmigo* toda la tarde.

En tono jocoso, le predijo a Kay que la reina, que firmaba personalmente las felicitaciones de cumpleaños que luego se enviaban a todos los nuevos centenarios, pronto tendría que confiar ese trabajo a un ordenador; eran tantos los británicos que vivían

más de cien años que, si seguía redactándolas a mano, la querida ancianita se pasaría el día despachando felicitaciones en blanco y se iría a la cama quejándose de tener el calambre del escribiente.

Cyril llevaba la cuenta de la proporción, cada vez más alta, de «bloqueadores de camas» que saturaban los hospitales británicos, pacientes ancianos que estaban técnicamente lo bastante bien para volver a casa, pero demasiado frágiles para que les concedieran el alta voluntaria. Por si fuera poco, debido al irregular sistema de asistencia social del Reino Unido, a menudo se quedaban meses en el hospital ocupando camas que se necesitaban con urgencia para enfermos más jóvenes con posibilidades de recuperarse. Cyril casi parecía celebrar el creciente porcentaje de cancelaciones de cirugías que provocaban los perversos bloqueadores, pues no era raro que a un paciente le cancelaran varias veces en el último minuto una operación crucial porque no había camas de hospital libres donde pasar la convalecencia.

–¿Te imaginas? –explicó con suma cortesía a su mujer–. Tú misma lo has visto... Hace falta armarse de mucho valor para mentalizarse antes de que te abran en canal. Y prepararse físicamente también: hay que seguir todas las normas, como la de no probar bocado después de medianoche. Piensa en lo que significa toda esa angustia para que a la mañana siguiente te digan, lo sentimos, la operación se ha cancelado, así que, por favor, vuelva a su casa. ¿Y pasar por los mismos preparativos y la misma decepción no sé cuántas veces más?

Esa larga perorata en tono sacerdotal recordaba a las que soltaban los evangélicos en el Rincón de los Oradores de Hyde Park, con la diferencia de que Cyril, en lugar de la promesa de la vida eterna, parecía estar pregonando todo lo contrario. El evidente rencor que albergaba por la gente de edad podía parecer poco caritativo, pues lo único que había hecho mal esa pobre gente era no haberse ido de este mundo. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, Kay sintió la necesidad de señalar:

–Pronto tendrás que dejar de dar la lata diciendo «ellos», querido, y empezar a hablar de «nosotros».

Cuando envejece, la mayor parte de la gente se hace un lío a la

hora de organizar sus cosas, y es comprensible que no tenga claro para cuántos años las organizan. Las decisiones que se toman son algo diferentes cuando se dispone de cuatro décadas en lugar de apenas cuatro años, y es por eso que, por sorprendente que parezca, incluso para los muy ancianos sea habitual tomar decisiones basadas en la idea preconcebida de que vivirán por los siglos de los siglos. A fin de cuentas, la alternativa es aceptar plenamente que uno puede estirar la pata en cualquier momento, lo que conduce a la continua y quizá molesta costumbre de decir a los seres más queridos y cercanos lo muy queridos y cercanos que son; en cambio, se evitan a toda costa cosas como pagar la factura de la luz, rellenar solicitudes de empleo o fregar los inodoros, actividades que nunca deberían arruinar a nadie sus últimos momentos en este mundo. La alternativa, pues, es sentarse en una habitación a oscuras, sin nada que hacer y con un váter que apesta.

No obstante, la inusual certeza sobre la duración máxima de su existencia compartida permitía a Kay y Cyril planificar, sobre todo en lo relativo a las finanzas. En lo tocante a los hijos estaban de acuerdo. Simon ganaba muchísimo dinero en la City y apenas necesitaba que le echasen una mano. Como era de prever, el título de Hayley en Artes Escénicas de Goldsmiths no le había garantizado una carrera lucrativa, pero, gracias a su juvenil extravagancia, había conseguido un marido con una sólida plaza de profesor de Lingüística en el University College de Londres antes de que su fascinante inestabilidad derivase en neurosis ordinaria y ensimismamiento. Una herencia, del tamaño que fuese, solo agudizaría su extenuante sensación de dependencia. Y en cuanto a Roy, era el único que necesitaba dinero, pues se había endeudado hasta las cejas con la tarjeta de crédito. Aun así, tuviera o no razón Hayley cuando afirmaba que el menor de sus dos hermanos tenía un problema intermitente con las drogas, Roy había abandonado un sinnúmero de carreras a mitad de curso, había dejado plantada a una larga serie de novias y recurrido habitualmente a sus padres para que lo sacaran de apuros. Si a ese chico le dejaban unos ahorritos, iría consumiéndolos como quien chupa un huevo crudo hasta dejarlo hueco y lo bastante seco para pintarlo en Pascua al

año siguiente. De todos modos, Cyril no creía en la riqueza heredada y, de hecho, dado el bajísimo tope de los legados libres de impuestos, el Estado británico tampoco.

Así pues, cuando Cyril también empezó a cobrar la pensión, rehipotecaron la casa y sacaron mucho más dinero del que habían necesitado para comprarla. Y con ese capital crearon fideicomisos irrevocables para los cinco nietos: lo bastante sustanciosos para dar a los más jóvenes la base de un buen porvenir, pero no tanto como para que se volvieran unos gandules. Para cubrir la sangría de los cuidados de Godfrey, Dahlia, la madre de Kay, también se había visto obligada a rehipotecar la propiedad de Maida Vale, y el dinero de la venta, bastante mermado ya, se acabó de evaporar rápidamente por culpa de las cuotas de una residencia tirando a pija, y ya podía serlo, pues costaba setenta y ocho mil libras anuales, un gasto que acabaron asumiendo Kay y Cyril. También pusieron una cuidadora interna en casa de los padres de Cyril, en Birmingham, cuando ya no podía esperarse que la hermana menor acarrease con una carga extra, demasiado onerosa para su sueldo de asistenta social.

El deterioro de Dahlia Poskitt, al menos, fue suave y benigno, sin la violencia y el cambio de personalidad de Godfrey en sus últimos años. Como nunca aceptó que la residencia era su casa, se levantaba todas las mañanas convencida de que solo estaba «de visita». Así, cuando se relacionaba con los otros ancianos, Dahlia, muy amable siempre, les preguntaba por su salud y hacía los desconsolados comentarios acerca del tiempo que su generación esperaba de las mujeres inglesas de cierta posición cuando aceptaban ser recibidas en casa ajena. Deferente y atenta en exceso para no dar problemas, se negaba a elegir entre el *posset* de limón y el borracho de jerez cuando de los dos postres había de sobra. A diferencia de su difunto marido, Dahlia recordaba con todo detalle los mejores años de su matrimonio mientras olvidaba –por suerte– los últimos catorce de tortura. La revisión neurológica también había borrado de la biografía del difunto toda referencia a Adelaide. El principal lapsus de Dahlia consistía en no recordar que Godfrey había fallecido. Al final, por pura bondad, Kay dejó de recordárselo porque a la pobre siempre le parecía oír la noticia por primera vez y la

invadía una pena inconsolable. Parecía mucho más sencillo en todos los sentidos dar a entender que Godfrey estaría esperándola en casa cuando ella terminase la «visita». Dahlia murió con ochenta y seis años –se supone que deshidratada porque la angustiaba demasiado abusar de la generosidad de sus anfitriones pidiéndoles agua–, y entonces Kay, como corresponde a una verdadera hija, sí derramó algunas lágrimas.

En cuanto a los padres de Cyril, la madre murió casi sin avisar a los setenta y nueve. Aunque apenado como es debido, una curiosa capa de algo que Kay solo podía identificar como aprobación parecía recubrir su dolor de hijo. Betsy Wilkinson había fallecido en el momento exacto que marcaba la esperanza de vida femenina en Inglaterra y Gales, y no había dado mal ejemplo mojándose los pies en su Rubicón personal, a saber, su octogésimo cumpleaños. La aparición de una neumonía vírica fue repentina, y la enfermedad letal, breve; *ergo*, no había abusado mucho del sacrosanto Servicio Nacional de Salud con un deterioro prolongado solo para llegar al mismo final a un precio muchísimo más alto. En opinión de su hijo, Betsy Wilkinson había sido una ciudadana modelo de la tercera edad. Como ella misma solía comentar un poco demasiado a menudo, había padecido las penalidades de su vida sin quejarse. («¡Ja!», pensaba Kay. Con un resentimiento a duras penas reprimido, mejor dicho. La implacable desaprobación de Betsy cuando vio que su nuera seguía trabajando en la unidad de endocrinología mientras criaba a tres niños y el indisimulado desdén y la burla de la amargada vieja cuando Kay se matriculó en el curso de Interiorismo en Kingston solo servían para ocultar su envidia. Cuando, después de que estallara la Segunda Guerra Mundial, la fábrica de automóviles Longbridge pasó a fabricar munición, su suegra había engrosado las filas del personal hasta que cesaron las hostilidades y desde entonces nunca había vuelto a tener esa sensación de ser útil que tanta energía le daba.) Betsy había traído al mundo dos hijos, la parejita ideal para los criterios demográficos de entonces. Como considerada y frugal súbdita del reino que era, la madre de Cyril se marchó de este mundo a tiempo.

El padre de Cyril era otra cuestión. Más robusto que su difunta

esposa artrítica, Norman en realidad no necesitaba quien lo ayudara a hacer la compra, pero conservó a la cuidadora interna para que le hiciera compañía, aunque Kalisa, una jamaicana optimista y ferviente cristiana, también se estaba haciendo mayor. Más que vadeándolo, Norman atravesó en hidroavión el estricto Rubicón de Cyril de las ocho décadas, siguió siendo famoso en el bar de su barrio por las anécdotas que contaba, y continuó reparando lámparas y aspiradoras para los vecinos mientras despotricaba contra los mecanismos más modernos, unas «chapuzas» concebidas para que nadie pudiese repararlas. «¡Plástico!», exclamaba desesperado ante las Dyson contemporáneas. «¡Se rompe una lengüeta y adiós cacharro!» (*Cacharro* con marcado acento de Birmingham.) Sacaba los cubos de la basura, los llevaba hasta el bordillo y después los guardaba, y con noventa y dos años aún se mantenía firme cuando discutía con Cyril sobre el nuevo primer ministro, del que se burlaba diciendo que era un tory encopetado, un «osito de peluche que comía más de la cuenta».

A Kay, dado el cariño que Cyril sentía por su exaltado padre, le resultaba curiosa la evidente ambivalencia de su marido en lo tocante a la robusta constitución de Norman. Para el hijo, esa increíble resistencia mental y física parecía casi un fastidio. Con todo, no puede decirse que Cyril y ella tuvieran motivos para que les molestara pagar el modesto salario de la cuidadora. A diferencia del resto de los de su quinta, no tenían necesidad de reservar una fortuna para el caso de que ellos mismos contribuyeran al calambre de la reina viviendo más de cien años. (A ese ritmo, la indestructible soberana pronto tendría que mandarse una tarjeta de felicitación a sí misma en cada cumpleaños.) El problema, entonces, no era la sangría de dinero; más acertado sería decir que Norman estaba cargándose la visión del mundo de Cyril. Como espécimen de los «viejos-viejos», Norman debería haber sido desgraciado, una pesada carga para las arcas públicas, alguien que muerto estaría mucho mejor . No obstante, era tan poco lo que flaqueaba que bien podría seguir así, tan pancho, y cumplir más de cien años. En ese caso, si mantenían el pacto que no habían revelado a nadie, Cyril sometería a su padre a un duelo inesperado y devastador. Kay estaba bastante

segura de que hacer sufrir a su suegro el trauma del suicidio conjunto de su único hijo y su nuera era ir demasiado lejos. Cyril podía ser un ideólogo, pero no un monstruo.

Mientras tanto, con lo poco que les quedó de los ahorros después de ayudar a sus padres, más dos generosas pensiones del NHS y las libritas que ganaba ella como interiorista por cuenta propia, Kay y Cyril se habían regalado una serie de vacaciones exóticas. Malta, Australia, Key West, Las Vegas, Japón... Más allá de ahondar con entusiasmo en los detalles de diferentes sistemas de atención sanitaria, Cyril se limitaba a soportar esas aventuras; al cabo de un par de días ya suspiraba por volver a casa (¿para hacer qué?, se preguntaba siempre Kay). Ella, en cambio, se lo pasaba en grande; no le costaba nada hacer nuevos amigos y seguía siendo una mujer ávida de novedades, ya fuesen palabras, lugares o gastronomía de aquí y allá. «¿A que soy una vieja divina?», exclamaba alegre mientras hacía girar una sombrilla en una barca que los llevaba a una isla de la costa de Queensland conocida por sus sinuosos manglares. Cyril le devolvía una sonrisa forzada y esperaba que pasase un tiempo adecuado antes de quejarse, una vez más, de su sempiterno dolor de espalda.

Por su parte, a Cyril Wilkinson la vejez empezaba a parecerle cualquier cosa menos una edad encantadora. Los años hacían la mella esperada en sus placeres: la voz se le había vuelto demasiado áspera para seguir cantando en el coro masculino; le dolían demasiado las articulaciones para seguir acompañando a Kay en sus briosas caminatas dominicales por la orilla sur del Támesis. Pero, además de su vigor, también estaba languideciendo algo más, a saber, su preocupación no solo por el estado de la sanidad pública británica, sino por si los del Partido Liberal Demócrata conseguirían apretar bastante a los conservadores en una coalición, por si Simon o su familia irían a verlos esas Navidades, e incluso por si la focaccia de Marks & Spencer de la noche anterior seguiría lo bastante fresca para una segunda cena. Sentía, y de una manera que parecía no controlar, que estaba dejando de implicarse en las cosas: en los acontecimientos, en los demás, en su propia satisfacción cotidiana...

La única cuestión en la que seguía tan interesado como siempre era el pacto que había sellado con su mujer.

Teorizaba para sí mismo que todas las épocas de la vida trazan un arco de energía característico, y el de Kay y el suyo no estaban sincronizados. Ella siempre había sido una mujer muy ocupada. Si fuese un juguete de cuerda, la llavecita de la espalda aún estaría dando vueltas a un ritmo constante; en cambio, el motor de cuerda de Cyril empezaba a andar a trompicones. De ahí que la observara con suspicacia e incluso con un punto de miedo. Habría sido inútil malgastar el tiempo que les quedaba centrándose exclusivamente en el momento en que ya no estarían juntos; tanto mejor, pues, que Kay no hiciera referencia al contrato mutuo con morbosa frecuencia. Así y todo, a Cyril le incomodaba que, en el momento en que la cuenta atrás que tenía siempre en la cabeza fuera acercándose a una sola década, su mujer pasara de apenas mencionar los planes a no mencionarlos en absoluto.

De su propia juventud, Cyril recordaba que, a los jóvenes, la incesante sucesión de Nocheviejas no les parecía nada del otro mundo, y mucho menos algo difícil de creer. El año en que uno había nacido se consideraba algo que venía dado, y los años que seguían de inmediato parecían numéricamente cercanos y totalmente probables. Los llamados *millennials*, por ejemplo, difícilmente habrían considerado inconcebible un giro aritmético de la rueda por la que habían bautizado a su generación. Aun así, para los mayores sin remedio, como Kay y Cyril, el despiadado avance del *Anno Domini* había pasado a ser un fenómeno sorprendente cuando antes era lo esperado; de sorprendente pasó a inverosímil y, después, a increíble, y así hasta que la fecha impresa en la esquina izquierda del *Guardian* se convirtió en una manifestación de lo imposible. A Cyril, vivir en 2010 le parecía una experiencia peculiar, aunque al mismo tiempo estaba convencido de que ese año solo podía pertenecer al terreno de la ciencia ficción.

Pues, como él mismo había comentado mientras tomaban aquel fatídico jerez en 1991, si los jóvenes no tenían imaginación, tampoco la tenían quienes habían alcanzado la mediana edad. Cuando Kay aceptó el mutuo acuerdo que pretendía ahorrar a la familia, a los

amigos y, más que nada, a ellos mismos la angustia y la deshonra de la senilidad extrema –y Cyril nunca la habría acusado de tomarse ese compromiso a la ligera, aun cuando, quizá, la conformidad de Kay había dejado al descubierto un elemento impulsivo–, en aquel entonces, incluso el año 2000 sonaba todavía a fecha descabellada, más propia de Arthur C. Clarke. A los cincuenta y un años, Kay seguía dominando las matemáticas elementales. Nacida en el bonito año redondo de 1940, habría calculado al instante que cumpliría ochenta en 2020, un número que le habría parecido absurdo, incomprensible, propio de un año de películas de madrugada con naves espaciales y soles agonizantes que empujaban a la especie humana a colonizar otros planetas; por tanto, está claro que debió de suponer, sin darle mayor importancia, que no llegaría nunca.

2. LA PRIMERA ÚLTIMA CENA

Se acercaba el 22 de enero de 2019, y Cyril ya no sabía qué más hacer para que su familia no montase una gran fiesta para celebrar su octogésimo cumpleaños. Con una ferocidad que pretendía cortar de raíz cualquier perspectiva de jolgorio, subrayaba su ferviente deseo de celebrar la ocasión con una cena íntima en compañía de su mujer; lo mejor era que la familia se acostumbrase a que los cumpleaños importantes del matrimonio eran asuntos íntimos. Kay y él habían acordado que, a menos que un diagnóstico o un corazón pachucho viniera a llevárselos, esperarían hasta que ella también llegase a los ochenta para cumplir su promesa. Así pues, los ochenta de Cyril eran un ensayo.

A Kay no se le escapó el ominoso simbolismo del umbral que su marido estaba a punto de cruzar, y el 22 de enero, al despertarse, adoptó una actitud lastimera y reservada. A instancias de Cyril, esa noche tenían pensado quedarse en casa y ella haría un pequeño esfuerzo, un pastel casero de carne a la cerveza y coliflor gratinada con queso. Platos sencillos pero bien preparados. Cyril prefería con mucho los clásicos británicos a las espumas de mar y las finas tiras de venado con reducción que pasaban por salsa en el elegante bodegón donde, en 2013, Simon había auspiciado la gran fiesta de sus bodas de oro. A mediodía, durante la comida, Kay sugirió que ese año tal vez podían prescindir de la tarta, pues a su edad no les convenía nada el azúcar.

–¿Y para qué? –preguntó él, nada convencido–. ¿Para prevenir qué? ¡Haz una tarta, por el amor de Dios!

En realidad no quería tarta; lo que quería era que ella dejase de hacer sacrificios para un largo plazo que se había convertido en sinónimo exacto de lo contrario. A medida que se acercaba su Día D

personal, ansiaba oír de labios de Kay algo que indicara que poco a poco iban dejando de aplicarse las reglas de antaño.

–De acuerdo, al diablo la diabetes –había dicho ella–. Pero ¿sabes que a la gente le preocupa tener un accidente de coche con los calzones sucios? No quiero que en mi lecho de muerte encuentren a una gorda.

Apenas había peligro de que ocurriese algo así. Esa noche, cuando Kay sirvió el pastel vestida con el kimono de aves del paraíso bordadas que habían comprado en Kioto, Cyril alcanzó a atisbar fugazmente a la enfermera diplomada de la que se había enamorado en el Imperial College de Londres. En cualquier caso, estaba más delgada, y la luz de las velas le suavizaba las arrugas de la frente y las marcas en la comisura de los labios. Nunca sabía a ciencia cierta si Kay parecía increíblemente más joven para su edad o si él ya no podía verla como la veían los demás. En un sentido más vital, la veía a *ella,* y no le gustaba pensar que esa esencia-asimple-vista era una forma de ofuscación. Ahora, por ejemplo, Kay tenía en el semblante ese sutil temblor que indicaba que la cantidad de pensamientos que se le pasaban por la cabeza era inversamente proporcional a la cantidad de palabras que pronunciaba.

–Me parece increíble que nunca hablemos de ello –anunció Kay, una vez sentada.

El tema al que se refería revoloteaba de tal manera sobre esa triste ocasión que llamarlo «ello» era más que suficiente. Por más que le inquietara la posibilidad de que Kay se pusiera nerviosa a la vista de la fecha oficial de caducidad –solo faltaba un año–, Cyril al menos se sentía aliviado por no tener que hablar sobre ya-sabes-qué, un asunto que en cualquier reunión de británicos había llegado a parecerse al nohablemos-de-la-guerra característico del dueño del hotel Fawlty Towers. La semana anterior, la poco convincente primera ministra del Reino Unido había sufrido la peor derrota gubernamental de la historia parlamentaria. Todo el asunto era un auténtico desastre.

–Creía que eras tú la que no quería hablar de ello –dijo Cyril.

–No es exactamente que lo esté evitando. Supongo que no sé qué decir. Para mí sigue siendo algo tan irreal... Surrealista.

Cyril sabía lo que Kay quería decir, pues a veces había sentido lo mismo, si bien ahora luchaba en silencio por poner en palabras lo absurdo de esa sensación. No había, sin duda, nada más real que lo que había permanecido oculto en su agenda, entre sombras, durante más de veintisiete años: el punto final, no precisamente secundario, a una muy larga lista de cosas que hacer. No obstante, en cierto modo era típico de su especie percibir lo descarnadamente real –lo hiperreal, por llamarlo de alguna manera, lo real como la vida misma, todo lo real que algo puede llegar a ser– como irreal, como algo más allá de lo comprensible y, por tanto, falso. La disonancia estaba al mismo nivel de la extraña compulsión de la gente por «sentirse viva» cuando, precisamente, lo está.

–¿Tú nunca has flaqueado? –añadió Kay–. ¿En tu compromiso? ¿Nunca has vacilado? ¿Nunca te lo has vuelto a pensar?

–Decir «nunca» podría ser demasiado. Siempre me criticas por ser rígido...

–Admiro la fuerza de tus convicciones. Lo que pasa es que puede resultar frustrante tratar con un hombre que piensa en blanco y negro cuando el mundo está hecho de muchos tonos de gris.

–Me temo que, por una vez, esto es blanco y negro. Algo que hacemos o no hacemos. La primera vez que lo hablamos...

–La única vez que lo hablamos, querrás decir.

–... dijiste que todos se creen una excepción y que sí, organizarán una despedida temprana y compasiva antes de someterse a lo insoportable. Y luego acaban sometiéndose a lo intolerable. Porque, si se quiere conservar el control sobre el final de la propia vida, hay que estar dispuesto a renunciar a una pequeña fracción de esa vida que no será una birria. Si no, empezamos a ir cuesta abajo, los médicos y los parientes se hacen cargo de nosotros y tendemos a perder justo la parte de nosotros que juzga y actúa. La ventana de oportunidad en la que podemos ejercer el control es muy estrecha.

–No tenemos ni idea de lo estrecha que es.

–Es verdad, no lo sabemos. Y apostamos fuerte. Pero esto no es un juego de azar como la ruleta; es una jugada calculada, más parecida al blackjack. ¿Recuerdas cuando en Las Vegas estudiamos en internet las instrucciones, que eran más o menos fiables aunque

no nos aseguraban que fuésemos a ganar si no sacábamos nunca un diecisiete duro? Trabajamos con unos parámetros bastante estrictos. No vamos a vivir trescientos años.

–Sí, todo es tan razonable que espeluzna –dijo Kay, dictando un veredicto que se fue desvaneciendo–, pero no puedo dejar de sentir cierta perplejidad cuando pienso que estoy sopesando en un estado de relativa satisfacción la idea de suicidarme. –Hizo una pausa para que calara la crudeza de esa palabra que rara vez se mencionaba–. Bueno..., eres tú el que incita a que nos dejemos de andar con pies de plomo. Así que tómate otra copa de este barolo. Es de lo mejor que hay.

A partir de ese momento, Cyril se sintió culpable. Permitirse vivir un año y dos meses más de los que concedía a su mujer le parecía hacer trampa, un robo incluso. Como ese sería el tiempo que la propia Kay descartaría –por deducción, un tiempo que no valía la pena vivir–, se vio arrastrado por el perverso impulso de hacer que su propia bonificación de catorce meses pareciera lo más desdichada posible. Exageró los ataques de ciática y a veces hacía una mueca de dolor o cojeaba en las escaleras cuando en realidad no era para tanto. (Cuando tenía unos setenta y cinco años, le habían informado de que la estenosis era operable, pero ¿para qué pasar por semejante agonía y costarle un pastón al NHS si no entraba en sus planes beneficiarse de la mejoría más que un puñado de años?) Fingía no tener apetito cuando lo cierto era que podría haberle gustado repetir. Por regla general, evitaba las expresiones de deleite.

La única circunstancia en la que Cyril era incapaz de fingir indiferencia –la única en la que ni por asomo conseguía presentar como una carga su tramo robado de vida adicional– era en la cama con Kay. Dormir con esa mujer exquisita (aun cuando a los ochenta era rara la vez, por así decir, que él estaba para mucho más) era sencillamente la gloria, como lo había sido desde la noche de bodas. Era más alto que Kay, unos centímetros que le daban la longitud

geométrica exacta que le permitía envolverle la espalda. Podía afirmar con toda sinceridad que no recordaba haber estado jamás tumbado con Kay, a su lado o entrelazado con ella, en una postura que fuese siquiera ligeramente incómoda; de hecho, era todo un lujo. Las notas terrosas del aroma natural de su esposa ofrecían un contrapunto de dulzura y la misma sutil complejidad que Kay paladeaba en el vino tinto; así pues, lo que a Cyril le gustaba más que cualquier otra cosa era apoyar una mejilla en el hombro de Kay para olerle la base del cuello, el lugar del que emanaba ese perfume embriagador. Kay no roncaba, pero tenía la entrañable costumbre de hablar en sueños, un hábito que contribuía a que los movimientos y la realineación de sus cuerpos durante la noche parecieran una forma de conversación. Dormían mejor en invierno, y las horas de sueño eran lo mejor de la estación (comparadas con esas noches, a la mierda las Navidades), cuando bajaban el termostato a doce grados y usaban doble edredón, el aire limpio y frío en los pulmones, los cuerpos calentándose con una indolencia tal que dormir parecía casi un acto delictivo. Un empeine fuera del edredón se deslizaba por la pantorrilla de Cyril y era tonificante; una mano calentita debajo de la almohada le envolvía un lado del cuello y lo hacía sentirse no solo seguro y querido, sino también más profunda y absolutamente presente en cada momento palpitante de su vida de lo que se sentía jamás durante el día. En efecto, el descanso nocturno se componía de una secuencia de éxtasis que iba acelerándose: desde un *glissando* descendente hasta el espeso baño de fango marrón del sueño profundo y un despertar temprano entrañable y sereno, un retorno a la conciencia tan limpio, suave y reconfortante como esos ascensores acristalados superveloces de los atrios de los rascacielos modernos, desde los que se puede contemplar cómo empequeñecen las plantas del vestíbulo a medida que uno sube al piso ochenta y nueve con la sensación de que se le taponan los oídos. El único aspecto de la jubilación que apreciaba por encima de todo lo demás era la oportunidad de quedarse remoloneando en la cama; haber tenido que renunciar a esos momentos durante su vida activa era, para él, el diezmo más costoso y personal pagado a su empleador, el NHS. Por eso era por las

mañanas cuando, como quien se balancea perezosamente en una barca en el mar llevado por lánguidas olas que oscilaban entre el despertar y el quedarse dormido, más dudaba sobre su pacto. La perspectiva de no volver a descansar jamás en brazos de su mujer en la cama bastaba para hacerle llorar, al igual que descansar en sus brazos casi lo hacía llorar también. De placer.

A medida que avanzaba 2019, Kay se angustiaba cada vez más cuando tenía que elegir entre pasar una noche con uno de sus hijos, tomar una copa con Glenda, su amiga de toda la vida, o cenar en casa con Cyril; el ritual tantas veces repetido de trocear la verdura, poner la mesa, encender las velas, alargar la sobremesa y limpiar hasta dejarlo todo como una patena se había vuelto de repente tan valioso como las ocasiones festivas oficiales. El día de su graduación en Kingston, por ejemplo. La verdad era que empezaba a sentir pánico. Esas prisas, esa aceleración, ese vértigo que la empujaban a aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba le recordaban a uno de esos programas de telerrealidad, todos de bajo presupuesto, en que sueltan a los concursantes en un supermercado para que metan en un carro, en veinte minutos, todos los artículos caros que consigan pillar. Y así era. Kay iba taconeando por los pasillos con una rueda rota mientras trataba de no olvidarse de los piñones y la vainilla.

¿Qué era lo más desconcertante? A decir verdad, no había cambiado nada. Si Cyril y ella decidían o no la fecha final exacta o si la dejaban al azar, su vida seguía estando condenada a terminar al cabo de un número contable de noches. Por consiguiente, todas y cada una de esas noches habían sido tan importantes como cualquier otra, y cada momento tan importante como los trescientos sesenta y cinco días, de repente tan preciados, que parecían quedar a partir del día en que había cumplido setenta y nueve. Lo peculiar, entonces, no era angustiarse por lo que había que hacer el martes,

sino la caprichosa despreocupación con la que hasta entonces había planificado todos los demás martes.

Esa extraña y creciente histeria, que demasiado a menudo se traducía en parálisis, no se limitaba a qué hacer con sus noches. Empezaba a leer *The Week*, revista a la que llevaban muchos años suscritos, y caía presa de la confusión, preguntándose por qué leía un resumen de siete días que ya habían pasado. Kay ya no conseguía identificar por qué debía importarle un pito la inflación disparada en Irán. Supongamos que por una vez se tomara en serio la proposición de Cyril (cosa que, si era sincera consigo misma, casi nunca –o nunca– hacía...; en realidad no se tomaba para nada en serio ese ridículo plan, y eso era inquietante, ¿no?, quizá incluso aciago). Era de suponer que nada de lo que ocurriese después de finales de marzo de 2020 en cualquier parte del mundo –no solo en Oriente Medio, sino también en Gran Bretaña, en Londres, en Lambeth, en casa de sus vecinos los Samson, en su propia casa– tendría la menor importancia en su vida. ¿Qué vida? La idea era que no hubiese una vida en la que algo pudiese tener importancia. Por lo tanto, ¿contenía *The Week* un solo artículo que debiera atraer su atención, tan escasa y terminal que la aterraba? Y, si nada de esa revista merecía ahora su tiempo, ¿lo había merecido alguna vez?

No era únicamente *The Week*. No sabía bien por qué había tardado tanto, pero por fin empezaba a intuir que el *Guardian* y las noticias de las diez de la BBC mentían –y no con las *fake news* tan de moda ahora–. Que ella supiera, la mayor parte de las noticias eran bastante ciertas, y confiaba ciegamente en que los informadores fueran sinceros en su búsqueda de lo que creían digno del interés público. Así y todo, tenía la impresión de que la habían engañado. Parecía que ninguno de esos periodistas cubría lo importante. Lo que importaba estaba lejos de ser evidente, pero ella estaba cada vez más segura de que lo esencial, fuera lo que fuese, no tenía que ver con negociaciones comerciales sobre pollos clorados, ministros de Exteriores en la sombra o los acuerdos de divorcio de los superricos.

Esa crisis de... de valores, de qué hacer con su vida ahora que no la tenía o no la tendría dentro de muy poco (la crisis misma era un

desperdicio: más tiempo, del escaso que le quedaba, malgastado en nervios y confusión), tocó techo con la única cuestión que había sido el centro de un grado desmesurado de emoción durante esos últimos tres años. Si bien ese ardiente interés tenía alcance nacional –no: mundial–, para Kay constituía también una obsesión privada. El hecho de que, por regla general, sus sentimientos fueran secretos solo los hacía más intensos. Sin embargo, a medida que su inminente despedida privada reflejaba de un modo inquietante la aproximación de una más amplia y pública –nos quedamos/nos vamos–, Kay pareció partirse en dos. La Kay de siempre seguía hasta el último giro de la contienda enfrascada en las noticias como quien mira uno de los *thrillers* de la saga *Bourne*. Cada medio de comunicación, cada discusión en una cena, cada intercambio bronco en Facebook alimentaban la versión de los acontecimientos según la cual ese *impasse* constituía la coyuntura histórica más importante desde la Segunda Guerra Mundial. Tenía que ver con la alineación de las grandes potencias y con el alma de su nación. Tan exhaustivo y agotador había llegado a ser el debate en 2019 que la mayor parte de sus compatriotas afirmaban estar completamente quemados, y tan hartos, tan hasta las cejas de todo ese asunto, que deseaban hablar de cualquier cosa *menos de eso*. No obstante, esas mismas personas empleaban esa declaración de hastío como prefacio para pontificar durante horas sobre lo que en apariencia no soportaban ni siquiera mencionar. Estaban los que sostenían que tal o cual resultado equivaldría a la prueba definitiva para la democracia: el triunfo de la democracia, la muerte de la democracia o los fallos de la democracia; pero, en cualquier caso, la palabra *democracia* circulaba en ambos bandos con esa frecuencia que consigue que uno se maree un poco pensando qué significa.

Luego estaba la otra Kay, una Kay nueva; le habría gustado tener más tiempo para conocerla mejor. A esa Kay le importaba un rábano la «democracia», en uno u otro sentido. Esa nueva Kay susurraba, sediciosa, que, se resolviera como se resolviese, no había mejor ejemplo de auténtica insignificancia que el Brexit.

Así pues, Kay Wilkinson se despertó el día de su cumpleaños –¡setenta y nueve!– en un estado extrañamente esquizoide. Por mera

coincidencia, había nacido un 29 de marzo, la misma fecha en que desde hacía dos años estaba previsto que el Reino Unido saliera oficialmente de la Unión Europea. Una semana antes, el país, inmerso en una considerable sensación de anticlímax, aún seguía dentro de la UE. Como las dos Kays no se ponían de acuerdo, ella no sabía a ciencia cierta si estaba contenta, triste o si le daba todo igual.

–Bueno, supongo que estás tan aliviada como yo –dijo Cyril. La había llevado a un pequeño bistró del barrio. Por alguna extraña razón, a Kay le resultó vagamente descorazonador que él pidiera pollo–. Aunque un miserable aplazamiento de dos semanas no es algo que consuele mucho.

–Ya verás que vuelven a retrasar la fecha –dijo ella con poco entusiasmo. Había coqueteado con la idea de hacer una confesión esa noche (¿qué podía perder cuando solo faltaba un año?), pero al final decidió no decir nada. Se suponía que ese era su último año de vida y no quería estropearlo con reproches y castigos.

–Es probable –convino él–. Ese proyecto de ley es una mierda y no me imagino que se apruebe en este Parlamento ni a la tercera. Theresa May es una incompetente, pero al menos en el fondo de su alma está a favor de quedarse. Y eso empieza a notarse. –Su marido hablaba con la certidumbre de siempre. No había dos Cyrils. Desde el referéndum vivía cabreado con la desconcertante tentativa de «suicidio nacional» de sus estúpidos compatriotas. Que el Reino Unido se quitase la vida era una atrocidad; que ellos dos hicieran lo mismo era un acto de generosidad social.

–Ya sabes, ha sido un poco anómalo... –Ya nadie usaba *esa* palabra para decir «raro», pero uno de los pocos placeres de vivir en el corredor de la muerte era estar liberado de las tiranías lingüísticas del momento–. Ver a la gente discutir a voz en cuello todo el día sobre si «irse» o «quedarse»..., como si debatieran sobre nuestro dilema personal.

–¿Desde cuándo estamos ante un dilema? –repuso Cyril–. Tomamos una decisión y nos ceñimos a ella. Pero, en lo del Brexit –siguió diciendo, pronunciando con disgusto el pestilente neologismo–, las apuestas no se han cerrado todavía. Cada día es

más probable que se convoque un segundo referéndum. Es la única manera de salir de este punto muerto, y, la próxima vez, esos neandertales, esos cavernícolas no nos coaccionarán a palazos por ser unos británicos civilizados. Si a Polly Toynbee le dieron tantos palos fue por sacar a la luz sin ningún adorno los datos demográficos. Ya han muerto no sé cuántos ancianos confusos que votaron a favor en 2016; en cambio, ahora hay más jóvenes progresistas en edad de votar, o sea que, si se vuelve a convocar un referéndum, los contrarios al Brexit ganaríamos por goleada. El jaleo que se armó por la columna de Toynbee fue de locos, como si ella deseara que muriesen todos los votantes viejos o se alegrase de que hubiesen muerto...

–Por su razonamiento, y también por sus conveniencias electorales, creo que sí se alegraba.

–Lo único que importa es que, desde el punto de vista estadístico, Toynbee tenía razón. Mira mi padre. No lo celebro, claro, pero ese es un aspecto positivo de nuestra pérdida: no puede volver a votar a favor de semejante estupidez.

Dos años antes, la muerte de Norman a los noventa y nueve años había entristecido a Kay por partida doble. Su suegro le caía bien, y no meramente como Prueba A de una vejez lúcida y desbordante de vitalidad. (Se había caído de una escalera y se había roto la cadera; después, el deterioro fue rápido. La manera perfecta de marcharse, podando un magnolio que se había ido en vicio.) Sin embargo, también había valorado el modo en que esa longevidad complicaba la consumación del pacto de 1991. Si ella tenía razón, si Cyril nunca llegaba a perder a su padre, que Norman siguiera vivo parecía en cierto modo una póliza de vida. Pero ahora de repente la póliza había quedado anulada.

–Espero que no malgastarais vuestros últimos meses juntos peleándoos por lo de la UE –dijo Kay y pidió por señas, por *tercera* vez, que les sirvieran más pan. A lo largo de, digamos, la última década, Cyril y ella parecían invisibles en los restaurantes–. Dime la verdad, ¿es así como vamos a pasar también mi cumpleaños? ¿Hablando del Brexit? Porque, por si necesitas que te lo recuerden,

dentro de exactamente un año a partir de hoy tampoco vamos a votar ningún segundo referéndum.

–Entonces más vale que los del movimiento People's Vote se pongan en marcha pronto.

–Pero ¿no significa... nada para ti... lo mucho que aún parece importarte? –dijo Kay, midiendo sus palabras–. ¿La vehemencia con que sigues estando a favor de quedarnos en la UE? Este interés tuyo, desde 2016... No quería decir nada que te hiciera sentirte peor, pero hubo una temporada en que te pusiste pesado, irritable... Siempre de mal humor. Cascarrabias, como un viejo de verdad. Intentabas seguirme la corriente, pero desde el principio de las vacaciones se veía a la legua que contabas los días que faltaban para volver a casa. Parecías estar perdiendo interés por todo. El iPad nuevo que te regaló Simon, ni lo tocaste durante casi un año hasta que te di la lata para que aprendieras a usarlo, y la verdad es que lo único que tenías que hacer era encenderlo. Si hasta empezaste a dejar el *Guardian* por la mitad. Ya puedes despotricar todo lo que quieras, pero ese referéndum te ayudó a revivir. Recuperaste la energía de antes, como si estuvieras más cerca de los sesenta que de los ochenta. Incluso tu voz suena ahora más fuerte. Te has pasado años encerrado en casa, dejaste de acompañarme cuando salía a pasear, pero el sábado pasado nada te impidió ir a Parliament Square a esa manifestación multitudinaria a favor de seguir en la Unión Europea. Sinceramente, con la espalda como la tienes, me preocupaba que acabaras arrollado por el gentío.

Cyril partió con furia el último panecillo.

–La furia es un tónico.

–Solo estoy diciendo que... Ahora estás tan metido, tan decidido a contribuir personalmente a revertir la situación... Y ni siquiera esperas tener que soportar las consecuencias.

–Desembucha ya, chica.

–Es que... ¡no pareces ni mucho menos un hombre dispuesto a decirle adiós a la vida!

–¡Bueno! Supongo que del todo no. Como has dicho, nos queda un año entero, si Dios quiere, e intentaré aprovecharlo bien. Lo que quiero es que vayamos al encuentro de nuestro creador después de

haber contribuido a que este país vuelva a estar en buenas relaciones con la Unión Europea, una alianza que es uno de los mayores logros históricos del mundo occidental. Hablando de lo cual, he estado mirando las cuentas corrientes y ya hemos sobrepasado un poco la cantidad que nos propusimos gastar. Hice un donativo importante a la campaña del People's Vote. Todavía nos queda lo suficiente para cubrir los gastos básicos de los próximos doce meses.

Por fin llegó la camarera –sin pan– y sirvió con descuido la última mitad de la botella de cabernet, esperando, tal vez, que los ancianitos se la acabasen sin darse cuenta y pidieran otra.

Dispuesto a ser complaciente, Cyril alzó su copa y brindó.

–Feliz cumpleaños, *bab*. Tengo que decir que me encanta poder celebrar dos acontecimientos alegres en uno, el nacimiento de tu hermosa persona y una extensión del Artículo 50.

–Ha sido extraño oír a los locutores referirse sin cesar al «29 de marzo». Como si Radio 4 me estuviese preparando una fiesta sorpresa.

–Grábate bien estas palabras: este es el principio del fin de esos imbéciles que apoyan el Brexit.

Sonó otra vez mucho más joven que un octogenario; estaba tan animado esa noche que tal vez sí pedirían otra botella. Sí. O al menos un oporto.

–¿Alguna vez piensas en cambiar *nuestra* fecha de salida? –sugirió Kay con malicia–. ¿Aunque solo fuera un poquito?... En general, de salud seguimos bastante bien, y ninguno de los dos ha metido las toallas en el horno.

–Eso que dices es peligroso, *bab*. ¡Apostasía! –exclamó Cyril, medio en broma, medio en serio.

En efecto, era peligroso, y también tenía razón cuando decía que haber postergado en el último minuto la supuesta fecha inamovible del Brexit era una decisión fatal para todo el proyecto. En cuanto uno pospone lo que está escrito en piedra, el texto pasa a estar escrito en el agua. Durante el caos que siguió al referéndum, algo de la intimidante insistencia de la primera ministra en que «Brexit quiere decir Brexit», una afirmación huera que hizo suya el grupo de presión Leave Means Leave, le había recordado a Kay el lema de su

marido, implícito e igualmente intransigente: «Ochenta quiere decir ochenta». Durante algo más de dos años, a Theresa May, que no se cansaba de repetir su monótono mantra, el tiro –aunque sutilmente– le había salido por la culata. Evidente como todas las tautologías, el eslogan había introducido un elemento de inseguridad que, como demostraba el aplazamiento al 12 de abril aprobado por la Unión la semana anterior, tenía su razón de ser. Puesto que no hacía falta decir que Brexit significaba Brexit, ya que debería haber sido algo obvio –aunque no lo era, y no podía serlo si hacía falta decirlo *todo el tiempo*–, era posible que, después de todo, Brexit no significara Brexit. Así pues, lo que no iba a suceder esa noche introduciría un rayo de esperanza; quizá la salida personal de Kay también podía aplazarse. Una sola moratoria haría que toda la proposición pudiera renegociarse, porque entonces tampoco se respetaría el plazo inamovible de Cyril, que entraría en punto muerto (término que tenía su gracia en este caso). Pues ¿qué era lo que tenía que pasar sí o sí antes del 12 de abril? Volvería a prorrogarse el artículo 50. Y, por inferencia, si el límite arbitrario de Cyril alguna vez se movía siquiera un día o dos, los ochenta podrían llegar a ser ochenta y uno, que a su vez podrían llegar a ser noventa y tres y medio. Por eso el bando de los que querían irse estaba tan hecho polvo ese día, y por eso también, dejando de lado las simpatías políticas de Kay, ella más bien se alegraba. Lo que puede postergarse una vez puede postergarse indefinidamente.

Como su salmón estaba seco, Kay, para resarcirse, pidió un oporto. En realidad, pidió dos, y a las once y veinticinco de la noche los vejestorios sentados en la banqueta del rincón cerraron el tugurio. Al fin y al cabo, Cyril había dicho que la sugerencia de su mujer –seguir vivos solo un poquito más– era «apostasía». Por tanto, siempre y cuando no trastabillara fatalmente de camino a casa, achispada como iba, ese era el último cumpleaños que podía estar segura de que viviría hasta el final.

Decir que el año siguiente pasó rápido sería quedarse corto.

Kay sabía perfectamente que, a pesar de los efectos rejuvenecedores de la indignación de los contrarios al Brexit, Cyril exageraba sus achaques. La espalda le dolía, y con razón, pero era él quien se había negado a operarse. Olvidaba a menudo los audífonos, y a propósito. Hacer que Kay repitiera cuatro veces «¿Quieres otra tostada?» conseguía que su compañía resultara aún más geriátrica. Créase o no, todavía estaba bastante dinámico. (Es curioso que, por convención, un adjetivo que significa «ágil» se use exclusivamente para las personas mayores. Lo había buscado una vez en el diccionario, y la definición estricta no tenía absolutamente nada que ver con el imposible no parar quietos de los carcamales.) No obstante, Cyril se hundía en su sillón a propósito cuando leía, y también a propósito se quedaba rezagado cuando caminaban por la acera; vocalizaba aposta las molestias pasajeras con gruñidos y gritos de abatimiento aunque de joven se hubiese comportado estoicamente cuando se dio un buen golpe en el dedo gordo. A veces, aunque nada le impedía hacerlo solo, pedía a uno de los chicos que le echara una mano con tareas pesadas, como apilar los muebles del jardín en el cobertizo de las herramientas cuando llegaba el otoño.

Por cada acción, una reacción igual y contraria. Kay aguantaba con un rictus tan rígido que a duras penas podría haber bebido usando una pajita. A decir verdad, en el hombro derecho tenía ahora un dolor insoportable cada vez que levantaba el brazo en un ángulo superior a cuarenta y cinco grados, pero solo tomaba discretas sobredosis de ibuprofeno cuando Cyril no la veía. La torturaban sin cesar unos calambres nocturnos en las piernas, e intentaba remediarlos caminando en silencio por el dormitorio después de salir de debajo de las sábanas sin despertar a su marido. Las articulaciones y la espina dorsal emitían una cacofonía de ruidos siniestros; pero como los crujidos y reventones internos no eran audibles para los demás, dejaba que el anuncio de Rice Krispies emitiera su bucle continuo sin inmutarse. La artritis –en los dedos de los pies, para más inri– se había vuelto tan dolorosa que un paseo dominical por la orilla sur del Támesis había llegado a ser, más que

una excursión reparadora, una dura disciplina; de ahí que se hubiese acostumbrado a hacer tiempo, a la vuelta, tomando un café, para no reconocer ante Cyril que había reducido a la mitad la distancia de costumbre. También le ocultaba el preocupante veredicto de su médico de cabecera –hipertensión– y escondía la medicación en un frasco que antes contenía antiácidos. Así, aunque padecía los mismos achaques que cualquier otro ser humano al borde de los ochenta, a ojos de todos Kay Wilkinson era un modelo de funcionalidad. (Era *dinámica*.) Se negaba a presentarse ante su marido –«ese asesino»– como una tartana que chupaba litros y más litros de gasolina y con miles de kilómetros encima, necesitada de tantas piezas de recambio que, más que conservarla y repararla, salía más a cuenta llevarla a la chatarra y comprarse un coche nuevo.

Los meses pasaban volando y ella se sentía cada vez más disociada. A esas alturas, la escisión en dos Kays ya parecía permanente y se había acostumbrado a contemplarse desde una buena distancia, como si estuviera ensayando para estar muerta. No es nada extraño quedarse en blanco mirando la nevera sin saber lo que se está buscando, sea lo que sea, pero Kay no miraba de esa manera, sino fijamente, pues sabía muy bien lo que buscaba: la caja negra de la jabonera, al fondo a la izquierda, donde nunca se acumulaban los restos de comida que sí iban llenando los otros estantes. Cuando se daba cuenta, se preguntaba si Cyril se ocupaba religiosamente de vaciarla cuando ella iba a hacer la compra. El rectángulo parecía devolverle la mirada con cierto recochineo: un objeto tan pequeño y, sin embargo, más poderoso que sus dueños, a los que se disponía a aniquilar dentro de... ¿ciento ochenta y cuatro días? No, la cuenta atrás era implacable; ahora solo faltaban ciento ochenta y tres.

A esas alturas, la sensación de pánico era imparable. ¿Valía la pena comprar en Amazon, con la valiosa moneda de su vida, un documental sobre biodiversidad cuando ya no iba a estar presente para llorar la extinción del mono araña de cara blanca? Probablemente no. Aunque incluso a su avanzada edad había seguido aceptando trabajitos de decoración de interiores, la mayoría

para amigos, tuvo que dejar a medias la reforma de la planta baja de Glenda –no sin cierto coste para la amistad que las unía– debido a una inesperada y frenética impaciencia a la hora de decidir entre pomos y tiradores para los cajones de la nueva isla de la cocina. ¿Decidir si los accesorios debían ser relucientes y modernos o tener un toque victoriano era realmente la manera en que quería pasar su último año en esta tierra? No, no, no. Sin embargo, en cuanto examinaba con rigor una actividad dada, sin importar la que fuese, ni una sola conseguía pasar la prueba. La respuesta a qué actividades merecían de verdad su tiempo era: absolutamente ninguna.

Mientras tanto, Cyril se zambulló de cabeza en la campaña a favor de un segundo referéndum y se puso a repartir panfletos y soltar diatribas en las mismas redes sociales a las que solía calificar, con desprecio, de ruido de fondo. Ayudó a organizar una petición de la British Medical Association en contra de posibles restricciones o aranceles a los medicamentos importados de Europa, con los peligros que eso podía acarrear a los pacientes del NHS. Las siguientes donaciones a la campaña de People's Vote hicieron mella en el presupuesto del matrimonio, aunque ese dinero solo tuviera que alcanzar hasta marzo del año siguiente, y obligaron a Kay a economizar durante un periodo en que lo sensato habría sido atiborrarse de salmón ahumado, huevos de codorniz y coñac. Cyril llegó a sentir un odio desmesurado por Boris Johnson, al que siempre había tildado de oportunista desgreñado y político de poca monta, y al que, en cuanto ese impresentable tory pro-Brexit llegó a primer ministro, elevó a la categoría de demagogo diabólico y difamador (una aliteración que podía calificarse claramente de «boris-ismo»). Ese octubre participó en otra marcha de People's Vote, la que desembocó en Parliament Square; se dijo que habían asistido un millón de manifestantes, pero la cifra era dudosa.

Por su parte, Kay se había vuelto tan apática ante el interminable compás de espera legislativo que era mejor no incordiarla con teorías absurdas sobre si la «prórroga» parlamentaria era o no «justiciable» y si era o no «ilícita», cosa que, por alguna razón, no era lo mismo que «ilegal». ¡Por favor! En comparación, decidir por

tal o cual accesorio de cocina no podía ser más fascinante. La dejaba perpleja ver a su marido dedicarse en cuerpo y alma a la campaña encaminada a darle la vuelta a ese estúpido referéndum. Para Kay y Cyril Wilkinson, la posibilidad de que el Reino Unido siguiera siendo miembro de la Unión Europea –o de la OTAN, de Naciones Unidas o de la Commonwealth– era idéntica a la posibilidad de que el país participara en Eurovisión. Estaban planeando *suicidarse* dentro de unos meses y, cuando llegara ese momento, ya no habría ni UE ni OTAN ni Naciones Unidas ni Commonwealth, ni tampoco Eurovisión. Ni siquiera habría Reino Unido. Tampoco urracas, cielos azules ni de ningún otro color, huevos de codorniz, mejores amigas ofendidas... Ni ciberespacio, ni botas de lluvia, ni ácaros del polvo, ni cupones de descuento de seis libras de Tesco por una compra de cuarenta antes del 7 de noviembre de 2019, ni eccemas del cuero cabelludo, ni conceptos difíciles de entender como *populismo*, ni un color llamado *naranja tostado*, ni palabras como *fariseo* sobre cuya definición Kay nunca se había aclarado del todo, ni una emoción llamada *efervescencia* –y no solo la palabra para designarla, pues tampoco existiría ya esa sensación de alegría explosiva–. No habría *instituciones supranacionales*, ni los nombres de ellas, ni los hombres altaneros que las dirigían y ganaban un dineral. No quedarían ni las ideas de esas instituciones, ni sus acrónimos ni sus cuentas sin auditar. No habría ni democracias ni parlamentos, prorrogados o sin prorrogar. En una palabra, ya no habría ni Kay ni Cyril y, en consecuencia, desaparecerían todos esos trocitos que se combinaban para formar el universo que percibían. Kay tenía la impresión de que Cyril no acababa de *captarlo*.

Ella se esforzó por entenderlo hasta que al final concluyó que, para su marido, la lucha a muerte del Reino Unido por el Brexit, nada menos, era una distracción impagable para no pensar en su propia lucha. Cyril se parecía a su nieto más irresponsable, que se encerraba en su cuarto con videojuegos cuando tenía que redactar un comentario de texto sobre *Cumbres borrascosas.* De repente, Cyril se aferró a la crisis política como un sustituto de todo lo que había prometido dejar al cabo de poco, a saber, las pasiones arbitrarias, transitorias e irracionales de los seres humanos. A ella la

exasperaba la falta de perspectiva histórica de Cyril (Inglaterra, como nación, había durado mil años, y solo durante cuarenta y seis había sido miembro de la UE), pero era obvio que lo último que a él le interesaba era el sentido de la perspectiva. El Brexit resultaba emocionante por ser la obsesión del momento, y ese embrollo se había convertido en su manera de anclarse al presente, al que se aferraba sin pensar como quien se agarra a una tabla de salvación. «Desprenderse», como dijo el día que cumplió setenta y nueve, del tema que por entonces tanto absorbía a sus vecinos significaba también desprenderse de todo lo demás. Si Cyril se había implicado tanto en la polémica del momento –que, pasados cincuenta años, por no decir dos o tres, muy bien podría parecer una nimiedadera porque había llegado a equivaler a la implicación en sí.

Deliberadamente, al principio, ese otoño Kay empezó a planificar el funeral. Puesto que Cyril no era el único desesperado por tener algo a lo que aferrarse, el proyecto no tardó en convertirse en una pasión devoradora. Peinó volúmenes enteros de poesía, buscando en concreto unos versos que de pequeña le habían pedido que se aprendiese de memoria en la escuela: «Margaret, ¿acaso lloras / al ver de Goldengrove los árboles sin hojas?... Para ver lo fatal hemos nacido, / y es por eso, Margaret, por lo que lloras». Aunque el nombre, Margaret, no pintaba nada ahí y podía confundir a los asistentes, y el tono del poema era un punto taciturno. No se cansó de oír en Spotify listas de reproducción de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando Cyril y ella, cumplida ya la mayoría de edad, se casaron –Roy Orbison, Shirley Bassey, los Everly Brothers, Tommy Bruce and the Bruisers–; a veces, hasta los temas más tontos, como «Itsy Bitsy Teeny Weeny Yellow Polka Dot Bikini», podían hacerla llorar de nostalgia. Hojeó metódicamente un himnario de la Iglesia de Inglaterra pensando que los feligreses más tradicionales apreciarían con respeto su estremecedora selección. Tras dedicar un largo rato a la extensa colección de fotografías de la familia, que Hayley se había prestado gentilmente a digitalizar, buscó una foto apropiada para la carátula del programa, y tal vez también para aumentarla y colocarla en un caballete delante del altar. Debatiéndose entre usar una toma en la que aparecieran los niños o

una más romántica de ellos dos solos, también se planteó la cuestión de si escoger una reciente (léase, deprimente) o una más antigua que plasmase la belleza de su juventud. (El día que compraron la casa de Lambeth, a Cyril se lo veía triunfante enseñando la escritura en los escalones de la entrada. Con una punzada, Kay reconoció el elegante vestido con cuello asimétrico de cuadros que, embarazada de cuatro meses de Hayley, por poco no había podido ponerse. ¿Qué había sido de ese vestido?) Para el programa de la ceremonia creó una hoja de Excel en la que asignó el lugar en que la penúltima nieta podría manifestar su dolor por la pérdida de los abuelos y, al mismo tiempo, demostrar su talento para la viola.

Kay dedicó horas y horas a redactar su despedida desde el más allá, con cuidado de no olvidar a nadie, y, por tanto, escribiendo un pasaje personalizado dirigido no solo a sus tres hijos y sus respectivos, sino también a cada uno de los cinco nietos, a los primos que aún vivían, a su hermano Percy y a su marido, a los hijos de Percy y su exmujer, y a cuatro de sus amigos más íntimos. Después, preocupada por si Charlotte se ofendía, decidió que fueran los cinco más íntimos.

A continuación se puso a explicar por escrito por qué Cyril y ella habían decidido quitarse la vida cuando todavía se encontraban bien física y mentalmente, intentando hacer justicia al razonamiento de su marido, que pensaba que, para controlar la propia vejez, uno tenía que sacrificar una pequeña parte de vida que no fuese «una birria». Kay sostenía que la sociedad occidental parecía fomentar la longevidad a toda costa aun cuando una vida más corta, pero vibrante hasta el final, era sin duda mucho más deseable que malograr una existencia provechosa con un deterioro prolongado. Escribió sobre su padre y sobre lo doloroso que había sido que su memoria acabase borrada por la figura de un lunático violento y paranoico, y recordó a su madre, víctima de un deterioro que, aunque menos agresivo, había convertido a una mujer sensible e inteligente en la invitada insulsa e insoportablemente educada de un té interminable. Se demoró escribiendo sobre la sanidad pública británica, buscando las estadísticas en internet y explicando a familia

y amigos lo tremendo que había sido el aumento del número de pacientes ancianos y frágiles para un sistema al que Cyril y ella habían dedicado la mayor parte de su vida activa.

Por desgracia, y por enriquecedora que la redacción de esos textos resultara para ella personalmente, cuando terminó, el discurso sumaba treinta y una páginas, que llevarían (lo cronometró) noventa y dos minutos de lectura, y eso antes de un solo interludio musical o una oración fúnebre. La exégesis de los motivos de ambos que quería incluir en el boletín también llegó a tener la extensión de un libro pequeño, y solo el coste de la impresión sería desorbitado; no quería que los chicos cargasen con gastos muy altos, sobre todo después de que descubrieran que de la mejor parte del «patrimonio» de los padres ya no quedaba nada, y que, aparte de los fondos simbólicos para los nietos, no habría herencia. Lo peor de todo fue que, al releer lo que había escrito, se dio cuenta de que su mensaje podía interpretarse (mal) como un castigo a los miopes y egoístas que escogiesen aguantar más allá de los ochenta. El ensayo parecía apuntar a que los «viejos-viejos» se sintieran literalmente culpables de seguir viviendo. Sus palabras intimidaban, sonaban insensibles y fanáticas, y el tono solo alcanzaba notas de sinceridad en un puñado de nostálgicos apartes.

Al menos una de las ventajas de marcharse pronto era, tal vez, llenar una cantidad considerable de reclinatorios en San Marcos. No todos sus amigos habían muerto, y los miembros de la familia extensa eran legión. Muchos pacientes agradecidos recordarían a su médico de cabecera de toda la vida. Kay seguía recibiendo felicitaciones navideñas de enfermos de osteoporosis y pacientes con problemas de tiroides a los que había controlado la medicación en el Saint Thomas. Y luego estaban todos los clientes satisfechos cuya vida ella había alegrado mejorando la estética de sus ventanas. También podía invitar a los miembros del coro de ancianos de Cyril y a los parlanchines propietarios, como ellos, de la asociación de vecinos del barrio. Es más, durante la campaña de People's Vote, Cyril había hecho un montón de nuevos contactos. Al final, confeccionar la lista de invitados –un trabajo que les ahorraría a los chicos un dolor de cabeza, sobre todo porque Kay, siempre servicial,

pensaba incluir las direcciones postales y electrónicas– fue gratificante. El matrimonio había tenido una vida plena y útil.

Puede que para ella el proyecto fuera apasionante, pero que Cyril también participara en la planificación del funeral era difícil y frustrante, sobre todo después de que el Parlamento por fin accediera a celebrar elecciones generales el 12 de diciembre. Cualquier cosa que no tuviese nada que ver con derrotar a Boris y a sus imbéciles esbirros pro-Brexit no conseguía atraer la atención de su marido ni dos minutos.

–Dime una cosa –le preguntó Kay, tanteando el terreno–. ¿Te gusta «I Wanna Go Home», de Lonnie Donegan, a manera de himno? ¿O preferirías «Save the Last Dance for Me», de los Drifters?

Cyril siguió entrando febrilmente en Twitter, bajo cuya sosegadora influencia había llegado a convencerse de que Boris no solo se encaminaba hacia una ignominiosa pérdida de escaños, sino que los laboristas tenían una seria oportunidad de alcanzar una mayoría apropiada.

–También me he preguntado si sería una exageración invitar a nuestro dentista –añadió Kay–. No tengo la dirección de su casa, pero imagino que desde la consulta de antes le enviarían el tarjetón.

Y Cyril no sabe, no contesta.

–Además, y perdona que te dé la lata, a mí no me vale con despedirme de *toda* la familia y que después tú no dejes ni un triste adiós. Sabes que a los chicos les dolería. ¿Cuándo piensas ponerte a escribir algo? No tiene por qué ser excesivamente largo, pero sí personal...

Al final, Cyril cerró el iPad.

–Oye, llevas no sé cuántas semanas preocupándote por ese funeral. Y me temo que has olvidado un detalle importante: nosotros no vamos a estar allí.

La noche del 12 de diciembre, los Wilkinson cenaron temprano y fregaron los platos a toda prisa. Tras encender el televisor, Cyril se

instaló en su sillón de siempre con una botella ceremonial de cerveza y un alegre bol de cacahuetes con sabor a barbacoa.

–Aunque sea un Parlamento sin mayoría absoluta –anunció encantado–, los laboristas y el Partido Nacional Escocés tendrán diputados más que suficientes para formar Gobierno, y eso, para el Brexit, es el final.

A las diez de la noche, las conocidas campanadas de Westminster dieron la hora en la BBC One. Sentado delante de una antigua fotografía del Big Ben sin los andamios, el presentador anunció muy serio los resultados del sondeo a pie de urna que había realizado la cadena, siempre fiable. Los tories obtendrían una mayoría de ochenta escaños.

A Cyril se le fue el color de la cara. Se hundió en el sillón y se le aflojaron las piernas. Parecía tener más edad de la que en realidad tenía. Que su botella estuviera llena de cerveza *amarga* parecía horriblemente adecuado.

Porque el futuro inmediato era una conclusión previsible. No habría un segundo referéndum. Hasta el último candidato conservador había prometido apoyar el proyecto de ley retocado para la salida de la UE que había promovido Boris, que ahora se pasearía por el Parlamento como uno más de los muchos murciélagos del destartalado edificio. El Reino Unido saldría de la Unión Europea a las once de la noche del 31 de enero. No habría más prórrogas, y tampoco se podría recurrir. Los que estaban a favor de quedarse habían perdido. Kay se sintió inclinada a tomar como una profecía la sobrecogedora irrevocabilidad del momento. Existía algo llamado *plazo*, y ya no se podía cambiar; era un plazo que vencía de verdad.

A partir de esa noche, Cyril fue un muerto en vida. Su dependencia de ese drama político aparentemente interminable había rozado lo químico. Kay recordó la película *Despertares,* en la que a los pacientes en coma les administran un medicamento que los hace volver a caminar y hablar como personas reales... hasta que deja de hacer efecto. A Cyril, el medicamento dejó de hacerle efecto a partir del momento en que se confirmó el peor resultado de los laboristas desde 1935.

A finales de enero, el Reino Unido dejó de formar parte de la Unión Europea sin mucho alboroto. Esa noche, cuando la primera ministra se dirigió a la nación, las principales cadenas, incluida la BBC, se negaron a transmitir el discurso completo. Alrededor de Parliament Square se formó un bullicioso grupo de manifestantes con banderas al viento, aunque a los pobres ni siquiera los dejaron beber. Aliviada al ver el final de ese pesado asunto, Kay se preguntó, desconcertada, por qué alguna vez había parecido que valía la pena luchar para seguir siendo miembro de una unión comercial. El país entero parecía estar recuperándose, tímidamente, de una furiosa pataleta infantil. En ambos bandos, todos parecían un poco avergonzados por haberse acalorado tanto decidiendo quién podía jugar con el conejito de peluche.

Una vez pasadas las devastadoras elecciones generales, a Kay le preocupó que Cyril llegara destruido sin remedio al memorable día en que ella cumplía años –el 29 de marzo–, pero, a medida que los dos primeros meses de 2020 avanzaban inexorablemente, Cyril pasó de taciturno a meditabundo, y luego a elegiaco. Tal vez era mejor que el subidón de su cruzada hubiera remitido. Había usado la distracción del Brexit para no pensar en su propia salida –el Cyrexit, si se quiere, o el Kayexit–, y aproximarse a semejante Getsemaní sin detenerse a reflexionar habría dado una mala imagen de su capacidad intelectual.

Era comprensible que a Kay la distrajese la inminencia del momento en que tendría que cumplir un pacto de suicidio, de modo que tardó más que la mayoría de los británicos en enterarse de los rumores sobre cierta enfermedad que había aparecido en China. Al principio no prestó atención; ocupada en no arruinar su último invierno en la tierra con fiebre y en cama, se había dado la vacuna de la gripe en otoño. Cuando las infecciones empezaron a propagarse –en Seattle, en Lombardía–, parecían no tener nada que ver con ella, ni siquiera cuando la OMS declaró la pandemia. Repuntando y remitiendo por todo el mundo a lo largo de su vida, las enfermedades contagiosas constituían una tribulación más de los asuntos humanos que ella pronto dejaría alegremente en manos de los demás.

Contraria a un severo juicio final, Kay no tenía ningún interés en ir más lejos que el supermercado, lo que le hizo preguntarse si los agotadores viajes anteriores del matrimonio a destinos en el extranjero habían sido solo para distraerse y, en ese caso, ¿de qué los había distraído el viaje a Malta? No obstante, sus compatriotas menos introspectivos seguían yendo en masa de un lado para otro, por lo que era inevitable que ese patógeno tan contagioso acabase provocando un brote en el Reino Unido. De hecho, el 1 de marzo, el programa *Today* mencionó que el número de casos confirmados en Gran Bretaña ascendía a cinco. El 2 de marzo, el mismo presentador anunció que ya eran treinta y seis.

Tres días después se comunicó la primera muerte británica. El 8 de marzo los fallecidos ya eran tres. Si bien en teoría los Wilkinson lamentaban la muerte de cualquiera, la pareja tenía asuntos más urgentes que considerar. ¿A qué se había reducido la suma total de sus vidas? ¿Había alguien en su familia extensa o en su círculo social que pudiera sentirse ofendido u olvidado? ¿Podían enmendarlo antes de que fuese demasiado tarde? Ah, sí, un momento: ¿acaso ese pacto suyo era una completa locura?

Sin embargo, aunque los cónyuges no se inmutaban por tres muertes y poco menos de trescientos casos en su país, el resto del mundo parecía realmente preocupado. Al principio de la segunda semana de marzo ocurrió algo desagradable en la Bolsa de Londres. Por suerte para Kay y Cyril, la gran ventaja de no tener más dinero consistía en ser inmunes a toda pérdida.

Durante la semana en la que se desplomó el FTSE 100, al comienzo de la cual los Wilkinson tenían exactamente veintiún días para irse de este mundo, Kay vio por primera vez cómo se cancelaba uno de sus compromisos sociales. Glenda y ella tenían pensado ir el jueves al Borough Market a buscar un poco de ajo de oso que ya hubiera llegado al mercado; después querían ir dando un paseo hasta la Tate Modern, cruzar con calma el Puente del Milenio, entrar un momento en la catedral de San Pablo y recorrer despacito el Strand para terminar en The Ivy, en Covent Garden, donde disfrutarían de una muy merecida cena a base de pescado. Era un itinerario que les encantaba y que ya habían hecho otras veces, pero

ese miércoles, cuando el Banco de Inglaterra bajó su tipo de interés de referencia de casi-nada a prácticamente-nada y en el Reino Unido el número total de fallecidos por el llamado covid-19 ascendía a once, Glenda se disculpó. Kay rompió a llorar.

–Cielo, ¿por qué te tomas tan a pecho una decepción tan insignificante? –preguntó Glenda, intrigada–. Ya ves que el coronavirus parece cebarse en nosotros, los vejestorios, y Boris no nos anima a tener vida social. No soy una doña angustias cualquiera, pero lo sensato parece ser quedarse en casa. Podemos ir cuando todo esto se calme. Disfrutaremos el doble por todo lo que tengamos que esperar. También hará mejor tiempo.

–Pero ¿cuánto tiempo crees que tendrá que pasar hasta que «todo esto se calme»? –gimoteó Kay.

–Vete tú a saber. ¿Unas semanas? Pero, bueno, por quince o treinta días de vídeos de Amazon Prime no te vas a morir.

En ese momento, Kay se abrumó.

Al cabo de un día o dos (mientras el FTSE volvía a experimentar su caída más vertiginosa desde 1987, y qué alegría haber vendido todas las acciones), también se cancelaron todas las citas que Kay había programado meticulosamente para su último mes, incluidas las benditas veladas con sus tres hijos. Amigos y familia por igual se apartaron por el propio bien de la pareja: había que proteger a todos los mayores de setenta de una enfermedad cuyas víctimas mortales tenían una media de edad de más de ochenta, lo que llevó a Cyril a comentar:

–Tengo que decir que ese virus tiene buen gusto demográfico.

–A lo mejor ni siquiera hace falta abrir la caja negra que guardamos en la nevera –dijo Kay, y mencionarla directamente fue tan raro que sonó a atrevimiento–. Podemos salir a la calle el día de mi cumpleaños y respirar hondo.

–Dadas las circunstancias –dijo Cyril detrás de ella, junto al fregadero de la cocina–, ¿por qué demonios no paras de lavarte las manos como una loca?

–Oh. –Kay ya había empezado a interpretar mentalmente el «Cumpleaños feliz», la canción que Boris había pedido a todos los

británicos cantarse a sí mismos dos veces antes de dar por concluida esa profilaxis higiénica vital.

Pero Cyril tenía razón: evitar una infección fatal para después suicidarse era, por así decir, el colmo de la incoherencia.

–Supongo que por todos esos anuncios de la tele –dijo Kay con una débil sonrisa mientras se secaba las manos–. La propaganda funciona.

Cyril llevaba meses lacónico y ensimismado. El coronavirus no alteró por completo su talante. Pero él se pasaba el día entero conectado a internet en el iPad, y la energía que emanaba de su silueta encorvada había cambiado de frecuencia. Se había vuelto un zumbido en un registro más alto. Por inoportuno que fuese cualquier nuevo entusiasmo, los contagios le venían como anillo al dedo.

La semana siguiente, Boris, en tono amable, intentó convencer a sus compatriotas de que no fueran al teatro ni a cenar fuera. La libra cayó a su peor nivel frente al dólar desde 1985. Anunciaron que ese viernes cerrarían todos los colegios. El Banco de Inglaterra volvió a bajar su tipo de referencia, esta vez de prácticamente-nada a dejemos-de-fingir-que-esto-no-es-nada. Para propagar aún más el terror popular, la BBC canceló el rodaje de *EastEnders*.

La experiencia provocó una sensación de vértigo. En apenas diez días se transformó todo el paisaje político y cultural como si alguien hubiese apretado el botón de avance rápido en el mando a distancia del país. Los presentadores de noticias ya no mencionaban la palabra *Brexit*, que de la noche a la mañana dejó de oírse en las conversaciones cotidianas como han dejado de oírse *cota de malla* o *hidromiel*. En un último gesto encaminado a separar la vieja era de la nueva, como si bajase una ruidosa persiana de metal entre el descarnado presente y las fantasías y caprichos del pasado, Boris dio un giro de ciento ochenta grados, dejó de camelar a la gente y empezó a dar órdenes. Cerrarían pubs, teatros, gimnasios, cines y restaurantes; de hecho, todo lo que no fuese «esencial». Dirigiéndose a la nación, el primer ministro anunció que se ordenaba a todos los británicos que no salieran de casa salvo para cuatro, y únicamente cuatro, finalidades específicas. El confinamiento total conllevó el recorte más espectacular de las libertades civiles

británicas desde la Segunda Guerra Mundial, durante la cual, si Kay y Cyril estaban en lo cierto, siguió siendo legal salir a la puerta.

–O sea, que tendré que pasar los últimos seis días de mi vida en arresto domiciliario –dijo Kay después de apagar la transmisión del discurso del primer ministro–. Tengo que confesar que estoy resentida, y no solo por tener que cancelar todas las cenas y nuestra última oportunidad de despedirnos, incluso de nuestros hijos. Siento que me han dejado al margen, que he perdido valor. Como si el punto culminante de nuestra vida se hubiera eclipsado y trivializado de un día para otro. Con todas esas cifras que oímos en las noticias todas las noches, ¿quién va a darse cuenta de que la han palmado dos viejos británicos más?

Sin levantarse de su sillón de siempre, Cyril, con el ceño fruncido, se miró las manos y no reaccionó.

–Y es irracional, pero, por extraño que parezca, me siento excluida –prosiguió Kay–. Esto es un cataclismo imparable, o al menos eso parece, y me recuerda, no sin dolor, me temo, que el mundo seguirá andando sin nosotros y quién sabe a qué extremos llegará... ¿No vas a decir nada? No nos queda mucho tiempo para decirnos algo.

Crípticamente, Cyril proclamó:

–Es desproporcionado.

–¿Qué?

–Este encierro. Me he mirado bien los datos. Ese modelador del Imperial College, el larguirucho ese, es un pájaro de mal agüero que ha hablado de quinientos diez mil muertos aquí, en nuestro país, si no se toman medidas draconianas. Te digo yo que piensa con el culo. El muy chulo puede tener encandilado a Boris, pero Neil Ferguson ha sobreestimado la letalidad del virus en, al menos, un orden de magnitud. Y tiene que haber una razón por la que nunca hayamos reaccionado a ningún contagio cerrando todo el país. No lo hicimos porque no es una buena idea.

Al menos la última semana sería tranquila. Poco tráfico en las

calles. El canto de los pájaros inundaba el jardín. Apenas se veían aviones que dejaran cicatrices en el cielo.

Cuando Kay comentó los detalles de la Última Cena, Cyril fue lo bastante amable para interesarse por el menú.

–Me encantan tus salchichas con puré –dijo con el mismo dejo de pena que había teñido su discurso durante días–. Prepara eso.

Cualquiera pensaría que se trataba de un deseo fácil de satisfacer, pero Kay volvió de su primera excursión a Sainsbury's con las manos vacías.

–Parecía Venezuela, o la Unión Soviética –le dijo, perpleja, a su marido–. Todos los estantes vacíos, no quedaban productos frescos, y no perecederos tampoco. La gente se ha vuelto loca. Como si hubiera llegado el fin de los días. Tuve ganas de gritar: «¡No lo entendéis! Mi marido y yo nos enfrentamos al fin de nuestros días. ¡En serio! ¡Este fin de semana!».

Por suerte, ese viernes las horas especiales de compra para las personas de edad se fijaron entre las siete y las nueve de la mañana; huelga decir que en esa franja horaria en el supermercado no cabía un alfiler. Como máximo testimonio de la gentrificación de un barrio que en tiempos había sido peligroso y marginal, a las siete y veinte ya no quedaban ni *penne* ni pesto, pero Kay pudo hacerse al menos con un paquete de salchichas.

Esa última mañana de domingo, oscilar entre el sueño y la vigilia fue tan delicioso que no se levantaron hasta mediodía y, así y todo, de mala gana. Tener ochenta años no se parecía en nada a lo que Kay había imaginado muchos años antes. Sí, algunos dolores y achaques, pero, por lo demás, no se sentía muy distinta de cuando tenía diez. Desde hacía una semana ya estaban oficialmente en primavera, y por una vez el tiempo cooperaba. Al descorrer las cortinas del dormitorio para que entrase el sol, observó que la luz había descolorido los pliegues centrales del terciopelo granate. Tan arraigada tenía la costumbre de hacer planes para el futuro que prometió, en un acto reflejo, cambiar las cortinas por persianas más modernas –amarillo canario, decidió–. Las camelias del jardín trasero empezaban a abrirse y brillaban. Un revoloteo de alas de mariposa. Kay se sintió casi como si el mundo se burlase de ella.

–Feliz cumpleaños –dijo Cyril, acariciando el cuello de Kay. Solo llevaba puesta la camisa.

–¿Lo será? –se preguntó ella en voz alta.

–Al menos no tendremos que preocuparnos por que vengan los chicos alborotando y diciendo que quieren ayudar a celebrar tus ochenta –dijo Cyril–. Si te montaran una fiesta, podrían arrestarlos.

–Ya sabes que anoche tuvimos que adelantar el reloj. Horario de verano. Hemos perdido una hora. –Qué horror, no eran las doce del mediodía, sino la una ya–. No parece justo, ¿verdad? Que nos timen justo hoy, con todos los días que hay en el año.

–Nunca «perdemos» realmente una hora, y tampoco «ganamos» una en otoño. El tiempo es constante. No se puede regalar ni pedir prestado.

–Qué resabido eres –dijo Kay con cariño.

Esa tarde, cocinar adquirió tintes eclesiásticos. No se hizo pesado, y Kay lo lamentó cuando vio que ya había pelado todas las patatas. Debajo del cuchillo, los tubérculos parecían más duros y redondos que antes; las manzanas Bramley para el *crumble* también parecían más crujientes, más ácidas y, en cierto modo, con más energía en el mundo, como si insistieran en ocupar el lugar que merecían en la tabla de picar y ofrecieran resistencia al cuchillo. El olor de la mantequilla con canela para la cobertura era divino. Un menú deliberadamente «corriente», pues lo cierto era que no comían salchichas Cumberland y corazones de col para economizar, sino porque habían crecido comiendo eso y era lo que les gustaba. A decir verdad, el salmón ahumado nunca había sido santo de la devoción de Kay.

Hayley y Simon llamaron para desearle un cumpleaños «seguro» –de un día para otro, la seguridad había acabado misteriosamente elevada a la más alta de las virtudes–. Kay no tuvo valor para decirles que, a pesar de las buenas intenciones del Gobierno, permanecer «protegida» entre cuatro paredes con su marido era lo más peligroso que podía hacer ese día. Hija e hijo parecieron consternados al ver que los retenía tanto tiempo al teléfono. Más tarde lo comprenderían y agradecerían, pero en ese momento su

madre debió de parecerles una plasta. Roy no llamó, y es posible que a su debido tiempo no hacerlo le pasara factura. O no.

Tomándose un descanso a última hora de la tarde, Kay se sentó en una de las sillas del patio que Cyril había sacado del cobertizo de las herramientas y se enfundó en el suéter de lana gris, su preferido, pues el aire seguía frío. El sol no se había puesto todavía y la luz era dorada. No leyó *The Week*. Aunque parezca extraño, tomó conciencia de que estar sentada, mirar y pensar eran actividades en y por sí mismas, y gratificantes, además. Cyril también salió y le rodeó los hombros por detrás mientras contemplaban las azaleas, que empezaban a echar hojas.

Eran de esa generación a la que, cuando dos jóvenes se casaban, todavía les regalaban porcelana. Al poner la mesa con esos platos tan lujosos –el centro liso color crema, los anchos bordes verde esmeralda con un toque plateado–, a Kay la satisfizo haber tenido, de joven, el buen gusto de escoger un diseño sencillo del que nunca se cansarían. Deberían haber usado la vajilla buena más a menudo, o todos los días. Tenían un juego para doce. Kay sintió el repentino impulso de hacer añicos uno de los platos innecesarios, como hacen los griegos, y sin pensárselo, simplemente porque podía. No lo hizo, pero la idea la animó.

–¿Qué es? –preguntó como quien no quiere la cosa mientras ponía velas nuevas en los candelabros, aunque a las viejas todavía les quedaban doce centímetros para acabar de arder–. ¿Qué hay en la caja negra exactamente?

–Quinalbarbitona –dijo él con la misma indiferencia–. También conocido como seconal. ¿Te acuerdas? Ese medicamento contra el insomnio que retiraron del mercado por el peligro de sobredosis.

–¿Es doloroso?

–En absoluto. Fatiga, un poco de mareo o visión borrosa. Todo muy tranquilo.

En la sala, Kay puso una de las listas de reproducción de los años sesenta que había encontrado mientras preparaba el funeral, y a un volumen lo bastante bajo que les permitiese hablar. Compartieron el jerez del aperitivo –otra vez amontillado seco con un toque de lima–, junto con dos quesos fuertes y unas galletas saladas tan finas que,

más que hacer crac, se hacían trizas. Esa noche podían atiborrarse todo lo que quisieran sin miedo a engordar, pero Kay prefirió picotear un pellizco de ardrahan untado en el borde de una galleta antes de llevarse a la boca una oliva nizarda del tamaño de un guisante y chupar el hueso.

–Oh, me encanta esta canción –dijo cuando empezó a sonar «(Sittin' on) The Dock of the Bay», de Otis Redding, y se puso a cantar. Cyril se sumó al dúo; con ese tono de voz tan bonito que tenía, nunca habría debido dejar el coro. La sencilla línea melódica era tan contagiosa que Kay se puso de pie de un salto para volver a ponerla. Esta vez bailaron. Parecía ridículo, pero el día en que cumplía ochenta años se sentía como una niña. El vestido ancho que le llegaba hasta el suelo era de un blanco virginal, la clase de traje con que casaban y amortajaban a las mujeres. Cuando el papel pintado con orquídeas colgantes empezó a dar vueltas a su alrededor, llegó a la conclusión de que había decorado muy bien la sala. Y esas mesitas auxiliares a ambos lados del sofá, que no acababan de hacer juego, quedaban perfectas.

Cenaron. A Kay, el queso le había despertado el paladar, y, a pesar del carácter de la ocasión, que podría haber ensombrecido un poco la velada, tenía hambre. El puré de patatas estaba mejor con doble ración de nata. Las salchichas tenían una agradable costra aun sin haberse quemado, y los corazones de col con mantequilla y escamas de sal marina, un ligero punto crujiente. De hecho, todos los colores se veían realzados –a la luz de las velas, la cara de Cyril enmarcada por la estantería parecía un Rembrandt–, como si Kay hubiese tomado pastillas que hacían un efecto distinto de las que guardaban en la nevera.

Así pues, eso era la vida sin consecuencias. Kay habría esperado tener que prepararse y hacer promesas mentalmente («¡Vamos, desembucha, esta es tu última oportunidad de soltarlo todo!»), necesitar al menos respirar, pero la confesión llegó sin esfuerzo mientras comía la segunda salchicha.

–Llevo tiempo queriendo decirte algo, cariño –dijo, quitando una punta algo quemada y dura–. Voté a favor del Brexit.

Los cubiertos de Cyril quedaron suspendidos en el aire.

–¿Estás bromeando?

Kay rio.

–En cierto modo, sí. ¿Qué no es una broma ahora? Querido, me sentiré muy ofendida si no consigo que te parezca gracioso. Y, en medio del sueño en que está sumido todo el Reino Unido durante una pandemia mundial, me asombra, tal vez incluso me impresiona, que siga importándote. Por Dios, Cyril, todas tus tremebundas advertencias... Que el Brexit equivalía a «un suicidio económico». Ahora el Reino Unido, este maldito país, está suicidándose económicamente de verdad poniendo un cartel de CERRADO POR VACACIONES en todas partes. Seguir hiperventilando por si unas cuantas cabras pueden corretear sin obstáculo por la frontera de Irlanda del Norte parece cuando menos una incongruencia.

–Pero el referéndum parecía importar muchísimo en 2016. Por Dios, ¿qué se te pasó por la cabeza?

–Fue una travesura, un capricho del momento que me dio en el colegio electoral. Simplemente puse la X en otra casilla. Fue una experiencia de lo más estimulante, de principio a fin, como un trago largo de agua un día de calor.

–¿Tiraste el futuro de este país por el inodoro *por capricho*?

–Cariño, no vamos a pelearnos justo esta noche. No fue exactamente un capricho. Lo hice porque sabía que no debía hacerlo. A veces me pregunto cuánto me conoces después de todo. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Ni siquiera que me lo digas tú. Y quizá tú menos que nadie.

Afirmaciones todas que Kay hizo a la ligera.

–Todas nuestras conversaciones... –dijo Cyril, y su expresión dio forma humana al «¡Recalibrando!» del GPS cuando el conductor gira desafiando sus instrucciones oficiosas–. Siempre di por sentado que ponías a prueba nuestros argumentos para hacerlos más sólidos. Que hacías de abogado del diablo.

–Sinceramente, siempre me costó tragar a esos burócratas arrogantes de Bruselas, tan condescendientes ellos. ¡Son igual de autoritarios que los que han dictado esa estricta orden de quedarse en casa!

–Entonces, en esta casa ha habido desde el principio una quinta

columna –dijo él, y parecía un hombre destrozado.

–Sí, ¡y todos esos insultos que soltabas para los «fanáticos ignorantes», los «inglesitos patéticos», me los dedicabas a mí! –dijo ella, regodeándose–. Pero lo que de verdad me fascina es que cuando estamos casi a punto de... sigas pendiente del agravio que para ti ha sido el Brexit.

–Primero me entero de que más de la mitad de mis compatriotas son autodestructivos, unos gilipollas con cerebro de mosquito, y después descubro que también son borregos, «ingleses nacidos libres» que aceptarán un arresto domiciliario por tiempo indefinido sin rechistar siquiera. Capaces de abrazar ciegamente, como si se tratase del Evangelio, los pronósticos descabellados e infundados de un epidemiólogo poco convencional, un alarmista de toda la vida salido de nuestra alma máter, porque después de tanto tiempo parece que siguen sin saber usar internet solos. Puede que sea más sencillo decirle adiós a un país que ya no reconozco.

–¿Y a una mujer a la que ya no reconoces?

Cyril le cogió la mano por encima del puré a medio comer; Kay había hecho demasiado.

–Nada lo hace fácil, *bab* –dijo él, y se le empañaron los ojos.

Kay se había movido todo el día con una peculiar sensación de estar flotando, como si levitara a unos cinco o siete centímetros por encima del suelo. Era un aerodeslizador que surcaba las olas sin tocar el agua. Ese atolondramiento, ese desapego y esa falta de seriedad no podían estar más fuera de lugar, como si el principio que había guiado todas sus decisiones importantes durante décadas fuera solo una imaginativa tomadura de pelo. Mientras bebía a sorbos lo que quedaba de champán, esa sensación de levitación y efervescencia se entremezclaba con el refrescante cosquilleo de las burbujas en la nariz, pero si la cabeza le daba vueltas no era por el alcohol; se sentía como si ella fuese el champán y se elevara en el aire, pip, pip, pip. Esa noche debería haber sido puro miedo y angustia, pero su memoria reciente era incapaz de recordar una noche en la que ella y su marido lo hubiesen pasado mejor.

–¿Sabes qué pienso después de todas las amenazas de desastre del FMI, de la Confederación de la Industria Británica y del Banco de

Inglaterra? –reflexionó Kay en voz alta al levantarse para descorchar una botella de un caro cabernet que por nada del mundo iba a dejarle en herencia a Roy–. Estoy un poco decepcionada. Ahora nunca sabré si salir de la Unión Europea acabará o no siendo una calamidad. Como seguimos en el periodo de transición, los primeros resultados no se notarán hasta el año que viene. Y ahora este parón del coronavirus introduce una confusión tal que es posible que nunca se sepa cuál ha sido el impacto del Brexit. En realidad, también me decepciona muchísimo no poder ver cómo acaba esta pandemia. ¿Morirán millones? ¿Implosionará la economía mundial en una depresión tal que será un sálvese quien pueda? Porque ni siquiera sabemos si Boris sobrevivirá, ¿no?

Boris, junto con el ministro de Sanidad y el príncipe Carlos, acababa de dar positivo.

–Que ese payaso muerda el polvo podría ser una de las únicas cosas buenas de esta enfermedad.

–Eso no puedes decirlo en serio.

–Por supuesto que sí –dijo Cyril, irritado.

–Bah, olvídate de Boris. Lo que quiero decir es que..., bueno, que me asombra lo fácil que me resulta dejar de preocuparme por lo que está pasando. Es decir, puedo olvidar sin problemas mi compromiso con tal o cual resultado, pero me parece muy difícil dejar de *interesarme*. Me siento como si estuviera leyendo muchísimas historias a la vez y de repente tocara devolver a la biblioteca todas esas novelas a medio leer. ¿No te fastidia ahora pensar que nunca llegarás a saber si Donald Trump sale reelegido?

–La verdad es que no –dijo Cyril–. Nuestro problema no es Trump. Y si ese charlatán sigue ocupando la Casa Blanca, puede que me convenga no ver las noticias. Además, en cuanto asomas la cabeza, parece que esté a punto de ocurrir algo.

–Lo siento. ¡Incluso en medio del fin del mundo (del nuestro, en todo caso) las necesidades son lo primero!

Besando la punta del índice de Cyril y apretándole la palma de la mano, Kay se fue en silencio al cuarto de baño y, ahí, en la intimidad, sintió que la invadía el mismo capricho de último minuto, la misma irresponsabilidad y la misma malicia que la habían llevado

a marcar la X en la casilla equivocada en la papeleta de las elecciones de 2016. De repente lamentó no haber hecho añicos el plato cuando tuvo ese singular impulso, aunque solo fuera para expresar el mismo control que Cyril esperaba que ambos ejercieran antes de que acabase la noche. Como sustituto eficaz del grito de *Opa!* y en lugar de lanzar la vajilla de la boda contra una pared, sacó el teléfono del bolsillo y pulsó el icono de los mensajes. Nada garantizaba que el gesto sirviera de algo, pero Cyril había afirmado que estaban haciendo una «apuesta calculada» y, con el espíritu de una partida de póquer, Kay introdujo un comodín.

Ese momento de impulsividad tuvo un precio, pues, cuando volvió a la mesa, los colores saturados del cuadro ya no eran los de un Rembrandt, sino los de un Hockney tirando a basto.

–¡Estábamos hablando de Trump! –atacó otra vez Kay con bríos renovados, y volvió a ponerse la servilleta en el regazo y a llenar las dos copas de vino–. Preferiría saber cómo acaba ese imbécil. En realidad, me gustaría llegar al último capítulo de toda clase de historias. ¿Tocará techo el pico de coronavirus antes de remitir como cualquier otro brote común y corriente o se ha acabado la civilización tal como la conocemos? ¿Volveremos a tener una crisis migratoria europea? ¿Y afectará en algo, por poco que sea, al cambio climático el compromiso potencialmente ruinoso del Reino Unido con la «huella de carbono cero» en 2050? ¿Cambiará el clima, pero de un modo que no tiene nada que ver con lo que imaginamos? ¿Y qué ocurrirá en los próximos veinte años (sin duda, algo terrible) que a nadie hoy se le ha pasado siquiera por la cabeza?

Cyril la observaba con recelo, una actitud nueva en él. Esa manera de buscar temas de conversación lo desconcertaba. Estaba haciéndose tarde. Unas declaraciones sumarias y sombrías sobre dos vidas bien vividas y un matrimonio de largo recorrido de dos enamorados habrían parecido más adecuadas que toda esa jerga sobre el cambio climático.

–¿Recogemos? –propuso Kay.

–¿Por qué demonios tenemos que...?

–Siempre lo hacemos.

–A partir de esta noche ya no hay «siempre».

Kay se levantó y llevó las salchichas que habían sobrado a la encimera de la cocina, junto a la nevera.

–No estaría bien dejar que esta comida se eche a perder.

–¿Por qué no? ¿Quién va a comérsela?

–Bueno, a lo mejor alguno de los chicos...

–¿Alguno de los chicos va a encontrar a sus padres muertos por una sobredosis de seconal y después va a ponerse a buscar patatas en la nevera?

–No es probable que Hayley lo haga. Es demasiado melodramática –reconoció Kay–, pero Simon es muy práctico, aunque ahora se ha vuelto un poco delicado con las sobras. Y Roy siempre tiene hambre.

–Te olvidas de dos trozos grandes de carne que están a punto de echarse a perder –dijo Cyril sin piedad– y que le quitarán el apetito a cualquiera que venga a esta casa.

–Sí, estaba pensando en esa carne–dijo Kay, envolviendo la berza en film–. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en darse cuenta de que ya nos hemos ido de este mundo? ¿Con todo el «distanciamiento social» y toda esa «protección»? Porque una vez acepté un trabajo de decoración en una casa donde había muerto un viejo, y nadie lo encontró hasta que un vecino se quejó al Ayuntamiento por la peste. El olor nunca se marchó, y redujo a la mitad el valor de mercado de la casa.

–¿Y? Podría decirse que esta casa ya no es nuestra. Está hipotecada hasta el último penique.

–Pero sí me preocupa que uno de los chicos se lleve un susto. Me parece una falta de consideración. Después Hayley dirá que tiene estrés postraumático hasta el fin de sus días. Me pregunto si no podríamos ir rapidito hasta el buzón de enfrente y dejar un aviso para la policía.

–Desde que lo privatizaron, el Royal Mail funciona como el culo, por no hablar de la policía metropolitana después de todos los recortes de los tories. Cuando Hayley y Simon vean que no contestamos el teléfono, uno de los dos vendrá a ver qué pasa. O se ocupará de llamar a las autoridades. Dudo que una nota sea más rápida que dejar las cosas al azar.

–Sí, es probable que tengas razón. –Kay recogió los platos y los

colocó en el lavavajillas–. Ya sé que ponerse a limpiar parece una tontería, pero me gusta el orden y me gustan nuestros rituales, y no quiero pasar mi última noche en este mundo rodeada de mugre.

Cyril pareció aceptar la explicación. Guardó la mostaza y, como siempre había hecho, pasó un trapo húmedo por las superficies.

–¿Oporto y *crumble* de manzana? –propuso Kay cuando la cocina estuvo inmaculada. Miró la hora mientras Cyril iba a buscar la botella. Ya eran las once menos cinco de la noche (la undécima hora, literalmente), y tenía la sensación de que su marido insistiría mucho en lo tocante a la exacta conclusión del día en que ella cumplía ochenta. Ni siquiera valdría la pena discutir y pedir una hora más después del timo del cambio de hora; antes bien, introduciría la misma posibilidad de prórroga *ad infinitum,* como cuando el año anterior se había aplazado la fecha de salida de la Unión Europea.

Cuando se retiraron a la sala, a Kay le cambió el humor. A peor. Puede que esa tarde hubiese preparado la comida entre embelesada y meditabunda, pero sin prestar mucha atención. La tarta se había quemado un poco, las manzanas se habían cocido demasiado y la verdad es que debería haberse esforzado y haber preparado ella misma la crema. ¿Y ese desastre total iba a ser el último *crumble* de manzana que comería? Y sí, su hija vivía cerca, en Borough, cosa muy práctica para todos, pero Kay recordó, con aire taciturno, que a veces Hayley optaba por ese gesto de independencia tan de moda, consistente en alejarse de las pantallas y apagar el teléfono durante varios días.

Las instrucciones que había impreso para el funeral estaban en la mesita de centro junto con el lápiz de memoria donde había guardado los archivos digitales para facilitarle las cosas a la familia. Pero hasta ahí llegaba su querencia por el orden: los papeles parecían bien preparados, pero el contenido era caótico. La lista de selecciones musicales era demasiado larga; para colmo, antes de la cena había garabateado en la copia «Dock of the Bay», como si después de veintitrés canciones fuera necesaria una más. Cuando intentó acortar su discurso de despedida, no dejaba de pensar en los añadidos indispensables y todo acabó aún más inflado, y cuando trató de suavizar el tono de reproche y superioridad moral del texto

que debía acompañar al programa, solo consiguió un tono condescendiente (*nosotros somos* responsables, pero pediros que *vosotros* lo seáis es demasiado). Además, cuando por fin Cyril se decidió a escribir su propia despedida, se negó a ser «sentimental» y prefirió pontificar acerca de los costes para el NHS, los mismos de siempre, sobre el mismo amenazador «y económicamente insostenible índice de apoyo potencial» y la misma «carga para los contribuyentes más jóvenes» que ella había mencionado en su discurso. En suma, dos textos redundantes. Lo peor de todo fue que durante el confinamiento por coronavirus, que tal vez durase meses, la asistencia a los funerales se había limitado a un escaso puñado de deudos que debían respetar una distancia de seguridad de dos metros. Nadie cantaría ni leería nada, o ni siquiera estaría ahí, y la cremación del matrimonio se llevaría a cabo con el mismo descuido con que Kay había preparado el *crumble* de manzana.

Por desgracia, angustiada aún por el decepcionante pudin con su mediocre crema de supermercado, empezó a moverse de un modo tan brusco que volcó su copa de oporto y salpicó de vino generoso las páginas impresas. Necesitó tres o cuatro minutos de los veintiocho que al parecer le quedaban de vida para limpiar el vino derramado. El oporto también se había derramado sobre su precioso vestido blanco. Aunque no quería perder más tiempo ni siquiera cambiándose de ropa, que la encontrasen toda manchada de rubí parecía de mal gusto.

Cyril volvió a llenarle la copa y se la alcanzó, pero cuando volvió con una bandeja trajo también una jarra de agua y dos vasos anchos. Dejó la bandeja en la mesita con el severo aire sacerdotal de quien se dispone a dar la comunión.

–He tardado no sé cuántos años en darme cuenta de que todavía no entiendo de qué va esto –se puso a parlotear Kay–. Quiero decir, es difícil dejar algo cuando no se sabe lo que dejas. Puede que tenga ochenta años, y tal vez ese sea realmente el tiempo que merezco vivir, pero, para empezar, sigo sin hacerme una idea de lo que significa estar viva, y mucho menos de lo que significa morir. No sé qué es este lugar, ni siquiera sé si es real, y mucho menos qué se suponía que teníamos que hacer aquí. Y, si he malgastado el tiempo,

tampoco sé decir qué debería haber hecho. Tengo la misma idea de lo que es importante que cuando era una niña de cinco años. Sigo con la sensación de que había algo que debía controlar, y no creo que eso pueda conseguirse en –volvió a mirar la hora– ¡catorce minutos!

Cyril había empezado a soltar una sandez al estilo *Juan Salvador Gaviota,* algo como que solo se es capaz de comprender de verdad lo que uno tiene una vez que se inicia el proceso de perderlo, cuando la puerta de la calle se abrió de golpe y se cerró de un portazo. Hayley irrumpió en la sala. Kay no podía dejar de pensar que era una lástima que su hija, de solo cuarenta y ocho años, espantara de lo rechoncha que estaba. En la universidad había sido casi invisible.

–¡Mamá! –Hayley se arrodilló y le rodeó la cara con las dos manos. Llevaba una estrafalaria mascarilla casera estampada con unas caritas sonrientes que, dadas las circunstancias, no pegaban ni con cola–. ¡Mírame! ¿Has tomado algo? Dímelo, rápido, mientras puedas, si has tomado algo, ¿qué? –En los tentáculos de su hija, Kay solo podía ver la cara de Cyril con el rabillo del ojo. La expresión de su marido comunicaba en un instante que era capaz de distinguir entre una mera diferencia de opinión en un tema político y una traición personal en toda regla. En todos los años de matrimonio nunca le había echado una mirada tan fulminante.

–Se lo has dicho.

–Cielo, deja ya de darme cachetes, ¿quieres? –suplicó Kay por encima de unas sirenas que parecían sonar delante mismo de la casa–. Estoy despierta, los dos estamos bien y nadie ha ingerido nada perjudicial, salvo un *crumble* de manzana poco recomendable. –Justo en ese momento deseó haber subido a cambiarse, porque el vestido blanco salpicado de oporto hacía pensar exactamente en esa clase de trastorno que el plan de Cyril pretendía evitar.

Se oyeron unos golpes impacientes en la puerta de la calle.

–¿Quién podrá ser? –dijo Kay.

–¿Y quién crees tú, mamá? –dijo Hayley–. ¡He llamado al 999, obvio!

–¡Emergencias! –Más golpes–. ¡Abran!

Kay se dio cuenta de que seguía aferrada como una tonta al tallo de su copa de oporto, que por culpa de todas las palmaditas y sacudidas de Hayley había derramado aún más vino generoso en el vestido. Cuando estiró el brazo para dejarlo en la mesita de centro, un dolor agudo e insoportable en el hombro derecho volvió a recordarle el deterioro que Cyril había querido ahorrarle. Al intentar escabullirse hacia la puerta, el simple movimiento de levantarse del sofá fue lento, y nadie se «escabulle» si tiene artritis en los dedos de los pies. Hayley se apresuró a abrir para que entrase el equipo médico de la ambulancia.

–Recibimos una llamada que advertía de una tentativa de suicidio –atronó una voz masculina.

–Mi madre dice que no ha tomado nada –dijo Hayley–, pero no sé si creerle.

Cuando Kay llegó al vestíbulo toda manchada de oporto, que bien podrían haber confundido con sangre, no tenía aspecto de ser una testigo muy creíble, pues volvió a protestar diciendo que ni ella ni su marido habían ingerido nada más tóxico que una crema de Sainsbury's bastante aguada. Se armó un jaleo y alguien dijo algo sobre un lavado de estómago o, como mínimo, de llevarla al hospital para dejarla en observación.

–Hayley, es cierto que he estado dudando, y no voy a negar que me alegra verte –dijo Kay–, pero no tenemos por qué preocupar a estos señores que, en medio de esta emergencia nacional, deben de tener situaciones más urgentes que atender. ¡No quiero todo este alboroto!

–Señora –dijo uno de los sanitarios a través de una mascarilla desde detrás de un escudo facial de metacrilato, y en un tono que denotaba cualquier cosa menos respeto. Además de guantes higiénicos, llevaban trajes protectores que los cubrían de la cabeza a los pies, como si se dispusieran a viajar al espacio–. ¿Puede decirnos, por favor, si guardan armas de fuego en la casa?

–No pensábamos usar una pistola, por supuesto –dijo Kay, desestimando la idea–. Lo ensuciaríamos todo.

–Mamá, si es verdad lo que dices, que aún no habéis tomado nada, entonces ¿dónde está el frasco? ¿Dónde están las pastillas?

–No estoy segura de querer decírtelo –dijo Kay con frialdad–. Podría querer quedarme un poco más, pero es asunto nuestro si hemos...

–¡Mamá! –exclamó Hayley, y la sacudió con violencia por los hombros, una escena que sin duda saciaría el apetito de una joven que llevaba semanas deseando presenciar un dramón–. ¿Dónde están las pastillas?

En ese momento, a Kay el hombro derecho le dolía tanto que podría habérselo dislocado; aunque solo fuese para que Hayley dejase de zarandearla, capituló:

–En la nevera. En una caja negra, en el estante de arriba, al fondo a la izquierda.

Hayley volvió de la cocina echando chispas por los ojos y con las manos vacías.

–Ahí no están.

–Entonces, pregúntale a tu padre. El maestro de ceremonias es él.

–Por cómo lo dices, ¡parece que el loco homicida es él! –exclamó Hayley–. ¡Otro doctor Kevorkian! ¡O un Harold Shipman! ¡Es obvio que te ha lavado el cerebro y te ha convencido para que lo sigas en una de sus fanáticas y miopes fijaciones socialistas! ¡Toda esta estupidez es tan suya que me dan náuseas!

Sin embargo, cuando llegaron a la sala, no había ni rastro de Cyril. También había desaparecido uno de los vasos. La casa era grande, mucho más de lo que el matrimonio necesitaba después de que se marchasen los hijos, y cuando por fin encontraron el cuerpo de Cyril en el cobertizo de las herramientas, ya era demasiado tarde.

Al principio, en los días que siguieron a esa horrenda noche, Kay no soportaba cocinar para ella sola y, cuando en la cazuela que le habían llevado los Samson ya no quedó nada, se comió literalmente casi todas las sobras de salchichas y puré –se habían conservado bien, pues a las patatas les había echado crema fresca–. Con todo, no tuvo oportunidad alguna de hacer un duelo largo e inerte, pues

los ahorros se habían evaporado y con su pensión era imposible pagar la pesada cuota de la rehipoteca. A mediados de mayo volvieron a autorizarse las transacciones inmobiliarias y mudarse fue una distracción muy útil, aunque Roy se mostró desagradable con la venta, ya que contaba con lo que sacaran de la casa para financiar una prolongada vida disoluta después de la muerte de sus padres. Desprenderse de casi todo fue doloroso al principio, pero acabó siendo un alivio, e instalarse en un funcional apartamento de una sola habitación en Kennington le permitió a Kay conocer al divorciado de al lado, quien, al oír la historia de su viudedad (una historia que tal vez Kay contó no sin distorsionarla un poco; aspiraba a parecer una mujer interesante) declaró, en tono tentador: «No sabría decir qué me impresiona más, que él siguiera adelante con lo planeado o que usted no». Más para su propia sorpresa que para la de los chicos, se entendió con Ellis antes de que pasara un año; a su edad, un noviazgo prolongado era demasiado camino con la posibilidad de no llegar a la meta. Esta nueva relación no era ni mejor ni peor: era diferente. No se podía replicar un matrimonio que había durado cincuenta y siete años, pero, como decían los chicos, Ellis era menos «controlador» y le dejaba llevar las riendas; incluso dijo que sí cuando Kay hizo la radical propuesta de tirar abajo la pared divisoria de los dos apartamentos. Cuando la tensión arterial empezó a alternar sin ton ni son bajadas y subidas, se volvió un desafío aún mayor manejarla con medicación, pero Kay aprendió que le convenía tumbarse cuando se sentía débil, y una de las liberaciones de la edad era no tener que preocuparse por las razones que hacen que tal o cual sistema del cuerpo esté hecho polvo; sabido es que, cuando no se tiene un huevo, se tiene una castaña. El hombro derecho empeoró, pero Kay se operó y la cirugía fue en gran medida, si no totalmente, un éxito. Los dedos de los pies eran una tortura más duradera, pero, cuando descubrieron que los escúteres eléctricos eran la monda, Ellis y ella empezaron a hacer carreras por los pasillos del bloque de apartamentos y llegaron a ser unos gamberros aún más molestos que los adolescentes en bicicleta de trial que hacían de las suyas en el aparcamiento. Una tarde, al intentar saltarse un semáforo en Elephant and Castle –los testigos

chasquearon la lengua; en su opinión, la luz roja para los peatones se había encendido mucho antes, pero, montada en esa máquina, Kay había llegado a ser una auténtica temeraria–, se arriesgó más de lo debido y acabó lanzada contra una farola por un arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca. No fue un final «tranquilo», como Cyril había prometido una vez, pero fue rápido. Kay tenía noventa y dos años.

3. EL REGRESO DEL HOMBRE DE LA FURGONETA BLANCA

Besando la punta del dedo índice de Cyril y apretándole la palma de la mano, Kay se fue en silencio al cuarto de baño y ahí, en la intimidad, sintió que la invadía el mismo capricho de último minuto, la misma irresponsabilidad y la misma malicia que la habían llevado a marcar la X en la casilla «equivocada» en la papeleta de las elecciones de 2016. De repente lamentó no haber hecho añicos el plato cuando tuvo ese singular impulso, aunque solo fuera para expresar el mismo control que Cyril esperaba que ambos ejercieran antes de que acabase la noche. Como sustituto eficaz del grito de *Opa*!, y en lugar de lanzar la vajilla de la boda contra una pared, sacó el teléfono del bolsillo y pulsó el icono de los mensajes. Nada garantizaba que el gesto sirviera de algo, pero Cyril había afirmado que estaban haciendo una «apuesta calculada» y, con el espíritu de una partida de póquer, Kay introdujo un comodín.

Sin embargo, con los pulgares en el aire preparados para teclear, recordó que incluso a Hayley, de pequeña, la había exasperado la pasividad conyugal de su madre. Las dos habían tenido fructíferas conversaciones íntimas sobre el hecho de que, como miembro de la tristemente bautizada Generación Silenciosa, Kay no había nacido con el respeto por su propia persona que las mujeres de la edad de Hayley consideraban natural. Fue gracias al aliento que le dio su hija que le plantó cara a Cyril cuando decidió matricularse y licenciarse en Interiorismo en Kingston. (Su marido, que consideraba que jubilarse del NHS con cincuenta y cinco años era abandono del deber, le había pedido con enérgica insistencia que siguiera trabajando diez años más, y le había dicho, con desprecio, que el interiorismo era «una frivolidad». Tuvieron una agarrada tremenda.)

Esa noche, poner su destino en manos de la suerte –como quien lanza al ciberocéano un mensaje en una botella por si acaso lo recoge un vagabundo– no era más digno que dejar que la decisión la tomase su marido. A fin de cuentas, ¿cuál fue el incisivo eslogan que ganó el referéndum a favor del Brexit? «Recuperemos el control.»

–Ahora escucha, Cyril –dijo Kay cuando volvió a la mesa, tapando la botella de cabernet sin terminar y dándole al corcho, por las dudas, un empellón de más para dejar bien claro que la fiesta había terminado–. A su manera, esta noche ha sido muy divertida, pero también es un sinsentido total y propongo que la demos por acabada.

–Disculpa, ¿de qué estás hablando?

La gente suele hacerse la que no entiende no para que le aclaremos lo que decimos, sino para pedir que le digamos otra cosa.

–Esto es una payasada, y lo peor es que no tiene ninguna gracia. Por si fuera poco, la pandemia hace que esta pantomima resulte una chifladura aún más grande. Aquí estamos, jugando a tomarnos unas píldoras que matan; fuera, el mundo que empieza delante de la puerta está cerrado a cal y canto, todos presas del pánico por si enferman y mueren. Se supone que este lúgubre confinamiento se ordena a propósito para proteger a los llamados vulnerables, o sea, a los viejos como nosotros. Ignorar el sacrificio de los más jóvenes para salvarnos a nosotros y palmarla ahora, a propósito..., bueno, parece más propio de ingratos. Una cosa sería si estuviéramos sufriendo o enfrentándonos al horror sin fin de una enfermedad terminal, o que nos hubiéramos convertido en idiotas que tartamudean como mi padre...

–En ese caso, no tendríamos la cabeza para...

–Sí, sí, es la pescadilla que se muerde la cola, pero nosotros no tenemos demencia. A veces dejo las llaves donde no debo o me cuesta muchísimo recordar quién escribió *El mensajero*, pero me pasaba lo mismo cuando tenía veinte años. Tenemos nuestros dolores y achaques, pero, por Dios, nada que justifique suicidarse. Es algo terriblemente duro para los que sobreviven, aun si los muertos son muy ancianos. No es justo para con los chicos, y tampoco con nosotros. Y, desde luego, tampoco es justo conmigo.

–Nos comprometimos a hacerlo los dos. Nadie te obligó.

–Fue idea tuya y te seguí la corriente. Como de costumbre.

–No vuelvas con eso.

–Te quiero muchísimo, pero puedes ser muy mandón.

–Y tú tienes cada reacción que... Lo cual no te hace más dueña de tus ideas que una sumisa obediencia. Dejaste bien claro que votaste a favor del Brexit para fastidiarme.

–¿Vas a olvidarte de eso alguna vez? Ahora estamos hablando de algo más importante que el Brexit. No sé qué pasa después de morir, pero las probabilidades de que no pase nada son altas y dan miedo. Lo único bueno de la muerte es que dejamos de sufrir, pero nosotros no estamos sufriendo... O, al menos, lo que sufrimos de vez en cuando no puede compararse con los casos realmente graves que tantas veces presenciamos en el NHS. Tú mismo definiste este plan tuyo como una apuesta. Pues mira las dos apuestas que podríamos hacer siguiendo la fría lógica estadística de un jugador profesional. Una ganaría, puede que solo un poquito, o puede que mucho. Más vino, más *crumpets* con mantequilla, más atardeceres bonitos, ver crecer a nuestros dos nietos más pequeños y, de vez en cuando, una miniserie mediocre. Como el juego ese del rasca y gana, ¿sabes? Te aseguran que siempre hay premio, aunque solo sea un par de libras. ¿Y cuál es la otra? Perder, punto final. Perderlo todo, todo lo que arriesgamos. ¿Ganar algo o perderlo todo? Como dicen los críos: *buuuh*.

–Tú ni te imaginas lo que podríamos acabar pagando por unos atardeceres más...

–Nunca fue una proposición realista –lo interrumpió Kay, llevando a toda prisa la botella de vino a la encimera– y lamento haberla aceptado hasta ahora. Tiene algo de infantil, y uno de nosotros debe volver a ser un adulto. Esta noche no pienso ingerir nada más mortal que ese pudin quemado.

Kay recogió los platos reprimiendo una mueca de dolor. Otra vez el hombro...

–Y yo que pensé que por una vez en la vida íbamos a salvarnos de fregar –dijo Cyril, bromeando. Era su idea de aliviar la tensión.

–No me importa fregar los platos –dijo Kay, poniendo los cubiertos

en el lavaplatos con los dientes hacia arriba; Cyril siempre los ponía hacia abajo–. Me resulta gratificante. Es parte del juego, ¿no? Disfruto la vida más que tú, sobre todo desde que te jubilaste. Creo que no te gustó nada que yo siguiera trabajando, que hiciera una segunda carrera en la que he destacado y que también me ha permitido vivir momentos deliciosos. Mientras tú ahí, enfurruñado leyendo tu *Guardian* y sin parar de mirar el reloj... Esperando que pasara otra pesada hora. Por eso ideaste esta operación para los dos y me vi arrastrada por tu negatividad y tu nihilismo.

–Eso que dices no es amable, y tampoco cierto –protestó Cyril–. Cuando propuse nuestra propia solución final trabajaba a jornada completa en la clínica y seguí, no sé, trece años más. Tú aún estabas en el Saint Thomas y no habías hecho esa segunda carrera que a mí, como has dicho, no me «gustó». Esa explicación tan poco solidaria de mis motivos es pura invención, y no muy bien pensada.

–Me da igual. Porque, ¿sabes una cosa? Disfruto diciendo lo que pienso, lo que me viene en gana. Incluso esta discusión es mucho mejor que estar medio desvanecida en el sofá, «fatigada», mientras empiezo a tener «visión borrosa». Ni siquiera me importa decir cosas que no son ciertas ni amables siempre y cuando consiga decir algo. Es posible que antes nunca lo apreciara; hablar, simplemente hablar, es un placer impagable.

–¿Estás tomando esta decisión sumaria por los dos? Porque prepararme para este momento me ha llevado años de concentración, reflexión y determinación.

–Sí, eso me lo creo –dijo ella–. Este proyecto enfermizo tuyo ha sustituido el hacer algo más positivo. Puede que yo haya cocinado, pero se suponía que esta noche sería tu acto de creación suprema. Un misterio medieval de valor y nobleza, pero el valor y la nobleza de verdad conllevan perder todo lo que uno ama poco a poco, igual que todos los demás, y aceptar lo que venga como todos los demás y morir cuando uno menos se lo espera, cuando no quiere morirse. Como todos los demás.

–No consigo recordar cuándo fue la última vez que hablaste así, por los codos.

–Es por el indulto. Como en esas viejas películas en blanco y

negro cuando por fin el teléfono suena en la penitenciaría a las doce menos dos minutos de la noche. No lo muestran, pero imagino que el tipo al que le conmutan la pena y ya está inmovilizado en la silla eléctrica también se pone a hablar por los codos. –Rodeando las llamas con las manos ahuecadas, Kay sopló y apagó las velas; después se lamió el pulgar y el índice para apagar del todo las mechas con un imperceptible *sh-shsh*, un sonido que sonaba a bendición, a otra espléndida cena que terminaba. El aroma de la cera mezclado con el de las velas chamuscadas era embriagador.

–¿Y si todavía quisiera seguir adelante con el plan? –dijo Cyril.

–Problema tuyo. Aunque preferiría mucho más que no lo hicieras. Además, reconócelo: si yo no te sigo, perderías la simetría y la grandiosidad del gesto. Parecerías sencillamente otro viejo cualquiera un poco deprimido que se ha quedado solo. Una proeza sin gracia, por no decir patética. Una estupidez incluso. Tendría que decirle a Simon: no, no puedes hablar con tu padre porque acaba de quitarse la vida sin motivo alguno. Tu muerte seguiría siendo causa de tristeza, pero de ti pensarán que estabas chalado. No harías una proclama convincente. No serías un ejemplo. Porque, y lo lamento, no tendrías cobertura mediática, no en un momento en que tantos hombres de tu edad están muriendo como moscas por culpa del covid-19. Ya puedes olvidarte de esa idea de que miles o incluso millones de socialistas utópicos como tú sigan tu heroico ejemplo cuando cumplan ochenta, y de que el autosacrificio en masa de los viejos se convierta en la salvación de la sanidad pública. ¿Te crees que no sé qué clase de fantasías ampulosas circulan por esa presuntuosa cabeza tuya? En resumen, querido, atenerte al plan no diría nada bueno de ti, y me temo que me quedaría con un recuerdo tuyo más bien deslucido. Cualquier nostalgia cedería al enfado y la decepción. Recordaría tu insistencia de patán empecinado en salirte con la tuya, tu negativa a cambiar de opinión o a entrar en razón. Escúchame bien: lo recordaría todo como una deserción, una traición y un insulto.

–Pero, si lo hiciera... ¿Llamarías a emergencias?

Kay reflexionó mientras lavaba a mano las copas de champán; no las metía en el lavavajillas porque se rayaban.

–Sí, es probable que sí. Y después existiría la posibilidad de que no quedases muy bien que digamos.

–¿Y tú alguna vez lo harías? –preguntó él en tono lastimero, todavía hundido en la silla.

Esa pregunta la frenó en seco.

–No estoy completamente segura. Algunos días, tal vez. Esta mañana, casi. Y me han encantado las vacaciones, gastarnos todo el dinero que teníamos. Me ha encantado la propuesta de no tener que volver a hacer frente a la posibilidad de ser más vieja de lo que soy hoy. Le he tomado el gusto a la negación. ¿Por qué no? Preocuparse por envejecer no hace las cosas más fáciles. –Kay se inclinó para decirle algo al oído mientras se llevaba las patatas–. Esta noche hasta es posible que me hayas hecho un regalo, lo quisieras o no. Me alegra estar viva. Como tiene que ser –dijo, y le dio un beso en la frente–. Es mi cumpleaños.

No obstante, Kay solo suspiró aliviada cuando Cyril por fin se levantó y empezó a pasar un trapo por las superficies. Guardó la comida. Había sobrado de todo, justo lo suficiente para la cena del día siguiente.

Por la mañana, durante el desayuno, Kay seguía encantada con la extraña sensación de estar llevando las riendas del matrimonio, por no decir la sensación de estar llevando las riendas en general. Había tenido que salir corriendo a buscar provisiones porque, ante cierto cambio de planes, no había visto motivo para llenar la despensa y la nevera; antes bien, había coordinado los esfuerzos para ir dejando solo una taza o dos de azúcar, una lata de pasta de alubias rojas comprada por puro impulso en el supermercado asiático que quedaba cerca de Elephant y una bolsa de lentejas rojas secas (qué decepción que perdieran el color una vez cocidas). Pero, gracias a la apresurada excursión de la mañana al M&S Metro, donde los acaparadores aún no habían vaciado por completo los estantes, encontró *crumpets* recién hechos.

–Bueno, no digo que tengamos que tirar las pastillas por el inodoro –dijo Kay, esperando que la mantequilla se derritiese en los hoyitos de la masa–. Aún podríamos tener que vérnoslas con una desgracia médica y necesitar ese recurso. Pueden quedarse donde están. Ya me he acostumbrado a esa caja y me parece útil, porque me recuerda que lo mejor es intentar disfrutar del presente.

Cyril parecía avergonzado desde que se habían levantado. Tras rogarle a Kay que se quedase con él unos minutos más en la cama, no parecía desear la muerte más que ella.

–¡Ay! Acabo de recordar que... –dijo–. Anoche, mientras estabas en el baño, salí a la calle a dejar una nota para la policía de Londres en el buzón. Decía dónde podían encontrarnos y que estaríamos..., ya sabes.

–Pero ¿por qué alertar a la policía? ¿Por el olor? ¿O para ahorrarles el disgusto a los chicos?

–Por la casa. Les dije que los Samson tienen una llave. Escogiste una puerta de primera calidad cuando encargaste la nueva, con esos complicados rombos de vidrio plomado. No podía soportar la idea de que los polis hicieran añicos los cristales con un ariete.

Kay se emocionó. Puede que al principio Cyril se hubiera resistido a que estudiase una segunda carrera, pero con el tiempo había llegado a sentirse orgulloso del buen ojo de su mujer.

–¿Eso quiere decir que la policía podría llegar y entrar en cualquier momento? Tal como me la imagino, es una escena *incómoda*.

–Los días entre semana pasan a recoger las cartas a las once –dijo Cyril–. Creo que la policía no recibirá mi nota hasta mañana o pasado mañana, como muy pronto. Eso nos da tiempo para atajarlos, o al menos para pensar algo que decirles. ¿Algo así como «Perdonen, pero somos unos miedicas»? Después apareceremos en el registro público como peligrosos para nosotros mismos. Eso no nos ayudará si a Roy alguna vez se le ocurre ingresarnos contra nuestra voluntad en un cuchitril mugriento para viejos con demencia y vender la casa.

–Sí, no cabe duda de que sería Roy –dijo Kay, suspirando–. Pero aún son las once menos cuarto. ¿Y si voy e impido que el cartero...,

mejor dicho, la cartera...? Esa mujer siempre me ha parecido un encanto. Podría convencerla para que no se lleve la carta.

Kay se apostó junto al buzón rojo unos minutos antes de las once. En efecto, la bonita joven somalí que desde hacía un año repartía el correo en esa calle apareció empujando su carrito a la hora en punto. Llevaba guantes azules de látex, quirúrgicos, y una mascarilla de papel en el mentón.

Como no era intención de Kay divulgar la verdadera historia, se inventó una bastante rebuscada: Cyril y ella habían llegado a estar convencidos de que eran víctimas de un fraude (algo muy frecuente en esos días; el número de jubilados desplumados por timadores sin escrúpulos era escandaloso), pero marido y mujer no lo habían comunicado, y el gasto que Cyril había cargado en la tarjeta de crédito –por el cumpleaños de ella, que había sido ayer, y sí, gracias por las felicitaciones–, pues bueno, al fin y al cabo era perfectamente válido... Una historia sin mucho sentido. Nadie le escribe a la policía para contarle que ha sido víctima de un fraude con la tarjeta de crédito; lo que hace es contactar directamente con VISA. Por suerte, una persona joven supondría de inmediato que esos vejestorios no tenían ni idea de cómo debían proceder. Además, en realidad, la chica no la escuchaba –otra ventaja, en este caso, de la avanzada edad de la solicitante– y parecía no ver el momento de alejarse, porque los ancianos ya gozaban del ominoso privilegio de que los considerasen fuente de contagio.

–¡Esa! Sí, esa es –exclamó Kay, señalando la carta–. La de color azul claro, con SEÑOR Y SEÑORA WILKINSON grabados en relieve en la solapa. –Incluso si la chica no reconocía a la marchita mujer a la que le llevaba el correo todos los días, ese particular sobre hacía creíble la afirmación de Kay de que era suyo. Solo los viejos compraban papel de carta y sobres con los nombres grabados.

Farfullando algo sobre que manipular correo ya enviado era ilegal, la cartera capituló a regañadientes, probablemente para quitarse de encima a la viejecita que no paraba de hablar.

Eufórica por el éxito de su misión, o tal vez eufórica sin más solo porque seguía sintiendo la brisa primaveral en las mejillas, con ganas aún de otro *crumpet* con mantequilla y todavía enamorada del

tontainas de su marido a pesar de su infernal enfoque programático de problemas complejos, Kay levantó el sobre con el brazo izquierdo, el que movía mejor, y cruzó la calle a toda prisa, sin mirar, para volver a su casa, que quedaba en la esquina. Un arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca la lanzó por los aires, unos tres metros, y la estampó contra una farola. Eso fue todo. Tenía ochenta años y un día.

4. DE REPENTE, CYRIL CAMBIA DE OPINIÓN

–He tardado no sé cuántos años en darme cuenta de que todavía no entiendo de qué va esto –se puso a parlotear Kay–. Quiero decir, es difícil dejar algo cuando no se sabe lo que dejas. Puede que tenga ochenta años, y tal vez ese sea realmente el tiempo que merezco vivir, pero, para empezar, sigo sin hacerme una idea de lo que significa estar viva, y mucho menos de lo que significa morir. No sé qué es este lugar, ni siquiera sé si es real, y mucho menos qué se suponía que teníamos que hacer aquí. Y, si he malgastado el tiempo, tampoco sé decir qué debería haber hecho. Tengo la misma idea de lo que es importante que cuando era una niña de cinco años. Sigo con la sensación de que había algo que debía controlar y no creo que eso pueda conseguirse en –volvió a mirar la hora– ¡catorce minutos!

Cyril había escuchado con paciencia todo ese absurdo monólogo, claro producto de la histeria.

–Dudo que alguien pueda entender qué es la vida hasta el momento de perderla –dijo con dulzura y acariciándole la mano–. Puede que comprenderlo de verdad solo sea posible ofreciéndola en sacrificio. Sea lo que sea eso que dices que tenemos que «controlar», puede que se te escape hasta la epifanía final.

Kay frunció el ceño.

–Entonces ¿para vivir hay que morir?

Fue una traducción burda. Cyril creía que, aun siendo médico, había expresado su planteamiento filosófico en términos bastante poéticos. Había algo desgarrador en el modo en que su mujer se sobresaltaba y parecía aguzar el oído al menor ruido que llegaba de fuera –una sirena a lo lejos, el aullido de un zorro–, ojeando el vestíbulo sin parar, como una loca, como si esperase que un ángel

viniera del más allá a rescatarla en el último minuto. Quizá es imposible predecir cómo reaccionará alguien al enfrentarse a lo verdaderamente desconocido, y la reacción de Kay era el pánico, algo probablemente normal.

Sin embargo, Cyril se sentía tranquilo y lúcido. Estaba experimentando esa sensación de presencia que tan a menudo lo invadía cuando dormía con su mujer, pero que rara vez volvía durante la vigilia. Era una sensación profundamente placentera de cohesión, de unidad, de estar cortados por el mismo patrón, y sus pensamientos, con frecuencia clamorosos, en esos momentos estaban en calma.

Cuando abrió la tapa de la caja negra, el chisme emitió un gratificante pfff, como cuando se abre una cámara estanca. Sacó las pastillas del frasco y las colocó en la mesita de centro formando una cuadrícula perfecta. Kay observó con terror abyecto el modo en que las disponía, pues daba la impresión de que iban a echar una partida de Go.

–¿De qué tienes miedo, *bab*? –preguntó Cyril con delicadeza.

–De estar equivocándome –dijo ella, emitiendo solo el débil sonido del filamento de una bombilla incandescente, pero temblando.

–Pero es nuestro destino. El destino de todos. Así que no puede ser un error, a menos que el plan del universo lo sea.

–Es posible que sea un error. –Kay quería ganar tiempo. A él, a pesar de conocer la expresión de fastidio de su mujer, era raro verlo tan locuaz.

–Solo deberías sentir un suave y lento *decrescendo* –dijo Cyril–. No tienes nada que temer. Nunca te haría daño.

Kay volvió a echar otra mirada, desesperada e inexplicable, a la entrada del vestíbulo.

–Esta es la mejor manera posible de irse –entonó él–. Como tú y yo hemos decidido, en nuestra casa, ahora que los dos aún estamos cuerdos y nos reconocemos. Todavía podemos abrazarnos y despedirnos. Antes de pasar por una época indigna, por una degradación inenarrable, y antes de costarles un dineral a nuestros compatriotas mientras sobrevivimos como una parodia grotesca de lo que fuimos de jóvenes, o como meros recipientes de aflicción.

Estamos controlando nuestro destino. No olvides lo que les pasó a tus padres.

–Hace veinte años, así que supongo que ahora recuerdo con menos detalle esa fase de deterioro. Y tampoco quiero recordarla. ¿Para qué?

–Ahora no recuerdas esos dolorosos años de deterioro porque no *quieres*. Es posible que pronto dejes de recordarlos porque ya no seas capaz.

–Ah, sí, también es posible que tengas razón. Como la tienes con la mayoría de las cosas, por supuesto. Me refiero a que sí, voté a favor del Brexit y lo siento. No sé bien qué bicho me picó. Imagino que será perjudicial para la economía, y ya sabes que ni en un millón de años habría pensado que el Brexit ganaría...

–Basta de Brexit –proclamó Cyril con una sonrisa y acariciándole una mejilla–. No volveremos a mencionarlo en los pocos minutos que nos quedan en este mundo.

–Disculpa –dijo Kay, avergonzada–. Puro parloteo. Es posible que ese follón nunca fuese más que puro parloteo.

–Calla... No sigas con el tema. Hablemos del presente, pensemos en el aquí y ahora. Es lo único que nos queda.

–Al menos hacemos esto juntos, ¿no? Y en eso radica la diferencia, para mí en todo caso. –Kay recorrió con la mano el muslo que había acariciado, apretado y rastreado lentamente hacia arriba durante cincuenta y siete años buscando una parte del cuerpo más interesante–. No lo hace fácil, pero sí más fácil... Mucho más fácil.

–Y así ninguno de los dos tendrá que vivir sin el otro, ni siquiera poco tiempo –dijo él–. Siempre me ha angustiado la idea de que, si te pasara algo, me vendría abajo. Que no podría comer, ni lavarme, ni hacer la compra, y mucho menos dormir. Me he visto como uno de esos viudos vestidos con un cárdigan marrón comido por las polillas y calzando pantuflas sin talones... Mirando las musarañas horas y horas. Y oliendo mal.

–¿De verdad no duele? –dijo Kay, con la voz de una niña pequeña.

–No.

Algo pareció ceder: desmoronarse, liberarse, soltarse. Kay dejó

caer los hombros, respiró y miró a Cyril a los ojos con una confianza que a él le hizo sentir una extraña culpa.

–Hasta ahora he tenido suerte, pero tengo unos genes horribles, ¿no? Y no puedo soportar la idea de arruinarte la vida como mi padre se la arruinó a mi madre, hasta que llegaras a odiarme y no consiguieras recordar nada bueno. Ha sido una cena agradable, ¿verdad? Y una vida agradable también.

Lo besó con pasión, como se besaban durante horas cuando eran novios, y se separó de sus labios con las mismas pocas ganas que recordaba de aquellos días, cuando tenían que volver a concentrarse en los estudios. Ese beso iluminó con un cosquilleo toda la vida que habían vivido juntos, como si su matrimonio fuera un plato de batería que Kay acabara de golpear hábilmente con un mazo de fieltro.

Kay se sirvió agua de la jarra. Abrió la palma de la mano y se la acercó; dejó que Cyril decidiera cuántas. Después se las engulló todas de golpe y apuró el vaso.

–¿Te quedarás conmigo? –preguntó–. Prométeme que me abrazarás hasta que termine.

–Prometido –dijo Cyril, acercándola a su hombro y rodeándole la espalda con un brazo. Huesos de pajarito. Por irónico que pareciera, se sentía el orgulloso protector de Kay. Esperaría para tomar su dosis a que ella estuviera a salvo o a que la noción de estar a salvo ya no importase. Pensándolo bien, se parecía a la seguridad absoluta, un estado en que nadie podía hacerle nada a uno, por terrible que fuese. Acababa de rescatar a su esposa de todo lo malo que pudiera pasarle.

–Espero que Hayley no piense que es por su culpa –dijo Kay entre dientes antes de quedarse dormida. Era el seconal. Estaba aturdida.

Técnicamente hablando, fue un momento perfecto, pero no era esa la palabra que Cyril habría elegido para describir el instante en que percibió que Kay ya no estaba ahí. Incluso el ligero cuerpo de su esposa parecía pesado –grave, un peso empalagoso, como algo que él quisiera desesperadamente apartar–, y del cadáver –eso era ahora el cuerpo de su querida Kay, un *cadáver*– no emanaba una serenidad que lo apaciguase; antes bien, lo llenaba de energía y horror. Como

médico de cabecera que era, Cyril había visto morir a mucha gente, pero eran enfermos, los había visto a la distancia clínica necesaria, y ninguna de esas muertes se había parecido a esta.

La levantó cogiéndola por las axilas con toda la ternura de que fue capaz; el esfuerzo físico necesario para alzar un peso muerto era considerable. (De repente, el vocabulario de la letalidad palpitó con significado; Cyril pensó algo especialmente absurdo para un médico: «O sea, que era esto de lo que hablaban».) Después dejó el cuerpo de Kay desplomado al otro lado del sofá; lo hizo lo mejor que pudo, intentando cerrarle la boca sin conseguirlo. Si bien no formulada con total claridad, la idea le había dado vueltas en el fondo de la mente: dejar que Kay se marchase primero lo inspiraría para ser el segundo. No era tan ingenuo para imaginar que se reencontraría con su mujer en alguna nubecita de dibujo animado rodeada de arpas, pero cabía suponer que vería con buenos ojos la posibilidad de escapar del dolor al instante. Quería a su mujer, y esas pastillas dispuestas en perfecto orden le evitarían conocer durante más de unos minutos un desolado mundo sin ella.

Pero no fue eso lo que ocurrió. Aunque sí ocurrió algo: una corriente poderosa brotó de un lugar dentro de sí mismo con el que estaba poco familiarizado. Una fuerza espontánea; una erupción tan involuntaria que la comparación más ajustada que Cyril pudo evocar fueron unas ganas repentinas de vomitar, aun cuando la sensación no era tan desagradable. Esa... cantidad, esa... sustancia, esa... cosa, enorme, amorfa, no estaba fuera de él ni era ajena a él: *era él*. Era lo que siempre había estado ahí, esperando y observando desde dentro, algo así como un oráculo al que rara vez había necesitado consultar. A merced de esa entidad más grande, más fuerte y primitiva, que al parecer había habitado desde siempre, Cyril miró la jarra. Después se miró la mano. Pero, sencillamente, no pudo llenarse el vaso de agua. Esa tarea tan rutinaria parecía una imposibilidad física, como si la conexión neurológica entre cerebro y brazo estuviera cortada. Ni siquiera pudo concebir la idea de ponerse las pastillas en la palma de la mano y tragárselas. No era meramente un gesto poco atractivo, sino imposible. Cyril creía con todo su ser en ese contrato; por tanto, no había sido insincero. Estaba

profundamente convencido de que, para servir a su propio interés, tanto como al interés a largo plazo de su país, debía cumplir una promesa que había hecho tres décadas antes, a saber, quitarse la vida cuando tuviera ochenta y un años.

Lo que ocurrió fue que no quería.

El doctor Cyril J. Wilkinson seguía siendo un profesional jubilado convincente y lúcido, que había acumulado opiniones muy valiosas sobre los puntos fuertes y, sí, también sobre los fallos del quinto principal empleador del mundo. Era una fuente de conocimiento histórico, anecdótico o de otra clase, sobre los primeros años y un poco más de uno de los proyectos sociales de mayor envergadura acometidos por un Estado. ¿Por qué no lo había pensado antes, mientras perdía tantísimo tiempo en los manglares de Australia? Ya era hora de que escribiera sus memorias. Nunca había estado totalmente satisfecho con el sistema de confianza del NHS, resultante de la muy menoscabada «lotería del código postal»; en algunas regiones, las prestaciones excedían con mucho a las que se ofrecían en otras. El servicio dependía demasiado de personal extranjero, y atraer médicos y enfermeros de Rumania, Bulgaria, Pakistán y la India dejaba sin personal a esos países. Clamaba al cielo lo poco que se cuidaba la formación de los médicos de cabecera, pues la imposibilidad de conseguir una cita con el médico llevaba a muchos pacientes con problemas no urgentes a acudir a Urgencias, donde la atención era mucho más costosa. El libro que escribiría inundó su cerebro como una hormona fetal y, al cabo de treinta segundos, parecía que la obra ya estaba compuesta y que ponerla por escrito sería una mera formalidad.

En cuanto a Kay, no se podía hacer nada. Ya había elegido. Y puede que hubiese sido una elección prudente. En efecto, su ADN estaba marcado por la demencia; en cambio, su propio padre, ese viejo hijo de puta, vivió perfectamente lúcido hasta los noventa y nueve. Él no la había forzado. Fue ella la que se sirvió el agua, la que tendió la mano y se tragó el seconal por voluntad propia. Un acto que no podía calificarse de homicidio, pues no era sino una bifurcación del camino de un propósito que una vez había sido común.

Dicho esto, para Cyril fue un enorme alivio saber que su mujer nunca se enteraría de que había cambiado de opinión.

La capacidad de pensar metódicamente en un momento así era poco menos que asombrosa, pero esa noche él ya había descubierto algo que no sabía acerca de sí mismo. Esa capacidad de cálculo significaba simplemente abrir otra puerta en un carácter cuyo plano acabó incluyendo muchas más habitaciones de las que había imaginado. Llegado el momento tendría que dar parte a las autoridades, aunque, sin duda, la lacrimógena llamada podía esperar hasta el amanecer. Entretanto, lo mejor sería arreglar las cosas de modo que quedase descartada toda sospecha de delito. Ya podía oírse diciéndole, entre lágrimas, a un agente avergonzado, callado y respetuoso: «Es verdad, sí, desde hacía unas semanas parecía deprimida, pero yo no tenía ni idea de que estuviese tan tan hundida... Anoche debió de bajar tarde, como solía hacer cuando no podía dormir, casi siempre para sentarse a leer sin molestarme, aunque yo le había asegurado que no me molestaba nada que encendiera la lámpara de su mesita de noche... ¡Y después me la encontré en el sofá, esta mañana!». No le costaría mucho parecer alterado, porque lo estaba.

Cyril recogió las pastillas que habían quedado en la mesita de centro, las guardó en el bote y volvió a ponerlas en la caja negra. La caja la dejó otra vez en su lugar ritual, el estante de arriba de la nevera, al fondo a la izquierda –más adelante podría necesitar una estrategia para irse de este mundo–; después escondió la caja detrás del frasco de mermelada con trozos enteros de naranja que Kay había comprado en Sevilla en 2018 (de una partida *vintage*) y un bote opaco de salsa de menta. Guardó en el armario el vaso que no había llegado a tocar. Con una esponja quitó los últimos restos pegajosos del oporto que se había derramado en la mesa y se puso a fregar la moqueta manchada. En el piso de arriba escondió en una taza alta para las plumas y los lápices el lápiz de memoria con los textos que Kay había redactado para el funeral; allí nunca llamaría la atención. Echó un vistazo a las páginas impresas y quitó su propio discurso de despedida y el texto en que Kay explicaba por qué habían decidido decir adiós a las vicisitudes de la vida en común. Los

papeles los quemó en el fuego de leña y después retiró con una pala los trozos carbonizados para arrojarlos al cubo de las cenizas. Se guardó el programa del funeral y la despedida de Kay, un documento que no dejaba lugar a dudas sobre las alarmantes intenciones de su mujer. Las salpicaduras de oporto en los bordes de esas páginas añadían un convincente toque de trastorno mental.

Así y todo, no podía permitir que a su hermosa mujer la manosearan paramédicos, o policías que tal vez tomaran fotos del cadáver mientras el vestido blanco que tanto la favorecía seguía manchado de rubí. Con ternura, desabrochó los botones de la espalda y le bajó el vestido hasta las caderas. Besándole el cuello como si quisiera disculparse por la impertinencia –el cuerpo aún estaba caliente–, le quitó la ropa interior y se tomó un momento para contemplar, abrumado por el dolor, a esa mujer todavía de buen ver para su edad, de la que él conocía cada centímetro cuadrado íntimamente, tan bien como su propia piel. Arriba, en el estudio de Kay, encontró un bonito pero recatado camisón: un antiguo regalo de Navidad de su madre, una prenda que, a decir verdad, Kay nunca se ponía porque Cyril y ella siempre habían dormido desnudos y abrazados. De un gancho en la puerta del dormitorio descolgó una bata espléndida que él le había encontrado en eBay y que a ella le encantaba: satén negro con una faja púrpura y hombros de la década de 1940, muy osados; a Joan Crawford le habría sentado de maravilla. Vestirla no fue sencillo y, por más que intentase arreglarla, la bata seguía viéndose torcida, pero así Kay parecía mucho más presentable, más aún si lo había dejado a él en la cama para irse a leer abajo.

Por último, lavó los platos en que habían servido el *crumble* de manzana y guardó el resto en la nevera junto con el cartón abierto de la crema de Sainsbury's.

–El fanático eres tú. ¿Por qué no estás muerto, pues?

A Cyril le había parecido ominoso que cuando todos los invitados

que habían participado en el funeral por Zoom desconectaron entre muestras de dolor (seguía vigente la restricción de celebrar reuniones), Hayley hubiera seguido en línea. Desde que recibió la terrible noticia, su hija, además de furiosa, parecía estar ocultando algo, como un gato que se hubiese comido al canario y, para rematarla, la jaula.

–Soy consciente de que esta pérdida ha sido muy dura para ti, Hayley –dijo Cyril, evitando, como siempre, recostarse en el lado del sofá en el que había «amortajado» a Kay–. Pero tendrías que animarte pensando que tu madre tuvo una vida maravillosa y llena de satisfacciones. Lo que pasó es que..., bueno, ya sabes, empezó a olvidarse de cosas... Después de que la demencia destrozara al abuelo y a la Nana Poskitt, solo puedo suponer que quiso ahorrarnos...

Hayley no pareció interesada en la simplona explicación que su padre había preparado para los invitados al funeral virtual.

–Ese farragoso «hasta la vista, ha sido un verdadero placer conoceros», el texto que Simon leyó por Zoom... ¿Acaso soy la única a la que le pareció rarísimo que mamá se acordase de despedirse de su cuarta mejor amiga y no dijera adiós a su marido?

–Bueno, habrá pensado que nuestros asuntos eran privados.

–Además –prosiguió Hayley–, no estaba perdiendo la memoria. Mamá estaba en sus cabales.

–Era muy hábil ocultando sus lapsus. Estaba peor de lo que imaginas.

–Estaba exactamente como yo imagino, no se le escapaba nada. Y detesto que ensucies su memoria haciéndonos creer que babeaba y chocheaba.

–Estás dolida. Y si desahogar tu dolor conmigo te alivia, estoy dispuesto a servirte de paño de lágrimas. Siempre y cuando no olvides que yo también la he perdido.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué la perdiste?

–¡Ya te he dicho que había empezado a perder la memoria! Esta conversación no hace más que repetirse.

–Papá, una de las muchas cosas que mamá *no* olvidó fue

mandarme un mensaje esa noche. Y fue muy explícita sobre los planes que tenías para cuando terminaseis de comer el pudin.

Hayley hizo una pausa para permitir que su padre asimilara esas palabras; los sentimientos de Cyril iban de la herida al horror. Le sorprendía mucho que Kay hubiese traicionado la confianza que había depositado en ella, y que la última noche de vida de su mujer incluyese semejante acto de deslealtad era una ofensa para la que no tenía palabras. Así y todo, que hubiese revelado el pacto también confería un matiz distinto a los acontecimientos que tendrían lugar en adelante.

–Normalmente dejo el móvil al lado de la cama y programo la alarma –añadió Hayley–, pero durante el confinamiento John no tiene que ir al University College y estábamos durmiendo. Una desgracia: cuando subimos para tumbarnos a leer en la cama, dejé el teléfono en la cocina. Y ahí estaba cuando llegó el mensaje de mamá. Un estúpido cambio en mi rutina que podría no haber tenido importancia y cuyas consecuencias ahora tendré que sufrir para siempre. Por eso te repito: «¿Por qué no estás muerto *tú*?».

Cyril agachó la cabeza.

–No pude hacerlo.

–Mamá siempre fue más valiente que tú.

–No es fácil de explicar, pero creo que el problema no tuvo que ver con el miedo.

–Bueno, si no fue cobardía, entonces fue egotismo. Te llevas la palma, papá, ¡porque doy por hecho que esa melodramática proposición debió de ser idea tuya! A la medianoche del día de su cumpleaños, el inflexible límite de los ochenta años, el falso y pretencioso altruismo en que se basa el razonamiento... ¡Toda esta historia tiene grabado el nombre de Cyril J. Wilkinson!

Hayley siempre había hecho gala de un lado bravucón que intimidaba y, aunque Cyril quería a su hija, esa insistencia no podía gustarle menos.

–Al menos puedes consolarte pensando que tu madre no estuvo sola en sus últimos minutos. Murió en mis brazos. Murió sabiendo que la amaban...

–Podría contárselo a la policía, ¿sabes?

–¿Contarles qué? No infringí ninguna ley.

–Acabas de reconocer que la *viste morir*. Eso puede calificarse de omisión de socorro. Negligencia criminal. Puede que no sea un asesinato, pero se le parece muchísimo. Además, les mentiste a los policías. No estabas arriba, en la cama. Mamá no tomó una sobredosis en secreto. Tú la *ayudaste*. Y, en el Reino Unido, el suicidio asistido es de lo más ilegal que puedas imaginarte.

–La mayor parte de esos casos nunca acaban en juicio...

–Dime la verdad, ¿qué conseguiste? En esencia, mataste a mi madre. Ahora estás completamente solo. ¿Era eso lo que querías? ¿Estabas cansado de mamá?

–No seas ridícula. Y no hay pruebas de que cometiera un delito. Nadie se interesará en abrir una investigación y a ti tampoco debería interesarte.

–Si me envió ese mensaje fue porque quería que alguien la *rescatara*, obvio. Que la rescatara de mi padre, el fanático, el que no tuvo siquiera la decencia de llevar hasta el final su estúpida idea.

–Hablas como si desearas que fuese yo el que se hubiese suicidado.

–Sí, claro. –El índice de Hayley se acercó a la pantalla, al icono rojo–. La verdad duele –dijo, y cortó.

Antes incluso de dejar este mundo juntos el 29 de marzo de 2020, Kay y Cyril llevaban mucho tiempo acariciando una manida y romántica idea: si uno de los dos moría, el otro lo seguiría poco después. A fin de cuentas, ese reflejo actuarial en los matrimonios de largo recorrido contaba con un sinnúmero de precedentes. La perspectiva de seguir adelante solo otra vez, y quizá disfrutando de momentos agradables, habría parecido una traición. Los dos entendían que perder al otro también conllevaba perder las ganas de vivir.

Sin embargo, resultó ser que Cyril sí podía vivir sin su mujer; lo que él no sabía decir era si eso hablaba bien o mal de su persona.

Descubrir que era capaz de seguir adelante sin Kay era, en cierto modo, entristecedor, como si amenazara con calificar de secundaria o prescindible la relación que había marcado su vida. Con todo, valía la pena recordar que él no se había creado a sí mismo y que, por lo tanto, no se lo podía considerar responsable de su propia esencia. Además, su determinación de aguantar, asombrosa y férrea, no se reducía a un mezquino egoísmo, ni, como había dicho Hayley, a mero egoísmo. Desde muy temprana edad, Cyril, por naturaleza, había estado poseído por una ferocidad –tampoco creación suya– que podía dirigirse hacia el mal o hacia el bien. Por lo general había concentrado la energía en su prolongada y distinguida carrera de médico, a lo largo de la cual había ayudado a miles de personas corrientes a sentir menos dolor, a disfrutar de una mejor funcionalidad y a vencer la enfermedad. Esa misma ferocidad también había empujado a su mujer hacia un Día D ideado por su marido.

En retrospectiva, Hayley tenía razón: el gran plan solo había resultado en tragedia. Es posible que la propuesta siempre hubiese sido demasiado conceptual. El problema radicaba en si, al llegar al improbable año 2020, ninguno de los dos cónyuges estuviera enfermo. Un plazo tan drástico podría haber sido viable si todos los demás habitantes del país también hubiesen consentido en hacer mutis por el foro al alcanzar las ocho décadas de vida. Pero no todos lo habían hecho. En consecuencia, el excéntrico protocolo era frágil. Hay que reconocer que Cyril siempre había sido un terco, y ahora ya no se beneficiaba de la influencia moderadora y persuasiva de una compañera más flexible. Kay siempre había tendido más al capricho. ¡Por favor!, cómo olvidar ese absurdo impulso que la llevó a votar a favor del Brexit. Así pues, Cyril apenas dudaba de que, si en lugar de seguir adelante con el orden del día original, le hubiera suplicado que abandonase el plan ese fatídico cumpleaños, Kay habría vuelto a dejar sin más el seconal en el bote y habría ido a cepillarse los dientes.

Su vida de viudo no era ni tan cálida ni tan divertida. El viento helado que soplaba esos días se volvió aún más frío porque Hayley, como era de prever, no pudo tener la boca cerrada: ahora sus tres

hijos lo culpaban por la muerte de la madre. Por otra parte, era probable que los afectos se hubiesen inclinado hacia Kay. Incluso después del confinamiento, las visitas de los chicos con sus respectivos retoños fueron escasas.

Cyril no tardó en darse cuenta de que Kay, como ama de casa, se había esforzado con creces –sin darle mucha importancia, de una manera reflexiva, sin quejas–, pero las tareas mundanas que él había creído que se volverían insuperables acabaron siendo una salvación. Lavar la ropa, recoger la cocina y hacer la compra le sirvieron para poner orden en sus días y hacerlos más cortos. Solo llegó a detestar la intrusión de esas monótonas tareas cuando empezó a trabajar en sus memorias.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que el proyecto lo absorbiera hasta el punto de conseguir incluso no pensar en su precaria (léase, desastrosa) situación económica. Una vez descontados los impuestos y los gastos diarios, la pensión que cobraba todos los meses no le llegaba para hacer frente a la enorme rehipoteca que había servido para sufragar los donativos a obras de beneficencia, las generosas ayudas a los hijos y las vacaciones del matrimonio. La prestación por viudedad que le concedió el Estado le dio un respiro, pero, en cuanto dejó de percibir esa miseria, las notificaciones del banco empezaron a apilarse sin que él se tomara siquiera la molestia de abrirlas. Vivir con la suposición de que no había futuro se había convertido en costumbre.

Cyril no era ludita, así que no vivía enterrado bajo pilas de cuadernos de espiral garabateados con letra ilegible. No obstante, en su ordenador, el tamaño de los archivos no cesaba de aumentar. Al menos podía moderar los recuerdos de su infancia durante la guerra y su ascética adolescencia. (El racionamiento duró hasta 1954. Ahora, eso se llamaba *austeridad*, una palabra de la que se abusó mucho en la década de 2010. No era un fanático del «impuesto por infraocupación», pero al menos quienes veían reducidas sus ayudas por tener una habitación desocupada todavía podían comprar mantequilla.) Hacía tiempo ya que la televisión británica se deleitaba contando la historia de esa época, y Cyril detestaba seguir alimentando una nostalgia nauseabunda por aquella Inglaterra

valiente, rica en recursos y acartonada. Pero en cuanto llegó a ser un profesional, sus opiniones sobre lo que funcionaba y lo que no en el NHS consumieron su disco duro como la levadura se come el azúcar.

Con el título provisional de *Listo para servir*, el manuscrito podría haberse mantenido hasta cierto punto bajo control –aunque él ya contemplaba la posibilidad de escribir dos volúmenes– cuando, al alcanzar unas doscientas mil palabras, Cyril viró hacia el Brexit y cayó en un pozo. Imaginaba que sería capaz de escribir tanto que, llenando el hueco con sus fecundas opiniones y saliendo como pudiese por el otro lado, llegaría a cansarse. A partir de ese momento planeó ahondar en la deficiente preparación, la epidemiología irresponsable y alarmista, y la desmesurada histeria colectiva que habían contribuido a desencadenar la debacle del coronavirus. Por último, se empeñó en hacer llegar al lector el pacto que había cerrado con su mujer y a continuación analizó las muchas razones por las que decir adiós a la vida a los ochenta era una idea realmente sensata (un argumento en cierto modo desvirtuado, porque el autor que lo exponía ya tenía ochenta y dos). En las páginas finales revelaría el doloroso resultado, poniendo así punto final a sus memorias con una nota conmovedora que sonaba a confesión. Sin embargo, para alcanzar esa transparencia, ese punto culminante, tenía que ir venciendo la exasperación que le provocaba la intransigencia británica durante las negociaciones, la sobrevaloración sentimental de la industria pesquera y la terrible aunque inefable pérdida espiritual que traería el exilio de la Unión Europea.

Lidiando con ese «capítulo» digresivo que, después de escribir ciento veinte mil palabras, seguía sin dar muestras de agotamiento, Cyril empezó a dedicarle más horas, quedándose a veces hasta las dos o las tres de la madrugada encorvado sobre el teclado con un bocadillo de beicon frío a mano. Cuando se acercaba la medianoche sentía una rara parálisis en la mejilla derecha; por su parte, el índice de la mano derecha empezó, cosa rara también, a tener dificultades para pulsar la «Y». En la pantalla, las letras bailaban, y la extensa elucidación de los muchos desafíos a los que se enfrentaba el

continente europeo, retos que únicamente podían resolverse con medidas supranacionales concertadas –la migración, el terrorismo, los nuevos brotes de covid– empezó a no tener mucho sentido que digamos. Al levantarse para ir a buscar el eternamente fútil vaso de agua, su panacea, se mareó, tropezó y acabó en el suelo. Le estallaba la cabeza de lo mucho que le dolía. Es raro que los médicos consideren que los abundantes consejos que dan a sus pacientes puedan tener algo que ver con ellos personalmente; por tanto, Cyril tardó más que los enfermos en concluir que, sí –aunque era un insulto para un facultativo que debería haberse salvado de los miserables achaques cotidianos que afligían al vulgo–, estaba teniendo un ictus. Cuando se dio cuenta, ya no podía controlar las extremidades y no tenía ningún teléfono a mano.

–Digo yo que deberíamos desconectarlo.

–Sería un poco precipitado.

–¿Y cuál es el pronóstico? ¿Va a recuperarse?

–Estas cosas dependen de cada persona. Aunque, a la edad de su padre, las probabilidades de una verdadera mejoría son pocas. Ha sufrido un daño considerable.

–Tengo la impresión de que piensa que deberíamos esperar un tiempo. Esperar hasta que esté completamente estabilizado.

–¿Esperar? ¿Esperar a qué? Ya lo has oído. No hay que esperar una mierda, esas son las posibilidades. En ese caso, mejor acabar de una vez. Que lo desenchufen.

–Esto es exactamente lo que le daba miedo. Vamos, que es casi poético. En cierto sentido, es la venganza perfecta. Mucho mejor que una muerte natural. Quedarse ahí postrado para siempre sin nada que hacer aparte de pensar en sus pecados.

–Doctor Evans, lamento que mi hermana parezca una desalmada, pero hay cosas que podríamos llamar *antecedentes*. Tiene sus motivos.

–Bueno, ahora mismo no hace falta tomar grandes decisiones. Les

dejaré que pasen unos minutos con su querido padre.

Se cerró la puerta.

–Está siendo sarcástico, ¿verdad? Era sarcasmo, fijo.

Cyril parpadeó y abrió los ojos. En el techo, una mancha de humedad con la forma de Noruega. Por un lado, sentía curiosidad por lo que sus hijos pudieran decir creyendo que no se enteraba de nada; por otro, puede que le conviniera no saberlo. Pero graznar «¡Que sepáis que os oigo!» era absolutamente imposible. Lo habían intubado. Lo que hizo Cyril fue agitar un brazo como un poseso para indicar a las visitas que el enfermo estaba despierto. Una rectificación: agitar el brazo fue lo que tuvo intención de hacer, pero lo cierto es que el brazo ni se movió y los chicos siguieron hablando. Intentó volver la cabeza para poder al menos ver a su familia, pero ni eso. Le consternaba dar las órdenes neurológicas que normalmente uno ni siquiera es consciente de dar y verlas alegremente ignoradas. La pérdida de autoridad era vertiginosa. Podría muy bien haber sido el presidente a perpetuidad de un pequeño país atemorizado, un gobernante que hubiera sido depuesto de forma abrupta, como si, de repente, el temible dictador cuyos caprichos se habían obedecido sin rechistar so pena de muerte se viese convertido en un patético convicto despreciable, con los calzoncillos sucios, cuyos edictos solo hacían reír.

–¿Cuánto tiempo va a hacernos esperar este médico antes de decidir que papá se encuentra en un estado vegetativo irreversible? –dijo Roy–. Comprobarlo puede llevar un tiempo y, en mis circunstancias, las cosas cambiarían mucho si se zanjara el asunto de la herencia y se vendiera la casa. Ahora debe de valer un par de millones.

–No me gusta nada tener que darte esta noticia, hermanito –dijo Simon–, pero hace unos días me pasé por Lambeth para recoger la correspondencia y esas cosas. Parece ser que rehipotecaron la casa y papá se ha atrasado con los pagos. No abría los sobres, pero ya ha empezado el proceso de desahucio.

–¿Cómo se puede desahuciar a alguien de su propia casa? –preguntó Hayley, horrorizada.

–No es su casa. Es del banco. Y ahí no acaba todo. Estuve

hurgando en los extractos, y en las cuentas de papá solo queda calderilla. O están en números rojos. En una palabra, Roy, no hay herencia.

–¡Qué cabrón! –estalló Roy.

Una molesta arruga de la ropa de cama se le clavaba a Cyril en la parte de arriba de la espalda, pero no podía hacer nada por remediarlo. La mano derecha parecía considerar claramente desopilante la petición de rascarle una virulenta picazón en el culo. Para probar, se concentró e intentó mover los dedos de los pies, pero, al notar que la sábana no los rozaba, comprendió que no se movían.

–Además –prosiguió Simon–, encontré un manuscrito enorme en su ordenador, un mamotreto.

–¡*Mamotreto mis cojones!* –bramó Cyril en silencio.

–La historia de su vida o algo por el estilo –siguió diciendo Simon–. Un libro tan largo que, a su lado, una novela de Karl Ove Knausgård parecería un folleto de viajes. Aunque en la parte que quedó en pantalla cuando se desmayó había, me creáis o no, no sé, como cientos de páginas sobre la Unión Europea.

–¡Por Diossss! –gruñó Hayley–. Como si alguien quisiera seguir hablando de la Unión Europea.

–He estado preguntándome si no deberíamos salvar esos documentos –dijo Simon–. Ese *opus magnum* es lo último que dejó. Podría tener algún interés histórico...

–Pues para mí no tiene ningún interés –dijo Hayley–. No pensarás de verdad que alguno de nosotros se sentará un día a leerlo.

–Venga, imprímelo –dijo Roy–. He echado mano de las reservas que compré para el confinamiento y se me está terminando el papel de váter.

–El típico proyecto de un vanidoso –dijo Hayley–. Es tan de papá darle vueltas y más vueltas a todo, esperando, sin duda, que ese ampuloso volumen escrito para su propia gloria se publique, que se escriban reseñas elogiosas y llegue a convertirse no solo en un éxito de ventas, sino también en lectura obligatoria en las facultades de Medicina. Puede que al principio, cuando planeó irse al otro barrio a los ochenta, tuviera razón. Míralo ahora. Si es un viejo de mierda...

Envejecer tiene que significar hacerse a un lado y aceptar que uno ya ha vivido lo suyo. Papá jamás tuvo en toda su vida siquiera cinco minutos de verdadera humildad.

–¿Creéis que dejó un testamento vital? –preguntó Simon.

–¡*Claro que hay testamento vital!* –gritó Cyril–. ¡*En el cajón del medio del archivador, en el estudio, en la primera carpeta, la flexible, la roja*!

–Lo normal sería pensar que sí –dijo Hayley–, pero mamá y él esperaban cometer ese histriónico doble suicidio antes de que se convirtiese en asesinato. Es probable que papá ni se tomara la molestia.

–¡Coño! –exclamó Roy–. Está parpadeando.

Los tres ingratos se apiñaron alrededor de la cama del enfermo y lo miraron. Por poco cariñosa que fuese su progenie, ya adulta, era un alivio ver algo más que Noruega. Cyril parpadeó frenéticamente.

–¿Será involuntario? –dijo Hayley.

–Vete a saber –dijo Simon–. Podría ser nervioso.

Cyril parpadeó con fuerza, se detuvo, volvió a hacerlo y luego dejó de parpadear y se puso a mirarlos fijamente. Era una situación nueva para él, y no estaba seguro de cuál era el protocolo para que «pareciese que parpadeaba a propósito».

–¿Creéis que aún hay alguien dentro de ese cuerpo? –dijo Roy.

–Vaya –dijo Hayley–. Eso es de muy mal gusto.

–¿Papá? –dijo Simon–. ¿Estás ahí?

Parpadeo-parpadeo-parpadeo.

–¿Papá? –repitió Simon–. Si me oyes y entiendes lo que te digo, parpadea una vez para decir sí, y dos veces... O deja de parpadear. Parpadea dos veces para decir que sí. Obviamente, si la respuesta es no, no vas a contestar nada.

Parpadeo-parpadeo.

–Sé que suena cruel –dijo Hayley–, pero esto tiene un lado, no sé, delicioso. Si de verdad está despierto y nos oye..., quiero decir, si no está envuelto en una niebla comatosa. Ahora sí puedes meditar sobre tus pecados, ¿verdad, papá?

Cyril nunca había sido consciente de que el tiempo podía pasar tan despacio. Una simple media hora dejaba a la vista un extenso

desierto temporal; se imaginaba arrastrándose por las dunas cargado con un equipo de excursionista y las botas llenas de arena. Aparte de las ocasionales visitas de las enfermeras, y de las mucho más ocasionales de Simon, el más cumplidor de los tres, Cyril vivía sin agenda, es decir, sin los seguros indicadores que dicen cómo va transcurriendo un día cualquiera. Lo alimentaban con suero intravenoso, no comía nada sólido. Intubado para hidratarlo, no desayunaba nada energético ni tomaba el té de las cuatro. Le habían puesto un catéter y una bolsa para irrigar el colon. Digamos que hasta entonces no había apreciado las bondades de los bienvenidos y útiles viajes urgentes al retrete. Solo podía dormir con somníferos y, así y todo, apenas tres o cuatro horas. La mañana, la tarde y el anochecer eran meras abstracciones. El tiempo atmosférico no tenía la menor importancia. A veces, una enfermera encendía el televisor, pero, como él no podía cambiar de canal y tampoco apagarlo, la caja tonta no tardó en convertirse en otra tortura más.

En otros tiempos habría disfrutado de la oportunidad de reflexionar: sentado en el metro, ensimismado y escogiendo a propósito no leer, o disfrutando de un descanso inesperado en el trabajo cuando algún paciente no se presentaba y él podía quedarse a solas con sus pensamientos. Ahora, sin embargo, estar solo con sus pensamientos había pasado a ser un trabajo a jornada completa. Mantener una idea en circulación en la cabeza le resultaba una carga. Tras haberse considerado a sí mismo, tiempo atrás, una especie de intelectual, fue una decepción tremenda conocer los límites de su atletismo mental, pues sus entrenamientos cerebrales se parecían más a una patosa escalada por las barras de unos juegos infantiles que a la gimnasia olímpica. Era oficial: no tenía una mente creativa. (*Ya ves*, ansiaba decirle a Hayley. *¿Eso no te parece humildad*?) Podía echar mano de recuerdos emotivos, pero incluso momentos estelares como el día en que Kay aceptó su propuesta de matrimonio o los calurosos homenajes que recibió en la fiesta de su jubilación eran fragmentarios y parecían sacados de viejas películas mudas con movimientos espasmódicos, subtítulos tontos con demasiados signos de admiración y el celuloide manchado. Sospechó que su capacidad de recordar se había vuelto inusitadamente débil.

La memoria humana era algo espantoso. En el mejor de los casos, podía evocar con nitidez instantes capturados en fotos fijas. No solo se cansó rápido de las pocas que conservaba en su disco duro y en las que podía clicar mentalmente dos veces; las imágenes empezaron a distorsionarse hasta que los rostros de las fotos de la boda parecieron maliciosos y grotescos.

Ni sus preciosos recuerdos de infancia, cuando la guerra, soportaban el análisis al repasarlos. En otoño de 1939, durante la Operación Flautista, cuando él era apenas un bebé, su madre decidió refugiarse en Kent. Pasaron meses y más meses, el cielo no se vino abajo y mamá regresó a Birmingham con la criatura. Y cuando el jaleo con los alemanes empezó en serio, la ahora intrépida Betsy Wilkinson dejaba al primogénito con su hermana menor durante el día para servir mejor en la fábrica de munición. Aunque en Birmingham los bombardeos fueron feroces, Betsy prefirió el esfuerzo bélico a la seguridad de su familia, y se negó a volver a marcharse de la ciudad –una decisión que Cyril siempre había alabado–. Sin embargo, en el revoltijo de imágenes que conservaba de esa época ya no cabían más anacronismos; en un fragmento que evocaba montones de veces, de los días de permiso que le concedieron durante la campaña de Italia, su padre, hombre apuesto, de uniforme, le rodeaba los hombros con un brazo tranquilizador mientras veían la *televisión* en la sala. ¡Si hasta había imaginado que conservaba momentos fugaces de la evacuación a Kent! Había almacenado visiones de besos dados a toda prisa en el andén de una estación, una familia compasiva que lo esperaba con galletas de chocolate en el otro extremo de la línea ferroviaria..., pero ¡por favor!, si entonces solo tenía ocho meses. Su vívido «recuerdo» de la insistencia de su madre en llevar a toda costa su pesado aunque adorado costurero al refugio antiaéreo en mitad de la noche incluía una voz femenina superpuesta que contaba lo que él recordaba. Todos los bombardeos del Blitz, todas las explosiones y todo el polvo se habían construido a partir de la tradición familiar, embellecidos con cada nueva versión. Los bombardeos sí habían sido reales, pero sus recuerdos de aquellos ataques eran apócrifos.

Pasó una época en que, como quien ejecuta un ritual, daba

vueltas y más vueltas por la planta de cada casa y de cada apartamento en que había vivido: la casita de su infancia en Birmingham, dos plantas con dos habitaciones cada una; la espaciosa casa a la que la familia se mudó cuando él tenía dieciséis años; las residencias de estudiantes del Imperial College; su primera habitación amueblada en Rotherhithe con Kay... Si se concentraba, podía evocar un mullido sofá verde de los primeros años de casados, un mueble del que no se había acordado en décadas, o el papel pintado con rosas de la habitación de su infancia. Volvía sobre los interiores, sobre la carrocería de cada coche que había tenido: el Ford Cortina de cuando se casaron, el Morris Minor Traveller de cuando los críos aún eran pequeños... Como nunca había sido un dandi, le sorprendió recordar con una precisión fotográfica las prendas que había usado a lo largo de los años, desde los graciosos *shorts* de pana con tirantes azules y botones de bronce de los primeros años de la escuela primaria hasta el funcional terno de raya diplomática con la corbata roja clásica que usó en la década de 1980, cuando ya era un profesional. Luego pasó por una fase dedicada a pensar en comidas. El pastel de patata de su madre y la famosa coliflor gratinada le pasaban por delante en la cinta de una cafetería automatizada. En cualquier caso, la verdad es que la comida nunca le había importado demasiado y él siempre acababa regresando con pesar a las salchichas con puré del último cumpleaños de Kay. Los pensamientos sobre el NHS se le habían agotado escribiendo sus memorias; además, qué demonios importaba lo que un fardo silencioso postrado en cama pensara acerca de la sanidad pública británica. Es de suponer que también podía cavilar sobre la finalidad del universo, pero no era filósofo, y cualquier meditación por el estilo degeneraba en una mezcla de rabia, resentimiento y desesperación a cuyo lado el soliloquio de Kay en su última noche –«¡He tardado no sé cuántos años en darme cuenta de que no sé de qué va esto!»– parecía llevar la firma de Shakespeare.

Sin embargo, Cyril no era mente y solo mente, no era uno de esos cerebros que flotan en un frasco, de esos que se ven en el laboratorio de un científico loco en las películas de ciencia ficción de

la década de 1950; eso sería de por sí bastante infernal, pero preferible, tal vez, a seguir habitando un cuerpo sobre el que, a excepción de los párpados, no podía ejercer control alguno. En cambio, la cámara de torturas del cuerpo sí seguía controlándolo a él. Por ejemplo, se le agarrotaba un músculo, pero no podía estirarse para descontracturarlo. Se le secaban los labios y no podía lamérselos. Cuando en el hospital bajaba la temperatura, no podía cubrirse con una manta hasta el mentón; si la temperatura subía, no podía dar una patadita para quitarse la manta de encima. Podía parpadear, pero no sacudirse el sueño de los ojos. Una mosca que pasara por ahí era una catástrofe: podía paseársele impunemente por toda la cara. Y descubrió algo que no le resultó en absoluto agradable, a saber, lo importante que era, en la cama, cambiar la postura de las piernas. Incluso hurgarse discretamente la nariz reveló ser el *summum* del lujo.

Técnicamente, Cyril no estaba privado por completo de la capacidad de comunicarse, pero la farsa que pasaba por conversación dependía de principio a fin de que alguien tuviera la paciencia sobrehumana necesaria para comprender los movimientos de unos párpados que hablaban esperanto. Las enfermeras estaban acostumbradas a hacer preguntas sosas a las que bastaba contestar sí o no –«¿Estás bien, cariño?»–, pero los sanitarios nuevos y los interinos a veces olvidaban cuántos parpadeos significaban «no» aunque se tomasen la molestia de mirarlo. A todos les habían dicho que Cyril estaba consciente, pero eran tan pocas las fuerzas que tenía para dejárselo claro al personal médico que, en la práctica, entre ellos casi todos hablaban de él como si fuera un juego de comedor.

Al principio coqueteó con la idea de retomar el manuscrito de *Listo para servir*, como si fuera teóricamente posible ir indicando con los párpados una letra por vez con la ayuda del tablero alfabético. Pero la aplicada elección de la N... (parpadeo), la H (parpadeo)..., la S (parpadeo) recordaba el desesperante tedio de buscar «Panorama» en la aplicación iPlayer de la televisión a la carta, esa angustiosa tarea de introducir la palabra letra a letra en el teclado de la pantalla con los botones del mando a distancia. Además, volver a esas

memorias era algo que solo le podría haber facilitado un santo preparado para mover un dedo adelante y atrás por las hileras del alfabeto hasta cosechar una W, ¿y quién iba a ser ese santo? Sus hijos habían dejado brutalmente claro lo mucho que les fascinaba ver la carrera de su padre culminada en un texto. Las probabilidades de que uno de ellos se ocupase de que la obra se publicara eran menos que escasas. Y el problema no era solo logístico. Retomar el manuscrito habría requerido una fuerza que lo iba abandonando. En retrospectiva, no acababa de creerse que hubiera dilapidado el ocaso de su competencia física escribiendo sobre la UE. Ya no era ni remotamente obvio por qué le había importado lo más mínimo la mastodóntica burocracia de Bruselas.

Lo único que conseguía abstraerlo por completo era la repetición mental de la noche en que Kay cumplió ochenta años. Después de eludir enfrentarse a esa noche desde entonces, tal vez se había zambullido en sus recuerdos como una huida, una manera de reconciliarse con lo que había hecho. ¿Con lo que había hecho Kay? Con lo que había hecho él. Puesto que nada lo distraía, acabó reconociendo que había vivido de manera permanente en un estado de lacerante autoflagelación desde el instante en que el peso muerto de la cabeza de Kay reposó en su hombro. A partir de ese momento se había odiado a sí mismo de un modo mucho más feroz del que jamás lo habían odiado sus hijos. Aunque no se lo reconociera, el veredicto había sido instantáneo: aun si no había matado literalmente a su mujer, para el caso era lo mismo. Y no solo la echaba de menos, también se arrepentía sinceramente por haber permitido que el dogma tuviera prioridad sobre el amor de su vida.

Nadie nunca sería testigo de un reordenamiento no demasiado sutil de esa versión de lo ocurrido. Tumbado en la cama boca arriba y sin poder moverse, solo y asfixiándose con el tubo del ventilador clavado en la garganta, Cyril no solo se perdonó a sí mismo, también se dio las gracias. Oh, sí, la echaba de menos, claro, pero le había ahorrado mucho sufrimiento. Ahora Kay nunca yacería para siempre con la vista fija en un techo con una mancha de humedad que tenía la forma de Noruega. Ponerle esas pastillas en la palma de la mano

había sido su más puro acto de altruismo, pues, cuando veía a su mujer sin vida en sus brazos, en lugar de culpa, sentía envidia.

A partir de esa epifanía, el único propósito de Cyril fue que le quitasen la respiración asistida.

El verdadero obstáculo para alcanzar ese objetivo se llamaba Marshall Evans, el médico que lo llevaba, uno de esos timoratos que vivían soltando el turbio argumento de la «pendiente resbaladiza». Católico apegado a la tan trillada «santidad de la vida humana», al neurólogo ya no le había gustado la idea de quitarle el ventilador ni siquiera cuando Cyril parecía sumido en un estado vegetativo duradero. En cuanto los parpadeos del enfermo permitieron establecer que ahí había alguien, la santa «vida humana» de Evans se volvió tanto más sagrada. En su carrera de médico, Cyril había conocido a muchos de esa ralea, los que ejercían presión para mantener con vida a recién nacidos claramente incurables todo el tiempo que permitiera la ciencia médica cuando saltaba a la vista que esos bebés sufrían e iban a acabar muriendo de una manera u otra. Eran los mismos que se gastaban miles de libras en el veterinario por un perro artrítico de quince años. Además, Cyril detectaba en su médico una enfermiza fascinación profesional por un raro despertar del coma sobre el que había leído en algunas revistas, pero que nunca había visto en la práctica. Evans nunca estaría dispuesto a prescindir de un ejemplar tan interesante. Con un tipo como ese, un suicidio asistido, aunque fuese pasivo, no iba a ser lo que se dice coser y cantar.

En consecuencia, Cyril quiso dejar las cosas bien claras. Mientras una enfermera pasaba un dedo por el tablero alfabético y transcribía cada letra que provocaba un movimiento de los párpados, el enfermo indicó al doctor Evans de forma descarnada: D... E... S... C... O... N... É... C... T... E... M... E... [.] No obstante, como era propio de él, quiso hacer hincapié en su condición de antiguo colega de *nuestro* NHS y cometió el error de añadir con todo detalle: M...

I... S... [] C... U... I... D... A... D... O... S... [] C... U... E... S... T... A... N... [] U... N... A... [] F... O... R... T... U... N... A... [.] A... Q... U... Í... [] B... L... O... Q... U... E... O... [] U... N... A... [] C... A... M... A... [.] A raíz de esa preocupación absolutamente sensata que cualquier defensor de una sanidad pública sostenible debería considerar primordial, el neurólogo concluyó que el paciente padecía «baja autoestima», un indicador infalible de depresión clínica. (¿Quién no estaría clínicamente deprimido al verse enterrado en vida?) Por tanto, Cyril no estaba en condiciones de tomar por su cuenta decisiones como la de vivir o morir.

Las consultas con la familia no sirvieron de mucho que digamos. Si no iba a sacar provecho de la herencia, a Roy le daba igual lo que hicieran. Simon era el más decente de los tres, pero, siendo como era contable del Ayuntamiento –de los obsesivos– y tory convencido, no destacaba por la hondura de sus pensamientos; a su manera simplista, no quería asumir responsabilidad moral alguna por un parricidio. Hayley era una sádica que quería que su padre siguiera consumiéndose en el infierno por los siglos de los siglos: era el castigo por haber «asesinado» a su madre.

Las víctimas de un ictus con síndrome de enclaustramiento no suelen vivir más de unos cuatro meses. No obstante, si Cyril en cuanto persona había perdido las ganas de vivir, su organismo demostró ser inusitadamente robusto. Vivió hasta los noventa y tres años.

5. EL PRINCIPIO DE PRECAUCIÓN

–En el transcurso de una hora me ha hablado tres veces del mismo concierto de cámara en San Marcos. Y no paraba de preguntar que cómo le iba a «Cyril» en Barclays y que si a «Cyril» le gustaba su nuevo apartamento, así que no pude más que deducir que hablaba de Simon. Para rematarla, me encontré una pila de toallas recién lavadas en el horno. ¿Y ese pacto tuyo, querido? –Kay se levantó con la actitud de quien no bromea. No había aludido a la macabra proposición de su marido desde abril, cuando él había sugerido la idea–. Me apunto.

Así pues, Kay y Cyril Wilkinson sellaron su acuerdo en octubre de 1991. No obstante, apenas dos años más tarde, Kay se salvó por un pelo de que la atropellase el arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca, que, mientras ella se acercaba a un paso cebra, solo pudo girar bruscamente en el último segundo y fue a estamparse contra una farola. El pobre no salió lo que se dice muy bien parado. Faltó tan poco para que se la llevase por delante que Kay tomó conciencia del carácter definitivo del plan de su marido para los dos en caso de que tuvieran la suerte de llegar al absurdo año 2020.

–Todavía estoy temblando –dijo Kay, tambaleándose para ir a sentarse en una silla junto a la mesa de la cocina–. Me ha pasado tan cerca que me ha cambiado el peinado.

–¿Quieres que te traiga algo? –preguntó Cyril–. ¿Un vaso de agua?

–¡No quiero un vaso de agua! ¿Por qué la gente siempre ofrece un vaso de agua?

–¿Y por qué estás tan irritable?

–No estoy irritable, estoy traumatizada. Si hubiera bajado del bordillo un nanosegundo antes, no estaría aquí. Cuando ves con esa

nitidez un futuro diferente, o la falta de futuro, el tiempo se escinde en un universo paralelo casi tan real como este.

Cyril le sirvió el amontillado seco antes de hora; de pronto, ese trago parecía ser el ritual que acompañaba sus sinceras discusiones sobre la mortalidad.

–No sé si podré beberme este jerez. Me siento un poco mareada.

Cyril dejó el vaso. Si no le fallaba la memoria, su contenido se evaporaría al cabo de un tiempo.

–Mira, querido, he estado pensando que... –dijo Kay–. Ya sé que nunca hablamos de ello, como si todo estuviera ya zanjado, pero me gustaría volver sobre ese desagradable plan tuyo para cuando cumpla ochenta.

–No es mi plan. Es nuestro plan.

Kay entrecerró los ojos.

–Eeeeh... No me parece que sea exactamente así.

–Fue idea mía, sí, eso no lo puedo cambiar. Detestaría pensar que mi proposición acaba siempre deslucida solo porque fui yo quien la hizo.

–Pero eres el único que concibió la idea, por supuesto. Y es absolutista. Intransigente. Una tentativa abstracta, arbitraria y demasiado metódica de cerrarle el paso a un futuro que no podemos conocer y que solo puede ser amargo, complicado y no traernos ninguna gratificación. Un espanto de futuro. Entiendo que no te guste la incertidumbre, pero la alternativa no puede ser una certeza errónea.

–No voy a disculparme por tratar de organizar nuestra vida de acuerdo con nuestras creencias. No quiero que evitar los temas incómodos y desagradables, con la consecuente falta de previsión, acabe porque sí costando tal vez millones de libras a la sanidad pública, millones despilfarrados en sufrimiento...

–Oh, cierra el pico, ¿quieres?

–Pensé que te gustaba la idea de poner nuestros asuntos en orden de antemano...

–Eso es exactamente lo que he estado pensando –lo interrumpió Kay, y se echó al coleto un trago de jerez–. Mi madre se ha deteriorado a una velocidad de vértigo y hemos tenido que planearlo

todo sobre la marcha. Ir de un lado a otro para encontrar una residencia que no apeste y donde el personal no torture, para divertirse, a los enfermos con demencia. ¿Y para qué? Para enterarnos, después de haber ido hasta allí, de que otro hogar para ancianos de Surrey ha cerrado sin previo aviso. Todo siempre en el último minuto, como si fuera una gran sorpresa que mi madre sea una vieja. Eso podría haberlo predicho cualquiera que sepa contar. Lo que tú y yo tenemos que hacer es lo que nadie hace, planificar la decadencia. Dejar de fingir que vamos a vivir para siempre y de permitirnos la típica presunción de que somos muy muy especiales y que nunca nos pasarán todas las desgracias que les pasan a los viejos.

Kay expuso una serie de medidas prácticas que conllevaban ciertos sacrificios, pero más moderadas que la drástica solución que había ideado su marido. Cyril quedó impresionado.

–Esto nunca te lo he dicho –añadió Kay–, pero hace tiempo que vengo contemplando la idea de jubilarme dentro de dos años y después estudiar Interiorismo. De verdad, pienso que el jardín de invierno quedó fantástico. He disfrutado muchísimo reformando esta casa y creo que tendría buena mano para reformar casas ajenas también.

–¡Jubilarte a los cincuenta y cinco! –exclamó Cyril, retrocediendo–. Eso se parece mucho a vivir de gorra. Y, comparado con tratar los índices disparados de la diabetes tipo 2 de este país, escoger cortinas parece una tremenda frivolidad.

–Ahora es más probable que tenga que escoger persianas. Pero no te inquietes, ya te he dicho que solo le he estado dando vueltas. En vista de esta conversación, creo que no lo haré. Una segunda carrera sería un riesgo, nada que me garantice que económicamente saldré adelante. Tal vez sea mejor para mí seguir diez o doce años más en el hospital. No probar con el interiorismo me entristece, pero es sensato. Y no, gracias, más jerez no, no hasta las ocho. Eso también es sensato. Debería empezar a preparar la cena y, ya que estoy... –Kay echó un vistazo a la nevera abierta y se puso de puntillas–. Esto no lo vamos a necesitar.

Acto seguido, sin miramientos, tiró al cubo de la basura la caja

negra de la jabonera. ¡Clang!

En aquellos días, Kay y Cyril aún tenían menos de cincuenta y cinco años, y, a esa edad, contratar un seguro de salud a largo plazo era más accesible. La mayoría esperaba hasta los sesenta, momento en el que las primas se disparaban. Dando el callo durante aún más tiempo del que había prometido, Kay siguió en la unidad de endocrinología hasta los sesenta y ocho; por su parte, Cyril continuó en la clínica de Bermondsey hasta que cumplió setenta –la edad mínima, sostenía ante cualquiera dispuesto a escucharlo (es decir, casi nadie), hasta la que todo el mundo debería seguir trabajando para que en el futuro la economía no se declarase en bancarrota–. Aplazar la jubilación significaba cobrar una pensión más alta cuando llegase el momento.

También hicieron aportaciones nada desdeñables a un plan de pensiones privado. Tras el batacazo de la burbuja puntocom, tomaron una dirección más conservadora, y así protegieron sus carteras de la devastación que provocó la monstruosa Gran Recesión de 2008. La casa de Lambeth seguía revalorizándose y podía acabar siendo el mejor colchón si alguno de los dos vivía el tiempo suficiente para recibir la tarjeta de felicitación de la reina.

Dejaron de escoger destinos exóticos para pasar las vacaciones. Kay siempre había deseado visitar Japón o Australia algún día, pero derrochar tanto dinero en viajes así era una imprudencia. De ahí que se decidieran por excursiones de un día a Brighton, que visitaran la catedral de Salisbury y de vez en cuando pasaran un fin de semana en Scarborough. Los destinos vacacionales nacionales también eran muy agradables, aun cuando esas expediciones no reservaran muchas sorpresas y casi siempre hiciera frío.

Entretanto, cuando se trataba de sus padres, economizar hasta el último penique era lo que más dolía. La modesta residencia que encontraron para la madre de Kay no olía a pis ni nada por el estilo, pero tenía la atmósfera de un hotel económico. Todo era sillas de

plástico y suelos laminados imitación de madera con los listones bufados. Aun así, cuando se acabó el dinero de la venta de la casa de Maida Vale, Kay insistió en que su hermano Percy arrimase el hombro. Él protestó diciendo que su ofendida exmujer había conseguido un arreglo escandaloso cuando se divorciaron y que su actual marido era un actor de segunda que no tenía un penique. Percy se lo tomó a pecho, y la relación entre los hermanos se volvió glacial.

Cuando la madre de Cyril murió por culpa de una neumonía vírica, también tomaron la dolorosa decisión de despedir a la jovial cuidadora jamaicana. Kalisa podría haber llegado a ser como de la familia, pero Norman seguía valiéndose solo en casi todo, y Fiona, la hermana de Cyril, que vivía cerca, podía pasar con frecuencia a ver cómo estaba. La base económica de la decisión estaba calculada de antemano –el sueldo de una jornada completa va sumando año tras año, y rápido–, pero a Fiona no le gustó nada tener que asumir la responsabilidad que le endilgaban solo por motivos de proximidad geográfica, y es comprensible que estuviera convencida de que los cuidados del padre recaían exclusivamente en ella por el mero hecho de ser mujer. Ahí tampoco prosperó la relación fraterna. Peor aún, a pesar de que Norman había parecido manejar la muerte de su esposa con una resignación impresionante, perder a su alegre cuidadora cristiana –Kalisa cantaba mientras trabajaba y no le servía solo un triste plato de plátanos hervidos, sino también una lasaña de salchichas más que pasable– fue más de lo que podía soportar. Necesitaba a Kalisa más de lo que nadie se daba cuenta. Debilitado por la pérdida de peso, enfermó de gripe y murió a los ochenta y un años, una edad a la que ahora, al parecer, se decía que la gente aún era joven.

Los Wilkinson buscaron, y a conciencia, residencias asistidas; en lo que atañe a calidad, disponibilidad y solvencia, la variedad era enorme. Al final se decidieron por un establecimiento de categoría en Suffolk, justo a las afueras de Aldeburgh, lo bastante cerca de Londres para que no les resultara engorroso visitar a familiares y amigos mientras aún estuvieran en condiciones de desplazarse. El Final del Viaje quedaba en la costa, y eso les permitiría dar largos

paseos por la playa mientras pudieran andar. Las instalaciones eran espectaculares: gimnasio, piscina, una sala de juegos con dos mesas de *snooker*, un espacio común con sofás mullidos, tapizados con gusto y cojines de colores. El comedor para los residentes autónomos estaba equipado como un restaurante, y el menú, tan variado como el del Ivy de Covent Garden, estaba pensado para satisfacer toda clase de requisitos dietéticos. Lo probaron un día para comer y a Cyril le impresionaron el bistec y el pastel de carne a la cerveza; a Kay, en cambio, le pareció una buena señal que las patatas fritas no fueran congeladas, sino patatas de verdad.

Como es habitual en establecimientos de categoría, los residentes iban avanzando en tres niveles. Para empezar, si uno podía vestirse, asearse y comer solo, si no padecía incontinencia y seguía estando en su sano juicio, podía vivir en un apartamento privado al que se podía llevar muebles, tapices y adornitos de casa. A medida que aumentaban las necesidades de atención médica, se pasaba a una situación más vigilada y con más cuidados, y, por último, a una atención sanitaria a tiempo completo. Kay advirtió que a los residentes del último nivel no los sacaban a saludar a potenciales clientes. La visita guiada se limitaba a abrir una puerta y volver a cerrarla; lo que interesaba era pasar cuanto antes a la sala de cine de la residencia.

Los residentes más autónomos que conocieron, que ponían El Final del Viaje por las nubes como si fuera un distinguido club de campo, tendían a ser profesionales muy cultos o empresarios de éxito; por lo tanto, en lo social al menos, la perspectiva parecía prometedora. Aunque las mensualidades dejaban sin aliento, había lista de espera; los Wilkinson se inscribieron tras desembolsar un depósito considerable.

Para consternación de Hayley (la menor de sus tres hijos detestaba quedarse sin canguros gratis en Londres), el matrimonio siguió el consejo de El Final del Viaje y se instaló allí a la edad de setenta y uno y setenta y dos años, respectivamente, mucho antes de que los afectara ninguna crisis importante. Ingresar pronto les permitió disfrutar de servicios como la máquina de remo del gimnasio, que más adelante solo podría mofarse de ellos. Llegar

cuando todavía estaban en buena forma fue lo que permitió que los aceptaran, pues esa residencia no quería nuevos residentes que ya necesitaran pañales o llegaran con un diagnóstico de demencia. Al principio, Cyril adoptó una actitud distante y rezongaba por todo, pero Kay se zambulló desde el primer día en catas de vino, grupos de lectura y conferencias de artistas y profesores visitantes. Se hizo popular. Cualquiera con energía tenía las de ganar: es decir, cualquiera que pudiese albergar la ilusión, por breve que fuese, de que estaba en otra parte.

Cinco años después, el referéndum nacional sobre la salida o la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea generó su propia energía, pues los residentes estaban divididos y las discusiones en el comedor llegaron a ser violentas. Cyril se desgañitaba, por supuesto, y hasta tal punto que un miembro del personal tuvo que llamarlo al orden y recordarle que era intolerable burlarse de los compañeros con insultos como *tontos de capirote* y *cavernícolas*. Kay prefirió ayudarlos a conseguir y rellenar las papeletas, votaran lo que votasen. Aunque nunca se atrevió a contárselo a Cyril, coqueteaba con la idea de votar a favor del Brexit, pero era inevitable que volviera a la posición, más sensata, de que lo más prudente era seguir con las cosas como estaban. Como había imaginado que el pueblo británico era conservador con *c* minúscula, el resultado del referéndum la dejó de una pieza. Es posible que la cautela calculada que había caracterizado su vida durante los últimos veintitrés años hubiera convertido en inconcebible la idea de correr cualquier clase de riesgo. Para ser justa con la estrecha mayoría del electorado que quería arriesgarse, Kay se puso firme y le prohibió a Cyril que hiciera una suculenta contribución a la campaña para celebrar otro referéndum, como si el Estado pudiese obligar a sus súbditos a dar la respuesta «correcta» haciéndolos votar una y otra vez hasta que se rindieran por puro agotamiento. Kay sostenía que ellos ya no estarían ahí para ver lo que le ocurriese al Reino Unido, fuera cual fuese el resultado, y que tenían que proteger sus recursos para sufragar los abusivos gastos de la residencia, unas cantidades que su irrisoria póliza no alcanzaba ni para empezar a cubrir.

La vida en el apartamento asistido no era precisamente un lecho

de rosas. Para sorpresa de ambos, rara vez volvían a Londres, ni siquiera en los primeros años, y al cabo de un tiempo dejaron de ir por completo. Algo en la atmósfera aislada y estanca de El Final del Viaje hacía que la ciudad pareciera mucho más lejana de lo que se veía en el mapa. Además, antes, cuando no paraban y se pasaban el día yendo de un lado para otro –al supermercado después del trabajo, al B&Q a buscar tejas para ese jardín de invierno que nunca se acababa, a llevar a Hayley en coche a las prácticas de *netball*–, el movimiento continuo era la norma. Cuando la compra, cocinar, limpiar y hacer la colada pasaban a ser tarea de subalternos que llegaban a agobiar de tan serviciales que eran, incluso el menor esfuerzo empezaba a considerarse un problema demasiado grande. Al parecer, cuanto menos se hacía, menos se quería hacer, una ironía que se agudizaba sin remedio hasta que uno se pasaba todo el santo día sentado en una silla. Todos los días.

No es de extrañar que, en El Final del Viaje, Kay fuese la más sociable de los dos, cosa que a veces conllevaba aguantar una digresión explicativa, de hasta una hora de duración, sobre la entrega «justo a tiempo» de ciertas piezas para la industria automotriz; rara vez hubiese elegido como amigos a esos residentes tan peculiares. Vivir allí era un cruce entre formar parte de un jurado y asistir a un campamento de verano, salvo que en ese juicio nunca se llegaría a un veredicto y tampoco nunca era el momento de darse el número de teléfono entre lágrimas antes de lanzarse a pillar las rebajas de la vuelta al cole. Peor aún, dada la naturaleza de ese grupo humano, los nuevos «amigos exprés» solían ser exactamente eso; de repente, después de un infarto de miocardio, los trasladaban a un rincón más deprimente de la residencia y los que gozaban de mejor salud nunca volvían a verlos, o se los llevaban en una camilla y nunca volvía a verlos nadie.

A pesar de seguir físicamente activos y diciendo que no a la tarta de queso y chocolate del comedor, los dos cónyuges no podían evitar la constante medicalización de la vida que ahora tiranizaba incluso a los residentes que estaban en forma. Junto con una pila de pastillas que no paraba de crecer y que tenían que tragarse múltiples veces al día, los controles día sí y día también, los análisis de sangre,

las muestras de orina, colonoscopias, pruebas de audición y revisiones de la vista, controles de peso, análisis de las heces, electrocardiogramas y resonancias magnéticas parecían ser el precio obligatorio que había que pagar por quedarse en este mundo más de lo necesario. Cierto, como profesionales habían atendido a decenas de miles de pacientes, pero ellos mismos llevaban años sin pisar la consulta de un médico. Lo único que habían tomado durante décadas eran complejos vitamínicos, pero los dejaban cuando la ciencia probaba que esos complementos eran ineficaces.

En comparación, ahora la vacilante presión sanguínea de Kay resultaba endiabladamente difícil de controlar; los médicos retocaban las pautas cada dos por tres, y cada uno de los nuevos medicamentos provocaba otra oleada de odiosos efectos secundarios. Una inyección de esteroides en el hombro derecho la aliviaba, pero solo un par de meses. Kay se habría decantado por la cirugía o se habría resignado a padecer dolor crónico –y después de la operación de la columna de Cyril a sus setenta y cuatro años, una intervención que solo tuvo un éxito parcial, seguida de una rigurosa rehabilitación, la opción óptima no parecía obvia–. Los paseos por la playa se redujeron por culpa de la artritis en los dedos de los pies; como tampoco podían ser largos, acabaron descartándolos. Desde el momento en que dejaron la casa de Lambeth, Cyril se había debilitado a ojos vistas. Aunque el referéndum pareció vivificarlo, a principios de 2020, en cuanto el Reino Unido salió de la Unión Europea, la pólvora fue perdiendo fuerza. Él le echaba la culpa a la espalda, que lo ponía así de irascible, pero el problema no se limitaba a la estenosis.

En rigor, el matrimonio alcanzó el objetivo principal de Cyril: habían hecho planes para el futuro. Financiando los cuidados con su propio dinero, no representaban una carga para las arcas públicas y solo agobiaban a unos asalariados generosamente compensados por las molestias. Ningún trabajador joven vería cómo los impuestos se comían su sueldo para repararle el manguito rotador a una señora mayor. Puede que la sanidad pública estuviese rozando el colapso, pero nadie podría afirmar con razón que esa precariedad se debiera, aunque fuese ligeramente, a la imprevisión de los Wilkinson.

Kay puso al mal tiempo buena cara; ese era su carácter, y es probable que resistiera mejor que la mayoría la entropía propia de una institución en la que esperar el final de sus días. Sin embargo, era imposible negar que ni ella ni Cyril contaban para nada. Ellos mismos se habían hecho a un lado por voluntad propia, tal vez demasiado pronto. Los jardines estaban cuidados, en los edificios la higiene era impecable y el personal era compasivo, pero El Final del Viaje seguía siendo un exilio, un lugar parecido a una de esas prisiones abiertas para delincuentes de guante blanco condenados por tráfico de influencias. Si bien técnicamente eran libres para marcharse, la libertad, si no se aprovechaba, equivalía a estar presos. De hecho, la contagiosa agorafobia de la cultura de la residencia provocaba algo parecido al síndrome de enclaustramiento; con la mejor de las intenciones, Kay los había enterrado vivos.

Después de probar a escribir sus memorias, Cyril abandonó el proyecto en la página cincuenta. Nadie publicaría jamás las tortuosas reflexiones de un viejo chocho, dijo, y Kay nunca creyó que llegaría el día en que sintiera nostalgia de la grandilocuencia de su marido. A veces planteaba que se habían preparado demasiado bien para la decadencia. Habían cedido a la misma delirante prudencia que empuja a llegar al aeropuerto cinco horas antes del vuelo, un lugar en el que no había nada que hacer salvo chupar golosinas que dejaban sarro en los dientes, pedir cafés que hacían mear sin parar y probarse gafas que uno nunca compraría en Sunglass Hut. Puede que su propio plan de juego para la vejez y la estrategia de salida de Cyril, más dramática, no fuesen tan distintos, salvo que él habría escogido una muerte limpia arrojándose al vacío desde un acantilado, y Kay prefería irse muriendo poco a poco, deslizándose por una larga y sucia ladera de rocas.

Por parte de Hayley, Simon y los nietos, era todo un gesto que de vez en cuando fuesen a visitarlos, pero exasperaba constatar lo poco que tenían que decirse. El final de esas pesadas visitas era un alivio para todos. Cuando se disparó la histeria del covid-19, la familia pareció tener muy pocas ganas de ir a ver a los mayores. Para «protegerlos».

Puesto que todos formaban parte del grupo de mayor riesgo y con

la tasa más alta de mortalidad, los compañeros de la residencia estaban muertos de miedo. Antes de que se prohibieran estrictamente todas las visitas, hasta el último nieto y hasta el último fontanero del lugar hicieron suya la parafernalia al completo: gel hidroalcohólico, mascarillas, protectores faciales, guantes de plástico y trajes desechables. En El Final del Viaje empezaron a limpiar frenéticamente las instalaciones múltiples veces al día, y limpiaron también todos los pasamanos, todas las superficies y hasta la última bola de *snooker*. Aun así, el clima social que empezó a imperar recordaba a *La máscara de la muerte roja*, e incluso los que eran aliados desde hacía mucho tiempo se miraban entre sí con recelo. Mucho antes de que Boris anunciara el confinamiento de todo el país, los residentes ya lo pedían. Para ese grupo de gente acomodada que en tiempos había sido importante, ningún encierro podía ser lo bastante estricto ni durar bastantes meses. Años, si fuera necesario, el tiempo que hiciese falta para producir y distribuir una vacuna segura y eficaz al cien por cien. Porque el coronavirus era una plaga. Después de hacer estragos entre sus contemporáneos en Italia y España, ahora apuntaba a los venerables pilares de la comunidad que se alojaban en las afueras de Aldeburgh y que consideraban esa grave catástrofe internacional una amenaza para la supervivencia de la especie humana.

Y como la pandemia no tardó en proporcionar un nuevo tema de conversación, el gusto de Cyril por opinar revivió brevemente. Sin embargo, si bien había encabezado la opinión de la mayoría durante los tres años y medio que duró el revanchismo de los contrarios al Brexit, esta vez, como negacionista del coronavirus, obtuvo menos apoyos –para ser exactos, no obtuvo ninguno–. Su «sentido de la proporción» no tuvo una buena acogida. Cuando la mortalidad se disparó en el Reino Unido tanto como en el extranjero, casi todos descalificaron la postura de Cyril, que restaba importancia a la peligrosidad de la epidemia por considerarla de mal gusto.

–Todos estos «confinamientos» son una exageración –proclamó Cyril en el comedor, y los habitantes de El Final del Viaje callaron y lo fulminaron con la mirada–. Aquí todos tenemos edad suficiente para recordar la gripe de Hong Kong de 1968, que mató a ochenta mil

británicos mientras el resto del país seguía a lo suyo. De hecho, el año pasado murieron cincuenta y ocho millones de personas en todo el mundo. Unos cientos de miles más es una gota en el océano.

–Si tú fueras una de esas gotas –gruñó el exingeniero informático de la mesa de al lado–, creo que no te harías tanto el gallito.

–Yo tengo ochenta y un años y he tenido una vida plena –dijo Cyril–. Si me pillo un bicho que no está de acuerdo conmigo, puede ser una pena, sí, pero no trágico.

–¡No tienes respeto por las víctimas de esta crisis! –exclamó una exejecutiva sentada a la mesa de enfrente–. Tengo una hermana en Durham que ya está a las puertas de la muerte y, si se contagia, esa puerta se abrirá de golpe de par en par. ¡La vida humana no te importa nada!

–Respeto muchísimo la vida humana –dijo Cyril–. Por poner un ejemplo, el año pasado murieron un millón y medio de personas de tuberculosis y más de seiscientas mil de malaria y los dirigentes mundiales no cerraron un solo kiosco. El mundo en desarrollo vive con enfermedades mortales endémicas de manera natural y no nos importa, porque pasa en África y se supone que los africanos tienen que sufrir.

–Tanta pose da asco –dijo entre dientes el ingeniero informático. La voluble preocupación de Cyril por si un parón prolongado de la economía traería una recesión, o incluso una depresión, lo que podría causar muchas más bajas que el virus, se tradujo, por alguna razón, en querer matar a todos los viejos a pesar de ser él mismo un carcamal sin remedio. En el momento en que se declaró el confinamiento, sus compañeros de residencia empezaron a practicar el «distanciamiento social» a la antigua usanza: respingaban intencionadamente la nariz y se refugiaban cuchicheando en un rincón opuesto del espacio común cuando él se sentaba. Lo más probable era que ese vacío no durase mucho, porque sus antagonistas no iban a durar.

El matrimonio suele implicar división del trabajo, y el esfuerzo de Kay para ser la optimista que sabía disfrutar de la vida en todos sus detalles estimulantes podía llegar a ser una tiranía. No parecía justo que estuviera obligada a ser la alegría de la huerta todo el santo día; tocar fondo también era un derecho humano. Y lo era incluso el día de su cumpleaños. Su ochenta cumpleaños.

El Final del Viaje nunca dejaba solos a los residentes en fechas tan señaladas. A fin de cuentas, en la residencia nunca ocurría nada aparte de un diagnóstico distinto del anterior u otra caída fatal, e incluso la desaparición de algunos ancianos hacía más fácil la llegada de nuevos residentes. Agradecidos por poder atender ocasiones más joviales que las rutinarias, los miembros del personal, bienintencionados pero poco imaginativos, habían organizado una fiesta para esa noche. Kay ya podía esperar las serpentinas de siempre, pancartas carentes de toda gracia y una tarta sin nada especial pero con demasiado glaseado. Al menos esa noche habría vino. Pero eso no tenía importancia; era la noche lo que le daba miedo. A todo el mundo le traía sin cuidado que fuera su cumpleaños, y Kay no podía contarle a nadie la única razón por la que a ella sí le importaba.

Ese día, durante la comida en un reservado del comedor, tuvo un repentino bajón al probar una fajita de setas que desde hacía mucho tiempo había dejado de provocarle una sensación de descubrimiento. Si eso era un restaurante, era siempre el mismo.

–A veces me pregunto si tu idea era la correcta –le dijo a Cyril en tono sombrío–. Quiero decir..., vive a tope, gástate hasta la última libra y después despídete con clase, con música y baile, y trágate las píldoras con champán.

–Fuiste tú la que las tiró al cubo de la basura –le recordó Cyril–. Dime, ¿las tomarías ahora si todavía las tuviéramos?

–Por supuesto que no. –Kay señaló las bonitas persianas de madera por entre cuyas lamas se filtraba en la sala el sol de primavera–. Esto está bien, ¿no? No tiene nada de malo. Diste en el blanco cuando murió mi padre. La única manera de hacerlo habría significado atenerse a la fecha con demasiada antelación, como propusiste, y ejecutar el plan con demasiada antelación también...

–Como propuse.

–Porque, de otra manera, siempre habría una buena idea para mañana. ¿Acaso querrías que nos hubiéramos ceñido a la fecha fijada? Si no hubiera tirado el seconal a la basura, ¿te lo tomarías ahora? Quiero decir, ahora mismo, hoy, tal como lo planeamos antes de que me echase atrás.

–No, pero no sé muy bien por qué no lo haría.

–Porque el cuerpo controla –dijo Kay–. El cuerpo quiere vivir y el cuerpo aguantará lo que sea. No tiene normas. Nosotros nos aburrimos, el cuerpo no. El cuerpo ni siquiera siente dolor. Nosotros sentimos dolor, pero el cuerpo nunca se tirará de un puente porque no puede soportarlo. Mira aquí, esta gente... Apuesto a que muchos no quieren, como personas, seguir viviendo en este lugar. Pero su cuerpo sí. Está tan decidido a seguir andando mientras aguante hasta la última pequeña válvula que resulta impensable que alguien logre suicidarse. Es increíble que el cuerpo te permita llevarte a la boca una sobredosis de pastillas. O apretar el gatillo y dispararte un tiro en la sien. El dedo se negaría a hacerlo. Ese viejo y manoseado instinto de supervivencia... es más grande que nosotros, más que la razón o el deseo, y es asombroso que podamos beneficiarnos de su existencia.

–A veces todavía consigues entretenerme, cumpleañera –dijo él con un beso–. Motivo de sobra para seguir en este mundo.

Gracias a que tenían a mano atención médica, al año siguiente, en cuanto Cyril tuvo síntomas de ictus, lo llevaron a toda prisa a la enfermería y le administraron activador tisular del plasminógeno, cuya función consiste principalmente en limitar el daño cerebral. Era dudoso que fuese a recuperarse por completo, pero era posible mejorar si trabajaba aplicadamente con los terapeutas de la residencia. Aprender otra vez a cepillarse los dientes, a comer solo y a ir al baño fue un verdadero descenso de categoría tras haber dominado esos rudimentos biológicos desde bien pequeño. No

obstante, contento con tener un proyecto del tipo que fuese, Cyril se aplicó.

Poco a poco volvió a aprender a hablar, aunque esta vez recuperó el acento de Birmingham y su lenguaje corriente recobró los modismos de la infancia. Volvió a alargar los gerundios, por ejemplo. (Hay que decir que Cyril, incluso con la ayuda de un andador, apenas podía mover el pie derecho unos tres centímetros hacia delante, pero, como estaba decidido a no acabar en silla de ruedas, los tres centímetros llegaron a ser seis.) Si se sentía frustrado porque no conseguía usar el tenedor, le decía al terapeuta, exasperado: «¡Así no vamos a llegar a ninguna parte!». Al principio, los cambios desconcertaron a Kay, porque Cyril no hablaba como el marido con el que había convivido casi sesenta años –y tampoco parecía serlo–, pero al final estuvo encantada; los cambios en su persona conllevaron un bienvenido cambio de ritmo. Su marido tenía ahora más energía y optimismo, y el retorno a sus raíces regionales puso de manifiesto lo mucho que se parecía a su animado difunto padre. Mientras agitaba los brazos por encima de la cabeza en la cama de hospital que instalaron en sus nuevas habitaciones del Nivel 2, exclamó, sinceramente sorprendido: «¡Bueno, he llegado al pie de las escaleras!». Y, por supuesto, Kay estuvo de acuerdo cuando él señaló que la mancha de humedad en el techo tenía la forma de Noruega.

6. HOME CINEMA

–Los días entre semana pasan a recoger las cartas a las once –dijo Cyril–. Creo que la policía no recibirá mi nota hasta mañana o pasado mañana, como muy pronto. Eso nos da tiempo para atajarlos, o al menos para pensar algo que decirles. ¿Algo así como «Perdonen, pero somos unos miedicas»? Después apareceremos en el registro público como peligrosos para nosotros mismos. Eso no nos ayudará si a Roy alguna vez se le ocurre ingresarnos contra nuestra voluntad en un cuchitril mugriento para viejos con demencia y vender la casa.

–Sí, no cabe duda de que sería Roy –dijo Kay, suspirando–. Pero aún son las once menos cuarto. ¿Y si voy e impido que el cartero..., mejor dicho, la cartera...? Esa mujer siempre me ha parecido un encanto. Podría convencerla para que no se lleve la carta.

–Bah, yo no me molestaría. Legalmente, una vez enviada, la carta pertenece al destinatario. Además, acabo de tostar otro par de *crumpets*.

Fueron esos *crumpets* esponjosos y porosos, más que las complicaciones jurídicas, los que la persuadieron de no hacer nada. Aunque eran los últimos del paquete, aún estaban lo bastante calientes para que se derritiera toda la mantequilla, y si salía para apostarse junto al buzón, cuando volviera el suyo estaría seco y frío. Después del trauma de la noche anterior, cuando llegaron al borde del abismo, Kay se sentía inclinada a mimarse. En esos días, la policía andaba desbordada y, entre tanta confusión, era más que probable que un solo sobre azul con relieves acabara perdiéndose.

Es muy raro que los funcionarios públicos sean negligentes cuando uno quiere, aunque a menudo lo sean cuando no. Dos días después se oyeron unos golpes perentorios en la puerta de la calle, y algo

que resultó ser el ruido de la llave que tenían los Samson, sus vecinos. Mientras Kay se acercaba a abrir a toda prisa, entró un policía y los dos se sobresaltaron.

La mascarilla proporcionaba al agente un anonimato inexplicable; los guantes quirúrgicos indicaban aversión. Era un tipo corpulento, y aunque con cierta disciplina Kay se había mantenido esbelta, a veces sentía que su tamaño era una desventaja social. El policía era uno de esos hombretones de una generación más joven que habían evolucionado en una especie humana diferente. La hacía sentirse retrasada en la evolución, como si en la clásica secuencia darwiniana de simio a *Homo sapiens* ella fuese una de esas criaturas peludas y encorvadas o situada tres estadios a la izquierda. Además, ese policía se había curtido con el estoicismo con que alguien podría prepararse para enfrentarse a la descomposición.

–Señora, hemos recibido un aviso de que alguien pensaba autolesionarse en esta casa.

Cuando Kay se identificó, el hombre pareció decepcionado al ver que no recogía moscas del suelo.

–Lo lamento terriblemente –dijo Kay–. Me temo que esa es la idea de broma que tiene mi marido. Una broma de mal gusto, tal vez. Mire usted, el domingo fue mi cumpleaños y él...

–Señora –dijo otra vez el policía–, ¿le importa si echo un vistazo?

No era una pregunta. En la sala, cuando se abrió paso a empujones junto a ella, el agente parecía ir olisqueando el aire. Por desgracia, Cyril había salido; así era más difícil demostrar sin lugar a dudas que ella no había metido el cuerpo de su marido en un arcón.

El policía, que parecía más bien un matón, insistió en husmear en los tres pisos mientras Kay lo seguía encogida de miedo. Como no podía ser de otra manera, la presencia de la fuerza encargada de hacer cumplir la ley la hacía sentirse culpable, contrita y asustada. De repente, el intruso le provocó una indignación que ella no podía más que reprimir, como quien le tapa la boca a un niño que llora mientras se oculta de la Gestapo para que no delate dónde se encuentran.

Al volver a la puerta, el policía sacó un papel de cartas azul hecho

una bola arrugada en el que Cyril había firmado con su nombre y el de Kay.

–¿Puede confirmar, por favor, que usted y el señor Wilkinson fueron los causantes de esta «broma»?

–Bueno, sí, pero vuelvo a decirle que estoy tan...

Con un gesto pomposo, el agente sacó una libreta y su todopoderoso bolígrafo.

–Me temo que tendré que citarlos por hacer perder el tiempo a la policía. Un magistrado podría imponerles una simple multa de noventa libras, pero, créame, lo que han hecho no es una tontería ni mucho menos. Es un delito que puede implicar una pena de hasta seis meses de cárcel.

–Pero ¿es realmente necesario? –preguntó Kay–. Esto no es más que un malentendido que se nos fue de las manos.

A pesar de que se esforzaba por sofocarla, Kay tenía la indignación a flor de piel. La policía británica tenía unos índices de resolución de robos, fraudes y agresiones prácticamente nulos, y algunas fuerzas del orden llevaban meses sin arrestar a un solo ladrón. En una palabra, se dedicaban a mangonear a contribuyentes de edad avanzada, porque los viejos asustados que acataban la ley eran presas fáciles.

Cuando el prepotente policía le pidió más detalles y el número de teléfono, Kay tuvo un apagón mental sin precedentes. Era bastante común no recordar el número del móvil, que uno tendía a dar a los demás enviando un mensaje o llamando, y Kay había pasado toda la mañana sin saber dónde había dejado el iPhone (algo de por sí inquietante). No se sabía el número de Cyril, por supuesto; era su terminal el que lo sabía. Sin embargo, en ese momento ni siquiera podía recordar el número del fijo. Un par de minutos después, cuando empezaron a bailarle en la cabeza algunos dígitos, tuvo que esforzarse para recordar si los últimos cuatro eran 8406 u 8604. Por extraño que parezca, es difícil localizar el propio número, y Kay se disculpó para subir al estudio de Cyril, donde, tras revolver entre las facturas del agua y del canon televisivo anual, al final dio con una copia en papel de una declaración de la renta de hacía tres años donde figuraba el número del fijo. Aparte de los cambios

introducidos en el prefijo de Londres, habían tenido el mismo desde 1972. Perpleja, dejó de importarle un comino la estúpida citación, y cuando volvió al vestíbulo, el agente, que cuando Kay tuvo su llamado «momento senil» había parecido vacilar entre la lástima y el desdén, ya había tomado una decisión. Escogió el desdén.

La mejor señal de que ese peculiar lapsus la había molestado a un nivel profundo fue que no le contó nada a Cyril. Fue pasando el tiempo y fueron sumándose más cosas que tampoco le contó. Debió de echar sal más de una vez a la masa de los *scones*; cuando probó esa tanda incomible, que sabía a polvo para irrigar el colon, hizo desaparecer la bolsa en el cubo con ruedas, el que dejaban fuera, para ocultar el fiasco. De no haber sido por las demás equivocaciones, habría considerado que hacer semejante chapuza al horno era uno de esos errores que cualquier cocinero puede cometer de vez en cuando. Puso alcaparras en lugar de pasas en su pudin de frutos secos, y después mintió y dijo que había estado experimentando. Tras estar más de una hora quitando las malas hierbas del jardín trasero, volvió a la cocina y advirtió que se había dejado abierto el grifo de agua caliente. Calentó cuatro cucharadas de aceite de girasol en una sartén de hierro fundido para preparar un pastel de patatas gratinado bien crujiente y se distrajo ordenando una pila de toallas lavadas que había que plegar. Solo se acordó del aceite por el humo, y por nada del mundo pensó en mencionarle a Cyril esa distracción; un par de minutos más y todo podría haber estallado. Para darse un capricho, compró un pato entero, pero, cuando lo colocó en el horno, se olvidó de quitar el envoltorio de plástico. Eso no se lo pudo ocultar, porque el olor lo invadía todo, y su intento de ver el lado cómico de ese descuido no funcionó: no tenía ninguna gracia.

Como la propia Kay había observado, también había veinteañeros víctimas de una repentina e inexplicable incapacidad de recordar el nombre de alguno de sus autores preferidos, como L. T. Hartman...,

mejor dicho, L. P. Hartman... Pero ¡no!, era L. P. Hartley, y no por eso llegaban a la conclusión de que tenían el cerebro como Chernóbil. Por eso, cuando se perdió en la rotonda de Elephant and Castle de camino al Borough Market –un trayecto que había hecho miles de veces– y acabó en el puente de Westminster, razonó que lo que le había pasado era comprensible, porque las nuevas obras de la zona habían dejado irreconocible un cruce de por sí complicado. Cuando encargó diez rollos de algodón para convertir la biblioteca de su amiga Lacy en un dormitorio con aseo para otra cuidadora interna inmigrante –aunque la ventana en la que iban las cortinas estaba en la pared más corta y un solo rollo habría sido más que suficiente–, Kay le restó importancia al error; se dijo a sí misma que solo había consistido en añadir un cero. Cualquiera podía equivocarse al colocar la coma del decimal de vez en cuando, ¿no?

Así y todo, pasó dos días enteros sin poder recordar el nombre de la facultad de Medicina donde Cyril y ella se habían formado. Mientras charlaban por encima de la valla, notó que evitaba usar el nombre de pila de su vecina, aunque hacía décadas que vivían al lado de No-sé-qué Samson. Una cosa era no estar muy segura sobre el significado exacto de *morboso* y otra muy distinta tener en las manos un bol de acero inoxidable con muchos agujeritos y no saber cómo se llamaba. Horrorizada, Kay dejó el extraño recipiente con agujeritos en la encimera de la cocina y se puso a mirarlo; no se permitió seguir preparando la cena hasta que al cabo de veinte minutos dijo: «Colador», una palabra que nunca le había procurado tanto alivio. No obstante, su comprensión de esas tres sílabas siguió siendo azarosa y, de ahí en adelante, *colador* pasó a ser algo así como una prueba que apenas estaba a su alcance. La palabra estaba cambiada. No podía confiar en ella.

–¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? –observó Cyril ese otoño–. «Necesitamos más *papel abisinio*.»

–De eso nada –dijo Kay–. He dicho que necesitamos más papel abisinio.

–¿Lo ves? Has vuelto a decirlo. ¡Es papel de aluminio!

–Eso es lo que he dicho. –Kay empezaba a mosquearse–. Papel abisinio.

No le importó la expresión en la cara de Cyril, muy parecida al... horror.

Fue el día que puso dos esponjas en la tostadora cuando Cyril anunció que en adelante iba a ocuparse él mismo de la cocina. Kay se consternó. Puede que Simon se hubiera vuelto un cocinillas, pero ellos dos formaban una familia más tradicional y la cocina era su félido..., su fenicio..., su federal..., ¡su feudo!

–No puede decirse que sea una persona totalmente distinta –dijo Cyril–, pero hay que vigilarla de cerca, eso es todo.

–No seas ridículo –dijo Hayley–. Mi verdadera madre no pone esponjas en la tostadora. En realidad, a mi verdadera madre no hay que «vigilarla de cerca».

Volvían a hacerlo, volvían a hablar de Kay en su presencia como si ella no estuviera ahí y no pudiera oírlos.

–Es comprensible que estés enfadada –le dijo Cyril a su hija–, pero no es justo. Tienes que distinguir entre una persona que está un poco mal y otra que hace algo malo.

–¡Ya estoy harta de oír vuestras críticas! –dijo Kay en la cocina, yendo de un lado para otro y guardando platos, aunque solo Dios sabía dónde iban; desesperada, dejó la espátula en el estante de las especias–. No creo que se me deba comparar con un estándar que no sería razonable para cualquier otro. Todos tenemos nuestros..., nuestros..., nuestros momentos y hacemos cosas raras. ¡Si justo esta mañana he encontrado la caja de la jabonera de acero inoxidable en la nevera! ¿Acaso eso es sensato? Y os aseguro que no fui yo quien la puso ahí.

Otra vez esa expresión en la cara de Cyril.

No pensaban dejarla volver a conducir, y a Kay no se le escapó que ahora, cuando Cyril salía, siempre había alguien interponiéndose en su camino: esa mujer del jardín de al lado que le resultaba vagamente familiar, o Hayley, o Simon, o la mujer de Simon, se llamara como se llamase. Una vez la acompañó a casa un policía que

a todas luces la perseguía por esa tontería de la citación; Kay parecía recordar que les había mandado una carta, y ese agente tan pesado debía de estar siguiéndola porque el número de teléfono que puso debajo de la dirección no era el correcto. La vez siguiente decidió salir a dar su paseo de siempre por la orilla sur, pero la puerta de la calle estaba cerrada por fuera. Desde su punto de vista, ella no había cambiado nada y todos los que la rodeaban se habían vuelto locos. No obstante, una voz le susurraba desde fuera que era al revés. Cuando estaba de mal humor, esa era la voz que por encima de la cabeza le decía: «Hoy estás de mal humor», y cuando empezó a preocuparla la posibilidad de que toda la familia conspirase para convencerla de que estaba chalada, esa era la voz que le decía: «Estás paranoica».

Esa voz podría haberle servido de ancla, pero también era una tortura, pues cuando más tendía a echarse a llorar era al oírla decir cosas como «Esto deberías saberlo» o «Antes lo sabías», o cuando le insistía severamente en que «No ha venido ninguna obesa desconocida a robarte la porcelana de la boda; es tu hija». Después, poco a poco, esa voz fue callando y Kay se sintió mejor. Era posible, por supuesto, que a veces estuviese confundida o equivocada, pero, por Dios, esas cosas le pasaban a casi todo el mundo.

Kay entró muy a gusto en un estado de confianza en sí misma que incluía una seguridad poco realista. Dado que ahora todo le provocaba una sensación de sorpresa, el mundo físico era fuente de un embeleso sin fin. Al meter el dedo en un agujero de su cárdigan gris preferido descubrió que los hilos se destejían hasta formar unos flecos de lo más bonitos, y así hasta que el agujero acabó siendo lo bastante grande para pasar el puño. Y qué útil era tener una tercera manga, ¿no? Metía y sacaba los dedos de la franja de luz que se colaba por las cortinas púrpura del dormitorio cuando estaban descorridas y la fascinaba ver que las manos se le iluminaban y luego se oscurecían. Podía colocar en el plato los granos de cereales como gusanitos a lo largo del borde, como un collar, o lanzarlos uno a uno con el pulgar y el índice una cantidad de centímetros realmente asombrosa, y eso la hacía reír. Tomaba por maquillaje un montoncito blanco y liso junto a una salchicha y se embadurnaba las

mejillas con esa base pálida, convencida de que así se le irían las bolsas de los ojos; al fin y al cabo, una chica tenía que cuidarse. La salsa roja de la botella de plástico con un agujerito en la tapa era buena para dibujar en la mesa, y a veces apretaba la botella hasta convertirla en un volcán que echaba salsa por toda la cocina. Eso le resultaba desopilante.

Después estaba esa cosa marrón que podía tener texturas tan distintas, partes densas y partes acuosas, aunque no estaba totalmente claro de dónde salía. Tenía un olor agradable y fuerte a la vez, olor a granja, y en los tobillos formaba dibujos intrincados, como si fuese henna. Usaba esa misma pasta para untarse el pelo desde la frente, estirándose los mechones hacia atrás en un peinado rompedor. Puede que pasar a ser morena le sentase bien.

–Pero ¡mamá, por el amor de Dios! ¿Qué es esta asquerosidad?

–Tranquilízate, Hayley. Lo creas o no, no sabe lo que es.

Esa mujer algo rechoncha metió a Kay en la ducha y la empapó de arriba abajo sin miramientos. El agua caliente no le importaba, pero le parecía una falta de cortesía que la tratasen con semejante brusquedad.

Hubo un tiempo en que Kay confió en un hombre de mediana edad muy apuesto que tenía la singular impresión de que ella era su madre. (Cansada de corregir esa increíble confusión, al final decidió seguirle la corriente, aunque no conseguía saber si ese hombre deliraba sin maldad o si era un impostor.) Ella le susurraba al oído en tono conspirativo que guardaba un secreto demoledor y que había que evitar a toda costa que llegara a oídos de su marido: había votado a favor del Brexit. Ese tipo tan ciegamente convencido de tener algún parentesco con ella no hacía más que instarla con insistencia a quedarse quieta.

–Les pediría a los chicos que vinieran más a menudo –dijo el hombre de mediana edad– si ella pudiera aguantar el día entero sin quitarse la ropa. No es justo esperar que Geoff no se eche a reír al verla con las tetas colgando.

–A su edad es raro, pero aún tiene sofocos –dijo un caballero de más edad que había estado ocupando la casa como si fuera suya–. Por eso empieza a sudar y se quita la blusa.

–Oye, papá, me temo que esto es aún más delicado –dijo el impostor/delirante–. Después de este derrumbe de la bolsa (digan lo que digan en las noticias, esta vez no es solo una recesión, «grande» o de otra clase), no podré seguir ayudando a pagar la hipoteca. Nuestras carteras se han ido a pique, y a Ellen y a mí ya no nos queda pasta. Tendréis que reducir gastos, y mucho, no sé, mudaros a un apartamento de una habitación, fuera de Londres tal vez. Vender este monstruo, aunque el momento no pueda ser peor. Perderéis bastante.

–Sí, tu ayuda nos ha venido bien, pero me lo esperaba –dijo el viejo–. Puede que una casa más pequeña sea lo mejor para tener vigilada a Kay. Aquí vivo con miedo, no vaya a ser que le prenda fuego.

–Para ser sincero, te juro que no consigo entender por qué os gastasteis todos los ahorros, hasta el último penique, y rehipotecasteis la casa. ¿Valía la pena hacer algo así para pagarse unas vacaciones en el extranjero? Ya le he dicho a Roy que no heredaremos nada, y está furioso.

El caballero anciano se hundió en su sillón en una actitud tan desanimada que Kay sintió pena por él. Aunque a veces podía parecer vehemente, seguía dando la impresión de ser un hombre muy agradable.

–Bueno, hijo, te falta una pieza del puzle. No os lo queríamos decir antes de tiempo, porque no queríamos que intentaseis detenernos. Y tampoco os lo dijimos después porque no queríamos que os angustiarais demasiado ni incitaros a interferir para protegernos. Pero, en 2020, tu madre y yo, eeeh, intentamos... batirnos en retirada.

–¿Iros del país, quieres decir?

–Del país y de todo lo demás.

–Pero ¿por qué diablos ibais a hacer algo así?

A Kay no le importaba que esos dos caballeros estuviesen de visita en su casa y que, no obstante, ignorasen a la anfitriona. Era demasiado educada. Por tanto, puesto que había tenido una educación como corresponde, evitaba señalar que otras personas no siempre estaban de verdad en sus cabales. El vehemente quería

encontrar la pieza que faltaba en un rompecabezas, en cuyo caso los dos deberían estar en el suelo a cuatro patas buscando debajo del sofá. Y eso fue lo que ella hizo.

–Bueno, el abuelo y la Nana Poskitt tuvieron un final que nos afectó mucho –dijo el más viejo de los dos, quitando las piernas de en medio mientras Kay daba palmadas en la alfombra debajo de la mesita de centro–. Por eso tu madre tenía miedo de haber heredado cierta predisposición a la demencia senil. Por mi parte, yo también quería evitar cualquier embolia casi fatal o algo que pudiera ser una carga para vosotros..., que tuvierais que cuidarnos, y una carga también para la sanidad pública. No es tan raro, Simon. Cuando tu madre y yo pasamos esas dos semanas en Key West, conocimos en un bar a un paramédico que juraba que iba a cambiar de trabajo. ¿Cuál era el problema? Ahora la isla es un destino para matrimonios de edad con ganas de vivir una última aventura, y a veces llegan con alguna enfermedad diagnosticada, incluso terminal. Llaman sin parar a emergencias un día sí y otro también, y los equipos médicos se encuentran con escenas truculentas. Suicidios dobles. Al pobre le resultaba demasiado deprimente, no aguantaba más.

–No lo encuentro –dijo Kay, sentándose en el suelo.

–¿Qué no encuentras, *bab*? –dijo el anciano agradable, aunque no parecía sinceramente interesado.

–¡El rompecabezas, el rompecabezas! –dijo Kay–. Dijiste que lo necesitabas.

–Si sigues ahí gateando, la que se va a romper la cabeza eres tú –dijo él, suspirando y mirando al falso hijo como si compartieran un secreto especial.

–Es como tener un perro –masculló el visitante de mediana edad.

–Te aseguro que es mucho más difícil que tener un perro.

–Mi madre no me deja tener uno –dijo Kay, contenta de poder tomar parte en la conversación–. Pero Percy también quiere uno.

–Entonces ¿por qué mamá y tú no hicisteis lo que teníais pensado? –preguntó el más joven.

–No estábamos tan mal de salud, y tu madre cambió de opinión. Todavía disfrutaba de la vida, y que yo me aferrase al plan para ella

significaba abandonarla. Pero, ya sabes, poco después de ese viaje empezó a venirse abajo.

–¿De verdad vas a dejarla jugar con los bombones? Son Quality Street.

Kay, que había encontrado una lata llena de paquetitos brillantes, todos envueltos como pequeños regalos –dorados, rojos, azules–, alisó los envoltorios para formar un tapiz y después alineó los bombones sobre la alfombra como formando un anfiteatro.

–Bah, déjala que juegue. Mejor bombones que melaza –dijo el anciano agradable–. Eso sí que fue una pesadilla, literalmente. Convirtió toda la casa en un gigantesco pudin de toffee.

El más joven rio.

–Aunque antes hacía un pudin de toffee para chuparse los dedos, ¿te acuerdas? Y no salía del bol.

–No pude evitar preguntarme si aquella noche, en lugar de asustarse y rajarse, habría seguido adelante con el plan de haber visto cómo está ahora. Qué desgracia.

–Yo no veo que se sienta desgraciada –dijo el falso hijo–. Pero tú sí. Y verla así a mí me destroza. Pero mírala, parece más contenta que unas pascuas.

–¿Ya es Pascua? –dijo Kay, quitando con cuidado un papel de color púrpura–. ¿Vendréis todos a comer?

–Papá, has dicho «de haber visto cómo está» –prosiguió el impostor–, pero, bueno, ese es el verdadero problema: no se ve. Es posible que esa mirada vidriosa en los ojos no me importe más que a ti, pero, por lo demás, su expresión es siempre de embeleso o de desconcierto. Así que tal vez viéndola seamos *nosotros* quienes queramos suicidarnos, pero ¿ella? Si parece estar a años luz del suicidio.

–¡Años luz, años luz! –repitió Kay, encantada con la musicalidad de las palabras.

–¿Le has ofrecido alguna vez la opción de poner fin a su situación? –preguntó el guapo, en voz baja.

–Oh, sí, más de una vez –dijo el anciano agradable–, pero cuando menciono el tema tu madre no consigue concentrarse. Parece comprender lo que empiezo a decir, pero, después, nada. Desde

hace tiempo ha perdido toda capacidad de dar su aprobación. No le puedes ofrecer pastillas a alguien que no sabe lo que son ni para qué sirven.

Kay se desvivió por dejarles claro a esos visitantes que entraban y salían sin que ella entendiese por qué que tenía una cita impostergable con una joven llamada Adelaide, una muchacha de lo más encantadora que usaba vestidos largos y anchos en tonos sepia. A Adelaide le habían confiado unos importantes documentos de trabajo de papá, que Kay tenía que entregar a su padre antes de que al día siguiente se sometiese a una operación. Mamá estaba celosa de Adelaide, y por eso tenía que asegurarse de que no había nada entre papá y esa chica tan menudita, a la que, de todos modos, no le quedaba mucho tiempo de vida. Entretanto, el anciano agradable parecía tener problemas de dinero y por esa razón iban a irse todos de viaje. A Kay le encantaba ir de viaje. El anciano agradable le dijo que le iba a gustar el lugar al que irían, y ella no tenía motivo alguno para pensar lo contrario. A Kay le gustaba ir de viaje a todas partes.

Oh, sí, tenía breves momentos de agitación. Tuvo un verdadero altercado con el anciano agradable cuando se emperró en no salir de casa sin su marido, Cyril, al que, como era evidente, habían secuestrado (incluso era posible que lo hubiese secuestrado el anciano mismo), pero luego aceptó sin cuestionar las dudosas afirmaciones del vejete (mientras ella decidía que llamaría a la policía a la primera ocasión que se le presentase). Cuando insistió en que Hayley tenía que desayunar de inmediato o llegaría tarde al colegio, el anciano agradable prometió sobre una pila de Biblias que él mismo llevaría a la niña al colegio, con una nota de los padres en caso necesario para explicar el retraso de la pequeña.

Sin embargo, en su mayor parte, todo ese mundo de agravios se había neutralizado de milagro, pues las que antes eran fuentes de irritación se convirtieron en fuentes de júbilo o de concentración.

Pasarse horas en el coche en un embotellamiento casi total era tan entretenido como ir a cien por hora. Kay estaba igual de contenta si tenía que esperar una eternidad en una parada de autobús como al subirse al autobús cuando llegaba. Había enterrado la eterna pesadilla de los «impuestos» olvidando casi a qué aludía exactamente la palabra. A su alrededor, los demás explotaban en un sinfín de quejas (hacía mucho que había dejado de preocuparle quiénes eran; no era problema suyo si esas personas eran tan groseras que no se tomaban la molestia de presentarse). Despotricaban contra los proveedores de telefonía cuyos ignorantes operadores de atención al cliente estaban todos en la India y eran pésimos hablantes de inglés; se quejaban de la devastación de su fondo de pensiones debido a algún acontecimiento mundial al que Kay no tenía obligación alguna de asistir, y predecían el Armagedón junto con un paquete variable de vectores –cambio climático, migraciones masivas, escasez de agua potable, inseguridad alimentaria, deuda soberana insostenible– que para Kay eran meros sonidos que le entraban por un oído y le salían por el otro. La única certeza a la que se aferraba alegremente era que, fuera lo que fuese lo que querían decir esos quejicas, acabaría desapareciendo. Aunque le gustaba pasar un buen rato en el suelo, su sensación predominante era la de flotar en el aire, desde donde miraba a todas esas personitas y observaba la trivialidad de sus supuestos problemas. Se sentía muy sabia.

A veces Kay estaba hecha un lío, sí, pero la confusión pasaba, y, además, a quién le importaba estar un poco perdido. Mirar por la ventana era un placer: tanta gente, tantas formas, tantos coches, tantas luces. En el cielo, las nubes formaban caras que sonreían al pasar. Y la cabeza se le llenaba como una fantástica caja de regalitos sorpresa o uno de esos grandes cubos que se ven en las tiendas de beneficencia y en los que cada artículo cuesta una libra. De repente, el mullido sofá verde de Rotherhithe atravesaba flotando su conciencia como otra nube de verano, y Kay, con una sonrisa maliciosa y secreta, recordaba lo que Cyril y ella habían llegado a hacer en esos cojines los primeros días de casados. Una curiosa cajita con una jabonera dentro aparecía en su mente vibrando con

poderes sobrenaturales, y el hecho de que esa caja negra estuviese siempre fría la hacía parecer más fascinante y siniestra. Montaba ante sí misma un desfile de sus vestidos favoritos de toda la vida, como si escenificara un pase de moda privado –que incluía un vestido especialmente estiloso, con un cuello asimétrico de cuadros, que se había puesto para entrar en la que fue su primera casa de verdad–. A veces se imaginaba que preparaba un *roux* para su famosa coliflor gratinada con queso o que cortaba manteca de cerdo y la mezclaba con harina para hacer un pastel de carne, y ese caprichoso estilo culinario tenía la ventaja de no ensuciar platos y nunca se le quedaba harina en las mangas. También estaban las horas de sueño, claro, que le ofrecían amplias y magníficas vistas de extensas zonas rurales de Australia, manglares nudosos que se movían como serpientes vivas, palmeras que se mecían al viento en el punto más austral de los Estados Unidos continentales o los austeros templos budistas que había visto en las montañas de Japón. Debía de haber visto muchísimas cosas en la vida para almacenar una colección tan inagotable de imágenes que mezclar y combinar, aunque a menudo los paisajes de sus sueños eran invención suya, simas profundísimas o ríos de aguas torrentosas que en realidad no había visto nunca, ni siquiera después de haber viajado tanto. No obstante, el mosaico de la vigilia y el cine de la noche tendían a mezclarse. Un recuerdo del largo paseo del Mall flanqueado de banderas camino del palacio de Buckingham se fusionaba en su sueño con un facsímil ligeramente distorsionado del bulevar, y hasta tal punto que era imposible distinguir el uno del otro; ese entremezclarse de la invención y el recuerdo no la alteraba lo más mínimo. Todo era un extenso y fabuloso lienzo de color, texturas, caballos y edificios grandes y pomposos. Ese montaje, con sus ondulaciones, era tan fascinante como las grandiosas epopeyas que Cyril y ella habían visto en Leicester Square, *Lawrence de Arabia* y *Doctor Zhivago*, películas que también podía proyectar en secuencias eidéticas en el fondo del cráneo. La desgarradora caída de un joven árabe en arenas movedizas hasta que solo se veía una mano. Un trineo lanzado por las colinas nevadas, Lara con las mejillas rojas y una banda sonora que inundaba la sala.

Otras veces cantaba «Itsy Bitsy Teeny Weeny Yellow Polka Dot Bikini» o «(Sittin' on) The Dock of the Bay». Algunas tardes entonaba serenatas al lluvioso tiempo británico –ahora solo lo veía por la ventana–, con fragmentos de poesías que había aprendido de memoria en la escuela: «Margaret, ¿acaso lloras / al ver de Goldengrove los árboles sin hojas?». Cuando no conseguía acabar el verso, cosa que le sucedía a menudo, se inventaba lo que faltaba –«Es un plan de vuelo para extranjeros, / Margaret es una estrella porno...»– y después, sin darle más vueltas, pasaba a frases sueltas que se le habían quedado grabadas en la mente con una rara insistencia: «¡El preferido de ocho de cada diez gatos!», «¡Cada poquito cuenta!», «¡Cumple exactamente lo que promete!», «¡El chocolate que se derrite en tu boca, no en tu mano!». O, aunque resultase inexplicable, «¡Compare the Market punto com, el mejor precio asuricato!».

No dejaba de ser preocupante que el anciano agradable a veces pudiera ser tan lanzado. Aunque se sentía bien cuando la abrazaba, arropada y segura a su lado, la inquietaba la posibilidad de que dejarse tocar así fuera una deslealtad para con Cyril.

7. A DIVERTIRSE CON LA DOCTORA MIMI

–¡Mamá! ¿Dónde están las pastillas?

–... En la nevera. En una caja negra, en el estante de arriba, al fondo a la izquierda.

Después de atravesar a toda prisa la cocina y subir con pasos cortos las escaleras de atrás, Cyril se había acuclillado junto a la puerta del dormitorio principal, desde donde oía chillar a su hija en la planta baja. Temblaba de rabia, y no era para menos. Su mujer no solo le había chivado el plan justo a la hija que armaría el mayor escándalo posible en torno a la discutible pero muy cacareada santidad de la vida humana, sino que, para acabar de empeorarlo, le había revelado el escondrijo donde durante décadas habían ocultado sus habichuelas mágicas sin discutir siquiera una vez.

–Ahí no están –se oyó decir abajo, en tono acusador.

«Tiene razón», pensó Cyril, apretando el bote de seconal que tenía en el bolsillo. «Ahí no.»

–Entonces, pregúntale a tu padre –dijo Kay–. El maestro de ceremonias es él.

–¡Por cómo lo dices, parece que el loco homicida es él! –exclamó Hayley–. ¡Otro doctor Kevorkian! ¡O un Harold Shipman! ¡Es obvio que te ha lavado el cerebro y te ha convencido para que lo sigas en una de sus fanáticas y miopes fijaciones socialistas! ¡Toda esta estupidez es tan suya que me dan náuseas!

Cyril sintió una corriente poderosa que brotaba de un lugar dentro de sí mismo con el que estaba poco familiarizado. Una fuerza espontánea; una erupción tan involuntaria que la comparación más ajustada que pudo evocar fueron unas ganas repentinas de vomitar, aun cuando la sensación no era tan desagradable. Esa... cantidad, esa... sustancia, esa... cosa, enorme, amorfa, no estaba fuera de él

ni era ajena a él: *era él*. Y ese yo suyo profundo se sentía ofendido. ¿Cómo se atrevían esas mujeres a interponerse en su camino? ¿Debía permitir que esas criaturas de poca voluntad desbaratasen sus planes de treinta años? ¿Debía permitir que esas blandengues echaran por tierra el valiente y honorable punto culminante de una carrera intachable? La consternación lo cegaba. Pensaba demostrar de qué estaba hecho. De fuego, no de agua como esas mujeres. Porque ellas no tenían ningún derecho a boicotearlo, ningún derecho a exigir que él también se marchitase, se desintegrase y se evaporase como todos los demás patéticos viejos cretinos que, con sus poemas para hacer frente a *la muerte de la luz*, trillados y citados hasta la saciedad, se aferraban a la más débil excusa con tal de seguir viviendo. Esas dos no tenían ningún derecho a obligar al doctor Cyril J. Wilkinson a implosionar hasta convertirse en una parodia de su anterior y formidable persona, una especie de momia que hablaba sin saber qué decía; no podían obligarlo a ser una carga más para el Estado, una carga más para la familia, una fuente más de resentimiento, aburrimiento, mofas, lástima e infinitas miradas de exasperación. Con todo su parloteo sentimentaloide, ¡no tenían ningún derecho a insistir en que se rebajara como todos los demás ni a conspirar para que hiciera el ridículo ni a destruir todo lo que él había sido y todo lo que había logrado para convertirse, en el futuro, en un hombre estúpido, dependiente y sin fuerzas! Él tenía las pastillas; ergo, tenía el poder.

No obstante, a pesar de su encendida indignación, Cyril no había perdido por completo su capacidad para pensar metódicamente. En los instantes de pánico que habían hecho presa de él unos minutos antes en la cocina, se había debatido entre la posibilidad de atrincherarse en la planta de arriba y la de huir por la puerta trasera para esconderse en el jardín. Vaciló. Que eligiera subir tenía sentido emocional, pues asociaba la habitación con la seguridad y el refugio. Sin embargo, desde un punto de vista práctico, el jardín en penumbra habría sido más estratégico. Ahí tenía el cobertizo de las herramientas, o podría haber trepado por la pared del fondo para lanzarse al ancho y maravilloso mundo donde un inglés nacido libre podía hacer con su vida lo que se le antojase.

Pero era demasiado tarde para ese Plan B. Ya podía oír a sus «salvadoras» subir por las dos escaleras de la casa hechas sendas furias. Podía cerrar la puerta por dentro, pero esos entrometidos de emergencias hablaban con vozarrón de matones. Un pomo barato con condena –no era ni un cerrojono aguantaría mucho antes de que entrasen. Si se tomaba la sobredosis en ese momento, se asegurarían de llevarlo a rastras a Urgencias, donde le harían un lavado de estómago. Como médico de cabecera, conocía el procedimiento estándar: seguiría sintiéndose mal, pero no estaría muerto y lo dejarían ingresado, en observación. Lo obligarían a ver a uno de esos psiquiatras aburridos que acribillan a la gente a preguntas. Tendría que prometer que nunca volvería a hacerlo. Nadie le creería.

En una palabra, estaba jodido.

Cyril se irguió todo lo que le permitió la espalda. Bajo la severa mirada de los paramédicos, su única opción era dejar el bote de seconal en la palma de la mano enguantada de Hayley, aunque mantuvo la mirada fría y, más que mirar el suelo sugiriendo vergüenza, miró a su hija a los ojos.

–Esto no es propiedad tuya –dijo–, y tampoco es asunto tuyo.

–Creo que sí lo es, y mucho –dijo Hayley, con delicadeza. Tenía la mascarilla tan mal puesta que difícilmente podía servir para algo, y eso en el muy dudoso caso de que uno de esos esterilizados emblemas de pureza y conformismo sirviera para algo–. Soy yo la que habría tenido que limpiarlo todo si tu retorcido plan hubiese salido bien.

Su hija disfrutaba a lo grande de todo ese drama. Se había erigido en la heroína de la historia; dada su condición de ama de casa neurótica que no tenía casi nada que hacer, no era un papel que pudiera interpretar a menudo.

En cuanto todos bajaron en tropel, Hayley les aseguró a los paramédicos, cubiertos de la cabeza a los pies con equipos de

protección individual, que tenía controlada la situación. Prometió quedarse toda la noche para vigilar a sus trastornados y tristemente deteriorados padres. Cuando un médico le dio el número del Equipo Local de Salud Mental, Hayley guardó el trozo de papel en la cartera con exagerado cuidado y cerró el bolso dando un tirón a la cremallera.

Cuando los jóvenes se marcharon, Hayley, con la cabeza bien alta, se dirigió al baño de abajo. Fue un gesto de sacrificio y determinación. Mientras Cyril la observaba desde el pasillo, sacó un cubo de basura de debajo del lavabo y procedió a vaciar todo el botiquín. Adiós al ibuprofeno, a las aspirinas, los antiácidos, la crema para el herpes labial, los tratamientos para uñas micóticas y las pastillas para el estreñimiento. No se podía dejar nada al alcance de unos padres que ya estaban gagás. Cuando acabó de revisar los dos cuartos de baño de arriba –a prueba de niños–, Kay y Cyril podían dar gracias por seguir conservando un rollo de papel higiénico de reserva, y no por la escasez nacional debida al acaparamiento, sino porque, en teoría, podrían haber enrollado el papel varias veces en la barra de la cortina de la ducha para ahorcarse con él.

Sin poder articular palabra por la traición de Kay, cuando se fueron a la cama, Cyril no se animó a hablar con su mujer. A la mañana siguiente, cuando despertaron en silencio, daba igual que no tuvieran ni fruta ni pan ni bollos para desayunar. Hayley había hecho desaparecer todos los cuchillos.

Pasaron el día en arresto domiciliario a todos los efectos, más confinados incluso que sus compatriotas, que al menos podían seguir yendo al supermercado. Simon y Roy llegaron por la tarde; ejerciendo ahora de cabeza de familia, Hayley los hizo pasar. Como era natural para un tipo que nunca seguía instrucciones de nadie, Roy era el único que no llevaba un equipo de protección individual. Aun cuando era exactamente el típico que contraía el covid y luego iba tosiendo y escupiendo con malicia por toda la ciudad como un

«supercontagiador», Cyril, aun a su pesar, le reconoció el mérito de no plegarse a una presión social mojigata y asfixiante. Una vez confinados los padres en la sala, Simon subió al primer piso con insolencia; mientras las tablas del suelo crujían por encima de su cabeza, Cyril lo oyó fisgonear en el estudio y abrir y cerrar a su antojo archivadores que no contenían ni un solo documento que pudiera interesarle. Poco después, el cuchicheo conspirativo de sus hijos en la cocina llegó salpicado de carcajadas tirando a groseras. La situación del matrimonio hacía pensar en esas películas en las que los nazis invaden una casa, ocupan los dormitorios y usan la bodega a discreción esperando siempre que los asustados moradores sean amables con ellos «o sabrán lo que es bueno».

Al final, los tres hermanos, siguiendo las instrucciones de Boris, entraron en la sala bien separados por dos metros de distancia. Respetando la «distancia social», recolocaron las sillas en un semicírculo en torno al sofá, ocupado por esos progenitores que tan mal se habían portado. Más que tener en cuenta el peligro de contagio, lo que parecían indicar esas sillas tan separadas era una absoluta falta de calidez familiar.

–Queremos que lo comprendáis –empezó diciendo Hayley, juntando píamente las manos en el regazo; seguía sin quitarse los guantes–. Nos hemos reunido aquí porque estamos preocupados y solo deseamos lo mejor para vosotros. No queremos juzgaros. –La gente se desvive por decirnos que no hace tal o cual cosa, pero, diga lo que diga, ese *no* es un indicador fiable de lo que *sí* está haciendo–. Salta a la vista que tenéis problemas emocionales, ya sabéis..., depresión, esas cosas. Y puede que no os resulte fácil vivir solos. Valoráis la independencia, por supuesto, pero no podemos poner la independencia por encima de la seguridad. Me temo que tendréis que considerar esto como una intervención. Ahora sois un claro peligro para vosotros mismos.

A algunos hijos de padres seniles les resultaba incómodo tener que invertir los papeles generacionales; a Hayley no. Retorciéndose en su silla, era Simon el que no parecía sentirse cómodo. Cyril estaba acostumbrado a ver a su primogénito vestido siempre con los elegantes trajes oscuros que usaba en la City, pero, durante ese

disparate del confinamiento, Simon se había apuntado al teletrabajo: la vieja y gastada camisa de franela y unos tejanos que le quedaban mal comprometían el habitual aire autoritario del banquero de inversiones. A fin de cuentas, lo lógico era que el mayor presidiera la reunión, pero esa tarde su hermana llevaba la voz cantante. Con su típica sonrisa burlona, Roy se dejó caer en la silla empujándola hacia atrás sobre las patas traseras como si quisiera alejarse de los festejos unos centímetros más. A menos que quisiera dinero, siempre se situaba fuera de la familia. La moderna barba corta que lucía desde hacía unos años mostraba ya algunas calvas. Y, en el mentón, una zona lampiña con la forma de Noruega.

–No penséis que se nos ha incendiado la cocina porque ya no distinguimos entre el vinagre y el alcohol –dijo Cyril, sin levantar la voz; le disgustaba verse obligado a controlarse en su propia casa y con sus propios hijos, y no precisamente para no herir sentimientos ajenos, sino para proteger su propio interés. El carácter de esa reunión no le gustaba nada–. Habéis interrumpido la ejecución de un plan de muchos años que yo mismo preparé estando en mis cabales y cuando era más joven que Simon hoy.

–Mamá no estaba por la labor –dijo Hayley.

–Si tu madre no estaba de acuerdo, debería habérmelo dicho ella, no vosotros –dijo Cyril.

–Sí –dijo Kay–. Tendría que haberme puesto firme con papá y no arrastraros a vosotros, queridos. Os he colocado en una situación imposible. Quisiera disculparme de verdad.

–Ese mensaje que mandaste en el último minuto fue un grito de auxilio, y me alegra que lo enviaras –dijo Hayley.

–Lo importante es lo que hagamos ahora –dijo Simon, claramente acostumbrado a las reuniones en las que había que poner freno a las digresiones–. Ninguno de nosotros tres puede dedicar todo su tiempo a asegurarse de que no intentéis suicidaros otra vez.

–*Vigilancia antisuicida* se llama eso en el trullo –dijo Roy.

–Tú sabrás –dijo Hayley, cortante.

–Legalmente –añadió Simon–, ni siquiera deberíamos pasar a veros.

–Así es –dijo Cyril–. Y por mucho que nos encante ver a nuestros

tres queridos hijos, vuestra bienintencionada «intervención» conlleva que se junten varios grupos familiares en un mismo espacio cerrado. Eso es algo que tu gran amigo Boris no aprobaría en absoluto, Simon. Por lo tanto, y del modo más amable posible, tendré que invitaros a todos a que os vayáis. –Ese absurdo confinamiento, nada inglés, por cierto, era una época de sutiles tecnicismos jurídicos, de acatamiento, de delaciones, de chasquidos de lengua desaprobatorios, pero Cyril no le iba a hacer ascos a la pedantería burocrática si servía a sus propósitos.

–Al contrario –dijo Hayley, y con la satisfacción de quien, como suele decirse, ve la paja en el ojo ajeno, sacó del bolso una nota escrita en un post-it–. Lo he buscado. Una de las cuatro razones legítimas para salir de casa es «asistir a las necesidades de atención médica o de cuidados de personas vulnerables». Y no cabe duda de que impedir que dos personas vulnerables con problemas mentales se suiciden es una «necesidad médica».

–No sabéis cuánto agradecemos que os preocupéis tanto –dijo Cyril–, pero lo que mamá y yo decidamos o no hacer es asunto nuestro. Gracias sinceramente por vuestro ofrecimiento, pero estamos bien de la cabeza y no necesitamos vuestra ayuda, ni siquiera vuestros consejos.

–En realidad, me he resistido a decir nada –dijo Hayley–, pero ya sabéis que mamá se ha vuelto muy olvidadiza.

–¿Olvidadiza cómo? –preguntó Kay, asombrada.

–Fue hace apenas unos días, mamá... –dijo Hayley–. No conseguías acordarte del nombre de ese escritor...

–¿Quién? ¿L. P. Hartley? Ese fue un lapsus absolutamente normal...

–Pero si es el autor de..., ¿cómo se llamaba?, uno de tus libros preferidos.

–¿Lo ves? –dijo Kay–. Eres tú la que no recuerda el título. *El mensajero*.

–¡No es uno de mis libros preferidos!

–Vivo con tu madre –dijo Cyril– y, si estuviera volviéndose loca, me habría dado cuenta.

–No si tú también lo estás –dijo Roy–. Olvidarías cómo está mamá.

–Puesto que es imposible probar una proposición negativa, nunca llegaremos a demostrar de manera concluyente que no estamos locos –dijo Cyril entre dientes–. Aun así, os diré que no solo recuerdo en qué año estamos y quién es el primer ministro... También puedo recitar la lista completa de primeros ministros desde 1945. ¡Winston Churchill! ¡Clement Attlee! ¡Winston Churchill!

–¡Winston Churchill ya lo has dicho! –dijo Hayley, poniendo los ojos en blanco.

–Joder, papá, si hasta yo me acuerdo de Winston Churchill –dijo Roy–. Esfuérzate un poco más.

–¡Anthony Eden! ¡Harold Macmillan! ¡Alec DouglasHome!

–Ya ha quedado claro, cariño –dijo Kay, con unas palmaditas en la rodilla.

Y tenía razón. Ese recitado era indigno y Cyril frenó en seco.

–Creo que deberíamos ir al grano –dijo Simon sin mucho entusiasmo–. En el interés de todos, especialmente el vuestro, hemos decidido que tengáis... ayuda. Y no es una opción.

–¿Eso qué significa? –le espetó Cyril.

Simon no miró a su padre a los ojos.

–Que pediremos que os ingresen. Por vuestro propio bien.

–¿Qué? –dijeron Kay y Cyril al unísono.

–Según la Sección tercera de la Ley de Salud Mental –dijo Hayley, que se moría de ganas de dar la información–, pueden recluirte, incluso contra tu voluntad, si «representas una amenaza contra ti mismo o los demás». Todos pensamos que es la única solución.

–¡Eh, y todavía no habéis oído lo mejor! –dijo Roy–. En ese caso tenéis derecho a...

–Servicios de asistencia, sección 1-17 –acabó la frase Hayley.

–¡No te preguntan los recursos que tienes! –dijo Roy, muy alegre–. ¡El Estado paga todos los gastos de la residencia y podéis conservar la casa! ¡Coño, podéis conservarlo todo! Hayley casi nunca da una, pero esta vez ha encontrado un chollazo.

–No tenéis ninguna prueba que pueda sostenerse en un juicio –dijo Cyril.

–Tenemos pruebas de sobra –replicó Hayley–. El mensaje de mamá. Tu frasco de veneno. Por no hablar de ese funeral de locos.

La despedida lacrimógena de mamá, más larga que una tesis doctoral. Dos textos aparte ensalzando los méritos de la eutanasia aplicada a uno mismo.

–Y vuestros gastos también –dijo Simon, suspirando–. He revisado los extractos bancarios y habéis gastado a lo loco, o casi. Habíais acabado de pagar la primera hipoteca hace muchos años. ¿Por qué rehipotecasteis la casa? ¿Qué hicisteis con todo el dinero? ¡Semejante grado de irresponsabilidad fiscal no va a gustarle nada a un ESM!

No era buena señal que esos tres ya conocieran la abreviatura empleada para referirse a un especialista en salud mental, un profesional que podía encerrarlos por toda la eternidad. Peor aún, sobresaltado, Cyril recordó que, unos días antes, ese mismo mes, ese payaso llamado Boris había revisado la Ley de Salud Mental; ahora solo se necesitaba un médico, no tres, para aprobar el ingreso en una institución. Un «sobrecito» a un único charlatán y esos molestos padres podían desaparecer.

–Por si quieres saberlo, hijo, y no es que a ti te importe –dijo Cyril–, gastamos muchísimo para tener a la Nana Poskitt y al abuelo Norman cómodos y atendidos.

–Pero también hiciste donaciones considerables a la campaña de People's Vote. Y mira para qué han servido.

Simon era un tory pro-Brexit y ni siquiera tenía la sensatez de avergonzarse de sí mismo. Era un milagro que su padre y él siguieran dirigiéndose la palabra.

–A riesgo de soltar una obviedad, diré que nadie nos ha regalado un céntimo –afirmó Cyril–. Así que es asunto nuestro cómo lo gastamos. Además –estaba improvisando, pero empezaba a asustarse, y ellos necesitaban hasta el último proyectil que tuvieran al alcance de la mano–, encerrar a un médico de cabecera cualificado durante una crisis sanitaria nacional sería una irresponsabilidad penal. Ya han llamado a los médicos jubilados para que nos reincorporemos y contribuyamos a evitar el colapso del servicio...

–Papá, por favor –dijo Hayley–. Tienes ochenta y un años. Estás en el grupo de edad de mayor riesgo para esta enfermedad. En la

línea de frente solo serías una carga. Querer frenar a un virus asesino no es más que otro indicio de tus impulsos autodestructivos.

–En fin..., da igual que ese dinero sea de tu madre y mío –dijo Cyril, volviendo a los principios básicos–. Nuestra vida nos pertenece, seamos o no vuestros padres, y depende de nosotros cómo decidimos ponerle fin. Podemos decidir, en nuestro sano juicio, seguir en este mundo hasta que tengamos ciento diez años, y también estaríamos en nuestro derecho si decidiéramos tirarnos del puente de Blackfriars mañana mismo.

–No es así como lo ve la ley –dijo Simon, dolido.

–Y tampoco nosotros lo vemos así –dijo Hayley en tono triunfal–. Prometemos ir a visitaros.

La furgoneta municipal en la que los sacaron de la casa de Lambeth no tenía ventanillas –en realidad, era un furgón policial–; es decir, que Kay y Cyril no tenían ni idea de a qué lugar del campo los llevaban, un detalle que desde el primer momento confirió a esa aventura un toque kafkiano. Cuando llegaron a las Villas El Ocaso no había una sola «villa» a la vista: el lugar parecía más bien un almacén de Amazon o un centro de distribución de Tesco. Cumpliendo con una de las muchas normas, caprichosas pero férreas, por las que pronto se regiría su vida, y aunque los dos podían caminar y llevar el equipaje sin ayuda de nadie, los condujeron al despacho de dirección de mala manera y en sendas sillas de ruedas con las maletas que habían hecho a toda prisa. A lo largo del pasillo que desembocaba en el despacho, una hilera de ancianos medio caídos de lado y con la boca abierta; esas miradas que no veían nada eran tan inexpresivas que podrían haber estado talladas en piedra, como gárgolas. Los recién llegados a Villas El Ocaso experimentaban una serie de emociones todas de golpe: claustrofobia, horror, depresión y desesperación histérica... De ese lugar había que escapar por cualquier medio posible. Con un puñetazo en el estómago, Kay y Cyril comprendieron que estar

firmemente decididos a poner fin a su vida en el momento y en las condiciones que ellos mismos eligieran y sentir auténticas y frenéticas ganas de suicidarse eran dos cosas diametralmente opuestas. La institucionalización involuntaria consiguió inducir de un plumazo la misma urgente necesidad de pasar al olvido que, según se suponía, el internamiento debía curar.

–A ver, a ver... ¿Qué tenemos aquí?

La cincuentona rechoncha que los recibió detrás del escritorio alisaba y apilaba con mucha energía papeles que no parecían necesitar que nadie los alisara. La mujer sonreía con los labios, pero no con los ojos. Al cuello, un vistoso y voluminoso collar que recordaba a los que usaba Theresa May; el ceñido traje de cuadros tenía esa clase de fealdad que solo los diseñadores de alta gama consiguen crear. Del conjunto emanaba una mezcla de júbilo y malicia.

–¡Kate y Cyrus! Soy la directora de El Ocaso, la doctora Mimi Mewshaw, pero, como no me gustan las ceremonias, podéis llamarme doctora Mimi.

–*Kay* y *Cyril* Wilkinson, gracias –la corrigió Cyril–. ¿Usted es doctora en Medicina?

–Tengo diplomas si eso es lo que te preocupa, cariñito.

–Tomo su respuesta como un no –dijo Cyril–. Yo sí que soy doctor en Medicina.

–Por supuesto, tesoro –dijo la doctora Mimi, con suavidad–. Aquí en El Ocaso tenemos toda clase de residentes muy importantes. Napoleón, Batman y Jesucristo, por nombrar solo dos o tres. Bueno, doy por sentado que sois novios, ¿no?

–«Novios» no –dijo Kay–. Llevamos casados casi sesenta años.

–Solo lo decía porque en este momento no tenemos habitaciones dobles, así que me temo que tendréis que arreglaros con individuales.

–¿Quiere decir que ni siquiera podremos dormir en la misma cama? –preguntó Cyril, y se le salieron los ojos de las órbitas.

–No, cielo, me temo que no. No sé si lo sabéis, pero venís por la Sección 1-17, a cargo del Ayuntamiento, y eso quiere decir que la aportación está muy por debajo de la que debería ser. Si he de ser

franca, no cubre los costes. Y, si se libera una doble, tenemos que dar prioridad a los pacientes privados. Pero bueno, ya sabéis..., ¡a caballo regalado...! De todos modos, tesoro, a vuestra edad, ¿qué importa? Por experiencia sabemos que nuestros clientes duermen más profundamente en camas separadas. ¡Así tienen menos oportunidades de agitarse!

La doctora Mimi se volvió hacia la pantalla de su ordenador y empezó a hacer clic aquí y allá. Era uno de esos terminales enormes que podía tener ya veinte años, un detalle que no decía nada bueno del resto de la institución.

–¿Veo aquí que estáis clasificados como peligrosos para vosotros mismos? Es un régimen especial, pero no os preocupéis. ¡La seguridad es lo primero! Lance, ¿podrías traer las maletas de Kate y Cyrus, por favor?

El conserje alto y negro que había estado merodeando junto a la puerta cogió la maleta de Cyril y la abrió encima de una mesa. Las camisas de vestir y los pantalones con la raya cuidadosamente planchada acabaron tirados al descuido en una pila toda arrugada.

–Pero ¿qué es esto? ¿El control de seguridad de un aeropuerto? –preguntó Cyril, sin creerse lo que veía.

–Medicación –anunció Lance, enseñando uno de los pocos botes que habían quedado en Lambeth después de que Hayley se ocupase de proteger a sus padres de sí mismos; los laxantes los habían metido en el neceser de viaje de Cyril.

–Eso es diasén. Se vende sin receta –protestó Cyril–. ¿O no puede confiar en mí cuando se trata de regular mis intestinos?

–Controlamos toda la medicación –dijo la doctora Mimi–. Piensa en el apuro en que pondrías a nuestro personal si tomarais una sobredosis. Hablando de lo cual, Cyrus...

–Creo que prefiero que me llame doctor Wilkinson, si no le importa.

–Pues, por curioso que parezca, sí me importa –dijo la doctora Mimi, encantada y batiendo palmas–. A todas nuestras partes interesadas las llamamos por el nombre de pila, y estoy segura de que os quedaréis aquí el tiempo suficiente para acostumbraros a

este ambiente tan cordial. Pero, como iba diciendo, tesoro, ¿cuándo hiciste caca por última vez?

–No entiendo por qué eso podría interesarle –dijo Cyril, con frialdad.

–Te pondré en la lista para que te apliquen un enema, pues –dijo la doctora Mimi con dulzura, y cuando le hizo la misma pregunta a «Katie», Kay no tardó nada en contestar: «Esta mañana».

–Objetos con filo –dijo Lance, con voz de robot.

Había encontrado una navaja del Ejército Suizo con una lima de metal para uñas, un cortaúñas y un sacacorchos que Cyril había pasado por los controles de compañías aéreas durante décadas. La maquinilla y las hojas de afeitar también acabaron en el escritorio de la directora. Así, poco a poco, los objetos confiscados fueron volviéndose menos lógicos: rotuladores de fieltro, una libreta de espiral en blanco, el ordenador portátil de Cyril, el iPad que le había regalado Simon, un ejemplar del último *New Statesman* y su ejemplar en tapa dura de *El capital en el siglo XXI,* de Thomas Piketty, un libro que, estando él como estaba encadenado en los nueve círculos del infierno de Dante, debería al menos haberle proporcionado el relax necesario para atravesar el averno de principio a fin.

–Querría pedir que me devolviesen mi material de lectura, por favor –dijo Cyril, y la sádica y regordeta dama, más feliz aún que antes, fue incapaz de apreciar el grado de autocontrol que le hizo falta para seguir comportándose de un modo civilizado.

–A nosotros las revistas políticas militantes y los libros gordos y aburridos sobre lo terrible que es el mundo nos parecen..., bueno –dijo la doctora Mimi–, un poquito deprimentes para alguien que quiere autolesionarse. Ese material también podría caer en manos de residentes y resultarles molesto.

–Entonces ¿qué se supone que tenemos que leer? –preguntó Kay, alarmada y angustiada, sin duda, por la suerte que correría su ejemplar de *Los testamentos,* de Margaret Atwood, un libro decididamente «deprimente».

–Estoy segura, princesa, de que nuestras actividades comunitarias os gustarán tanto que estaréis demasiado agotados para leer libros

viejos. Katie, tesoro, veo aquí una nota de tu médico de cabecera... Parece que te diagnosticaron hipertensión. –Cyril, sorprendido, miró a Kay–. Eso significa que hemos de prepararte una dieta sin sal.

–Lo siento –dijo Kay, presa del pánico, tan amante ella de las olivas y el pecorino–, pero, según más de un estudio masivo, las dietas bajas en sal acaban siendo peores para la enfermedad coronaria y los ictus que comer con niveles moderados de sal. Es probable que una dieta sin sal pueda ser mortal.

La sonrisa de la directora por fin se reflejó en sus ojos; la doctora Mimi parecía encantada de que una comida sosa a más no poder fuese recibida en el espíritu punitivo que ella pretendía.

–Contrabando –dijo Lance con voz inexpresiva en cuanto empezó a revisar la maleta de Kay.

–Vaya, eso sí que está feo –la regañó la doctora Mimi, y, tras requisar el litro de amontillado seco, dejó la botella en el estante detrás de su escritorio–. Y sugiere un problema de dependencia.

–¿Prohibido el alcohol? –preguntó Kay, sumisa.

–¡Por Dios! ¡Huelga decirlo! –exclamó la doctora Mimi con el mismo auténtico placer–. Y las bebidas con cafeína. También está prohibido fumar. Y vapear. Nada de especias demasiado estimulantes, nata, mantequilla ni leche entera. Y prohibidas las relaciones sexuales entre residentes. Aquí el toque de queda empieza a las ocho y media de la noche, hora a la que todos tienen que retirarse a su habitación. El desayuno a las siete, la comida a las once y la cena a las cinco, y la asistencia es obligatoria. Si alguna vez sentís la tentación de comportaros como críos y rechazar la exquisita y nutritiva comida que servimos en este establecimiento, nos reservamos el derecho de alimentaros por la fuerza. El Ayuntamiento ha puesto vuestro bienestar en nuestras manos y nos tomamos muy en serio el deber de cuidaros. Normalmente, la hora de visita es de una a dos de la tarde, los sábados, pero, para ser extracuidadosos, supercalifragilísticamente cuidadosos, mientras dure el brote de coronavirus hemos prohibido todas las visitas hasta nuevo aviso. Pero no os hagáis demasiadas ilusiones, pobrecitos míos, ni siquiera si volvemos a autorizarlas. Hemos comprobado que, al cabo de un par de visitas obligadas, los amigos y familiares

empiezan a venir cada vez menos. Este pueblo nuestro es especial, y los de fuera pueden sentirse un poco excluidos. Ah, sí, para terminar... Se os pide que participéis en las actividades grupales. No queremos que os encerréis en vosotros mismos. Socializar ayuda a la salud mental, y aquí todos queremos contribuir a que mejoréis.

–¿Y esos que he visto en el pasillo, desplomados? –dijo Kay–. ¿Están mejorando?

Sintiéndose obligado a reafirmarse como persona y no como mera escupidera humana, Cyril había buscado los ajustes en su teléfono móvil.

–Señora Mewshaw, ¿podría darme la contraseña de la wifi, por favor?

La doctora Mimi rio.

–¡Ay, cielito, no vas a necesitar contraseña! Pero eso que me pides me recuerda que... –añadió, y extendió la manotenemos que confiscaros los teléfonos.

El covid-19 justificaba la brutal desinfección, así como tantas otras torturas de aquellos días. Puede que la alusión fuese exagerada, pero lo que Kay asociaba con el hecho de que la llevasen en cueros a una gran habitación de cemento para darse una «ducha» tenía inevitablemente que ver con la Segunda Guerra Mundial. El desinfectante con que la untaron de arriba abajo le impregnó la piel de un olor nauseabundo a lejía. La delgada bata que le dieron al terminar, abierta por la espalda, dejaba las nalgas al aire. Aunque le aseguraron, «tranquila, cariño», que le devolverían la ropa lavada y planchada, vio pasar su elegante vestido azul marino en lo alto de un carro de la lavandería con el triste presentimiento de que no volvería a verlo nunca. La acompañaron a su habitación, pero antes tuvo que ver cómo se llevaban al pobre Cyril para aplicarle un humillante enema. Al final de un lúgubre pasillo iluminado con tubos de neón, el insistente aroma a detergente barato se mezclaba con un tufo a excrementos que lo inundaba todo.

–¿Y dónde está la piscina? –le preguntó con sequedad a su cuidadora.

La «habitación privada» era gris y claustrofóbica; tenía un váter y un lavabo mínimos, y un colchón que parecía haber absorbido todo un lujoso surtido de efluvios humanos digno de las galerías Waitrose; en las paredes, un único adorno, una pantalla digital en la que podía leerse: HOY ES MIÉR-

COLES, 1 ABRIL 2020. ME LLAMO KATE WILKINGSIN. ESTOY CONTENTA. April Fool's Day: el día de los inocentes. El colmo de la perfección.

La habitación sin ventanas no tenía ni televisor ni radio. En una palabra, peor que la cárcel de Wandsworth, donde al menos abundaban las drogas de primera calidad y los móviles robados que llegaban al recinto en los drones del crimen organizado. Los delincuentes podrían haber sacado beneficios aún más altos llevando artículos de contrabando a las residencias para ancianos. En ese momento, Kay habría dado lo que no tenía por su amontillado de supermercado.

Pasó la primera noche revolviéndose en un mar de autorreproches. Ese desastre era todo culpa suya. Si no hubiera enviado el mensaje a Hayley, nunca habrían ido a dar con sus huesos en El Ocaso. ¿Qué la había empujado a actuar a espaldas de Cyril y chivarse? ¿Por qué no se opuso y le dijo: «Me temo que no puedo seguir adelante con esto»? De hecho, vista la alternativa –acabar encerrados ahí–, ¿por qué no había seguido adelante y punto? ¿Tan gallina era?

Y a esa pena de prisión no se le veía el final. Roy, precisamente Roy, se había ofrecido voluntario para actuar como «pariente más cercano», la persona a la que los estatutos designaban como la única facultada para presentar un recurso y solicitar el alta. Por convención, el tribunal también le había concedido un poder, es decir, carta blanca para controlar las finanzas de sus padres, incluida la pensión que cobraban. No era del todo evidente que alguna vez fuera a sentirse motivado a sacarlos de ese purgatorio. Con un escalofrío, Kay recordó el único comentario que Cyril había hecho en

el furgón policial de camino a El Ocaso: «Nunca deberíamos haber tenido hijos».

El peor tormento era que la hubiesen separado de su marido, el hombre con quien, como mínimo, podría haber desahogado sus remordimientos. También estaba preocupada por él. A Kay no la entusiasmaba nada que la vigilasen, que la tratasen como a una niña tonta y la privasen de libertad por un periodo más indefinido que la condena de un asesino medio. (¿Y por qué? Cometiendo algo que atentaba contra la legalidad, los Wilkinson habían sopesado la posibilidad de ahorrarles a la familia y al NHS los costes de una decadencia prolongada.) Pero Cyril, que apreciaba la dignidad aún más que ella, a esas alturas ya estaría trastornado. Si se dejaba llevar por una furia justificada, podía acabar metido en líos. El enema era una advertencia: la menor resistencia se pagaría con una represalia demoledora. Se hacían películas con ese tema y, en retrospectiva, parecía una señal de mal agüero que Cyril hubiera visto cinco veces, con pasión, *La leyenda del indomable*.

Para su consternación, a la mañana siguiente les asignaron sus respectivos asientos en la sala que el personal llamaba burlonamente el «restaurante»; Cyril y ella tenían que sentarse en dos mesas bien separadas entre sí. Kay solo consiguió estirar el cuello una vez y cruzar la mirada con él. Más que brillar, como ella esperaba, con el acerado subterfugio del que aguarda una oportunidad, la atormentada expresión de Cyril hacía pensar en una placa de circuito alcanzada por un rayo. No la habría sorprendido ver salir de la cabeza de su marido una voluta de humo acre. Parecía frito.

Las gachas amazacotadas llegaron tan frías que, si hubiese puesto el bol boca abajo, la avena se habría quedado pegada en el fondo. Tampoco le abrió el apetito la mujer medio dormida que tenía enfrente, que se metía la papilla en la boca con tres dedos como si rellenase una grieta en la pared. Como Kay no pudo soportar siquiera la idea de probar esa bazofia, un miembro del personal dio un golpe desaprobatorio a la bandeja al llevarse el bol.

Durante las solitarias horas muertas de la mañana –«tiempo de descanso» las llamaban–, cometió el error de esperar ansiosa la

comida. La patata hervida –poca– y la carne gris demasiado hecha eran físicamente incomibles; el régimen de los que tenían tendencia a autolesionarse solo permitía usar una cuchara de plástico sin filo. La jalea de lima tenía demasiada gelatina y estaba casi tan dura como la carne. ¿Cuántas veces podía negarse uno a comer antes de que le metieran un tubo por la garganta?

Tras ponerle en la mano un rotulador indeleble, un amable empleado le advirtió, cuando Kay salía del «restaurante», que le convenía poner etiquetas con su nombre bien clarito en toda la ropa; de lo contrario, sus prendas acabarían desapareciendo para siempre en los intestinos de la lavandería. Así, después de la comida, durante el «periodo de descanso» –aunque vaya uno a saber de qué agotamiento tendría que recuperarse allí–, Kay escribió «KW 114» en las etiquetas de las blusas, los pantalones y los vestidos, y también en el elástico de las bragas y en el borde de cada calcetín. Un trabajo tedioso; el rotulador empezaba a secarse.

Tal vez pronto agradecería que le asignaran alguna tarea, la que fuese, pues Kay había estado indagando: no había biblioteca ni gimnasio. A los residentes no les permitían salir del recinto. El único entretenimiento era la televisión, en la sala común, abierta únicamente por las tardes; allí Kay rezaba para que al menos la dejasen pasar un rato con Cyril.

La sala, grande y desordenada, le recordó a los albergues habilitados ese año para los afectados por las inundaciones en Gran Bretaña. Los pocos libros que había eran para niños: *Vamos a cazar un oso, El pitufo aprendiz, Mr. Gruñón.* Los sofás, todos desvencijados, estaban atestados de mantas que olían a perro. Cuando recorría la sala con la vista buscando a Cyril –en vano–, la cacofonía imperante recordaba a esos monólogos que rivalizaban en volumen en un vagón de tren de nuestros días; la única diferencia era que ninguno de los presentes tenía teléfono móvil. «Su rosal era una trepadora y no lo cuidaba», le contaba un vejete a nadie en particular. «Más alta que la verja había crecido... Yo tenía derecho a cortarla. Pero ¡la muy estúpida llamó al Ayuntamiento! Los aires que se daba esa Stacy...» La interpretación desafinada de uno que entonaba «Yellow Submarine» no conseguía superar a la atronadora

reposición de *Ven a cenar conmigo.* Al final, Kay divisó a una empleada en cuyo bolsillo detectó el bulto del mando a distancia.

–Disculpe –dijo Kay–. ¿Podríamos ver otra cosa? ¿Las noticias de la BBC 24 horas, por ejemplo?

La demacrada joven tenía la tez de alguien que de verdad se alimentaba con la comida de El Ocaso.

–Si cambio de canal, no sabríamos si el pollo y el jamón de Parma le ganan a la sopa nigeriana de pimienta, ¿verdad, tesoro?

–No tengo la sensación de que aquí nuestros amigos estén terriblemente interesados en este programa.

–Entre semana toca sesión continua de *Ven a cenar conmigo* –proclamó la empleada, para no dejar lugar a dudas–. Los fines de semana prefiero *Pesadilla en la cocina,* con Gordon Ramsay, pero no me apoya nadie.

–¿Y son los dos únicos programas que nos dejan ver?

–Ya veo que aprendes rápido –dijo la mujer en tono socarrón–. Así no hay peleas. A todo el mundo le gustan los programas de cocina.

–A mí no –dijo Kay, pero descartó la petición en cuanto divisó a Cyril, que tenía una contusión en la frente y las muñecas inmovilizadas delante con unas esposas improvisadas. Los cuidadores, dos tiarrones, lo empujaron hasta un sofá y se apostaron amenazadores a un paso de distancia.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Kay, poniéndose de rodillas–. ¿Cómo te has dado ese golpe en la cabeza?

–Perdí el control. –El tono monótono de su voz daba a entender que, más que haber recuperado el control, había agotado el que no tenía–. Me puse violento y tuvieron que maniatarme.

–Eso no es típico de ti.

–Pues parece que es muy típico. Hasta ahora nuestros hijos nunca nos habían arrojado al Agujero Negro de Calcuta. En circunstancias novedosas, descubrimos cosas nuevas de nosotros mismos. Por lo visto, en lugares como El Ocaso me vuelvo de lo más violento. ¿Por qué no? ¿Qué pueden hacerme peor que esto? El purgatorio es liberador.

–Si aprendimos algo ejerciendo la medicina –susurró Kayes que tal vez haya un límite a lo sana y feliz que puede ser una persona, pero

el sufrimiento no tiene límite. O sea, que estos siempre pueden hacernos la vida peor. ¿Electrochoque?

–Ya me han amenazado con una temporada de aislamiento– dijo Cyril, señalando con la cabeza al que seguía repitiendo «Yellow Submarine» sin parar–. Una medida que podría ser misericordiosa.

–¿Qué os había dicho? –exclamó la Guardiana del Mando a Distancia–. Pollo y jamón de Parma. Imposible que esos cursis imbéciles de Somerset votaran por la sopa nigeriana de pimienta.

–Si te ponen en régimen de aislamiento, no nos veremos ni cinco minutos –dijo Kay–, y no podría soportarlo. Apenas ha pasado un día y ya preferiría estar muerta.

–Tuviste tu oportunidad –dijo Cyril.

Uno de los forzudos que habían arrastrado a Cyril a la sala de día había estado leyendo por encima un ejemplar del *Evening Standard*, pero lo dejó para mirar el teléfono. Aun con las manos esposadas, Cyril cogió el periódico y se lo llevó a las rodillas con la rapidez de un lagarto que caza una mosca. Mientras hacía lo imposible para esconderlo bajo la bata, una mano lo agarró del hombro por detrás.

–¿Cómo le va a este novato, tesoro? Un pajarito me ha contado que mi amigo Cyrus tiene ciertos problemas para adaptarse a su nuevo hogar. –Era la doctora Mimi. La directora quiso quitarle el *Evening Standard*, pero él se aferró al periódico hasta que lo hizo trizas–. Aquí los periódicos están prohibidos. Todas esas horrendas historias sobre el coronavirus son exactamente la clase de noticias que angustian a nuestros residentes.

–Prometo no contar a nadie lo que está ocurriendo en Italia –dijo Cyril.

–Me temo que he venido a aguarte la fiesta. Según nuestros expedientes, vosotros dos podéis ser una mala influencia mutua. Dios santo, si según vuestro profesional de salud mental habéis creado un «culto de la muerte». ¡Venga! ¡A circular! Lo mejor para la salud mental es hacer nuevos amigos.

Así pues, volvieron a separar a los cónyuges y Kay solo pudo volver a estar al lado de su marido en la cola de la cena.

–¿Qué manjar nos servirán esta noche? –preguntó entre dientes.

–¿Fajitas con setas? –supuso Cyril–. Con una ensalada de

mozzarella de búfala, tomates de la zona, unas hojitas de albahaca fresca y un toque de balsámico.

Era demasiado predecible. Al día siguiente, después del desayuno, les entregaron sendos vasitos de papel con una decena de pastillas sin nombre. Cuando Kay intentó esconder la medicación en la mejilla, la enfermera gritó: «¡Traga!». Otro empleado le abrió la boca mientras la enfermera repescaba las pastillas para obligarla a tragárselas. La medicación la dejó grogui. No sería difícil adquirir el hábito de la mayoría de los residentes: dormir quince horas diarias.

A pesar del arduo trabajo con el rotulador y las etiquetas, la primera vez que a Kay le devolvieron la ropa no consiguió reconocer una sola prenda. En lugar de la blusa color melocotón con cuello vuelto que tan bien le sentaba, del cuidado top de punto color crema con diminutos botones negros y los pantalones moldeadores color esmeralda, de Selfridges, le devolvieron un vestido de andar por casa de estampado floral, unos pantalones deportivos negros de poliéster con el elástico flojo y una camisa de hombre bastante hortera con palos de golf estampados. Unos días más tarde divisó a un caballero retacón de más de noventa años con su top color crema todo retorcido y deformado y con tres botones menos. A Kay, una mujer que cuidaba su aspecto sin ser esclava de la moda, le sorprendió cuán personalmente devastador le resultaba verse privada de su ropa.

Como Cyril no tuvo mejor suerte, no tardaron nada en andar arrastrando los pies por la residencia vestidos con ropa ajena, pantalones de cuadros que no hacían juego con nada y sudaderas con capucha todas manchadas. Puesto que solo podía ir al barbero una vez cada dos semanas, había días en que su marido podría haber encajado muy bien en un grupo de mendigos rumanos de los que dormían a la intemperie alrededor de Marble Arch.

Después de la primera colada, Kay prefirió no enviar a la voraz lavandería comercial su kimono de aves del paraíso comprado en

Kioto ni la querida bata de satén negro y púrpura que Cyril había encontrado en eBay, prenda en la que se envolvía muy a gusto durante largas noches solitarias, porque le recordaba a su marido. Pues, muy bien, dio igual. Kimono y bata desaparecieron. Ella no tenía la llave de su habitación, que, en cambio, sí tenía gran parte del personal. Cualquier queja por haber visto a cierta enfermera corpulenta pasearse muy oronda por el pasillo vestida con su bata de satén solo sería una pérdida de tiempo.

La primera actividad importante en grupo consistió en buscar huevos el Domingo de Pascua.

Mientras seguían ensordeciéndolos con más *Pesadilla en la cocina,* encerraron a los residentes en la sala de día para un estimulante ejercicio de intuición, resolución de problemas y toma de conciencia del espacio. Los objetos que tenían que encontrar, ovoides de espuma de poliestireno pintados a conciencia y grandes como pelotas de rugby, estaban «escondidos» a la vista de todo el mundo, es decir, desparramados por la moqueta. Ellos se sentaron en los sofás. Curiosa, Kay levantó un par de cojines, pero hasta esconder un huevo gigantesco debajo de un almohadón se consideraba un reto mayor. No obstante, dividieron al grupo en dos equipos, y sus compañeros de residencia, en un impresionante simulacro de vivacidad, empezaron a corretear por la sala y a meter esos coloridos objetos del deseo en cestas de plástico.

–Vamos, princesa –dijo la doctora Mimi, enfadada y señalando la cesta vacía de Kay–. ¡Un poco de espíritu de equipo!

–Caray –dijo Kay, mirando fijamente el óvalo rojo a sus pies–. Estoy perpleja.

Al final, haciendo gala de un valor subversivo, los residentes empezaron a tirarse las pelotas entre ellos y a hacerlas rebotar contra las paredes hasta que la doctora Mimi, muy enfadada, mandó encerrar a los transgresores en sus habitaciones.

Las sesiones semanales de «gimnasia» también eran duras. Los residentes formaban un semicírculo mientras un monitor visitante los guiaba por una tabla de ejercicios sentados. Tenían que agitar las manos en el aire con insistencia como si se les hubiese averiado el coche en una de esas letales «autopistas inteligentes», las nuevas,

sin arcén; tenían que dar patadas en el suelo, ejercicio ideal para sugerir una rabieta; tenían que girar las manos en círculo por encima del regazo para ejecutar lo que el monitor llamaba «el manguito», y estirar una pierna y hacer rotar el pie, aunque ese era solo para los «avanzados». Luego venía el punto culminante... En cámara lenta, el señor Motivador los guiaba en un baile del *hokey cokey* que ejecutaban casi sin salirse de donde estaban, si bien para los que iban en silla de ruedas el momento de girarse tendía a ser delicado.

Cyril participó lo menos que pudo, lo justo para evitar castigos (duchas frías, aislamiento, silla de ruedas, interrupciones del sueño...). En las sesiones de fitness solía sacudir una mano dos o tres veces imitando los últimos estertores de una perdiz moribunda. Durante las sesiones de canto en grupo, abría y cerraba la boca en silencio, y nadie podría sospechar que en tiempos había sido el tenor principal de su coro masculino. Cuando en la hora de manualidades hacían paisajes con granos de maíz, frijoles, lentejas rojas y semillas de mostaza, Cyril montaba una auténtica ensalada americana (pastosa en su mayor parte).

Para no volverse loca, Kay tomó un camino distinto. El Primero de Mayo ayudó a los más impedidos a decorar un árbol de mayo sólido y atractivo. El Día del Padre asistió a varios pacientes con alzhéimer a hacer tarjetas con mensajes emotivos mientras se guardaba para ella que los padres a los que iban dirigidas habían muerto hacía mucho tiempo. Si Cyril optaba por la mínima obediencia, la estrategia de Kay era la obediencia exagerada. Sus ejercicios de gimnasia eran tan acelerados y arriesgados que se quedaba sin aliento. Descubrió que disfrutaba cantando –siempre la había inhibido tener una voz tan chillona comparada con la de su maridoy soltaba, muy entusiasmada y a voz en cuello, «Estrellita, ¿dónde estás?», «La canción del Abc» y «Si te sientes muy feliz, aplaude así». Su paisaje de alubias y semillas, hecho con meticulosidad, tenía más de un toque de Monet.

En sociedad, Cyril permanecía distante, pero Kay agradeció la posibilidad de hacer buenas migas con Marcus Dimbleby, un residente de apenas setenta y siete años que aún tenía buenos reflejos. Marcus había sido agente inmobiliario, no tenía hijos y había

vendido su casa después de que lo atropellase en la acera un escúter eléctrico. Las lesiones le hacían difícil seguir viviendo solo, pero la elegante residencia llamada El Final del Viaje que había encontrado en las afueras de Aldeburgh era tan cara que no tardó en quedarse sin capital. Ahora, a merced del Ayuntamiento, lo habían trasladado a las «villas» de la doctora Mimi. Kay podía pasarse horas escuchando a Marcus cuando este le contaba lo que comían en su resort de Aldeburgh: patatas fritas no congeladas, bistec y pastel de carne a la cerveza con champiñones pequeños y verduras frescas de verdad.

El método de Kay adoptó un cariz aún más perspicaz con el personal infrarremunerado que odiaba ese trabajo. Cierto, los peores cuidadores desahogaban sus frustraciones en los residentes, pero no todos los empleados eran manzanas podridas, y hacer amistad con el joven que fue el primero en darle un rotulador fue una bendición. Leon se arriesgó a que lo despidieran cuando le prestó su teléfono, aunque solo fuera durante los treinta segundos que Kay necesitó para enviarle a Simon un críptico SOS. El chico también le daba bolsitas de kétchup, mostaza, mayonesa y vinagre que mangaba del McDonald's; al menos así conseguía disfrazar tal o cual plato, aunque ello no significara por fuerza que supiera mejor. Lo más importante de todo fue que Leon se convirtió en su camello. Le pasaba la cocaína de El Ocaso: sal.

Sin embargo, ni siquiera el cloruro de sodio servía para animarlos, y solo una perspectiva mantenía a los Wilkinson vivos en algo más que en el cuerpo: escapar de allí.

No estaba claro cuándo exactamente se levantó por fin la cuarentena impuesta en las residencias a causa del covid; las disposiciones «protectoras» podían haberse relajado meses antes de que se las comunicaran al primer visitante. Cyril estaba tan furioso por la traición de sus hijos que solo las súplicas de Kay lo convencieron para que recibiera a Simon. Incluso así, después de

que ella abrazara al primogénito en la sala de día, el mero apretón de manos de Cyril fue rígido y distante. A Simon debió de mortificarle ver a su madre, tan elegante antes, embutida sin poder respirar en una camisa ajena e informe con estampado de paramecios, y a su padre luciendo una camisa de tío cachas con palmeras y papagayos. Hacía diez días que Cyril no se afeitaba. Los Wilkinson ya parecían formar parte del decorado.

–¿Alguien puede hacer callar a Gordon Ramsay? –imploró Simon. Observando con miedo el zoo interactivo de la sala de día, se sentó en el borde de una silla plegable. Aunque ya no temiera infectarse con el virus, no quería contagiarse de desesperación.

–Bueno, ¿cuándo pensáis sacarnos de este agujero? –atacó Cyril, saltándose todas las finezas preliminares–. Habéis metido a vuestros padres en un infierno..., en un «infierno en vida», aunque ya ves que aquí vida no hay. ¿Qué fue exactamente lo que hicimos para merecérnoslo? ¿Daros la vida? ¿Alimentaros, vestiros, cuidaros cuando estabais enfermos, apoyaros mientras ibais a la universidad, ocuparnos de vuestros hijos? Dime, ¿en qué nos equivocamos?

–Lamento mucho que lo estéis pasando tan mal –dijo Simon–. Los comentarios que leímos en internet sobre este lugar eran muy positivos. Cuatro estrellas y media.

–Pero ¿quién debió escribir esos comentarios? –señaló Cyril–. No se nos permite entrar en internet. Nos dicen que el mundo exterior es demasiado «triste». Hijo, tú sueles ser más cauto. Te diré quién escribe esas entusiastas opiniones. La directora. Una mujer que escatima tanto que este edificio debe de servirle de hucha. Tus padres sobreviven con bocadillos de aderezo para ensaladas.

–Simon, cielo, sabemos que la idea fue más de tu hermana que tuya –dijo Kay. En ese momento, Simon era su único salvavidas; un muro de hostilidad no les serviría de mucho–. Mejor olvidemos cómo llegamos aquí. Ahora la cuestión es cómo salimos.

–El problema no es Hayley –dijo Simon–. Es Roy. Al principio creí que era una buena señal que por una vez quisiera asumir alguna responsabilidad. Yo estoy tan ocupado... Pero ahora que legalmente es vuestro «pariente más cercano» va a ser jodido sacarlo de esa

posición. Además, eeh..., bueno, se ha instalado en Lambeth. Creo que le gusta vivir ahí.

–¿Y quién le dio permiso a ese chico para que viviese en nuestra casa? –preguntó Cyril, indignado.

–No necesita ningún permiso –dijo Simon con aire sombrío–. Tiene un poder notarial y puede hacer lo que le venga en gana. Se las ha arreglado para estar al día con la hipoteca, echando mano de la pensión que cobráis, y lo último que sé es que estaba pensando en volver a rehipotecarla. Entretanto ha estado..., ah, sí, «despejando», dice él. Parece que está de moda.

–¿Despejando qué? –preguntó Kay–. ¡Ya me ocupé yo de despejar esa casa cuando la decoré!

–Está vendiendo cosas. Esas dos mesitas auxiliares de la sala. Dice que no hacen juego.

–Por eso las puse, para que no hicieran juego –dijo Kay, con problemas para controlar los nervios, cosa rara en ella.

–Lo que ocurre es que –dijo Simon– el proceso para quitar a Roy de su posición de tutor puede prolongarse mucho, tendría que investigar un poco y probablemente contratar a un abogado... Ahora que, vista la situación económica actual, nada sería de un día para otro y Roy se opondría con uñas y dientes. Además, nada garantiza que salgamos ganando. Así que, de momento, tendréis que aguantar. Puedo insistirle a Hayley para que venga a veros, y tal vez a tío Percy, aunque yo creo que tardaré en traer a mis chicos. Si no os importa. Mirad... Toda esta gente, balbuceando, este caos. Y Geoff, sobre todo, es frágil, y este lugar los angustiaría.

El tiempo apremiaba, y durante el resto de la hora de visita insistieron a su hijo mayor para que les diera noticias de lo que ocurría en el mundo. Una revelación de este intermediario que trajo aquel viaje a Brigadoon fue que las grandes historias sociales que con tanta ambivalencia se había planteado Kay «devolver a la biblioteca» cuando cumplió los ochenta estaban íntimamente entrelazadas con sus pequeñas historias personales. Después de vivir la Segunda Guerra Mundial, la fundación del Estado del bienestar británico, todos los magnicidios en Estados Unidos, las huelgas de los mineros, la caída del Muro de Berlín, el atentado del

IRA en Canary Wharf, el virtual colapso del sistema financiero mundial en 2008 y la caída del país bajo los efectos de una anestesia general durante la histeria del covid-19..., pues, bueno, todos esos acontecimientos formaban parte de lo que ellos eran, y haber observado, comentado y, a veces, soportado la fuerza de esa larga serie de turbulencias constituía, para los dos cónyuges, un aspecto fundamental del hecho de estar vivos. Por eso, que la doctora Mimi los hubiera envasado en un vacío informativo como si fuesen verduras en bolsitas listas para hervir les provocaba una sensación de inanición más dolorosa que los emparedados de aderezo para ensaladas.

–Tengo que reconocer una cosa –dijo Simon cuando se despidieron; la enfermera que había mangado la bata de Kay ya le señalaba el reloj con gesto severo–. Este lugar es mucho más deprimente de lo que esperaba. Os imaginaba, no sé, jugando al bingo, cosas así...

–¿Por qué tendría que interesarnos el bingo*?* ¿Solo porque somos viejos? –dijo Cyril.

–No, quiero decir, tal vez conociendo a gente de un grupo de lectura y yendo a conferencias y, no sé, incluso a catas de vino... –Kay soltó una carcajada–. Pero no quiero mentiros. No puedo prometer que vaya a conseguir sacaros de aquí. Me sorprendió lo fácil que resultó ingresaros, y si me presté a hacerlo fue únicamente porque supuse que sería algo temporal. Que haríais terapia, que comprenderíais que tenéis montones de motivos para vivir y después volveríais a casa. No comprendí que solo era fácil en una dirección. Una vez que el Estado os tiene en sus garras, por no mencionar a Roy, que os suelten no se consigue de un día para el otro.

La presunta impotencia de Simon fue una decepción, pues ahora parecía como si ya nadie de fuera pudiese rescatarlos. Por otra parte, entre las películas preferidas no figuraba solo la trágicamente mesiánica *Leyenda del indomable,* sino también *Cadena perpetua*.

Venciendo su repugnancia, Kay hizo todo lo posible para congraciarse con la doctora Mimi. Ablandarla era complicado: esa mujer se parapetaba bajo múltiples capas de falsa dulzura, como un caramelo grande, duro y sin azúcar. Así pues, empezó por lo obvio,

admirando los chillones trajes de diseño y las joyas de mal gusto de la directora. Le comentó preocupada: «¿Está comiendo bien? Parece que ha perdido peso». En Halloween, Kay fingió entusiasmarse con el concurso de calabazas y no se quejó ni una sola vez por tener que agujerear la suya con una cuchara de plástico. Se compadeció de lo agotador que debía de ser prodigar tantísima compasión a un grupo que rara vez daba siquiera las gracias. Lamentó que la doctora Mimi, todavía tan joven y dinámica, dilapidase su juventud entre viejos y enfermos. Hizo comentarios conspirativos sobre un rebelde recién ingresado que se negaba a tomar parte en las actividades grupales, pero que pronto aprendería quién mandaba ahí. Tras sugerir una lámina (algo provocativo y pretencioso del expresionismo abstracto) y elegir una alfombra (algo peludo y con flecos que pasaba por arte textil), Kay se convirtió en la asesora encargada de redecorar el despacho de la doctora Mimi.

Tanta obsequiosidad bien lubricada no tardó en conseguir que la directora se fuera de la lengua.

–¡Parece que esta semana va a invadirnos una panda de pitufos! ¡Lo que nos faltaba! –dijo la doctora Mimi mientras Kay medía la ventana del despacho para colocar persianas cuando estaba a punto de empezar la primavera–. Hay unas tiras cómicas belgas de lo más tontas que han desatado la manía de disfrazarse, y algunos de esos grupos han prometido hacer donaciones a obras de beneficencia. Me han dicho que lo único que harán es correr dando botes por los pasillos, repartiendo golosinas. Lo prohibiría, pero es cierto que también harán una contribución económica considerable a esta casa. No me importa decírtelo, pero tengo que rascarme el bolsillo con frecuencia, el mío, para llegar a fin de mes, y hace mucho que me merezco un reembolso.

–Es increíblemente generoso de su parte, doctora, tolerar tantas payasadas por nosotros –dijo Kay–. Santo cielo, a mí, en su lugar, se me agotaría la paciencia. Y la buena voluntad también.

En la sala de día, Kay, con la ayuda de *El pitufo aprendiz*, encontró el modelo que necesitaba. Durante la hora de manualidades se metió en el bolsillo unas latas de pintura al agua roja y azul, y un paquete de limpiapipas negros para las gafas extragrandes. También mangó algodón de un carrito de la enfermería y, del cuartito de la limpieza, una fregona amarilla. De la ropa ajena que circulaba por su habitación y la de Cyril se quedó con dos camisas azules, unos pantalones de hombre rojos y un par de mallas blancas. Para cubrir la cabeza de estos falsos pitufos birló del vestuario del personal un par de gorros de lana y metió una bola de calcetines en cada uno para imitar la inconfundible punta del sombrero pitufo. Instruyó a Cyril por anticipado; si los pillaban, tenían que decir que, como buenos ciudadanos de la tercera edad, solo estaban participando en las actividades grupales.

El día de la invasión pitufa permitieron a los residentes salir de sus «suites privadas» y andar por los pasillos papando moscas. Mientras la troupe disfrazada inundaba el vestíbulo cantando, los jóvenes arrojaban caramelos a diestro y siniestro; los abuelitos en mejor forma se lanzaron a la rebatiña. Con la cara y las manos pintadas de azul, la boca pintarrajeada de rojo, la cabeza envuelta en la fregona amarilla y cubierta con el gorro relleno de calcetines, Kay se sumó disimuladamente a ese desfile demencial vestida con las mallas blancas y el top azul. A los ochenta y con artritis en los dedos del pie, lo más duro era ir brincando por el pasillo mientras intentaba una imitación convincente de una joven de veintidós, pero el «¡la-la-la!» de la canción era bastante fácil de dominar y ella había ensayado la entonación en las sesiones de canto.

En cuanto salió a la luz del sol con el resto de la comparsa, el desafío consistió en no gritar. Pero no había tiempo para la euforia. Cuando divisó a Cyril –barba blanca y amorfa, pantalones rojos que no eran de su talla–, le resultó obvio que esos atuendos *ad hoc* no soportarían un pase de revista a plena luz del día. Además, todos los jóvenes, que iban apiñados y charlando en una carroza, se conocían; confiar en la clemencia de ese animado grupo era demasiado arriesgado. Esos inocentes no sabían nada de El Ocaso; suponiendo que a los queridos ancianitos les faltase un tornillo, los buenos

samaritanos volverían a meterlos en las «villas». Echando una mirada amarga a la institución, cuya fachada no había vuelto a ver desde que llegaron, Kay agarró a su marido y lo empujó detrás de un contenedor. La carroza se puso en marcha.

No tenían idea de dónde estaban, pero, a las cinco de la tarde, la hora de cenar, advertirían su ausencia; por tanto, les quedaba poco tiempo. Haciendo lo imposible por pasar al otro lado de un seto, atravesaron unos matorrales en dirección al ruido del tráfico. Subieron a la carrera una loma para descubrir el epítome mismo de la libertad occidental, la autopista, pero a Kay se le cayó el alma a los pies. No había área de servicio a la vista; era una autopista inteligente, y el arcén, antaño un lugar donde refugiarse, era un carril habilitado. En una palabra, el beso de la muerte para los autoestopistas, y eso suponiendo que alguien se detuviera al ver a una pareja de ancianos vestidos de azul.

–¡Tenemos que salir de aquí volando! –dijo Cyril, tratando de recuperar el aliento. Bailar sentado el *hokey cokey* no había mejorado su resistencia–. ¡O mandarán a los matones y nos llevarán de vuelta a rastras! No creo que vestidos así pasemos inadvertidos.

–¿Y cómo te sentirías si vuelven a encerrarte ahí? –gritó Kay por encima del ruido del tráfico y mirándolo a los ojos.

–Creo que lo sabes.

Lo besó con pasión, como se besaban durante horas cuando eran novios, y se separó de sus labios con las mismas pocas ganas que recordaba de aquellos días, cuando tenían que volver a concentrarse en los estudios. Ese beso iluminó con un cosquilleo toda la vida que habían vivido juntos, como si su matrimonio fuera un plato de batería que Kay acabara de golpear hábilmente con un mazo de fieltro. Al volverse para mirar los matorrales, vieron a un pelotón de las Villas El Ocaso que avanzaba rápido hacia ellos.

Mientras un camión articulado pasaba atronando a su lado, Kay gritó:

–¿Te acuerdas de *Thelma y Louise*?

No fue sencillo, y menos con la estenosis de Cyril, pero Kay evitó que trastabillara mientras lo ayudaba a saltar la barrera. Luego,

tomados de la mano, se lanzaron a los acogedores brazos del arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca.

8. A SEGUIR DIVIRTIÉNDOSE CON LA DOCTORA MIMI

Echando una mirada amarga a la institución, cuya fachada no había vuelto a ver desde que llegaron, Kay agarró a su marido y lo empujó detrás de un contenedor. La carroza se puso en marcha.

No tenían idea de dónde estaban, pero, a las cinco de la tarde, la hora de cenar, advertirían su ausencia. Mientras se esforzaban por pasar al otro lado de un seto muy tupido, la fregona-peluca de Kay se quedó enganchada en las ramas. La barba de algodón de Cyril también se enredó en un helecho espinoso. Cuando consiguieron desenzarzarse, la puerta del aparcamiento ya se había abierto. La primavera aún no era verdaderamente primaveral: aquel seto joven apenas servía para ocultarlos. De acuerdo, consiguieron escapar más allá del límite de la propiedad de El Ocaso... Digamos que un metro.

No obstante, un metro bastó para delatar que los Wilkinson no habían estado participando como meros niños traviesos en una actividad grupal. En adelante, todo el peloteo de Kay serviría únicamente para agudizar el resentimiento de la doctora Mimi, que se sentía traicionada –a «Cyrus» ya lo despreciaba de antes, aunque solo fuese porque insistía en llamarla «señora Mewshaw»–. La represalia pondría a prueba aquella teoría de Kay según la cual «tal vez haya un límite a lo sana y feliz que puede ser una persona, pero el sufrimiento no tiene límite».

Los confinaron a los dos. Les llevaban la comida a la habitación. Aplicando cierto peculiar sadismo estético, les daban de comer cosas parecidas a las que hay que ingerir antes de una colonoscopia. Todo blanco. Patatas, arroz, galletas saladas, pechuga de pollo seca, manjar blanco y sin guarnición; hasta a los palitos de pescado les quitaban el rebozado. Solo los dejaban ducharse una vez cada

quince días, y fue sin duda gracias a la doctora Mimi que se quedaron semanas enteras sin papel higiénico. Ese verano, durante una ola de calor –¡misterio!–, los radiadores de sus habitaciones calentaban y tintineaban; en invierno se encendía el aire acondicionado. Si las actividades en grupo eran una tortura, que los excluyeran era todavía peor. Y les prohibieron las visitas.

Sometida a un estricto régimen de aislamiento, la mayoría de la gente enloquece. Kay aguantó más que la mayoría. Observó durante meses una rutina consistente en caminar y correr en el lugar, girar los brazos, mantener el equilibrio sobre una pierna y hacer algunos saltos de estrella sin mucha energía. Recitaba a Gerard Manley Hopkins. Cantaba todos los versos que recordaba de «I Wanna Go Home», de Lonnie Donegan; de «Save the Last Dance for Me», de The Drifters; del «Itsy Bitsy Teeny Weeny Yellow Polka Dot Bikini», de Brian Hyland, y de «(Sittin' on) The Dock of the Bay», de Otis Redding. Repetía el tema principal de *Ven a cenar conmigo* y hasta cantaba, muy entusiasmada y a voz en cuello, «Estrellita, ¿dónde estás?», «Si te sientes muy feliz, aplaude así» y «La canción del Abc».

Sin embargo, con el tiempo empezó a hablar sola, y ese incesante monólogo no tardó mucho en volverse inconexo y asociativo, como el murmullo crónico que se oía en la sala de día. «Su rosal era una trepadora y no lo cuidaba», repetía, palabra por palabra. «Más alta que la verja había crecido... Yo tenía derecho a cortarla. Pero ¡la muy estúpida llamó al Ayuntamiento! Los aires que se daba esa Stacy...» O murmuraba desesperada: «Mami está celosa de Adelaide, por eso tiene que asegurarse de que no hay nada entre papá y esa chica tan menudita, a la que, de todos modos, no le queda mucho tiempo de vida»... Y la cabeza se le llenaba como una fantástica caja de regalitos sorpresa o uno de esos grandes cubos que se ven en las tiendas de beneficencia y en los que cada artículo cuesta una libra. De repente, el mullido sofá verde de Rotherhithe atravesaba flotando su conciencia como otra nube de verano, y Kay, con una sonrisa maliciosa y secreta, recordaba lo que Cyril y ella habían llegado a hacer en esos cojines en los primeros días de casados. Una curiosa cajita con una jabonera dentro aparecía en su

mente vibrando con poderes sobrenaturales, y el hecho de que esa caja negra estuviese siempre fría la hacía parecer más fascinante y siniestra.

Aun sin tener a mano un ordenador, ni siquiera el rotulador y el cuaderno de espiral que le habían confiscado, a Cyril le fue mejor cuando intentó aferrarse a la cordura redactando sus memorias, que se titularían *Listo para servir* o *Mi obligación es cuidar* (tenía tiempo de sobra para decidirlo). Fue aprendiendo el texto de memoria mientras lo escribía, y todos los días repetía el ritual recitando desde el principio el último capítulo que había escrito. El exigente ejercicio, que evocaba esas escenas de *Fahrenheit 451* en que los memorialistas se convierten en libros prohibidos andantes, pedía concisión. Así, para su propia sorpresa, eliminó por completo el debate sobre la Unión Europea que antes tanto lo había consumido; era lo mejor que podía hacer si quería exponer todas las maneras en que esa bestia bruta, ese inepto llamado *Burris* Johnson había manejado con negligencia el covid-19.

El confinamiento de los Wilkinson se levantó tres años más tarde. La primera vez que Cyril volvió a ver a su mujer, Kay estaba flácida, cadavérica. Era una marioneta colgada de un gancho. Ahora, con la piel del mismo color que la dieta precolonoscopia, no hacía más que farfullar el argumento de *Lawrence de Arabia.* La primera tarde que pasaron en la sala de día dijo, cortésmente: «Parece usted un caballero muy agradable»; a Cyril se le encogió el corazón. Cuando por fin les permitieron recibir visitas, Simon contó que a él, a sus hermanos, al tío Percy y a los nietos les habían prohibido entrar varias veces porque la directora de la residencia siempre afirmaba, en tono compungido pero implacable, que sus padres «estaban indispuestos». Afirmó que había hecho un esfuerzo sobrehumano para sustituir a Roy en el papel de pariente más cercano y así poder sacarlos de la residencia, pero considerando todo lo que en esos días estaba pasando en el Reino Unido, a los funcionarios británicos les traían sin cuidado dos modestos ancianos dependientes acogidos por la asistencia social y cuyos problemas al menos parecían solucionados. El juez rechazó de plano la solicitud de Simon y no había mecanismo alguno para apelar.

Como había aprendido a retener las pastillas de cada día en el fondo de la garganta, Cyril, el constante, consiguió acumular una reserva; en cantidad suficiente, podrían garantizarles a su mujer y a él la piadosa inexistencia que parecía ser la única protección segura contra Mimi Mewshaw. Cuando había acumulado probablemente las suficientes, pero pensando aún en juntar otro puñado por si acaso, registraron su habitación y descubrieron el alijo.

A partir de ese día, en lugar de resistirse a lo que se conocía como porrazo químico, Kay y Cyril empezaron a tragarse las pastillas tan contentos y a dormir la mayor parte del día. Habían tenido su oportunidad en marzo de 2020. La posibilidad de tomar sus propias decisiones no iba a repetirse.

9. NO ESTÁIS ENVEJECIENDO, ESTÁIS MEJORANDO

Cuando el prepotente policía le pidió más detalles y el número de teléfono, Kay tuvo un apagón mental sin precedentes. Era bastante común no recordar el número del móvil, que uno tendía a dar a los demás enviando un mensaje o llamando, y Kay había pasado toda la mañana sin saber dónde había dejado el iPhone (algo de por sí inquietante). No se sabía el número de Cyril, por supuesto; era su terminal el que lo sabía. Sin embargo, en ese momento ni siquiera podía recordar el número del fijo. Un par de minutos más tarde, cuando empezaron a bailarle en la cabeza algunos dígitos, tuvo que esforzarse para recordar si los últimos cuatro eran 8406 u 8604. Por extraño que parezca, es difícil localizar el propio número, y Kay se disculpó para subir al estudio de Cyril, donde, tras revolver entre las facturas del agua y del canon televisivo anual, al final dio con una copia en papel de una declaración de la renta de hacía tres años donde figuraba el número del fijo. Aparte de los cambios introducidos en el prefijo de Londres, habían tenido el mismo desde 1972. Perpleja, dejó de importarle un comino la estúpida citación, y cuando volvió al vestíbulo, el agente, que cuando Kay tuvo su llamado «momento senil» había parecido vacilar entre la lástima y el desdén, ya había tomado una decisión. Escogió el desdén.

La mejor señal de que ese peculiar lapsus la había molestado a un nivel profundo fue que no le contó nada a Cyril. Y cuando tras la conmoción provocada por el coronavirus por fin volvieron a algo parecido a la normalidad, tampoco le contó que, después de que la contactara una antigua compañera del hospital, se había apuntado a un ensayo doble ciego de un nuevo medicamento financiado por la Fundación Gates y el Wellcome Trust. Los investigadores buscaban

personas mayores de setenta y cinco años sin comorbilidades importantes (por suerte, la hipertensión bien tratada no se consideraba importante).

No volvió a quedarse en blanco tratando de recordar el número del fijo. No solo podía soltar de un tirón esos dígitos –que, por cierto, terminaban en 8406–, sino también recitar sin esfuerzo el número del móvil y, tras mirar la lista de contactos sin concentrarse mucho, también el de Cyril. Vaya, si hasta era capaz de decir de memoria todos los números de teléfono que había tenido desde los cinco años. Por si fuera poco, no le costaba nada declamar a la perfección su poema preferido de Gerard Manley Hopkins. Cuando recogía la cocina después de cenar, a veces cantaba «(Sittin' on) The Dock of the Bay» o «Save the Last Dance for Me» –*sotto voce*, porque siempre la había inhibido tener esa voz tan aflautada– y recordaba toda la letra, hasta la última estrofa.

Era obvio que el extraño apagón cerebral delante de aquel condescendiente policía lo había causado la angustia de recibir una citación por primera vez en la vida, y quizá también el trauma emocional, mucho más grande, de haber estado tan cerca, tres días antes, de decirle adiós a este mundo; por el amor de Dios, si no hubiera tenido en el baño aquel súbito rapto de empoderamiento feminista («¡Recuperemos el control!»), es posible que, después de todo, se hubiera tragado las pastillas. O tal vez hubiera una explicación más vulgar: por ejemplo, la obstrucción temporal de una vía neural, algo que le puede ocurrir a cualquiera. De verdad, tenía que dejar de concluir que estaba volviéndose loca solo porque sus pobres padres hubieran sentado un precedente tan adverso.

Kay se había teñido el pelo desde los cincuenta hasta casi los setenta; cubría la franja gris del medio, cada vez más ancha, y devolvía a sus cabellos apagados el brillo color miel de la juventud. Pero, cuando llegó a los setenta, la disciplina de hacerse el tinte en casa una vez al mes se había vuelto una pesadez, y aquel tono más claro parecía menos natural. Así pues, hacía unos años ya que dejaba que su pelo tuviera ese toque entrecano, más decoroso y no carente de atractivo para su edad; por culpa del deprimente

adelgazamiento de los folículos pilosos en la menopausia, lo llevaba siempre bien recogido en un moño italiano.

Sin embargo, una noche, al quitarse las horquillas antes de irse a dormir, observó en las sienes un destello que la sorprendió. Inclinándose para acercarse al espejo, se toqueteó un tupido montón de pelillos, muy finos, totalmente nuevos; por extraño que parezca, eran dorados.

Con el tiempo, esos cabellos se volvieron más largos y fuertes. Sin ayuda alguna de L'Oréal, su pelo iba adquiriendo brillo a la vez que se volvía más suave, y también, aunque esa transformación tal vez fuese imaginaria, más grueso; en lo tocante a las mejoras del aspecto físico a los ochenta y uno, aun si eran ilusorias, no pensaba decir que no a nada. Y una mañana, por impulso, dejó de recogerse el pelo y los mechones cayeron sueltos y libres hasta los hombros.

–Ya ni recuerdo cuánto hacía que no llevabas el pelo suelto –comentó Cyril–. Te queda bien. Se ve más delicado. Más femenino, si es que podemos seguir diciendo *femenino* como un cumplido. Deberías llevarlo así más a menudo.

Y los nuevos mechones no se limitaban a crecer en la cabeza. Esas jóvenes empecinadas en depilarse los bajos con láser no apreciaban lo desolada que se siente una mujer cuando la mayor parte de ese matojo desaparece simplemente porque le da la gana. Ni ella misma se había dado cuenta de que le gustaba ese tímido y coqueto felpudo hasta que, pasados los cincuenta, lo perdió casi por entero. Ahora, de pronto, el sotobosque resurgió, exuberante, rubio miel y con su puntito morboso.

No solo el vello púbico tenía su morbo. Hacía ya un tiempo, más que un tiempo, que no..., y no pudo resistir la tentación de probar el efecto de esos nuevos y atrevidos «ricitos de oro».

–Te veo retozona esta noche –observó Cyril, sorprendido, cuando ella acercó la mano a la palanca de cambios y animó la hora de irse a dormir poniendo la primera.

No puede decirse que ese experimento nostálgico fuese todo un éxito, pero nadie llevaba la cuenta y, con los años, ambos habían desarrollado técnicas para cruzar la línea de llegada con un surtido de útiles recursos. Por lo general, esos encuentros improvisados los

dejaban satisfechos durante semanas y Cyril rogaba que la noche siguiente lo dejasen dormir.

Aunque siempre se advierte la llegada de lo desagradable, uno de cada diez seres humanos no advierte la llegada del alivio. Por consiguiente, Kay siguió sin preocuparse y pensando en otras cosas, hasta que un día cayó en la cuenta de que llevaba meses sin tener que arrancarse con pinzas los pelajos del bozo, y si acaso detectaba las cosas buenas que ahora le pasaban, se decía que el blanco de los dientes solo era una ilusión creada por la luz o atribuía el brillo a la nueva fórmula de una pasta de dientes, al igual que atribuía el debilitamiento, por no decir la desaparición, de las antiestéticas manchas marrones de las manos a una rara crema de belleza que por una vez era eficaz. Más de una vez se le había quejado a Cyril de lo arduo que había llegado a ser el sencillo gesto de levantarse de una silla, pero, de un día para otro, volvió a ponerse de pie con agilidad y sin notarlo. Kay se había alterado mucho el día que le diagnosticaron hipertensión, pero ahora, cuando se tomaba la tensión, descubrió que la tenía incluso demasiado baja, y lo que hizo fue dejar de tomar la medicación; en cuanto empezó a dar regularmente por debajo de 120/80, no volvió a preocuparse. Debieron de pasar meses antes de que lo advirtiera, mientras se movía muy lozana por el jardín trasero: los dedos de los pies ya no le dolían. Tampoco le dolían el hombro ni las rodillas cuando se incorporaba después de arrancar los hierbajos. En consecuencia, en el paseo de los domingos a lo largo del Támesis dejó de hacer la pausa para el café que la reanimaba; ahora cubría la distancia más rápido e incluso llegó a añadir un kilómetro y medio.

Fuera cual fuese la curiosa transformación en marcha, parecía no solo concernir al aguante y la fuerza –ahora podía llevar a la chimenea dos bolsas de leña a la vez–, y ella, sin darle mayor importancia, adscribió la mejoría a que se exigía un poco más a sí misma, resistiendo de ese modo la tentación, más propia de la vejez, de depender de los demás. Si se sentía capaz de abrir el bote de mermelada, resultaba increíble comprobar que se abría aplicando un poquito más de determinación. También advirtió un sutil cambio de temperamento más difícil de explicar. Un año antes, recogiendo

higos de la higuera, nunca se habría puesto de puntillas en el penúltimo peldaño de la escalera de mano, ni se habría inclinado tanto hacia delante por encima de la medianera hasta el punto de que la escalera empezaba a tambalearse solo por dos higos maduros –si de verdad le apetecían tanto, siempre podía comprarlos–. Ese pésimo cálculo del riesgo-beneficio era propio de un niño, y Kay era vieja y sabia.

En cualquier caso, últimamente sí parecía capaz de hacer más cosas. Deshaciéndose en disculpas por haber abandonado el trabajo a medias, volvió a la planta baja de Glenda y se decidió claramente por el toque victoriano, que su amiga prefería a todas luces al minimalismo moderno. Terminar ese trabajo le llevó la mitad del tiempo que había calculado y, en lugar de jubilarse con carácter definitivo, solicitó más trabajos de interiorismo. Necesitaban el dinero. Aceptando por fin que siempre había detestado esa fea planta extraterrestre con flores que parecían globos oculares pinchados en un palo, en una sola tarde arrancó la fatsia junto con sus largas raíces. También reorganizó el cobertizo de las herramientas para no volver a tardar media hora en encontrar un destornillador. Sin comprender por qué un sencillo proyecto había dado lugar a una procrastinación tan prolongada, atacó el armario ropero y decidió deshacerse de las prendas que no se ponía nunca.

Cuando estaba a punto de meter la ropa descartada en una bolsa de Oxfam, de repente cambió de opinión. El vestido en lo alto de la pila no pasaba la prueba clásica, a saber, haberlo usado al menos una vez el año anterior. Era un vestido de plumetí suizo amarillo canario, de estilo campesino, con mangas abullonadas, falda amplia, cuello fruncido y un corpiño negro cerrado por delante con un cordón cruzado. En su momento, se había visto muy atractiva con esa prenda; parecía una pastora de vacas de los Alpes con ella, pero Kay la había mandado sin miramientos al fondo del armario porque nada era más penoso que las mujeres que no se visten de acuerdo con la edad que tienen. Ese estilo era demasiado juvenil. No obstante, y sencillamente porque se le antojó, decidió ponérselo esa noche.

–¡Joder! –dijo Cyril cuando Kay bajó pavoneándose a la hora de

cenar–. Tengo que decir, *bab*... No es que nunca se te vea joven para la edad que tienes, pero esta noche estás espléndida.

Satisfecha, Kay fue a mirarse en el espejo del baño de abajo. Sin duda era el efecto del sol a punto de ocultarse, una casualidad, pero esas líneas duras que iban de los orificios nasales a la comisura de los labios se veían de pronto menos pronunciadas y, desde ese ángulo, hasta parecían haber desaparecido. También se veían suavizados, a ambos lados del filtrum, los pliegues que habían hecho que sus labios parecieran siempre fruncidos en un gesto de desaprobación nada atractivo, propio de una severa maestra de escuela. Esa noche, cuando sonrió, por una vez su cara no pareció una bolsa de papel arrugada.

–Creo que comer más sano tiene un efecto perceptible en el aspecto físico –dijo Kay, muy animada, al volver corriendo a la cocina para ponerse a cortar los calabacines, tres a la vez–. ¿Te acuerdas del acaparamiento durante el brote de coronavirus?... No conseguíamos verduras ni pagando.

–Sí... –dijo él, mirándola fijamente con una intensidad que incomodaba–. No hay nada como el tónico de la vitamina C...

–Pues bien –añadió Kay, pelando las cebollas–, parece que estos últimos tiempos he optado por una actitud más positiva. Hubo una época en la que me traumaticé un poco por haber abortado nuestro «Día D» en el último minuto. A nuestra edad, estar a punto de desaparecer de la faz de la tierra y luego echarse atrás..., bueno, es un latigazo psicológico. Pero parece que, oficialmente, me he recuperado.

Los dos parecieron advertirlo a la vez. Aunque el modo preciso y rápido de cortar trocitos finos y uniformes de cebolla no venía mucho al caso, era increíble, por no decir arriesgado, que Kay no llevara las gafas, porque sin ellas no distinguía una hortaliza de raíz de su mano izquierda. Luego, muy tranquila, como para que no se notara, posó maliciosamente la vista en el ejemplar abierto de *The Week* a unos treinta centímetros de la tabla de picar. No solo pudo leer el titular, sino también el texto, incluida la diminuta firma del autor, en cursiva, en la esquina inferior izquierda. Al mismo tiempo le llamó la atención no recordar siquiera cuándo había sido la última

vez que se había puesto los audífonos; aun así, oía con claridad lo que decía Cyril, igual que oía el canto de los pájaros a una temprana hora de la noche, al otro lado de la puerta que daba al patio, que estaba cerrada. Como enfermera diplomada que había sido, era perfectamente consciente de que la rigidez de la córnea, que empieza en la mediana edad, no era un proceso de ida y vuelta, y que la presbicia no mejoraba.

–Ah, bueno, y además... –dijo con voz entrecortada, y molesta otra vez por la penetrante mirada de su marido– es una gran diferencia, al menos para mí, no vivir todos los días bajo esa espada de Damocles. En retrospectiva, pienso que me pasó una horrenda factura durante años saber que me había comprometido con ese... Era irrevocable e innegociable. Ya sabes a qué me refiero. Liberarme de ese estrés, de esa oscuridad, de esa aprensión... ha hecho que me sienta mejor, y es posible que tenga mejor aspecto.

Y así hasta que finalmente levantó la vista de la tabla de picar y miró a Cyril a los ojos.

–Podrías pasar por una mujer de treinta y cinco –dijo él, y sonó a acusación–. No lo digo para adularte. Constato un hecho, nada más. ¿Qué está pasando?

Fue en ese momento cuando Kay no aguantó más y le contó lo del ensayo con el nuevo medicamento.

Un medicamento que tres años después se autorizó por la vía rápida y ya podía comprarse con receta. Al principio, el Instituto Nacional para la Salud y la Excelencia Clínica se mostró escéptico, pero, mientras el remedio en cuestión siguiera bajo patente, el precio de aprobarlo para que lo comprase el NHS era prohibitivo. Sin embargo, en cuanto se modelaron los resultados en la población de más edad, el organismo regulador concluyó que el coste de la profilaxis se vería compensado con creces por el dinero que se ahorraría en tratar las enfermedades crónicas a las que los ancianos eran propensos. Además, en cuanto los medios se chivaron, negar a

los súbditos británicos el acceso al Retrogeritox habría provocado disturbios a escala nacional.

Según un rumor basado en la subsiguiente longevidad de cierto alguien, una de las primeras beneficiarias del nuevo tónico fue la jefa de Estado oficial del Reino Unido, quien, se decía, había comenzado a tomar esas pastillas discretamente con su gin-tonic de todas las noches ya durante la temporada de prueba, en la que arrojó tan buenos resultados. En consecuencia, el pobre Carlos, príncipe de Gales, con su sobrehumana paciencia, tendría ahora más difícil acceder al trono; cuando al final trascendió el secreto, Camilla Parker-Bowles, la futura *princesa* consorte, se puso hecha una furia. No obstante, el país en general estaba encantado. Con la inmensamente popular Isabel II instalada a perpetuidad, la monarquía estaba a salvo, y se garantizaba una próspera industria turística en todo el país.

En los primeros días del Retrogeritox, la completa transformación del paisaje social fue gradual. Un segmento muy considerable del grupo de edad al que pertenecían Kay y Cyril sospechaba de las modas, se resistía a tomar nada que estuviese en fase de experimentación o se aferraba con todas sus fuerzas a su manera de entender la vida, el mundo y, sobre todo, de entenderse a sí mismos –eran viejos y no les quedaba tiempo–, y resultó fascinante lo mucho que algunas personas estaban dispuestas a sacrificarse solo para que su visión de la realidad no se distorsionara. Con todo, los puristas que seguían negándose, bueno..., como no podía ser de otra manera, murieron al cabo de un tiempo relativamente corto.

Poco a poco, en el panorama de una calle mayor normal y corriente se veían cada vez menos pensionistas –o, como mínimo, menos pensionistas con cara de pensionistas–. Dejaron de verse también escúteres eléctricos, y a la larga se reciclaron casi todos para venderse como karts para niños. Nadie se impacientaba por tener que abrirse camino entre viejecitas con andador cuando iba con prisa para no perder el autobús. Entretanto cerraron muchas residencias, incluida la pésima El Ocaso, objeto de un demoledor reportaje del *Evening Standard*. La ahora tristemente célebre Mimi Mewshaw, su codiciosa y chanchullera directora, había privado

aposta de Retrogeritox a sus ancianitos, encarcelados en un vacío informativo y sin noticia alguna de esa cura revolucionaria contra el envejecimiento hasta que los liberaron.

Algunos sectores económicos lo pasaron mal. Se redujo o desapareció por completo la demanda de un número considerable de productos y servicios: cremas para manchas de la piel, para las arrugas y las bolsas; gafas de lectura y lentes correctoras; audífonos; cuidadores a domicilio; bañeras a ras del suelo, agarraderas para la ducha, discos giratorios de transferencia y salvaescaleras; sillas de ruedas, bastones y andadores; un amplio y variado surtido de productos farmacéuticos contra el cáncer, la hipertensión, las enfermedades cardiacas y los ictus, que no tardaron en volverse sumamente raros; prótesis de cadera y de rodilla; marcapasos y *stents*; fondos de pensiones; servicios notariales para testamentos y resolución de problemas de herencia. El «sector» de los timadores padeció una contracción punitiva, pues ya no había vejetes atontados y crédulos en los que cebarse. Sin embargo, el modesto daño a la economía se vio más que compensado por la explosión de población activa, cuyos impuestos sirvieron ahora para apoyar a las personas a cargo de menores de dieciocho. De hecho, por primera vez en su historia, el NHS, fiscalmente insaciable, recortó su presupuesto y ni siquiera el Partido Laborista rechistó.

Al principio, por supuesto, esta terapia pionera solo estuvo ampliamente disponible en los países más ricos, un hecho que confirió un nuevo y horripilante significado a la «desigualdad» que había obsesionado a los progresistas durante décadas; ahora solo envejecerían los pobres. Eso sí que era una injusticia. Pero el Reino Unido no tardó en dedicar todo su presupuesto de cooperación a enviar el medicamento a África y otros mercados emergentes. Hasta que la patente expiró y el genérico pasó a costar calderilla. Además, después de que los pacientes tomaran el tónico los dos años recomendados, los cambios en la duplicación celular resultaron ser permanentes, y los beneficios excepcionales. Lo mejor de todo fue que los padres que habían bebido ese KoolAid contemporáneo pasaban a sus retoños la inmunidad a la decadencia propia de la

vejez. Nació una generación entera que nunca vería la aparición de ancianos humanos, salvo en fotografías y películas de archivo que aterrorizaban a los niños, para los que aquellos hombres y mujeres decrépitos con grandes lunares peludos, espaldas encorvadas, la cara arrugada y la piel acartonada eran como monstruos.

Era inevitable que una transformación demográfica a tal escala trajera su parte de negacionistas apocalípticos. En este caso, con razón. La humanidad continuó reproduciéndose, pero casi nadie moría, y, claro, incluso los escépticos se vieron obligados a prologar sus cínicas predicciones con discursos tranquilizadores sobre lo maravilloso de haber vencido a la muerte, victoria ahora saludada como el mayor logro de nuestra especie. Sin embargo, si la situación perduraba, la población del planeta se dispararía hasta desencadenar una cascada de calamidades: escasez de agua y alimentos, un hacinamiento urbano indescriptible, propiedad inmobiliaria inasequible salvo para los ricos y guerras para hacerse con más territorio y unos recursos finitos.

Ese argumento empezaba a ganar terreno cuando algo ocurrió. Algo desagradable. Fue inmediato; bueno, no precisamente de la noche a la mañana, pero casi, y demasiado rápido para formular una respuesta social eficaz o encontrar paliativos médicos. Lo que ocurrió, aun siendo despiadado, fue casi benévolo en su falta de piedad (aunque en ese momento nadie lo dijo). La perfección matemática del cataclismo y la asombrosa uniformidad de los resultados en todo el planeta hicieron pensar que se trataba de algo deliberado. Puesto que hasta un reloj roto puede dar bien la hora dos veces al día, por una vez los teóricos de la conspiración probablemente estaban en lo cierto.

Al final se vio que, en 2020, el pánico del coronavirus había sido un mero simulacro. Murió la mitad de la población mundial. Fuera lo que fuese lo que afectó a los demás, la mitad que sobrevivió era inmune. Después, se publicó un aviso anónimo en todos los periódicos importantes el mismo día: OS HE REGALADO UN POCO DE TIEMPO PARA QUE OS ADAPTÉIS. SE PUEDE TENER LA VIDA ETERNA O TENER UNA FAMILIA, PERO NO LAS DOS COSAS. El FBI y el MI6 acabaron descubriendo que el aviso era obra de un granuja misántropo y pulguillas, un demógrafo

llamado Calvin Piper que, cuando lo arrestaron, protestó diciendo que había salvado a la humanidad de sí misma y «no especialmente porque mereciera que alguien la salvara», y afirmó que, más que llevarlo a juicio, «se debía erigir un edificio con su nombre en el Washington Mall». Con intención perversa, el villano, que llegó a ser mucho más conocido que Stalin o Hitler, se había negado a tomar Retrogeritox, pues, además de tener casi cien años, parecía tenerlos –así, el asesino de masas más diabólico de la historia parecía, como correspondía, más grotesco que nadie–. Nadie lo afirmaba nunca con esas palabras en una cena, pero, a puerta cerrada, más de un académico convino en que el malvado patógeno de Calvin Piper –bautizado «Paquidermo» porque derivaba de un virus propio de los elefantes que había saltado la barrera entre especies– había conseguido exactamente aquello para lo que había sido creado. La población mundial aumentó todavía un poco, hasta que gradualmente se fue asimilando a escala mundial que la procreación ya no favorecería el interés social de la mayoría si las generaciones actuales no pensaban largarse en un futuro próximo (o quizá nunca). Así pues, pronto se requirió un permiso para cada embarazo, en todos los países, y solo se concedían unos cuantos cada año.

Pero volvamos a Lambeth.

Después de la boda, a medida que pasaban los años, era inevitable que Kay viera que el joven apuesto, enérgico e idealista con el que se había casado se transformaba en lo que otros percibirían como un viejo canoso y rezongón. De un tipo que en tiempos había sido *esbelto*, ahora se diría más bien *escuálido*. La estenosis había podido con la espalda de Cyril, antes siempre recta. Los suaves mechones castaños se tiñeron del color del plomo. En los primeros días que vivieron juntos, Cyril, sin prestar mucha atención a su aspecto, dejaba que el pelo le cayera sobre las orejas y aun así se veía guapo; en décadas posteriores, esa misma falta de atención hacía pensar más bien en dejadez, e incluso en una ligera demencia.

Cuando ya tenía casi setenta empezó a tener el ceño siempre fruncido, y en la segunda década del siglo XXI Kay decía, en broma, que con ese entrecejo se parecía a Jeremy Corbyn. Con el tiempo fueron saliéndole donde no debían pelos largos y gruesos, y el suave y firme pecho en el que, de novia, ella había apoyado la cabeza, empezó a hundirse sin remedio. También los marcados rasgos de Cyril fueron perdiendo definición, como si la lluvia ácida hubiese erosionado una estatua renacentista de mármol de Carrara. Para ir adaptándose a esas mermas, Kay se había visto obligada a echar mano de un sentido de la perspectiva más maduro, de una comprensión más profunda de lo que es una persona que la que tenía cuando se casó, de una triste resignación ante el carácter fugaz de la belleza, de sentido del humor y de un pozo sin fondo de ternura. (Todo ello muy formativo para el carácter, sí, aunque ella misma también vivía de prestado. Y qué difícil verle la utilidad a seguir formando un carácter que pronto no serviría para nada.)

Ser testigo de los mismos cambios a la inversa resultó mucho más grato.

Oh, sí, Cyril no había perdido un ápice de su fanatismo, seguía siendo inflexible, un absolutista, y emitía siempre juicios categóricos que podían hacerlo parecer demasiado riguroso. No obstante, todas esas cualidades de viejo cascarrabias eran más fáciles de aceptar en un hombre en buena forma física y que de vez en cuando fruncía el ceño, pero no por mucho rato, un hombre de postura recta como una columna, con unos pectorales que volvían a parecer de mármol italiano y al que otra vez le brotaban irresistibles remolinos de vello en el pecho. Cyril parecía tener veinticinco años. Casi todo el mundo parecía tener esa edad.

Durante un tiempo, aunque solo fuera porque económicamente seguían estando con el agua al cuello tras haber invertido todo lo que tenían en prepararse para cuando llegase el momento de tirar la toalla mortal (¡qué terrible error hubiese sido!), Cyril volvió a trabajar de médico de cabecera. En esos días aún había que ocuparse de embarazos, y la gente seguía enfermando, si bien era una gozada atender a pacientes que se recuperaban tan rápido. Los cánceres siempre habían sido deprimentes, y a Cyril lo alegró ver

que la producción de células malignas disminuía. Los constipados y las gripes seguían yendo y viniendo, pero la población, ahora más resiliente que nunca, se curaba pronto. En otros tiempos, los médicos de cabecera solían estar desbordados, solo disponían de diez minutos por paciente y muchos enfermos se quejaban de que era imposible conseguir cita. Después de la revolución del Retrogeritox, Cyril pasaba horas y horas sin nada que hacer.

Kay, en cambio, tenía montones de encargos. Corrían buenos tiempos para la decoración de interiores porque, de repente, todo el mundo tenía muchísima energía y, al parecer otra vez joven, era natural que la gente recobrase la impaciencia y el hambre de novedades propias de la juventud. La creciente demanda de variación estética tenía algo de manía, y eso significaba algo, aunque en los primeros años Kay no supiera muy bien qué.

El hecho de que ahora todas las generaciones de su familia parecieran tener la misma edad tuvo repercusiones –ni buenas ni malas exactamente, pero interesantes–. En teoría, en el pasado, la mayoría de los niños habían tenido que esforzarse un poco para darse cuenta de que sus padres habían sido una vez jóvenes, pero, en general, había sido un ejercicio hecho con desgana. La verdad era que los hijos no querían ver a sus padres como contemporáneos, y tampoco pensar en ellos como gente corriente. Sin embargo, si un padre o una madre parecía uno de ellos no se requería imaginación alguna. Para Hayley en particular, la experiencia subjetiva de conocer a sus padres como habían sido antes de que ella naciera fue incómoda, por no decir un punto obscena. Podría haberla irritado que, de las dos, su madre fuese, con mucho, y a juzgar por criterios objetivos, la más atractiva. Aunque detestaba competir con su hija, a Kay le bastaba con entrar en la misma habitación para que Hayley reventase de resentimiento. No se podía hacer nada. Kay no estaba dispuesta a vivir eternamente escondida.

La repentina nivelación de las generaciones dejó al descubierto un sentido de superioridad crónico en los dos bandos. Antaño, los padres siempre habían sentido, por mucho que la disfrazaran de calidez, cierta condescendencia para con los hijos; ellos ya habían experimentado lo que los chicos vivían por primera vez, eran más

sabios. Pero la condescendencia funcionaba en doble sentido: la generación que los seguía, siempre más «moderna», también sabía más que ellos. Aun cuando todavía no disfrutasen de estatus y riqueza, los jóvenes tenían todas las demás ventajas: fuerza, buen aspecto, salud, un futuro. Para bien o para mal, su papel consistía en descartar y sustituir.

Esa sutil batalla de desprecio mutuo había terminado. Era difícil que Simon, Roy y Hayley pudiesen descartar a sus padres como si fueran periódicos viejos, cuando los hijos y los nietos eran «el futuro» igual que lo eran Kay y Cyril, cuya esperanza de vida era ahora indefinida. Asimismo, a medida que pasaba el tiempo, la dinámica de poder de la familia se transformó radicalmente, un cambio duro sobre todo para Cyril. Con un padre y un hijo a un paso de sumar ciento cincuenta, la noción de antigüedad perdía todo sentido, y esa relativa paridad se traducía en una vertiginosa pérdida de influencia parental. Visualmente, la uniformidad de edad de los miembros de la familia también conseguía que parecieran más amigos que parientes –no suena mal, salvo por el hecho de que nadie elige el parentesco; la amistad, en cambio, es una elección–. Así pues, cuando se reunían, se encontraban todos sopesando en los términos más crudos si, dejando de lado el amor y los lazos de sangre, de verdad se caían bien.

Roy estaba cabreado porque la idea misma de una herencia se había convertido en un anacronismo. (Para ser justos, su hijo mediano no era el único contrariado al respecto. Eran legión los descendientes con derecho a heredar que habían esperado un fideicomiso y que ahora tendrían que abrirse camino en la vida solos, y muchas ganas no tenían de demostrar su vena de emprendedores.) De los tres, Roy era el más inclinado a considerar que la vida eterna era una carga, pues vivir para siempre significaba trabajar para siempre. Tampoco a Hayley la había entusiasmado mucho descubrir que, cuando todas las células se replican a la perfección, las células de grasa también lo hacen, pero al menos disfrutaba de un metabolismo más rápido y, si lo que quería era adelgazar, tenía todo el tiempo del mundo.

En consecuencia, resultó que los Wilkinson no habían tenido

necesidad alguna de apresurarse a viajar a Australia, Japón, Key West, Las Vegas y Malta. Probaron ahora con Rusia, Túnez y las Filipinas. Hicieron senderismo en las montañas de las afueras de Ciudad del Cabo y excursiones fluviales por el Amazonas. Visitaron la desconocida Pemba, la isla de las especias, donde se alojaron en casa de un neoyorquino expatriado y la mar de generoso llamado Shepherd Knacker, a quien no solo parecía adorar Carol, su bella mujer, sino también toda la población del lugar. En Tailandia se alojaron en casa de un compatriota llamado Barrington Saddler; en cuanto el boyante *bon vivant* se iba a la cama, ellos seguían hasta altas y etílicas horas de la madrugada con el servicial compinche Edgar Kellogg, cavilando juntos sobre el modo en que su anfitrión, obeso y pagado de sí mismo, podía ser también jodidamente encantador. En Nueva Inglaterra se dedicaron a buscar antigüedades y conocieron a una mujer que al principio les pareció fría y distante, pero bastó un fin de semana para que Kay se encariñase de Serenata, aun cuando el marido podía ponerse pesado si lo dejaban despacharse sobre las lámparas LED. También pasearon en bicicleta por la orilla del Rin y se sumergieron en submarino en la fosa de las Marianas. Aunque en su día habían despreciado los cruceros por considerarlos hedonistas y vulgares, al final capitularon simplemente para cambiar de ritmo. En cuanto pudieron permitirse aventuras de las buenas, pasaron una semana en la Estación Espacial Internacional y acamparon en la Luna.

Cuando el NHS recortó la plantilla, Cyril perdió su puesto de médico de cabecera y combatió la ociosidad escribiendo sus memorias. Por desgracia, a ningún autor le interesa disponer de un tiempo libre infinito para acabar un manuscrito. Cyril escribió demasiado, releyó y corrigió demasiado también, y así, tras reducir el texto hasta dejarlo en casi nada, no tuvo más remedio que recomponer todo lo narrado desde el principio. Vacilaba a la hora de escoger cada adjetivo y volvía a redactar cada frase. Harta de oír hablar de sus memorias, Kay insistió en que se conformase con una versión inevitablemente imperfecta y enviara el libro tal cual. Pero nadie se interesó por las memorias de Cyril. El tema –la atención sanitaria– poco interesaba a una población en la que biológicamente

todos tenían veinticinco años; además, con un tiempo que se estiraba sin fin hacia el horizonte, no hubo quien no se pusiera a escribir sus memorias.

Para su propia sorpresa, Kay se cansó de la decoración de interiores y se pasó al paisajismo. Después se sacó el título de ingeniera y, durante un tiempo, trabajó en mantenimiento de puentes. Más tarde, para descargarse de tanta responsabilidad se puso de cajera en un supermercado, y luego probó con la interpretación en una serie televisiva histórica que empezaba su temporada 307.ª (esta nueva ocupación tenía su lado cómico, pues implicaba lucir un complicado maquillaje para parecerse a la vieja que una vez había sido en la vida real). Unos años más tarde se la vio de concejala en el Gobierno municipal, tras lo cual experimentó con algo que mostraba las satisfacciones puramente teóricas del trabajo manual y aprendió a colocar ladrillos. Si es que todo el mundo cambiaba de lugar... La gente podía hacer lo que siempre había querido hacer, daba igual lo que fuese, y después hacer lo que nunca había querido. No obstante, se volvía cada vez más complicado decidir qué «querer» exactamente.

En lo laboral, Cyril lo pasó muy mal; siempre había sido una de esas personas que desde muy temprana edad sabían a qué querían dedicar su vida, y nunca había dudado de ese propósito. Pero en Gran Bretaña ya no hacían falta muchos médicos. Después del fallido proyecto de las memorias, Kay lo animó a que ensanchara su idea de sanación y volviera a estudiar para licenciarse en Psicología clínica. Fue un buen consejo. En el mundo post-Retrogeritox, la demanda de asesoramiento y de tratamientos de trastornos mentales no hacía sino aumentar.

Como había demostrado ampliamente la perversa panacea de Calvin Piper para los males demográficos de su especie, el medicamento no había eliminado por completo la muerte. Durante el periodo que en adelante pasó a llamarse el «Sacrificio de Calvin» (en 2042, cuando la población ya había ascendido a unos alarmantes once mil trescientos millones sin que se le viera el final), a la familia Wilkinson se la habría considerado inusualmente afortunada –aunque ellos no se sintieran así–. Desde luego, la pérdida de Simon

y de su hijo Geoff habría sido devastadora en cualquier circunstancia, pero, en un mundo en que los dos podrían haber vivido sin problema mil años, esas muertes fueron aún más duras de asimilar. Y ahora no solo los encantos duraban para siempre. El dolor también.

Aun así, cuando el Sacrificio de Calvin quedó relegado al olvido y los supervivientes se volvieron adversos al riesgo, la muerte llegó a ser algo excesivamente raro. En consecuencia, también desconocida y mucho más aterradora. Puede que desaparecer de repente de la superficie del planeta siempre hubiese dado la impresión de ser algo extraño, pero ahora parecía algo malo, moralmente malo, una abominación. Denunciado como la violación máxima, morir había perdido toda sensación de inevitabilidad, de naturaleza que sigue su rumbo. Si los deudos de antaño solían sufrir depresión, ahora incluso la pérdida de un amigo no especialmente íntimo podía acarrear un trastorno grave.

No obstante, tras el prolongado estancamiento de la mortalidad a escala mundial, la tasa empezó a repuntar, y no a causa de una moda estrafalaria de paracaidismo o escalada sin cuerdas. El número de pacientes de Cyril aumentó, y el doctor volvió a tener la agenda completa hasta última hora de la tarde. A nivel universal, la crisis psicológica fue teleológica. Tras estar a punto de actuar llevado por el mismo impulso de 2020, Cyril estaba más cualificado que nadie para ofrecer ayuda y compasión. La gente acudía en tropel a la consulta del doctor Wilkinson porque no dejaba de contemplar la idea de suicidarse.

A primera vista, la patología era desconcertante. Los pacientes eran personas sanas. Es posible que no todos fuesen superatractivos, pero estar en la flor de la juventud redimía parcialmente incluso a los feos. Ninguno de ellos vivía con los temores que habían agobiado a sus antepasados: disfunción física, deterioro estético, senilidad, irrelevancia, soledad y la temible caída del telón. Si no les gustaba su trabajo, tenían la vida por delante para reciclarse y hacer otra cosa. Si estaban insatisfechos con su pareja o su cónyuge, había gente a porrillo, y tiempo de sobra para encontrar otra alma gemela. Con el lugar de trabajo altamente

automatizado, la mayor parte de los empleados no trabajaba más de veinte horas por semana, y las vacaciones y los pasatiempos que se ofrecían eran incontables. Vamos, que hasta Kay había aprendido portugués, a dominar el arte de las sillas trenzadas y a hacer montones de floreros de cerámica que no necesitaban. Cierto, con el tiempo se vio que no tenía talento para la danza, que jugando al tenis era un desastre y como batería de jazz era uno aún más grande, pero bueno, siempre podía probar con el tango, el hockey sobre césped y la flauta de Pan. ¿Qué problema tenían, pues, todos esos aguafiestas?

–Bueno, ya está –anunció Kay, coloreando un rectángulo ya bastante deforme con un rotulador magenta–. Con Omán, cartón lleno.

Dio un paso atrás para que los dos pudiesen admirar la obra de arte clavada en la pared, un abigarrado mapa del mundo donde hasta el último país aparecía coloreado. Oriente Medio había ocupado los últimos puestos en la lista de cosas que hacer del matrimonio, pues Kay seguía teniendo ciertos prejuicios con los lugares que alguna vez habían obligado a las mujeres a caminar vestidas con bolsas de basura y arrastrando los pies.

–¿Significa eso que ya no hay adónde ir? –preguntó Cyril, incapaz de disimular un dejo de esperanza.

–Siempre podemos volver a empezar de cero y visitar dos veces todos los países del mundo.

–Me temo que no consigo disfrutar tanto de los viajes como tú, *bab*.

–Ya has dicho eso al menos tres millones de veces –repuso Kay al instante. De acuerdo, era una hipérbole, pero vista la longevidad de

ese matrimonio, la idea de haber oído el mismo sentimiento «millones» de veces no era una exageración tan grande.

–Más o menos la misma cantidad de veces que me has cortado la cabeza por decirlo –dijo Cyril–. Lo que te disgusta no es que me repita hasta la saciedad, sino la verdad de lo que digo. He hecho un esfuerzo de esclavo para vencer mi tendencia a quedarme en casa...

–Las oportunidades de quedarte en casa son infinitas.

–No quiero visitar dos veces todos los países del mundo –dijo él con voz cansina. Puede que pareciera tener veinticinco años, pero, en lo más hondo de su ser, ese fornido jovencito era un viejo gruñón queriendo salir a la superficie.

–Pero ¡todos esos lugares pueden haber cambiado desde que estuvimos allí!

–Casi seguro que habrán cambiado –dijo Cyril con una altivez de sabelotodo que a Kay ahora la ponía de los nervios más que nunca–. Serán más de lo mismo. Con todo el mundo probando nuevos países como si fueran un traje nuevo, si quitas el paisaje todos se parecen. ¿Quién no habla inglés? Si hasta aquí conviene olvidarse de los dialectos regionales. Para gran consternación de los turistas norteamericanos, ya no hay nada que pueda calificarse de típicamente británico, así que no le veo ningún sentido a seguir viajando. Aquí, en Lambeth, podemos encontrar toda la comida exótica que queramos y toda la gente que alguna vez pudo parecer exótica.

Kay se dejó caer en el sofá y frunció el ceño. Para qué negarlo, estaba irritada, pero no porque no estuviese de acuerdo con Cyril, sino porque sentía lo mismo que él. Que ella fuese la aventurera, la curiosa, era una distinción entre ambos que le gustaba, pero el papel se había ido desgastando. Omán había sido un aburrimiento, y le había alegrado volver a casa. Ese viaje había sido el estúpido cierre obligatorio de un proyecto arbitrario que hacía mucho tiempo ya que había dejado de ser la expresión de un auténtico apetito geográfico. Cyril también tenía razón cuando hablaba de un parecido cada vez más evidente, aunque la homogeneidad iba más allá de la fusión de culturas globales, todas juntas y revueltas en una gigantesca sopa

india *mulligatawny*, la «pimienta aguada». ¿Cuál era la diferencia entre Kay y Cyril, o entre Kay y cualquier otra persona?

La pregunta recordaba el sabio consejo de su instructora en una clase de orfebrería que Kay había tomado siglos antes. La mujer decía que, en el arte, las limitaciones también son la fuerza. Aquello en lo que no somos capaces de pensar, en lo que no destacamos e incluso los errores que cometemos contribuyen al estilo personal. No tener limitaciones equivale a ser amorfo, decía, a no tener voz, y esa máxima ayudaba a explicar la creciente crisis de identidad de Kay. Había destacado en demasiadas cosas. Diseñadora, ingeniera, concejala... Había visitado demasiados lugares y se había hecho la mejor amiga de demasiada gente, y las moléculas de su disposición se habían dispersado tanto que su carácter ya no era materia sólida, sino algo parecido a un gas amorfo.

Desanimada, contempló la sala de estar. Por lo general, llegados a ese punto podría tener ideas para otra reforma. Aunque todo parecía indicar que esa seguía siendo la misma casa de siempre, cada junta, cada dintel, cada alféizar, puerta y placa de yeso se habían cambiado infinidad de veces, pero ahora incluso su insatisfacción crónica se había agotado.

Puesto que una convivencia eternamente pacífica habría sido aburrida, a manera de disciplina, Kay y su marido intentaban generar conflictos; es posible, por tanto, que esa tarde un toque de impaciencia fuera lo más apropiado. Kay deseaba volver a la euforia original que le producía ver a su amado envejecer al revés, pero la euforia no es, por su propia naturaleza, una emoción que se pueda sostener, y la seguridad de que el rostro de Cyril jamás tendría arrugas y sus largas piernas seguirían siendo siempre unas piernas bien torneadas hacía que esos atributos parecieran menos preciados.

Sí, habían hablado de divorcio, y no en el estado de quienes están a punto de tirarse los trastos a la cabeza, sino como quien no quiere la cosa, frívolamente incluso. Como perspectiva, divorciarse solo era, igual que Omán, otra cosa que hacer. Se trataba de un sencillo hecho biológico sobre el que se discutía mucho porque todo lo que había para discutir ya había sido tema de mucha discusión; en el mejor de los casos, los seres humanos eran, por naturaleza,

monógamos en serie. En el pasado, muchos matrimonios habían durado solo porque la vida era cruelmente breve. Si Kay y Cyril se hubiesen casado en 1841, cuando en Inglaterra y Gales se crearon los primeros registros civiles, estadísticamente Cyril habría muerto antes de cumplir cuarenta y Kay con cuarenta y dos. (Lo habían buscado. Lo habían buscado todo.) Así pues, su dicha conyugal solo habría tenido que durar dieciséis años, y eso suponiendo que Kay no hubiese muerto de parto. Era lo que el reino animal tenía en mente, sin apaños de por medio. Pero ¿ahora? No conocían a una sola pareja que no se hubiera divorciado y vuelto a casar. No era raro que algunos se casasen cientos de veces, aun cuando el «hasta que la muerte nos separe» hubiese desaparecido discretamente de los votos matrimoniales.

El secreto de los Wilkinson, si puede llamarse así, no era estar tan increíblemente hechos el uno para el otro ni haber forjado un amor tan ardiente y verdadero. Antes bien, los dos habían llegado a la misma conclusión pragmática. A su alrededor, la gente se mezclaba y se emparejaba románticamente como si recorriese una serie de posibilidades matemáticas que podrían parecer incontables, pero que, con una población finita, un ordenador podía calcular con total precisión. En teoría, pues, en ese juego de las sillas, Kay y Cyril podían casarse con todos los demás habitantes del planeta y al final volver a estar juntos, quedándose sin opciones y teniendo que repetir la secuencia, del mismo modo en que se les había acabado el mapamundi. Además, las nuevas parejas que conocían parecían recrear, y mucho, la misma relación de la anterior, y de la anterior a esa también. Roy, por ejemplo, tan pronto conocía a una mujer, o a un hombre, o a algo intermedio, según le apeteciera, procedía a sablearlo y a abusar de su generosidad. Entonces ¿para qué molestarse en ir cambiando?

Y no puede decirse que los Wilkinson no hubiesen experimentado. Oh, sí, ahora, con esos cuerpos núbiles, al principio el sexo había sido de primera calidad y ninguno deseaba ser infiel. Pero... ¡sorpresa! La sensación de estar redescubriendo cosas no duró. (Esa pareció ser la lección, la moraleja. Ahora los seres humanos duraban para siempre; todo lo demás no.) Con cautela al principio, estuvieron

de acuerdo en explorar las posibilidades de una relación abierta –en ocasiones resultó excitante, pero una ordinariez la mayor parte del tiempo–. Probaron los tríos, pero alguien siempre se sentía excluido y nadie parecía saber jamás dónde meter qué. Con permiso mutuo se dieron un paseo por la acera de enfrente, pero, después de la difícil relación de Kay con Glenda, las amigas se evitaron durante meses.

También tuvieron una fase de cambio de sexo: lo trans se volvió una diversión. A Kay le encantaba tener pene, aunque Cyril reconoció que echaba de menos el suyo y que los pechos le excitaban más en otra persona. Entretanto, había más gente que se ponía tetas *y* pene, o vagina y falo una al lado del otro, de modo tal que se podía meter el falo en la vecina y tener relaciones con uno mismo. O gente que se ponía tres pechos, o dos penes, o un ano extra, pero todo dejó de ser interesante (la pornografía estaba muerta; más que ver a un burro follarle el culo a una «flexible» jovencita tailandesa, la mayoría de los hombres prefería hacer crucigramas), y al final los Wilkinson volvieron a la equipación original. Pero había una cosa de la que no se cansaban: dormir abrazados. Si de verdad su matrimonio ocultaba un secreto, era ese.

Kay se levantó del sofá con la misma dificultad con la que se había levantado a los ochenta, aunque esta vez el esfuerzo tenía un motivo.

–¿Qué quieres cenar?

–Me da igual –dijo Cyril.

–¿Qué habíamos acordado? –dijo Kay, dándose la vuelta y señalándolo con un índice acusatorio–. Apatía *cero*.

–Perdona –dijo Cyril, como de costumbre–. ¡Me muero por tus fajitas con setas! ¿Y qué me dices de una ensalada de mozzarella de búfala, tomates de la zona, unas hojitas de albahaca fresca y unas gotas de ese estupendo balsámico?

Tanto entusiasmo era falso, pero incluso el fervor histriónico era mejor que el tedio demasiado sincero.

–¡Caramba! –dijo Kay, y se fue derechita al cuarto de baño–. Sinceramente, echo de menos hacer pis de pie.

La única moda que los Wilkinson no quisieron seguir por considerarla un sinsentido, probablemente de mal gusto y, a la larga, banal, fue el cambio de raza. Después de tanto sufrimiento histórico por el color de la piel, tal vez resultaba llamativo que prácticamente nadie entre las anteriormente conocidas como *minorías* o, más tarde, *personas negras y marrones* o *gente de color* y, por último, *gente visible* mostrase el menor deseo de ser blanco. La repigmentación y la cirugía plástica iban en la dirección contraria, para especial consternación de los británicos jamaicanos y los norteamericanos negros, que ya no eran capaces de distinguir a sus «auténticos» hermanos y hermanas de aquellos blancuchos encubiertos que se las daban de modernos y le sacaban el máximo provecho al permiso para usar la palabra que empieza por N. Las comunidades negras protestaron por la llegada de «infiltrados». Decían que les «robaban» o se «burlaban de ellas». No obstante, las leyes para prohibir una práctica considerada «apropiación cultural» acabaron rechazadas en los tribunales porque los abogados que defendían la prohibición no sabían citar el principio legal que la nueva terapia de cambio de piel violaba. Aunque al final la moda quedó en nada, el resultado positivo de no ser ya capaz de distinguir entre negros auténticos y el hortera de incógnito fue que a nadie le importó nada el color de nadie y, así, hasta que incluso el término *racismo* llegó a confundirse, vaya uno a saber por qué, con *racionalismo* y hasta con *racionamiento*. Además, hacia el final del furor que causaron los tratamientos para la piel, el color más popular fue el azul pitufo.

También dejó de existir la guerra. Sacrificar a hordas de ciudadanos agraciados con la vida eterna era impensable; al final, en el último conato de conflicto entre Canadá y Laponia, los reclutas, con demasiado que perder, se habían negado en masa a entrar en combate. La violencia criminal también se había extinguido. El asesinato parecía un delito más grave en una época en que se privaba a las víctimas de una inmortalidad divina y en la que la «cadena perpetua» podía significar vivir miles de años encerrado en un cuartito.

Sin embargo, debido a algún accidente de vez en cuando, por no

mencionar la desconcertante ola de suicidios, cuya creciente incidencia se convirtió en tema de muchos extensos y sesudos ensayos, siguió permitiéndose la gestación de seres humanos destinados al reaprovisionamiento. Kay y Cyril tuvieron la suerte de haber formado ya una familia, pero, si no les tocaba la Lotería para el Reemplazo de la Población, más difícil de ganar que la antigua, la que repartía montones de dinero, era improbable que sus bisnietos llegasen a ser progenitores. Como escaseaban tanto, a los niños se los malcriaba como nunca, y esa adoración desmedida no tenía efectos beneficiosos cuando llegaban a adultos. Los orgullosos padres mantenían a sus pequeños dentro de casa, porque el rumor de que se había visto a un crío en tal o cual calle corría como la pólvora y en menos que canta un gallo se formaban colas de curiosos que tomaban fotos y suplicaban que les dejaran acariciar la cabecita de la tierna criatura. Si antes muchos padres habían sentido cierta melancolía cuando sus retoños parecían crecer demasiado rápido, los modernos esperaban desconsolados el momento en que su ejemplar de especie amenazada cumpliera los veinticinco; físicamente osificados a partir de ese momento, su anterior símbolo de estatus pasaba de sopetón a equipararse al de los demás.

Dicho esto, los jóvenes que eran jóvenes de verdad –los que no solo parecían tener veinticinco años, sino que realmente habían vivido solo unos veinticinco años– estaban muy solicitados. ¿Esa tosquedad, esa ignorancia, su transparente pretensión de ser sofisticados, su nada convincente simulación de tedio, su seguridad absoluta en lo tocante a los males de la sociedad y cómo arreglarlos, y su hambre sincera de experiencias que sus predecesores en el tiempo habían acumulado hasta hartarse? Bueno, toda esa auténtica sangre fresca era embriagadora. ¡Se enamoraban! ¡Un amor desdichado y no correspondido, y pensaban que iban a morirse! ¡Se convertían al islam! ¡Tenían crisis de fe y abandonaban el islam! La verdadera decepción era que se necesitaban muy pocos años para que el tedio fingido se convirtiese en real.

Todos los funerales eran tan caros, tan elaborados y multitudinarios como los que en tiempos se reservaban a los jefes de Estado. Y el público encantado con un acontecimiento así, tan

fascinante por lo irrevocable. De hecho, la gente estaba ávida de muerte, el único tabú que quedaba; lo que reemplazó a la pornografía fueron los vídeos ilícitos de muertes cruentas, producciones de una plataforma de medios creativos.

Ocupando también el primer puesto en popularidad figuraban el cine, la televisión, el teatro y la ficción anterior al hito que marcó el Retrogeritox –un periodo a veces llamado *pre-Retro retro*–; de las artes narrativas ya no podía esperarse nada. Lo «atrevido» quedó consignado a una época pasada. Las historias sin su parte de envejecimiento y mortalidad no parecían funcionar, razón por la que todos los argumentos contemporáneos daban la impresión de ser intrascendentes. Tampoco se veían ya grandes historias de amor condenadas al fracaso. ¿Qué tenían de interesante esos argumentos? Si una relación no funciona, lo suyo es superarla y buscar otra. Cada vez que los directores modernos intentaban recrear la tragedia épica, la emoción máxima que podía despertarse en el público se expresaba así: «Bueno, sí, qué pena». Pero Kay nunca se cansó de David Lean, y Cyril llegó a ver *La leyenda del indomable* varios cientos de veces.

Un nacimiento aquí, una muerte allá, pero en su mayor parte la población humana del planeta Tierra era fija. A falta de un asteroide que los librase a todos de su sufrimiento, los vivos seguirían siendo los mismos miles de años después. Es posible que tal hecho debiera haber brindado a esa generación privilegiada como ninguna la oportunidad de ser más sabia, más culta, más polifacética, más solidaria, más perspicaz, más divertida y espiritualmente más avanzada que su predecesora. Sin embargo, cuando se trataba de cultivar todas esas deseables cualidades, pronto se llegaba a un límite inamovible, mientras que los miembros verdaderamente distinguidos de esa cohorte permanente –los pocos artistas que podían calificarse de jóvenes promesas, los que crearían la excepción, las obras contemporáneas que conmoverían de verdad, los genios científicos, los filósofos visionarios, los grandes líderes– eran los que más probabilidades tenían de acabar con un tiro en la cabeza. Había pruebas. Como se había demostrado, solo la mejora

de un atributo humano era ilimitada: la capacidad de ser más aburrido que un acuario de almejas.

–Bueno, ¿qué piensas? –preguntó Kay mientras se comía otra fajita de setas; era difícil decidir entre comerse la tortita recién hecha y en su punto o tirarla contra la pared–. ¿Nos matamos?

Ya habían tenido esa conversación antes, por supuesto, pero el tema preferido se dosificaba. Técnicamente, ese día era el cumpleaños de Kay, aunque ella ya no recordaba cuántos cumplía. Después de tantos aniversarios ya ni se molestaban en celebrar, y el permiso para mantener ese intercambio de opiniones racionado era lo más que Kay se aproximaba a un regalo.

–Dime –repuso Cyril, como se esperaba de él–. ¿Por qué deberíamos hacerlo?

–Bueno, ¿qué intentamos conseguir aquí? Había confiado en que, después de aguantar tanto tiempo, el carácter del proyecto se aclarase. Pero no, sigo sin hacerme una idea de lo que significa estar viva, y mucho menos de lo que significa morir. No sé qué es este lugar, ni siquiera sé si es real, y mucho menos qué se suponía que teníamos que hacer aquí. Y, si he malgastado el tiempo, tampoco sé decir qué debería haber hecho, aunque ahora que tenemos tantísimo parece que la noción de «perder el tiempo» ya no quiere decir nada. Tengo la misma idea de lo que es importante que cuando era una niña de cinco años. Sigo con la sensación de que había algo que debía controlar, y no hay muchas oportunidades de que lo consiga en los próximos cien años. Sobre todo viendo que no lo he conseguido en los últimos cien... Y no cabe duda de que hubo muchas cosas que controlar en cien años.

–Sí, has dicho más o menos lo mismo más de una vez.

–¿Qué habíamos acordado?

–Apatía cero.

–No, me refiero a qué más.

Cyril se detuvo un momento a pensar.

–Que no nos complicaríamos la vida diciendo lo mismo una y otra vez.

–Gracias. Un sobresaliente para ti.

–Tal vez deberíamos introducir otra norma. Por ejemplo, que ni siquiera tu cumpleaños te da derecho a ser tan insolente.

–Me parece justo –dijo Kay, resentida. Se suponía que era ella la que sabía disfrutar de la vida, la que apreciaba los muchos rituales que la hacían más llevadera, como recoger la cocina (¡otra vez!) con toda su suntuosa mundanidad.

–¿Por qué estás tan impaciente?

–No lo sé –reconoció ella–. No tengo excusa, ¿verdad? Ni tú ni yo deberíamos tener nada que no fuese paciencia. Pero, hablando de pacientes... ¿Por qué todos esos a los que das consejos dicen que quieren suicidarse?

–Varía un poco, pero no es tan extraño y propio de cada individuo como cabría esperar. Es raro que su malestar se deba a un giro alarmante de los acontecimientos o a una relación que se ha vuelto desagradable. Mis pacientes están confusos. No disfrutan de nada. La satisfacción sensorial no funciona. El sexo, comer, beber..., hasta los efectos de los alucinógenos se vuelven predecibles. No pueden conservar a la pareja ni al cónyuge, y ni siquiera les importa aunque sigan sintiéndose solos. Se sienten atrapados y al mismo tiempo saben que gozan de más libertad que cualquier otro ser humano en toda la historia, pero eso solo consigue que se sientan peor.

–Esta eternidad en la que estamos detenidos es casi una réplica del síndrome del enclaustramiento –dijo Kay–. El modo en que uno se vuelve inmune a los estímulos sensoriales, como el gusto, se parece mucho a no tener estímulos. ¿Te acuerdas de cuando dejé de beber vino tinto? Me sorprendí a mí misma, pero la verdad es que ya había tenido suficiente. Y esta pasividad..., creo que la libertad sin límites y la pasividad son una y la misma cosa. Poder hacer cualquier cosa se parece a no poder hacer nada. Estudiamos otra carrera, encontramos otro pasatiempo, otro amigo que, nos decimos, no se parecerá en nada a todos los demás amigos que llegaron a cansarnos... Pero es como correr sin salirse de la baldosa. Nada cambia. Como si toda la especie estuviese postrada en una cama de

hospital mirando una mancha con la forma de Noruega en el techo. En lo espiritual al menos, estamos paralizados. Físicamente podemos hablar, pero no decir nada nuevo. ¿Cuál es la diferencia, pues? Nuestra única actividad real es darle al coco. ¿Hay algo más inútil? Porque toda esta elipsis nuestra se parece a un sueño. Un mal sueño, algunos días. Soy una de las personas más viejas que el mundo ha visto jamás y a veces me siento como si nunca hubiera estado aquí. Todo está volviéndose... inquietante, siniestro.

–Lo del síndrome de enclaustramiento me gusta. No lo habías dicho hasta ahora. ¿Eso puedo decirlo? ¿Que nunca habías dicho algo?

–Sí, cariño –dijo Kay, apretándole la mano. Era importante recordar que aún se querían o, más impresionante incluso, que todavía se gustaban, aunque a la vista de ciertas conversaciones, a menudo impetuosas, podía ser difícil de afirmar. Después de tanto tiempo deberían conmemorar más a menudo el mero hecho de soportar estar juntos en la misma habitación.

–Y a esos pacientes tuyos atormentados por la idea del suicidio –añadió Kay–, ¿tú qué les dices?

–¡¿Más improvisación?! Nunca me lo habías preguntado.

–¿En serio? Vaya, eso sí que es terrible.

–Les digo que los seres humanos nos hemos esforzado para encontrar una noción de propósito desde tiempos inmemoriales, incluso cuando la mayoría moría con cuarenta años. Digo que, además de la mera supervivencia física, nuestra tarea consiste en encontrar ese propósito, y que la tarea no se acaba nunca porque, en cuanto encontramos una respuesta, tenemos que revisarla, y al examinarla vemos que no es suficiente y tenemos que encontrar otra. Es un consejo un poco circular, pero la naturaleza hipnótica de algo que da vueltas y más vueltas tiene un efecto calmante. La verdad es que parezco más un sacerdote que un médico.

–Antes no hablabas así –dijo Kay–. Solo hablabas de la esperanza de vida, de los presupuestos del NHS y de camas bloqueadas.

–Bueno, esa fue una de las respuestas, de mis respuestas, que no duró.

Sí, habían llevado a cabo otro cambio de carácter. Ella solía ser la

reflexiva, la que cavilaba, la filosófica; Cyril, en cambio, era pragmático, puro impulso. La impaciencia de Kay, por ejemplo –su manera de ir al grano, de preguntar para qué–, antes era propia de su marido. Al parecer, no solo estaban intercambiando género o carreras profesionales, también intentaban ser personas completamente distintas.

–A algunos de mis pacientes más inteligentes –prosiguió Cyril– les sugiero que intenten ir más allá del propósito, porque el comportamiento orientado a objetivos tiene un límite temporal y es consecuencia de la mortalidad, además de un préstamo metafórico tomado de la biología, de la necesidad de comer, dormir y aparearse para perdurar. Pero el universo simplemente es. No necesita justificarse, y, por analogía, nosotros tampoco necesitamos justificar nuestra presencia en el universo.

–¿Eso crees?

–No puedo decir que yo haya llegado a dominar el arte de la falta de propósito.

–Diría que te has vuelto mucho más humilde –dijo Kay.

–Me siento más humilde. Y sorprende lo agradable que es sentirse así.

–Pero ¿qué ha pasado con todas tus reivindicaciones de justicia social? –preguntó ella, intrigada.

–Después de esa idea tan particular de broma pesada que tuvo Calvin Piper –ya era un lugar común hacerse el frívolo para no mencionar la magnitud de la tragedia–, puede que no todo el mundo sea rico, pero sí próspero, y no pienso dejar que me quite el sueño el pensar que solo unos pocos puedan permitirse pasear por Marte en *buggy*. Además, ha llegado a preocuparme la posibilidad de haber luchado por la justicia social en gran parte para tener un buen concepto de mí mismo... ¡Ah, sí! –recordó de golpe–. La otra cosa que les digo a mis pacientes es que, a pesar de la impresión que se les ha querido dar, la de que todos somos inmortales, en realidad no es así. En cualquier momento pueden cruzar la calle cuando no deberían y puede atropellarlos un arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca. Te lo creas o no, recordárselo parece animarlos.

–Pero tuviste una paciente que se quitó la vida. Fue muy duro

para ti.

–Sí, y precisamente se llamaba Esperanza –recordó Cyril, con tristeza–. Saltó del puente de Blackfriars encadenada a seis pesas rusas. No fue exactamente un «grito de ayuda», pero la mayoría de esos «sanos preocupados» nunca recurrirán a nada tan drástico. Volverán a mi consulta quejándose de que no tienen nada de lo que quejarse. ¿Recuerdas el día que cumpliste ochenta, cuando me convenciste para que no tomase el seconal? Analizaste los pros y los contras con mucha elegancia: si seguíamos vivos, potencialmente teníamos mucho que ganar; si moríamos, no ganábamos nada. Dijiste que la única razón para suicidarse era poner fin a un sufrimiento. Pero mis pacientes no sufren, o no exactamente.

–Tal vez no sufrir sea una clase de sufrimiento –postuló Kay.

–Eso tampoco lo habías dicho antes.

–¡Esto ya casi parece una conversación de verdad!

Cuando Kay se reclinó para saborear ese raro momento de espontaneidad, su mirada se posó en la foto enmarcada de la estantería, detrás de Cyril: las bodas de oro, en aquel restaurante tan pretencioso. Era la única imagen que conservaban de ellos en su verdadera vejez, como si fuera una especie de piedra angular. El rostro de Kay no había cambiado en sí desde la última dosis de Retrogeritox, pero sus ojos tenían una dureza crónica que no estaba ahí en 2013. La frialdad era la única expresión que su cuerpo podía ofrecerle al tumultuoso paquete de exasperación, furia y desesperación que la consumía día tras día, pero para el cual no tenía ninguna excusa válida.

–¿Alguna vez miras esa foto? –preguntó Kay, señalándola.

–Sí, a menudo –dijo Cyril, y no le hizo falta volverse–. Tiene algo misterioso.

–Sé a qué te refieres. Se me ve horrenda. Supongo que a ti también, pero a mí no me lo parece. Mi cara, en esa toma... Me da repelús, pero también me hace sentirme nostálgica. Como si hubiera perdido algo, pero ¿qué? ¿Qué tiene de valioso parecer un higo seco?

–Para mí no es solo nostalgia –reconoció Cyril–. Siento celos.

–Qué raro, ¿no?

–Celos de nuestra antigua urgencia.

–Sí –dijo Kay, agradecida–. Has dado en el clavo.

–Gracias a los privilegios que me permiten extender recetas, seguimos teniendo una imitación de seconal en la nevera. La he renovado hace poco. Es tu cumpleaños. ¿Qué dices?

–Oh, no sé –dijo ella–, desperezándose y mirando resignada la cocina, aún sin recoger–. Siempre podemos dejarlo para el año que viene.

10. DE LA IGNORANCIA Y LA DICHA

Como es habitual en establecimientos de categoría, los residentes iban avanzando en tres niveles. Para empezar, si uno podía vestirse, asearse y comer solo, si no padecía incontinencia y seguía estando en su sano juicio, podía vivir en un apartamento privado al que se podía llevar muebles, tapices y adornitos de casa. A medida que aumentaban las necesidades de atención médica se pasaba a una situación más vigilada y con más cuidados, y, por último, a una atención sanitaria a tiempo completo. Kay advirtió que a los residentes del último nivel no los sacaban a saludar a potenciales clientes. La visita guiada se limitaba a abrir una puerta y volver a cerrarla; lo que interesaba era pasar cuanto antes a la sala de cine de la residencia.

Los residentes más autónomos que conocieron, que ponían El Final del Viaje por las nubes como si fuera un distinguido club de campo, tendían a ser profesionales muy cultos o empresarios de éxito; por lo tanto, en lo social al menos, la perspectiva parecía prometedora. Aunque las mensualidades dejaban sin aliento, había una lista de espera en la que los Wilkinson podían apuntarse si estaban dispuestos a desembolsar un depósito considerable.

–Me temo que no lo tengo claro –confesó Kay, sentada a la mesa de la cocina en la casa de Lambeth cuando volvieron de la visita a Aldeburgh–. Bueno, no dudo de que ingresar en El Final del Viaje es lo mejor que podríamos hacer. Las instalaciones son fantásticas, limpias, y el personal se ve agradable, pero me sigue pareciendo deprimente.

–Lo es, eso no se puede negar –dijo Cyril.

–Exacto. Ahora he notado que lo que me molestaba de la residencia de mi madre no era la fea arquitectura ni la pésima

comida que servían. Da igual cómo los disfraces, esos establecimientos son depósitos de gente con un pie en la tumba. Con barrotes en las ventanas o cortinas de chintz, los residentes siguen siendo pollos en batería a los que les dan de comer si pagan la mensualidad.

–Creía que eras tú la que estaba a favor de ser pragmáticos y hacer frente al futuro sin miedo en lugar de mentirnos a nosotros mismos como hacen todos los demás.

–Sigo pensando que tiene su mérito planificar con antelación y prepararse para lo que pueda venir. Por si acaso, deberíamos conservar ese seguro a largo plazo aunque las primas se vuelvan un robo a mano armada, pero es posible que exista la posibilidad de anticiparse demasiado y empezar a vivir el peor tramo de nuestra vida antes de tiempo. Para la mayoría todavía no somos viejos. Quizá no debamos forzar.

–La directora de El Final del Viaje fue muy clara cuando habló de los peligros de que aplacemos demasiado el traslado y nos deterioremos hasta el punto de que no nos admitan –le recordó Cyril–. «Cuidado con el síndrome de las doce menos cinco», dijo. ¿Te acuerdas? Es el mismo error que parecen cometer todos. No se dan cuenta de que, en el fondo, las doce menos cinco son las doce.

–Puede que esperar tanto y quedarnos sin una funeraria cinco estrellas sea un riesgo que vale la pena. Prefiero vivir bien más tiempo, una vida en la que podamos controlar qué amigos queremos tener y qué comemos para cenar, aunque al final eso signifique dar con nuestros huesos en un manicomio geriátrico y bailando el *hokey cokey* en silla de ruedas.

–Hay un movimiento que aboga por «envejecer en casa».

–¡Me apunto! –dijo Kay, muy convencida–. Me gusta vivir aquí. He trabajado muchísimo para tener la casa que tenemos. El jardín de invierno es una delicia y el papel de orquídeas de la sala me fascina. Quiero que sigamos cuidando el jardín. Quiero poder servirme una segunda copa de vino tinto sin que una enfermera entrometida me la quite porque no me hace bien.

–Sigue habiendo un peligro –dijo Cyril–. Podría quitártela yo.

–¿A que no te atreves?

Al final no pagaron el exorbitante depósito de El Final del Viaje. Decir que no a ese refugio seguro con aires de Hotel Ritz era una apuesta, pero, como señaló Kay, todas las decisiones que tomamos en esta vida lo son, ¿no?

Dicho esto, el matrimonio siguió organizando las cosas con la vista puesta en el futuro, actualizando los testamentos, asegurándose de que a la familia le resultase fácil encontrar las instrucciones relativas a las órdenes de no reanimación en caso de estado vegetativo, limitando los gastos a las necesidades básicas e invirtiendo sus activos con cautela. No sin una fuerte sensación de mareo fiscal, ya habían sobrevivido a las movidas aguas de la debacle de las puntocom y a la histeria de los mercados después del 11-S. La Gran Recesión de 2008 fue especialmente preocupante porque, a los sesenta y ocho, Kay acababa de empezar a cobrar su pensión privada, que ya se había reducido a casi la mitad, mientras en Londres la propiedad inmobiliaria caía en picado y convertía su salvaguarda de seis habitaciones en algo menos que un consuelo. Así y todo, no tenían intención de vender la casa y capearon el temporal. Los mercados se recuperaron con creces y ni siquiera se materializó el apocalipsis financiero que habían predicho la Confederación de Industrias Británicas y el Banco de Inglaterra en caso de que en 2016 ganara el Brexit.

Sin embargo, ninguna estrategia inversora, por conservadora que fuese, podría haber contrarrestado jamás el auténtico parón de la economía mundial que provocó el coronavirus. Cuando el Reino Unido levantó por fin las últimas restricciones al comercio y a la libertad de reunión, la muy esperada recuperación «en V» se pareció a una letra más cercana al comienzo del alfabeto, una J mirando hacia la derecha. Eran legión las empresas que habían desaparecido. Las listas de la asistencia social no daban para más; el paro estaba disparado. Resultaba mucho más sencillo paralizar una economía que reanimarla.

Como la mayor parte de los demás Gobiernos, el de Su Majestad inyectó tanto efectivo en las ganancias, concedió tantos préstamos sin intereses, tanta condonación de deuda con moratorias fiscales y proyectos de infraestructuras que, ya al principio de ese despilfarro,

de ese «café para todos», la gente dejó de distinguir entre «mil millones» y un «billón». Todo muy bien si se pasa por alto que los fondos para ese gasto descontrolado eran prestados. Cuando, a su vez, los bancos centrales de todo el mundo absorbieron deuda soberana por un tubo y sobrecargaron sus balances con bonos estatales mediante la expansión cuantitativa –QE7, QE8, etcétera, aunque, después de la QE12, los gobernadores de esos mismos bancos dejaron de tomarse la molestia de numerar semejante frenesí de compras–, el dinero, en efecto, empezó a aparecer como por arte de magia. Kay, que no entendía nada de esa alquimia, solía enfadarse con su marido por darle tanto la lata con el tema.

–Bueno, en cierto modo, todo el dinero es inventado, ¿no? Quiero decir: es una idea, un concepto. Y ya sé que me lo has explicado cientos de veces, pero sigo sin tener la menor idea de lo que significa *monetarizar la deuda*.

–Porque no quieren que lo entiendas –dijo él, abatido.

Era difícil saber si Cyril se había vuelto un cabizbajo crónico por su edad provecta o por la melancolía que había hecho mella en todo el país desde que lugares como las plazas de Trafalgar y Leicester se habían quedado en silencio y desiertas como la luna; una melancolía que nunca había desaparecido por completo, ni siquiera durante la euforia y la catarsis cuando por fin se pudo salir *de tu propia casa*.

–No sueles ser un conspiranoico –dijo Kay.

–No es una conspiración –dijo Cyril, y apenas parecía poder mantener la calma–. Es peor. Es incompetencia. Una administración desleal a una escala incomprensible, y en todo el mundo al mismo tiempo.

–Por favor, dime que no has estado escuchando a esa mujer..., ¿cómo se llamaba? Shriver. Es una histérica. Y tan pesada, tan petulante... Como si quisiera que la civilización se hunda con tal de demostrar que tiene razón. No soporto su voz.

Rondaba por ahí, en efecto, una molesta importación norteamericana, una de esas yanquis anglófilas que se negaban a volver a su país, que afirmaba en Radio 4 que uno de sus libros había predicho la hecatombe que al parecer ahora estaba bien avanzada. Y un puñado de fans consideraba a esa necia que

hiperventilaba una Nostradamus de nuestros días –¡pobres ilusos!–. De todos modos, por lo visto en una estúpida novela de esa señora, *Los Madrigal* o algo por el estilo, que Kay no tenía el menor interés en leer, no se mencionaba ninguna pandemia, por lo cual saltaba a la vista que la autora, adicta al autobombo, solo intentaba vender más ejemplares haciendo gala de un alarmismo irresponsable.

A lo largo de la década de 2020, los Gobiernos gastaron como si se acabase el mundo, pero, a pesar de tanto darle a la maquinita del dinero, algo no funcionó del todo. A nivel colectivo, los constantes rescates, las vacaciones fiscales, los experimentos con la renta universal y las ayudas a la industria se parecieron a inflar los neumáticos de una bicicleta con un inflador cuyo tubo, sin que uno lo sepa, pierde por algún lado. Así ya se puede darle a la bomba de pie hasta el cansancio, que el neumático nunca acaba de estar bien inflado, y en cuanto uno hace un descanso porque cree que ya es suficiente, la rueda empieza a desinflarse poco a poco. Asimismo, bajo presión, esos pinchazos invisibles se agrandan hasta que al final, aunque uno se ponga a inflar y a inflar como un loco, la cubierta acaba plana en la calzada.

Kay no entendía lo de la expansión cuantitativa, pero sí que el precio de Marmite –más apreciada aún como metáfora nacional que como pasta para untar las tostadas– se había multiplicado por dos y, luego, por tres. Aunque sus pensiones del NHS estaban vinculadas a la inflación, las tasas oficiales de la Oficina Nacional de Estadística seguían muy por debajo de la realidad de la calle y, con el tiempo, los depósitos directos, que antes habían sido generosos, apenas cubrían el coste de la comida. Hasta que dejaron de cubrirlo. Si no redondeaban sus ingresos con una pensión privada, pasarían hambre, pero los mercados, anémicos desde hacía tiempo, empezaban a estar peor que anémicos, y la hucha de las pensiones de los Wilkinson también se encogió. Para empeorar las cosas, la eliminación del efectivo había abierto el camino a unas tasas de interés negativas con la intención de forzar a los *acaparadores* –antes llamados *ahorradores*, que ya no podían vaciar airadamente una cuenta bancaria y largarse con una bolsa repleta de billetes– a gastarse las libras que su racanería les hubiese permitido acumular y

de ese modo estimular la economía. Así, cien libras el primero de cada mes pasaron a ser noventa y nueve el último día.

Al final, todo fue un esfuerzo inútil. Los ahorros, los malabarismos con las carteras de acciones, la cicatería, comprar dentífrico de oferta, toda la concienzuda preparación para una vejez independiente, no querer ser una carga ni para la familia ni para el Estado... El matrimonio había hecho las cosas bien. No se habían quedado sin activos antes de tiempo gastándolos en vacaciones de lujo o –según los tabloides, los viejos gagás se desmadrarían si se cometía la estupidez de permitirles tocar sus fondos de pensiones– en Lamborghinis. Habían comprado la casa en un momento providencial y habían terminado de pagar la hipoteca. Los dos habían seguido trabajando después del año en que podrían haberse jubilado tan ricamente. Además de la pensión, ganada a pulso, ninguno de los dos había recurrido al erario público; al contrario, habían pagado sin rechistar dolorosos impuestos de todo tipo. Habían ahorrado todo lo posible para cuando llegaran las vacas flacas –ahora ya podía decirse «escuálidas»–, pero, con cada día que pasaba, lo que ganaban al mes a duras penas servía para una lata de sopa de calabaza Baxters y un paquete del té fuerte de toda la vida. ¿Y el seguro privado de atención a largo plazo? La compañía aseguradora había quebrado y todo lo que habían ido pagando mes a mes solo servía para que gozaran de la misma seguridad que todos los demás. Es decir, ninguna. Kay y Cyril Wilkinson descubrieron sin ayuda de nadie que únicamente había una cosa peor que ser muy muy viejos, a saber, ser muy muy viejos y no tener un penique.

Frágiles, pero sin perder un ápice de presencia, Kay y Cyril demostraban ser increíblemente longevos. Si, como señalaban de manera compulsiva los presentadores de noticias, una mayor esperanza de vida era una verdadera suerte para todos, durar hasta casi los cien años convertía al matrimonio Wilkinson en más

afortunado que la mayoría. Pero ¿lo eran? Tal como iban dándose las cosas, la pregunta no era tan fácil de contestar como cabía esperar.

El 22 de enero de 2039, cuando Cyril cumplió cien años, ningún miembro de la familia real le envió una tarjeta de felicitación. Pudo deberse a que el palacio de Buckingham, junto con otras residencias reales como el castillo de Windsor, estaba ya ocupado por «solicitantes de asilo» procedentes de una amplia serie de países, pues la historia, por desgracia, no enseña a los problemas a esperar educadamente su turno, ni siquiera en un país famoso por respetar las colas. Así, además de una implosión financiera en todo el mundo occidental que hizo que la Gran Depresión no pareciese, en comparación, más dolorosa que la muerte de una mascota, la marea de turistas-de-por-vida que a esas alturas llegaban del Sur Global dejó la «crisis migratoria» europea de 2015 a la altura de una excursión escolar. Era imposible dar con las cifras exactas, y saltaba a la vista que cualquiera que dijese saber, siquiera aproximadamente, cuántos migrantes habían tomado por asalto el continente (a pie, en camión, en avión y en barco) tenía una agenda política. La izquierda afirmaba que solo unos millones habían traspasado las fronteras, mientras que los demonizados nativistas sabían con la misma certeza que el total superaba los mil millones de almas. Del mismo modo en que se habían llevado las manos a la cabeza cuando intentaron distinguir «mil millones» de «un billón» en el gasto público, la mayor parte de la opinión pública acabó optando por «un montón».

Para ayudar a los que iban llegando, muchos británicos que podían permitirse ser caritativos donaban ropa, pañales desechables, paquetes de pasta seca y botes de pesto. La hostilidad más considerable a las nuevas oleadas se registró entre los inmigrantes de primera y segunda generación, procedentes a veces de los mismos países de los que habían huido los más recientes. Los paquistaníes, los afganos, los hindúes y los nigerianos que habían conseguido atravesar el canal de la Mancha a tiempo exigían que el Reino Unido alzase el puente levadizo, pero, en este caso, decir «puente levadizo» era absolutamente inútil y, a menos que Gran Bretaña estuviera dispuesta a llegar a la inaceptable conclusión de

que la interminable flota de barcos procedentes de Francia y Bélgica era un asunto militar –en Turquía se había ordenado a las tropas que disparasen sobre los migrantes en cuanto los avistaran–, las decisiones sobre las medidas que cabía tomar eran insignificantes. Además, la burocracia británica fue una de las últimas víctimas de la arremetida, de modo que, los primeros años, a cada recién llegado se le registraba debidamente para recibir un mísero subsidio semanal y se le concedía una vivienda hasta que no quedó ninguna que conceder; se le asignaba un abogado pagado con dinero de los contribuyentes; se le advertía de que no podía trabajar, y se le permitía recurrir hasta siete veces si se le negaba el asilo. Toda amenaza de deportación era papel mojado. Más que echar del país a los solicitantes de asilo, desde el punto de vista logístico habría sido más barato y viable evacuar a los ingleses.

Entretanto, el NHS, con un presupuesto tan disparado que dejó de tener gracia la vieja broma de que Gran Bretaña se había convertido en «un servicio de salud con un país adosado», estaba tan saturado que los médicos recordaban con nostalgia la pandemia del coronavirus, cuando, de ingenuos que eran, no concebían el verdadero significado de estar «desbordados». «Ser hospitalarios es lo menos que podemos hacer», sostenía Cyril cuando empezó la avalancha, y después predijo que pasaría pronto.

–En gran parte, el cambio climático es culpa de Occidente. Ahora cosechamos lo que sembramos, así que no nos queda más que echarnos a un lado y hacer sitio.

–Disculpa, pero... –dijo Kay–. Europa, Norteamérica y Australia han reducido las emisiones de combustibles fósiles prácticamente a cero. Clavando otro clavo en nuestro ataúd económico, nosotros hemos hecho lo imposible para alcanzar la neutralidad de carbono en 2050, otro de esos años lejanos que se suponía que nunca llegaría y ahora está a la vuelta de la esquina. Mientras tanto, China, la India y el Sudeste Asiático han estado generando emisiones a más no poder.

–No se les puede echar la culpa a las naciones más pobres por querer un estilo de vida occidental, *bab*. Se lo merecen.

–¡Será broma! –estalló Kay–. Vivimos de tostadas mohosas. ¿Qué

«estilo de vida occidental»?

–Si el Reino Unido no significase una mejora sustancial de sus terribles circunstancias, estos pobres refugiados nunca se lanzarían a atravesar el canal, con lo peligroso que es.

–Incluso en los primeros días, los tópicos tranquilizadores y liberales de Cyril habían empezado a adquirir el demencial sonsonete de una cancioncilla infantil.

–No estoy convencida de que todo se deba al cambio climático –rezongó Kay–, y ni siquiera en primer lugar al cambio climático. África y Oriente Medio son casi todo desierto, siempre lo han sido. Esos climas ya eran un desastre cuando yo era pequeña. Siempre ha habido sequías ahí, y cosechas fallidas, langostas y hambrunas, ¡porque esa parte del mundo jamás ha estado preparada para sostener a miles de millones de personas!

–Hablas como si te hubieran envenenado los pódcasts de Calvin Piper, ese loco amargado. No suelo decir eso de mucha gente, pero ese demógrafo es el mal en persona.

–Reconozco que ese vejestorio es intragable, pero puede que tenga razón. Y en cuanto a ese *mea culpa* tuyo, es una reacción visceral que significa que tenemos que quedarnos aquí, de brazos cruzados, mientras invaden nuestro país...

–¡Mucho cuidado con lo que dices! –dijo Cyril.

–¿Y qué se supone que tengo que decir? ¿«Mientras nuestro país atrae a un número inusual de visitantes»?

–Sí. Eso suena mejor.

–Nuestra culpa ha sido curar todas las enfermedades que antes mantenían controlado el crecimiento de la población en esas partes del mundo.

–¡Basta! Tú eres enfermera, Kay. ¿Qué bicho te ha picado?

–Yo te diré qué bicho. Hyde Park y Kensington Gardens ahora son lugares de acampada, no se pueden pisar. No se puede caminar por la orilla sur del Támesis por culpa de todas esas familias que viven ahí envueltas en mantas. Y no solo pasa aquí. En París acampan a lo largo del Sena, en los puentes, alrededor de la torre Eiffel... Se hacinan alrededor de la pirámide del Louvre y han hecho añicos todos los cristales. En Italia han montado las tiendas en las ruinas

romanas y han convertido el Coliseo en un albergue para indigentes. Ya casi no queda un solo Gobierno solvente en Europa, salvo Suecia, y a duras penas, porque tiene más visitantes per cápita que nadie. Si hasta tú y yo apenas podemos permitirnos una mísera salchicha. ¿Qué va a hacer este país con toda esa gente?

–No hablas de «esa gente» como si fueran personas reales –la reprendió Cyril.

–¡Claro que son reales! ¡Pero solo porque sean «personas» no significa que deban pedirme que me guste tenerlas aquí!

–Me avergüenzo de ti. Nunca imaginé que pudieras ser tan egoísta.

Cyril siempre había sido uno de esos tipos –¿por qué siempre eran hombres?– magnánimos con los extranjeros, pero a menudo despiadado con conocidos.

–Tenemos que ser egoístas para sobrevivir. Lo dice la biología –dijo Kay–. Las culturas ciegamente altruistas perecerían. ¿Y qué otro propósito puede tener un país, aparte de proteger a su pueblo? ¿De poner el interés de sus ciudadanos por encima del interés de los que vienen de fuera? De lo contrario, la nacionalidad no significa nada. Si los derechos de los habitantes de un país se equiparan a los de todos los demás habitantes del mundo, no hay país.

–El propósito de un país –dijo Cyril, con los ojos entrecerrados–, y en especial de este, es preservar una serie de valores. Y para esos valores, las políticas diseñadas con el ánimo de empobrecer al vecino son anatema.

–Entonces, para salvar Gran Bretaña, algo que, según tú, significa rescatar nuestros asquerosos valores, tenemos que destruirla.

–Prefiero morir con integridad a prosperar como un salvaje.

Kay se levantó tan rápido de la mesa que la silla cayó hacia atrás.

–¡Estás chiflado! Esa es la clase de aforismo de sillón que... que es... fatuo. Es como vanagloriarse, Cyril. Lo que está pasando en Europa es real, no una página arrancada de un libro de sesuda filosofía política, y tú reaccionas adulándote a ti mismo. ¡Porque los dos tenemos más de cien malditos años y ahí fuera la vida se está volviendo peligrosa!

–Es comprensible. Muchos de esos solicitantes de asilo están

desesperados y harán lo que sea con tal de dar de comer a sus hijos.

–¡Aaaah! ¿Y si me pasan por encima de la cabeza para dar de comer a sus hijos?

–Lo lamentaría –dijo Cyril con rebuscada condescendencia–, pero podría seguir contextualizando tu desgracia.

–Y yo te pregunto: ¿hay algún límite? ¿Se te ocurre algún límite al número de visitantes que este país debería dejar entrar? ¿Cinco millones, diez, cincuenta? ¿O piensas que cuantos más mejor?

–Las cifras se han exagerado de un modo escandaloso –dijo Cyril con frialdad–. No sé cómo subrayar mi preocupación con suficiente firmeza. Me temo que te ha contaminado la fea propaganda de los fanáticos, y eso es lo peligroso.

Cyril no se equivocaba en lo relativo a la escalada de prejuicios. Para horror de la mayor parte de los británicos, que en realidad siempre se habían preocupado más por la justicia y el decoro que por las colas disciplinadas en los supermercados, los grupos de vigilancia se multiplicaban. Eran rufianes que, desde barcos pesqueros, disparaban a los *dinghies* sobrecargados que cruzaban el canal. También apaleaban con bates de críquet a gente indefensa e incendiaban las tiendas de los campamentos. Cuando no se dedicaba a explicar por qué la repentina oleada migratoria era únicamente culpa de la audiencia, la BBC malgastaba su abundante cobertura de «la Gran Oleada» lamentando con detalles escalofriantes esos odiosos ataques de la ultraderecha. Los pocos minutos de *Newsnight* que después quedaban se volcaban en patéticas historias de sufrimiento individual y persecución de los recién llegados. Eran gays, de países donde la homosexualidad era ilegal. Eran personas transgénero a las que se les había negado la cirugía. Otros huían del

servicio militar obligatorio o se habían atrevido a hacer pública su oposición a regímenes totalitarios y habían sobrevivido por los pelos a un atentado que podría haberles costado la vida. Habían escapado de interminables y cruentas guerras territoriales. Y casi siempre, por supuesto, habían huido a pie de unas aldeas en las que no tenían agua ni comida tras perder a familiares que habían muerto de hambre o por culpa de una atención sanitaria deficiente. Como no podía ser de otra manera, los retratos eran solidarios, y cada uno de los solicitantes entrevistados por la cadena parecía merecer lo que todo ser humano debería tener derecho a esperar: seguridad, sustento, un techo. Huelga decir que cualquiera que sostuviese que había que enviar de vuelta a su país a esa gente encantadora era un monstruo.

No afectados por la alta estima de que gozaba la urbanidad entre el ciudadano medio británico, al final los recién llegados se impusieron a los violentos casos aislados del equipo local, en primer lugar debido a su inquebrantable determinación de encontrar «una vida mejor», y luego, muy pronto, por una simple cuestión de números –los que fuesen, pues el Ministerio del Interior hacía mucho que había dejado de fingir siquiera que llevase la cuenta y la secretaria de Estado había dejado su cargo en el gabinete para huir, según se rumoreaba, a las Hébridas–. A pesar de reiteradas noticias sobre una oleada que había tocado techo, seguían formándose y enfilando hacia el sur de Europa, a lo largo de kilómetros en lontananza a vista de dron, caravanas interminables de peatones, bicicletas, carretillas, camellos, coches destartalados y vagones sobrecargados.

Contribuyendo aún más a los festejos, Extinction Rebellion, el movimiento contra el cambio climático que tan popular había sido entre los jóvenes y británicos blancos acomodados, se había mezclado con el antinómico Ninguna Vida Importa para convertirse en «¡Extinción!», punto. Tras acumular una fuerza temible, los amotinados instaban con fervor pagano a abrazar el apocalipsis propiamente dicho, el mismo que los ecoactivistas originales habían querido prevenir. Considerando que compartían una causa común con los solicitantes de asilo, no se dedicaban a apalear a los

inmigrantes ni a incendiar campamentos; lo que hacían era destrozar todo lo que oliera a civilización antediluviana, a sociedad que ya había tenido su momento, y el blanco de sus incendios provocados era más grande que una triste tienda de campaña –por ejemplo, el palacio de Westminster–. Según Simon y Hayley, los bisnietos ahora adolescentes de los Wilkinson se habían unido a los anarquistas y habían estado cometiendo pillajes por Londres toda la noche. Como el Reino Unido había alimentado una desafecta escena punk, era lógico que el país también diera a luz a un movimiento antisocial mucho menos decorativo y de clase media (en Gran Bretaña ya no había clase media) que no tardó en propagarse por el continente. Cuando por fin se completó la segunda restauración de la catedral de Notre Dame, en menos de dos semanas una turba de jóvenes franceses blancos vestidos con camisetas de ¡EXTINCIÓN! volvió a prenderle fuego hasta que quedó otra vez reducida a cenizas.

–No necesitamos seis dormitorios. En cierto modo, es justo.

La clásica justicia social de Cyril había perdido brillo y repetía los lugares comunes en una socarrona clave menor.

–Ya no soporto que me digas que tengo que aprender a compartir. Como si fuera una cría –susurró Kay con voz ronca–. Detesto tener que alojar a esa gente en casa.

Estaban encerrados en el desván, el lugar al que unos treinta *visitantes* instalados en las habitaciones de abajo habían desterrado a los dueños de casa.

–Al menos Simon intentó echarlos –añadió.

–*Bab*, no es fácil hacernos a la idea, pero Simon ya tiene setenta y cinco años. La suya fue una muestra de lealtad muy emocionante, pero llamar a la puerta y soltar esas amenazas hueras de que iba a llamar a la policía (¿qué policía?) lo puso en una situación delicada. Si la mayor parte de los adultos que viven abajo tienen menos de la mitad de los años que tiene nuestro hijo... Solo se rieron de él, así

que ya puede darse con un canto en los dientes. Podría haber sido mucho peor.

–Roy podría haber organizado el rescate si hubiese querido –dijo Kay. De los miembros de la familia, solo Roy, empezando de cero, había prosperado en medio del caos; ahora se dedicaba al tráfico de personas enfocado en los refugiados en mejor posición económica. Era un negocio lucrativo. A sus setenta y dos años, por fin había encontrado su vocación.

–Es verdad –convino Cyril, pesaroso–. Tiene los contactos necesarios en el submundo para movilizar a una turba y ponerla a sus órdenes. Pero seamos francos: lo único que le interesa a Roy de esta propiedad es convertirla en una casa segura para sus clientes.

–Puede que debamos considerarnos afortunados por no habernos puesto él personalmente de patitas en la calle –dijo Kay–. Hayley al menos parece haber aprendido la lección después de esa malograda performance. Dice que, por nostalgia, ha vuelto al «distanciamiento social» del coronavirus, una manera muy fina de decir que no sale nunca de casa.

Hayley había elegido el peor momento posible para revivir las veleidades artísticas de su época universitaria. La obra que había montado para la ciudad-campamento de Regent's Park solo podía ser lacrimógena. Para ilustrar la «desigualdad» se sentó en un taburete muy cómodo y lujoso, y se dedicó a zamparse un montón de profiteroles fingiendo que los actores eran refugiados que la contemplaban apenados. Resumen: terminaron robando a los actores y quedándose con los profiteroles. Era un teatro mucho más innovador.

–Eh –dijo Kay–. ¿Has visto que han destrozado mis preciosas mesas auxiliares y echado la madera a la chimenea? Y después los niños, con el carbón para dibujar, llenaron de monigotes el papel pintado de la sala.

–Ya estaba un poco descolorido –dijo Cyril con un suspiro–. A la mierda el papel pintado. El verdadero problema son las cañerías. El sistema de alcantarillado de Londres ya es bastante precario, con todas esas toallitas húmedas y esa masa de grasa solidificada en las cloacas, pero por lo visto nadie sabe qué se puede tirar por el

inodoro y qué no. Esta tarde me costó conseguir que el de arriba funcionara, pero ahora, cuando he bajado por la escalerilla sin que se dieran cuenta, me lo he encontrado atascado, lleno de mierda y rebosando otra vez. Lo siento, *bab*. Tendremos que volver a usar el cubo.

–Hay que ponerles de comer a los abuelos, ¿no? –se oyó decir abajo. Después de juntarse con un contingente de anarquistas del barrio, los huéspedes de ese Airbnb improvisado, procedentes de ni se sabía cuántos países, al menos se comunicaban entre ellos en inglés.

Tras desplegar la escalera de mano retráctil, el jefe de personal subió únicamente los tres o cuatro peldaños necesarios para dejarles la cena en las polvorientas tablas del suelo. El único plato principal era, como siempre, un montículo de papilla de harina de maíz que podría haber pasado por polenta, salvo que no tenía mantequilla ni queso parmesano ni, y eso era lo peor, una pizca de sal. El plato, de la vajilla de la boda, estaba desportillado y agrietado, pero bonito aún, el centro color crema y el borde verde esmeralda con un toque plateado.

–No sé por qué tú preocupa de ellos –dijo una voz femenina cuando volvieron a cerrar la escalera–. Jodido encontrar comida. Malgastar buen *ugali*. Cuesta tiempo. Sarina muy delgada.

En cuanto se alejaron esos huéspedes que deberían haber dejado la casa mucho antes, Cyril dijo por lo bajo:

–Hoy he podido cargar un poco el teléfono, cuando estaban casi todos fuera. Buscando comida, supongo. Pero al final cortarán la luz. Nuestra pensión ya no da para pagar la factura de la British Gas, y los dos últimos meses la domiciliación no habrá pasado. No van a seguir tolerando a los morosos para siempre.

–¡Pues date prisa y mira la página de la BBC! –lo apremió Kay–. ¿Qué dicen las noticias? –Cyril tomó aire, entró en la página y suspiró–. ¿Qué dicen? ¿Pueden ser mucho peores que ayer?

–Han ascendido en rápel por la fachada del Banco de Inglaterra y han roto las ventanas. Se sospecha que han asesinado al gobernador. Más okupas, qué duda cabe.

El titular era más de lo mismo. Los campus de las universidades

de verano, de Cambridge a Boloña, los habían ocupado recién llegados que no tenían nada, y los pocos cursos que seguían dándose se ofrecían en línea, incompletos. Al marido de Hayley lo habían despedido del University College hacía ya tiempo: lo último que se necesitaba en esos días eran clases de Lingüística. La British Library estaba protegida con paneles de contrachapado; el premio Booker ya no se entregaba y hasta Suecia llevaba tres años sin dar el Nobel. Después del saqueo, en el Victoria & Albert ya no quedaba nada que exhibir, pero estaba lleno hasta los topes de muestras de desesperación e ingenio humanos. Se rumoreaba que habían robado los cuadros de la Galería Nacional, pero, en realidad, los lienzos, atacados a navajazos, colgaban hechos trizas. En Barcelona, los alegres edificios de Gaudí acabaron vandalizados y solo quedaban trocitos sueltos de cerámica de colorines. En Berlín habían pulverizado sistemáticamente, a mazazos, los adustos bloques del Memorial del Holocausto; los alemanes quisieron echarles la culpa a los neonazis, pero esos agitadores nihilistas no actuaban movidos por un propósito tan constructivo como la resurrección del Tercer Reich.

–¡Por Dios! –exclamó Kay–. Ese edificio es una fortaleza. ¿Fueron los de Extinción? ¿O los migrantes?

–Los dos. Ahora actúan juntos. Y están mejor organizados. Qué curioso, ¿no? Hasta a los anarquistas les tira el orden.

–Puede que lo del banco ni siquiera importe –dijo Kay, que había perdido toda esperanza–. De todas maneras, la libra no vale nada –añadió, señalando la comida con la cabeza–. Lo que estamos viviendo ya es bastante penoso sin que nuestros amables cuidadores se nieguen a prestarnos nuestra propia cubertería.

–Es cultural –dijo Cyril, pero sin verdadero interés–. Tiendo a pensar que casi todos nuestros vecinos de abajo comen por costumbre con la mano izquierda.

Intentaban mantener cierto aire de civilización sentándose correctamente a cada lado del plato; unos edredones heredados de la abuela de Kay amortiguaban los huesos del trasero. Después de mojarse la mano en un cubo de agua limpia, la única limpia que tenían, y solo una vez, Kay tuvo la gentileza de partir el montículo en

dos raciones –con el índice– y quiso darle a Cyril la más grande: era un hombre y, aunque solo fuera nominalmente, el más corpulento de los dos. No podía decirse que esa comida abriese el apetito, pero estaban muertos de hambre y hacía falta disciplina para no zampársela toda de golpe aunque fuera bazofia. En cambio, siempre intentaban, igual que en los viejos tiempos, alargar las comidas con conversaciones y reflexiones. Cyril encendió el último cabo de vela que quedaba, creando así una atmósfera íntima y acogedora que ayudaba a disimular las pilas de baratijas acumuladas debajo del alero que «algún día podrían servir» para alguna cosa.

–Aquella noche, cuando decidimos no poner punto final a nuestra vida el día que cumplías ochenta –empezó a decir Cyril–, me dijiste que «querías saber qué pasaría». Te sentías como en la mitad de todas las historias, del cambio climático y el coronavirus, entre otras; cielos, si hasta recuerdo el momento en que también mencionaste el Brexit, nada menos que el Brexit, y a Donald Trump. Dijiste que dejarlo todo en marzo de 2020 sería como devolver a la biblioteca un montón de novelas a medio leer.

–Y tú dijiste –recordó Kay– que daba igual cuándo muriésemos, pues siempre estaríamos en mitad de alguna trama histórica inacabada y que, por eso, dejar cabos sueltos formaba parte de la mortalidad.

–Pero ahora yo querría preguntarte algo... La caída en picado de la libra, el aumento de la delincuencia, la pérdida de todos nuestros ahorros. Nueva York inundada. Los saqueos con bates de críquet en el Museo Británico. La caída en la autocracia de la mayoría de los países europeos. Nuestra casa, ocupada por extraños. ¿Te alegra haber vivido tanto para acabar viendo todo eso? ¿O habrías preferido despedirte antes y evitarte esta vida? Si ahora vuelves a pensar en esos días, ¿cómo de fuerte es tu «curiosidad narrativa», cuando el final del libro es deprimente?

–Ejem... Me sorprendo un poco a mí misma, porque imaginaba que esa «curiosidad narrativa» mía era verdadero interés. Pero no soy tan curiosa. Si tuviera que volver a empezar de cero, creo que aceptaría el solemne pacto que propusiste por primera vez en 1991. Visto ahora, pienso que habría estado bien hacerlo cuando cumplí

ochenta, cuando todo empezó a ir mal. Puede que prefiriese haber muerto en un estado de inocencia, de delirio incluso, porque desearía no haber visto nunca fotografías de un Caravaggio hecho trizas y colgando del marco. No haber visto nunca el Parlamento reducido a escombros. Ni las flores de Kew Gardens pisoteadas y cubiertas de heces humanas. Me gustaría retrasar el reloj al 29 de marzo de 2020, brindar por nuestro maravilloso matrimonio con una copa de buen cabernet y tragarme un puñado de pastillas para inducir..., bueno, esa amnesia o lo que sea que te permite olvidar el futuro. Me habría quedado felizmente dormida en casa, cuando todavía era nuestra casa, bien decorada, la casa en la que habíamos pasado tantas noches agradables con cenas mejores que esta papilla de harina de maíz. Me encantaría haberme ido de este mundo sin saber lo que esperaba en el horizonte, un horizonte que, mientras cierro los ojos por última vez, sigue pareciendo hermoso.

Cyril frunció el ceño y se quedó mirando fijamente un punto en la media distancia, es decir, no más lejos que la viga del techo más cercana, cubierta de telarañas.

–Puede que yo no piense lo mismo, y eso también me sorprende. Los últimos veinte años han sido dolorosos pero interesantes. Si la caída en esta locura iba a ocurrir de un modo u otro, entonces prefiero estar vivo para verla. No me gustan los espejismos. Siempre he intentado mirar la vida de frente.

–Ah, nada de eso –dijo ella, sonriendo, e inclinándose para darle un beso en la mejilla.

–Por supuesto, míralo en perspectiva –dijo Cyril, en un tono más alegre esta vez–. Podríamos estar presenciando una destrucción creativa. De las cenizas siempre surge algo diferente, y quizá mejor, ¿no? Mira el Renacimiento.

–Es cierto. Pero la Edad Media duró mil años.

–Entonces míralo así: en general hemos tenido una vida maravillosa. Solo fuimos lo bastante grandecitos para entender de verdad la Segunda Guerra Mundial una vez terminada, cuando sabíamos que los buenos habían ganado. Conocimos el Plan Marshall y el triunfal ascenso de un Estado del bienestar desde que se creó hasta que desapareció. Nuestras carreras fueron largas y útiles.

Criamos tres hijos sanos y al menos uno de ellos resultó ser una persona agradable. Pudimos comprar aparatos asequibles para ahorrarnos tiempo y trabajo. Aprendimos a manejar los ordenadores, y de hecho tuvimos varios, y después llegó la bendición de internet, que, aunque comúnmente se use mal, sigue siendo un milagro. Durante las cuatro quintas partes de nuestra vida hemos conocido la tecnología, hemos visto el alivio de la pobreza, los adelantos de la ciencia médica...: la vida no hizo sino mejorar. Hemos visto películas magníficas, hemos leído libros magníficos y hemos ido a exposiciones magníficas. Hasta hace unos pocos años podíamos pasear por la calle sin miedo. Hemos vivido casi siempre en un Estado de orden social, y a eso le debemos nuestros mayores placeres.

»Pero ninguno de esos jóvenes que saquean los últimos teatros del West End puede decir nada parecido. Solo han conocido penuria y decadencia. No tienen futuro y lo saben. ¡Los fundamentos del mundo occidental se desequilibraron fatalmente mucho antes de los desmanes de los agitadores de Extinción! Puede que esos gamberros solo quieran acabar lo más rápido posible una demolición que es inevitable...

–Chist... –dijo Kay.

–¿Dónde tú vas? –se oyó decir a una voz femenina en el piso de abajo.

–Tengo que recoger el plato de los abuelos –dijo el hombre que les había llevado el puré–. Ya casi no quedan, se van rompiendo. Y tengo que vaciar el puto cubo. Bufff. No veas cómo apesta la caca de viejo.

–¿Por qué tú preocupas tanto por esos blancos arrugados? –preguntó la mujer–. Necesitamos comida para los niños. Esos dos apestan, mumba mumba con la boca todo el día, ahí arriba.

–Kokie, chaval, la reina aquí tiene razón –dijo un vozarrón masculino con marcado acento de Liverpool–. Esto no tiene sentido, ¿pillas? Vamos justos de papeo. Es como ponerles un banquete de primera a un par de perros sarnosos.

–¡Pero son viejos! –protestó el cuidador–. ¡Hay que respetarlos!

–Deja esas chorradas en tu país, colega –dijo el del vozarrón–. A

tiempos prácticos, medidas prácticas.

El cerrojo de la trampilla se movió y la escalera del desván se desplegó con estrépito. Kay se agarró al brazo de Cyril. Se miraron a los ojos.

–¿Qué vas a hacer, Dicky? –preguntó desde abajo el cuidador, suplicando–. ¿Qué vas a hacer?

El hombre que asomó la cabeza era un auténtico cachas, un blanco musculoso de unos veinticinco años al que Kay y Cyril nunca habían visto. Llevaba un machete. Si se hubiera tomado el seconal en 2020, Kay también se habría ahorrado ver lo que ocurrió a continuación, pero, al menos, la imagen del cuerpo decapitado de su marido no se le quedó grabada en la retina más de un segundo o dos.

11. EL AMOR NO SE CONGELA

–Hay un movimiento que aboga por «envejecer en casa».

–¡Me apunto! –dijo Kay, muy convencida–. Me gusta vivir aquí. He trabajado muchísimo para tener la casa que tenemos. El jardín de invierno es una delicia y el papel pintado de orquídeas de la sala me fascina. Quiero que sigamos cuidando el jardín. Quiero poder servirme una segunda copa de vino tinto sin que una enfermera entrometida me la quite porque no me hace bien.

–Sigue habiendo un peligro –dijo Cyril–. Podría quitártela y*o*.

–¿A que no te atreves?

Al final no pagaron el exorbitante depósito de El Final del Viaje. Decir que no a ese refugio seguro con aires de Hotel Ritz era una apuesta, pero, como señaló Kay, todas las decisiones que tomamos en esta vida lo son, ¿no?

No obstante, en los años de derroche, celebración, rejuvenecimiento y renacimiento que siguieron a la crisis del coronavirus, Kay y Cyril se sintieron enfrentados al optimista estado de ánimo social. El inevitable bajón económico que llegó tras la pandemia se calificó más tarde de destrucción creativa. Pronto abrieron nuevos restaurantes y florecieron nuevas empresas. El FTSE100 no describió una mera V, sino una J, elevándose a alturas estratosféricas y engrosando los planes de jubilación de todos. Los Wilkinson se sentían como si no los hubiesen invitado a la fiesta. En sus planes privados tenían mucho dinero, sí, pero ¿para qué lo querían si no vivirían para gastarlo? Primero a Cyril le diagnosticaron cáncer de páncreas, una enfermedad con muy mal pronóstico general, y encima se la diagnosticaron tarde. Poco después de recibir esa noticia demoledora, Kay se enteró de que el dolor persistente y la debilidad que sentía en el hombro, junto con los calambres

musculares, la creciente dificultad para andar y una repentina incapacidad para abrir los botes de mermelada que ella misma había preparado eran síntomas prematuros de esclerosis lateral amiotrófica.

–He olvidado muchas cosas. Hace años que dejé el hospital –dijo Kay, sin fuerzas, sentada a la mesa de la cocina–, así que no he tenido más remedio que buscarlo. Podría vivir cuatro años más, pero la parálisis avanzará rápido. Mi síntoma preferido: «risa o llanto fuera de lugar». Con el tiempo ya no podré comer ni hablar ni respirar sin un ventilador. Puede que sea hora de volver a buscar el seconal.

–Tengo otra idea –dijo Cyril. Aunque ya le habían programado la quimioterapia, todavía no estaba decidido a someterse a un tratamiento agotador que en un hombre de su edad fallaría sin remedio–. Estos últimos años se han hecho progresos espectaculares en criogenia. Ahora ya no te meten en un fluido conservante como si fueras un pepinillo. Ahora va de animación suspendida, como corresponde. ¿Recuerdas aquel documental que vimos en Channel Four? Mantenían a un hámster completamente inerte durante dieciocho meses y luego lo despertaban y se ponía a corretear muy contento por la jaula. ¿Qué podemos perder? Si resulta que más adelante no pueden revivirnos, pues nada... Ya estamos en las últimas y vamos a morir de la manera más espantosa imaginable. Aún habría una pequeña posibilidad de que funcione y de que, cuando nos resuciten, el cáncer de páncreas y la ELA puedan curarse.

–Claro, ¿por qué no? –dijo Kay, sin darle mayor importancia (hasta ese momento, la sentencia de muerte la había llevado a ser impertinente, alocada incluso; un anticipo, tal vez, de toda esa «risa y llanto fuera de lugar» que le pronosticaban) y se inclinó para sellar el acuerdo con un besito–. Mi *Rip Van Wilkinson* particular.

Que la oficina de atención al público de Bellas Durmientes, S. L., estuviera decorada con parafernalia de la factoría Disney no

inspiraba confianza precisamente. Antes bien, los dibujos de conejitos y enanos aumentaban la sensación de que esa dudosa empresa se burlaba a costa de sus clientes. La mayor parte del exhaustivo papeleo pretendía descargar a la compañía de toda responsabilidad legal. Al menos el precio –abusivo– no hizo parpadear ni a Kay ni a Cyril. Enfrentados a la oscuridad que los esperaba, los dos, que habían sido unos agarrados toda la vida, finalmente aceptaban que el dinero no tenía valor en y por sí mismo, sino que era solo un medio para alcanzar un fin; por lo tanto, era valioso cuando se gastaba. A menos que ese estrambótico experimento diese resultado, tanto cinco libras como cinco millones pronto no tendrían valor alguno.

–¿Sí? ¿Qué problemita tienen? –preguntó la recepcionista, con el aire de que le importaba un comino. La escuálida joven vestía ropa de gimnasio para ir a trabajar. Y mascaba chicle.

Renuente a confiarle sus penas a una aburrida chupatintas, Cyril, muy lacónico, dijo:

–ELA y cáncer de pán...

–Sí, hemos tenido algunos con eso. Le duele el culo, ¿no? –dijo la recepcionista sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador–. ¿Les han dicho cuánto tiempo les queda?

–No, no se sabe cuánto –dijo Cyril–. Como hemos dejado claro, no queremos que nos revivan hasta que las dos enfermedades puedan tratarse con descubrimientos médicos. El pago lo garantiza un fideicomiso. Ya enviamos toda la documentación.

–¿Es doloroso? –preguntó Kay con repentina urgencia. Le había dado demasiada vergüenza preguntarlo antes.

–¿Cómo quiere que lo sepa? –contestó la recepcionista sin parar de mascar.

–En Dignitas al menos nos atenderían mejor –dijo Cyril a Kay con un gruñido casi imperceptible.

–¿Tenemos que desvestirnos? –preguntó Kay, angustiada, cuando la chica los hizo pasar al sanctasanctórum.

–Porfa... –dijo la recepcionista–. Esto es un laboratorio de criogenia, no un campamento nudista. Y no se ofenda, pero paso de mirar su trasero arrugado.

–Oh, no, no me ofende –dijo Kay en tono avinagrado.

–Sarcástica para estar caducada –dijo la empleada, y pareció decirlo como un cumplido.

En ese momento se abrieron dos cápsulas y se iluminaron desde dentro. Imposible no notar que parecían ataúdes.

–¿Y tenemos que tumbarnos ahí dentro? ¿Nada más? –preguntó Kay.

–¿Y qué más quieren hacer? ¿La danza Morris?

–Podría tener un poco más de respeto, ¿no cree? –dijo Cyril. A los dos empezaba a mosquearles tan desconcertante falta de ceremonia.

–Uy, ya veo que la cápsula les ha dado escalofríos –dijo la recepcionista–. Pues ya les digo que dentro se van a quedar helados –recalcó, y rio para sus adentros. Ya había hecho esa broma antes.

–¿Puede dejarnos solos un momento, por favor? –dijo Cyril con voz firme.

–Un minuto, máximo dos –dijo la joven–. Pero, si lo que de verdad pretenden es marear la perdiz, tengo que advertirles que la penalización por rajarse habiendo llegado hasta aquí es de..., no sé, tropecientas mil libras.

En esos breves instantes de intimidad, Cyril besó a su mujer con pasión, como se besaban durante horas cuando eran novios, y se separó de sus labios con las mismas pocas ganas que recordaba de aquellos días, cuando tenían que volver a concentrarse en los estudios. Ese beso iluminó con un cosquilleo toda la vida que habían vivido juntos, como si su matrimonio fuera el plato de batería que él acabase de golpear hábilmente con un mazo de fieltro.

–Nos vemos –dijo Kay.

–Nos vemos –dijo Cyril.

Lo último que oyeron fue el ruidito del chicle de la recepcionista.

Al cabo de unos segundos –o de un periodo de tiempo que pareció durar unos segundos–, Cyril abrió los ojos y vio a una mujer de piel

oscura y raza indefinida que lo miraba fijamente con expresión de curiosidad clínica.

–¿Pod oy? ¿Pod ve?

Cyril tenía los ojos secos y le dolían. También le dolía el sonido de la voz de esa mujer. Pero el dolor parecía más hondo que la reacción que desataba en él. Estar ahí dolía. Existir sin más.

–Luzabaj –dijo la mujer, irguiéndose. Medía al menos dos metros cuarenta.

La luz, al debilitarse, atenuó el martirio de ver, simplemente ver, pero solo un poco. Cyril intentó formar una palabra, pero no era fácil conseguir que se le moviera la boca; menos fácil aún era pensar qué decir. Bien su sistema neurológico estaba padeciendo cierta inestabilidad mecánica, bien el cerebro y los nervios faciales funcionaban a la perfección y, en ese caso, lo que le impedía hablar era una severa orden de su mente, a saber, que dijera lo que dijese no merecía la pena el esfuerzo porque sería una sandez.

–Waa –graznó Cyril con la voz muy debilitada.

La mujer, que vestía un atuendo muy peculiar –un traje ceñido cubierto de lustrosas plumas negras, como un híbrido de superheroína y cuervo–, le roció un aerosol dentro de la boca.

–¡Segur! –gritó por encima del hombro–. Sit viol.

Un hombre corpulento con la misma tez de color indefinible y un traje de plumas azules se apostó a su lado para vigilar al ejemplar tumbado boca arriba.

Daba igual lo que le hubiese ocurrido al mundo exterior entre los instantes que transcurrieron desde el cierre de la cápsula hasta que se abrió la tapa: a Cyril le había pasado algo. Se sentía una imitación de sí mismo, y mala, como la imagen borrosa que se obtiene cuando no se fotocopia del original, sino de una copia de una copia; él parecía ser el resultado de, al menos, diez reproducciones seguidas. Cuando se esforzaba por recuperar recuerdos recientes, solo le venían a la mente fragmentos; ante él pasaban flotando enanos, conejos y una camiseta de gimnasia de licra de una mujer. Su mente le ordenó una vez más que no se molestara en ensamblar esos recortes. Todos eran una reverenda estupidez.

Al final consiguió humedecerse los labios.

–¿Podría decirme dónde estoy, por favor? –El grupo de personas reunidas en esa sala estalló en carcajadas–. Perdón, ¿he dicho algo gracioso? –preguntó intrigado.

Todos volvieron a reír con ganas.

–Sior –dijo la mujer de las plumas negras–. ¡Su habla!

–Lamento causarles problemas, pero sería muy útil encontrar a alguien que hable inglés. –Una petición absurda, por supuesto, pues ahí nadie hablaba inglés–. ¿Inglés?

Mientras al equipo apiñado alrededor de la cápsula todo seguía pareciéndole divertidísimo, la Mujer Pájaro Negro preguntó:

–¿Angle?

–¿Google Translate? –sugirió Cyril, sin hacerse demasiadas ilusiones. Esa gente tenía un aire raro, vestía raro, hablaba raro. Estuviera donde y cuando estuviese, las probabilidades de que una aplicación de teléfono inteligente tirando a imperfecta siguiera existiendo medio millón de actualizaciones después eran nulas. No es que tuviera importancia. Nada la tenía.

Sus cuidadores se agruparon para deliberar y toquetearon todos los mecanismos que una raza humana de más de dos metros cuarenta de estatura puede toquetear hasta que al final apareció, junto a la cápsula, el holograma de un hombre mayor vestido con un traje hecho de delicadas plumas doradas. Cyril intentó sentarse, para probar. Le dolía todo. No solamente los huesos. Le dolía hasta la última célula.

–Permit yo presentar mí –dijo, muy grandilocuente el holograma–. Expertismo en dialectios perdis. Servirle para su. Trad.

Un experto. Cyril dijo:

–Tal vez pueda empezar diciéndome qué lengua hablan estas personas.

El «expertismo en dialectios perdis» pareció espantarse, pero cuando Cyril repitió la petición mucho más despacio, dio la impresión de que la captaba. La proyección holográfica parecía ser el equivalente actual del marido de Hayley, profesor de Lingüística.

–Angle –dijo el profesor.

–¿Inglés? ¿En serio? –Cyril sintió un temor difuso; si la gente hablaba ese galimatías en que parecía haberse convertido su lengua

materna, entonces entenderla requeriría un esfuerzo enorme que su belicosa mente le advertía ya, sin rodeos, que no pensaba hacer–. ¿Y sería tan amable de decirme dónde estoy exactamente?

Los presentes volvieron a desternillarse de risa y el holograma los miró con severidad para recordarles la disciplina.

–Lon –dijo.

–¿Londres? –infirió Cyril–. Londres, Inglaterra, en el Reino Unido.

Su interlocutor volvió a tener problemas.

–Lon...dres –pareció recordar–. ¿Ingla? ¿Rey Unión? –dijo–. Más no.

Bueno, habían predicho que el Reino Unido se desintegraría cuando dejase la Unión Europea, y aunque Cyril había sido un unionista apasionado, disponía de la información factual, solo hacía falta desempolvarla un poco. Ahora no le interesaba. Los escoceses siempre habían sido unos agitadores, y la fórmula Barnett para distribuir la riqueza nunca había sido justa con los contribuyentes británicos.

–Así que el Rey Unión más no –recapituló Cyril, y su tono no pudo ser más cáustico–. ¿Podría también...?

–¡Sior! –dijo el holograma–. ¿Cómo dice su «Rey Unión más no»?

–El Reino Unido ya no existe. –Hacía diez minutos que había regresado al mundo y ya estaba dándoles clase a sus secuestradores o lo que fuesen; con todo ese cursi montaje futurista, bien podrían estar enseñándole un par de cosas a él. Cyril ya estaba cansado.

Entusiasmado, el holograma dio un golpe en un dispositivo.

–¡Un tesoro de lingüística histriónica!

–De lingüística *histórica* –descodificó Cyril, aburrido–. Disculpe si soy muy básico, pero tengo la sensación de que he estado un tiempo fuera de circulación. ¿En qué año estamos?

Respuesta incomprensible. Al cabo de un largo pingpong lingüístico que fue un verdadero tormento, Cyril acabó descubriendo que los años ya no se contaban a partir del nacimiento de Cristo y era más que imposible determinar en qué fecha estelar, por llamarla de alguna manera, de cinco dígitos estaban en ese momento en relación con la década de 2020. Por suerte, el año era, para él, objeto de la más total indiferencia.

Con todo, en medio del prolongado ir y venir alrededor de la base diez, lo que se parecía a preguntar a esas personas por las pinturas rupestres, Cyril intuyó que debería haber formulado una pregunta urgente desde el principio. No haberlo hecho todavía era inquietante en la medida en que ahora podía inquietarse Cyril, si bien es cierto que notaba que su encarnación anterior se habría sentido en efecto muy inquieta. ¿Cómo pudo tardar tanto en preguntar dónde estaba su mujer?

A Cyril le aseguraron que pronto podría reunirse con el homínido prehistórico de la segunda cápsula, pero antes les pidieron a los dos que se sometieran a una revisión médica completa.

Cuando los afables descendientes de su especie lo ayudaron a salir de la cápsula, para Cyril fue un alivio comprobar que las piernas le aguantaban. La animación suspendida no parecía conllevar el desgaste muscular que produce pasarse todo el día en la cama, pero él, que de joven había sido un hombre alto para su generación, metro ochenta y pico, ahora medía setenta centímetros menos que los fornidos especímenes de la nueva era, a cuyo lado parecía un enano. La pérdida literal de estatura escocía. Podía inferir, pues, por raro que se sintiese, que en su interior seguía intacto cierto núcleo, una especie de observador discreto que siempre había estado ahí, a la espera, vigilando desde dentro. El hombre que había sido antes de la inmersión criogénica se habría ocultado a sí mismo esa quintaesencia disfrazándola de algo más noble e inefable, pero su nueva y brutal iteración no tenía ningún problema a la hora de identificar el núcleo como lo que era: ego.

Su ropa agudizaba la humillación infantil de tener los ojos a la altura del diafragma de los cuidadores. En medio de todos esos relucientes trajes aviares, un cárdigan de lana azul marino con botones de madera y cuello vuelto, una camisa de vestir color marfil planchada impecablemente en su día, pero ahora arrugada que era un espanto, y unos cómodos y holgados pantalones con dobladillo

podrían haber sido perfectamente las calzas, las golillas, las mallas y los zapatos puntiagudos con hebilla de una serie de época de la BBC en clave de comedia.

Cuando el equipo, con cautela, condujo a su curioso ejemplar histórico hacia algo que podía ser una instalación médica, lo trataron con la exagerada atención que los paleontólogos podrían dedicarle a un fósil raro que acabaran de desenterrar. Dada la tarea que tenía por delante, Cyril se vio obligado a hacer aflorar un recuerdo que por alguna oscura razón permanecía intacto y que era el único que parecía capaz de hacerle sentir algo: en este caso, algo sucio, contaminado, funesto.

Fue un momento incómodo. Las palabras *cáncer* e, incluso, *célula* dejaron estupefacto a su intérprete holográfico. Por tanto, Cyril se vio obligado a extenderse sobre las muchas criaturas malas que proliferaban, atacaban y arrollaban a las criaturas buenas y luego se iban a otras partes del cuerpo a seguir haciendo cosas malas... Parecía un idiota. Al final, se limitó a buscarse el páncreas lo mejor que pudo y a señalarlo.

Lo llevaron a otra habitación desnuda. Una mujer le apuntó a los ojos con una luz naranja y, un instante después, Cyril estaba tendido en una camilla, en cueros y cubierto con una manta. Debieron de sedarlo.

–Todo orden –dijo el holograma, con cierto aire de suficiencia.

Era más de lo que la Sociedad Británica del Cáncer podría haber soñado nunca.

Cyril tuvo nuevamente la acuciante sensación de que quizá debería haber hecho otra pregunta antes y, también de nuevo, tal olvido no lo angustió en especial, aunque esa aparente falta de interés lo habría angustiado, y no poco, antes de despertar convertido en una fotocopia de sí mismo. ¿Ahí curaban también la ELA?

Durante los dos días en que ese viajero del tiempo permanecería en observación antes de poder reencontrarse con su esposa, el interlocutor dorado le sugirió que se hiciera un favor a sí mismo, y que se lo hiciera también a sus cuidadores, sentándose para conversar largo y tendido. La conversación se almacenaría después

en un ordenador de esos que aprenden solos, y el resultado, a la práctica, sería Google Translate.

En el curso de sus charlas, el holograma explicó, no sin dificultades –es decir, a su manera–, que el *Homo sapiens sapiens* de esos días se consideraba un organismo único (en realidad, dijo «orgasmo único»), cosa que a Cyril, como socialista que era, debería haberle hecho gracia, pero no. (La idea de la colmena rebosante de actividad ayudaba a explicar por qué hasta ese momento no le habían preguntado cómo se llamaba ni se hubieran presentado por su nombre.) Dado que esa entidad colectiva necesitaba pocos componentes para funcionar con eficiencia, el número de humanos que habitaban el planeta se había reducido mucho. Al viejo Cyril le habría desasosegado ver la manera en que se había conseguido esa disminución. Al nuevo Cyril simplemente le alivió porque tal vez así no tendría que conocer a tantos ejemplares desconocidos de dos metros cincuenta y cinco de estatura. Cuando preguntó por qué todos tenían la piel del mismo agradable color nuez, el intérprete se quedó bloqueado ante un concepto de «raza» que no significaba «raza humana». Gracias a Dios. ¿Mestizaje? Con independencia del modo en que se hubiese conseguido homogeneizar el color de la piel, a Cyril le alegraba ver el final de aquella competencia cosmética.

Todos estos temas eran vagamente interesantes en la misma medida en que cualquier cosa lo era, pero, la última mañana, Cyril estaba desconcentrado. Esa tarde, a punto de reunirse con su mujer después de quién sabe cuántos eones, no estaba impaciente ni se moría de ganas; solo sentía ansiedad.

Tras una comida repugnantemente amarga –algo espantoso les había ocurrido a las papilas gustativas humanas o a las habilidades culinarias de la especie–, el nuevo mejor colega de Cyril lo condujo a una sencilla habitación donde vio una mesa pequeña, dos tazas de líquido y dos sencillas sillas. Un momento después, por una puerta que tenía enfrente apareció una figura bajita, una enana casi, con una acompañante femenina. La personita se veía increíblemente vieja, y tenía una expresión a todas luces conmocionada. Al lado del plumaje aerodinámico de su cuidadora, su vestido con bolsillos por

debajo de las rodillas parecía un saco de arpillera. No cabía duda de que ese arduo y gradual proceso de «reconocer» a su esposa no era natural. En el pasado sencillamente la habría visto.

Cuando el holograma se acercó a la puerta, Cyril entró en pánico.

–¿No irá a marcharse?

–Ustedes hablando mismo lingüilismo perdis, ¿no? –dijo el holograma, intrigado–. No necesitación de trad.

–Ah, sí, por supuesto –repuso Cyril, que no pensaba decir en voz alta que no quería que lo dejasen solo con Kay.

Cuando la acompañante de Kay se marchó, habría jurado que su mujer también la miraba compungida. Cyril se acercó a su silla más despacio y más tieso de lo que justificaba haber despertado de la animación suspendida pocos días antes, pues haber puesto el cuerpo en pausa no significaba que volver a moverse costase más que darle al botón de *play*. La única actividad que le resultaba endiabladamente difícil era la de existir.

Quizá si hubiesen tenido tiempo de escribir con antelación el guion del reencuentro habrían sellado la escena con un abrazo, pero no solo no se tocaron, sino que ninguno de los dos se comportó como si se les pasara por la cabeza hacerlo. Se tomaron su tiempo para sentarse. Cuando por fin Kay levantó la vista, tenía los ojos de cartón.

–Hola –dijo.

–Hola –dijo Cyril, y fue pasando el tiempo–. ¿Qué tal lo has pasado? –preguntó. Una pregunta manida después del coito, pero ni Kay ni él rieron.

En la expresión de Kay solo había fastidio.

–¿Qué pregunta es esa? No hay nada que recordar.

Se sentaron.

–¿Te han curado la ELA? –se acordó de preguntar Cyril.

–Sí –dijo Kay, impávida.

Por supuesto, cuando ella entró, Cyril podría haber advertido que ya no tenía los síntomas clásicos –tropezones, pérdida del equilibrio–, pero fijarse en esas mejoras habría requerido una atención que sería natural con alguien cuyos dolores eran, en cierto

sentido, también los de uno, y cuya sentencia de muerte era también la de uno, y esa mujer podría haber sido cualquiera.

Cyril bebió un sorbo del líquido que contenía su taza e hizo una mueca. Ni siquiera beber le apetecía; como había anticipado, ese brebaje era vomitivo. Pero había que hacer algo.

–Aquí la comida es asquerosa –dijo.

–Me parece que ellos creen que es muy refinada –dijo Kay, aunque daba la impresión de que hablaba por hablar–. Creo que nos dan de comer algo que para ellos es *haute cuisine*. Piensan que están tratándonos a cuerpo de rey.

Ese pensamiento pareció agotarla; su vista fue deslizándose de la cara de Cyril, como si ese rostro estuviese recubierto de crema hidratante y la retina no consiguiera fijarse en él.

–El inglés que hablan ahora... –dijo Cyril, advirtiendo avergonzado que estaba «entablando conversación» de una manera que no recordaba haber hecho jamás en los intercambios, antaño fluidos, con su mujer–. Han desaparecido los adverbios. Y las declinaciones. Nada de *yo/me* ni *ella/la*. En la forma escrita, después de que todo el mundo acabara confundido sin remedio con las comas y los puntos y coma, redujeron todos los signos de puntuación al guion largo. Todas las letras son minúsculas y las palabras se escriben según se pronuncian. Escritura fonética. Lo que en nuestro día eran apócopes de moda (*prob* para *problema*, *cab* para *cabernet*, la *uni*..., la manera en que Hayley empezó a decir *obs* y que te sacaba de quicio) ahora lo hacen con todo, acortan todas las palabras largas a tamaño viaje. Y el vocabulario es mínimo porque así es «más eficaz». Si queremos aprender a comunicarnos, puede que lleguemos a dominar el dialecto, incluso a nuestra edad.

–Muy bien –dijo Kay, que empezaba a aburrirse–. No puedo decir que me interese.

La memoria factual le recordó a Cyril que en el pasado esa mujer se había interesado activa e incluso frenéticamente por todo, a menudo sin propósito concreto. Puede que ahora la apatía fuese «más eficaz».

–¿Te sientes... –Cyril no sabía bien qué adjetivo usarperdida?

En la cara, Kay tenía la expresión clásica de la víctima de un ictus

con «velocidad de procesamiento lenta».

–Eso me resulta demasiado específico –dijo ella al cabo de unos instantes–. No estoy segura de qué significa *sentir*.

La textura de ese encuentro recordaba los torpes esfuerzos de Cyril por ligar en la *uni* antes de conocer a Kay. Se parecía a una cita que sale mal.

–Bueno, ha funcionado –dijo Cyril, incapaz de reprimir una nota agria.

–Qué.

Otra vez la irritación.

–Nuestro gran plan –dijo él, también irritado–. Nos metimos en la cámara frigorífica. Cuando nos despertamos se curaron nuestras enfermedades terminales.

–Ah, eso –dijo Kay–. ¿Y?

¿Qué había visto alguna vez en esa mujer? No tenía ni idea.

Parecieron horas, pero en realidad fueron solo unos diez minutos; cuando por fin los separaron (los rescataron), el holograma le dijo a Cyril que ahora tenía que ver a otra clase de médico.

–Su mujer y usted son los especímenes preservados criogénicamente más viejos que hemos revivido jamás –dijo esa Otra Clase de Médico con una gramática clara e impecable. Llevaba un vistoso traje de plumas color púrpura que recordaba a un cardenal norteño (macho) y, en la cabeza, un diodo o algo por el estilo. Google Translate era todo un éxito–. No acabo de creerme que se pueda tardar tanto tiempo en decir algo –añadió por lo bajo.

–La criogenia todavía estaba en pañales –dijo Cyril–. Pero, si no probábamos, íbamos a morir.

–¿Por qué no querían morir?

–Eso me suena a pregunta estúpida.

–Si nuestras investigaciones de ejemplares mucho más jóvenes pueden servirnos de guía, a usted ahora todo le parece una estupidez.

Cyril se sintió pillado in fraganti, y resentido también, como si el terapeuta hubiese estado espiando.

–En este futuro...

–Esto no es el futuro. Es el presente. Es una de las muchas cosas que van a darles problemas.

–En este presente, pues, ¿ustedes no temen morirse e intentan evitarlo? ¿O no se mueren?

–Morimos –dijo el cardenal rojo, y dio la impresión de que morirse no le preocupaba en absoluto–. Pero lo único que importa es la continuación de la... No me gusta esa expresión que usan ustedes, «la colmena». Suena a insectos. Es demasiado reduccionista.

Señalando con la cabeza el traje del consejero, Cyril propuso:

–¿Y qué le parece cambiar *colmena* por *nido*? ¿«Bien está el pájaro en su nido»?

Pero el terapeuta ni se inmutó. Cara de piedra. Puede que semejante sumo sacerdote psíquico estuviera por encima del sentido del humor.

–La totalidad a la que me refiero es algo que usted no entiende. Usted es incapaz de comprender.

–Disculpe, pero diría que está insultándome.

–No nos preocupa ofender su vanidad. Hubo una época en que la unidad de nuestro organismo superior era más frágil, en que habríamos considerado su individualismo primitivo una seria amenaza. Si los hubieran reanimado en una época anterior, podrían haberlos lapidado hasta la muerte, pero ahora nuestra solidaridad es incuestionable y lo más probable es que los veamos como seres pintorescos o, más probable aún, patéticos.

–Con el debido respeto –la clásica floritura con que los miembros del Parlamento siempre empezaban una arenga repleta de improperios–, usted no me conoce en absoluto. Yo nunca estuve a favor del «individualismo primitivo». He sido un socialista convencido toda la vida.

Cyril dejó de jadear y resollar de golpe. Uno de los efectos secundarios más temibles de la animación suspendida era una horrorosa incapacidad para mentirse a uno mismo. Él nunca había sido socialista ni igualitarista. Se había adherido al socialismo *ad*

maiorem gloriam suam y siempre se había sentido superior a los demás.

–Ese es un ejemplo perfecto de lo que aquí llamamos *patético* –dijo el médico–, esa idea de que hay algo como «conocerse a uno mismo». Como si los demás fuésemos a quedar encandilados por sus profundidades insondables y a fascinarnos con sus divertidas excentricidades, incoherencias irónicas y deslumbrantes complejidades. Ustedes no tienen nada especial y nosotros tampoco. Lo único que los distingue personalmente son la ignorancia y el orgullo desmedidos. Nosotros sabemos que todos somos iguales, y ser intercambiables no nos molesta lo más mínimo. Por eso, a los humanos modernos la muerte ni nos inmuta. En cambio, para ustedes, la idea de ser solo una abeja obrera reemplazable, diré, para emplear su desagradable analogía, es intolerable, por degradante. Ustedes se aferran a una fantasía ridícula, piensan que, si desaparecieran del conjunto de la humanidad, dejarían un vacío enorme.

–Sí, es posible que antes pensara de esa manera –dijo Cyril, desanimado–. Pero ahora ya no.

–Nos hemos ido por las ramas. Si me permite retomar... De los ejemplos que hemos podido compilar, hubo una serie de casos escalofriantes en que la criogenia falló. Más de un sujeto acabó enterrado vivo. Hubo cuerpos llevados a un estatismo perfecto, pero en los que la mente siguió despierta, algo muy parecido a lo que ustedes llaman *síndrome de enclaustramiento*. Así, cuando las reanimaron, esas personas ya estaban locas sin remedio y representaban un peligro para sí mismas o para los demás. En alguna ocasión se reanimó la conciencia en un cadáver en descomposición. Como consecuencia, mientras usted y su mujer se encontraban en estado de suspensión, durante mucho tiempo se prohibió la práctica. Así que son toda una rareza. Casi todas las crónicas de su era acabaron destruidas. Ustedes dos nos serán de mucha utilidad para llenar algunas lagunas. Pero yo estoy aquí para advertirles de que están en peligro inminente de autodestrucción. Voluntaria. Coloquialmente se diría que quieren irse «al otro barrio» por voluntad propia. Para nosotros, lo que aquí llamamos *colmena*

perdería un activo valioso, y con vistas a impedir esa pérdida, tengo que prepararlos para lo que pueden esperar. En este momento están pensando que el shock inmediato tras despertar en un mundo nuevo es la parte dura. Suponen que más adelante, cuando se aclimaten, cuando aprendan el idioma e incluso hagan amigos, acabarán encajando. Por tanto, es importante que entiendan que la experiencia de un tiempo tan distinto del suyo solo se volverá más difícil. Nunca se aclimatarán ni harán lo que entendían por amigos. Nunca encajarán.

–No puede decirse que sea un buen recibimiento –protestó Cyril.

–Quiero que se imagine que es usted un dinosaurio en un museo de historia natural, que un milagro consigue devolverlo a la vida y puede salir a la calle dando zancadas. ¿Va a encajar?

–Eso lo ha sacado de mi conversación con el profesor. Era una metáfora.

–El dinosaurio es una buena metáfora. Destaca en el paisaje, la gente se detiene a mirarlo, es patoso y no puede comunicarse. Lo único malo de la metáfora es que usted es un ser raquítico, atrofiado. Es monstruoso.

Cyril se mosqueó una vez más.

–A mí me consideraban alto.

–Olvídelo –dijo el facultativo sin compasión alguna–. Estamos en las primeras fases del desarrollo de la clarividencia total y esa es una de las razones por las que la lengua se ha reducido a mínimos; pronto será una lengua muerta, como la cola o el apéndice vestigiales. Se sentirá excluido. Le aseguro que estar en una habitación donde la gente asiente y ríe sin necesidad alguna de decir nada aísla mucho más que estar en una fiesta donde toda la gente enrollada le hace el vacío.

–¿Puede leerme el pensamiento?

–Dicho groseramente, sí. Si quisiera. Aunque, para serle franco, su mente no es un lugar al que me muera por ir.

Cyril estuvo a punto de decir, a la defensiva: «¡Ser yo no es tan malo!». Pero se detuvo. Era muy malo. Era terrible y no sabía por qué.

–Mire usted, cuando eligieron «ir a dormir», como tienden a

entender o, mejor dicho, a malentender la suspensión –prosiguió el terapeuta–, no se tomaron en serio la posibilidad de que, el día que despertaran, todos sus conocidos, sus colegas, sus amigos, su familia, incluidos sus propios hijos y los hijos de sus hijos habrían perecido mucho tiempo antes. Hemos visto a más de un revivido hacer esfuerzos absurdos para encontrar a sus descendientes biológicos. Incluso cuando lo consiguieron, descubrieron que no tenían conexión alguna con su progenie, ni emocional ni, a juzgar por la apariencia, biológica. Esos tataratataratataratataranietos que nunca pidieron que nadie los buscase tienden a ver a sus ancestros resucitados como seres torpes y bastante repulsivos. Esa piel pastosa..., como del color de una rata topo lampiña... Hiere su sensibilidad.

–Por favor, ya veo que no se corta usted un pelo.

–En el mejor de los casos pensarán que son fenómenos de circo –prosiguió diciendo el terapeuta, como si *torpe* y *repulsivo* no fuesen ya adjetivos bastante crueles–. La sensación que usted tiene de sí mismo se construye, más de lo que usted mismo es consciente, a partir de la gente que ha conocido y a la que ha querido. Incluso aquellas némesis suyas a las que ha despreciado han contribuido a formar el contexto que lo define. Ahora su único contexto es su esposa.

Cyril se miró el regazo. Sentía algo parecido a la vergüenza.

–Kay –dijo Cyril con dificultad, aunque se preguntó si llamar a alguien por su nombre en ese amorfo reducto comunitario no sería un acto de sedición–. Algo le ha ocurrido a Kay.

–Algo les ha ocurrido a los dos –lo corrigió el terapeuta–. Las entrevistas anteriores sugerían que lo que le ha ocurrido le resultaría incluso más duro de aceptar que los cambios que ha experimentado su cónyuge.

–No lo entiendo –dijo Cyril–. Cuando firmamos los documentos en Bellas Durmientes, S. L., un nombre ridículo para una empresa científica, no confiaba de verdad en la posibilidad de sobrevivir, pero, para mi asombro, aunque puede que todavía no haya llegado a los noventa, puedo andar, comer y dormir. Por lo que veo, mi cuerpo funciona igual que antes y ahora puedo creer a su médico. Me ha

dicho que ya no tengo cáncer de páncreas. Entonces ¿por qué todo se ve tan desangelado..., tan plano, por qué está todo tan muerto?

–Piense en un paquete de carne picada que se ha guardado en un congelador durante un tiempo muy largo –dijo el terapeuta–. Cuando la carne se descongela sigue conteniendo proteínas y seguirá siendo alimenticia en un sentido puramente nutricional. Sin embargo, de todo su delicado aroma no queda nada. Ahora, en los bordes, tiene un color gris, y la consistencia... Bueno, está seca, el agua se ha separado de las fibras, que se han vuelto duras y correosas. Como hoy ya no comemos carne picada, he tomado la imagen de su memoria, por eso estoy seguro de que sabe de qué estoy hablando. Y tengo que decir que escogí el recuerdo y me largué porque no sé cómo aguanta usted ahí. Su mente es una cueva fría y yo aún estoy ahogándome de tanto polvo seco que tragué.

Por alguna extraña razón, Cyril sabía muy bien qué recuerdo le había birlado el terapeuta. Con gran fanfarria, para el primer aniversario de casados le había regalado a Kay un congelador con forma de cubo, un regalo que los convirtió en tempranos propietarios de algo que todavía no era un electrodoméstico típico de la clase media. Como si quisieran agradar a los dioses de la preservación, ofrecieron al aparato una ritual libra de carne picada –en aquellos días, congelar era un entretenimiento–. Tal vez, con el tiempo, ese totémico paquete quedó relegado al olvido y oculto debajo de productos más frescos. Mientras el bulto se pasaba ahí años y años envuelto en papel de carnicero, el envoltorio se rompió y se aflojó el cordel. Al final, Kay, antes de mudarse a la casa de Lambeth, descongeló la misma carne que una vez había sido ceremonial. Estaba asquerosa, pero la familia se comió estoicamente las hamburguesas.

–No solo su cuerpo fue metafóricamente *helado* –siguió diciendo el consejero–, sino también su esencia o, digamos, sus mejores sentimientos. Su alma, si quiere. No es la primera vez que lo vemos. A falta de un término mejor, usted tiene quemaduras por congelación.

Alojaron a los Wilkinson en habitaciones con servicios

compartidos, que, como todas las construcciones de ese futuro –ese presente– eran sencillas y funcionales. Si alguna vez Kay decidía resucitar aquel absurdo capricho suyo de ser decoradora de interiores, ahí habría conseguido pocos clientes. La decoración, como el idioma, se había reducido a lo esencial.

Pasaron la noche inquietos, incómodos, sin saber si quedarse de pie o sentarse, ni dónde sentarse, como si no hubieran vivido juntos más de sesenta años haciendo sus cosas y cruzándose por casualidad y luego reuniéndose para tal o cual fin en la misma casa.

–He estado hablando con un terapeuta o algo por el estilo –dijo Cyril. No parecía correcto decir absolutamente nada.

–Sí –dijo Kay, que seguía teniendo esa mirada de aturdimiento, como si fuera un dibujo animado y un oso con pajarita le acabase de dar un mazazo en la cabeza y el animador hubiese puesto asteriscos en el lugar de los ojos–. Yo también he hablado con uno.

–Lo que dijo no me pareció reconfortante.

–No creo que la intención sea reconfortar.

La mujer que era su esposa desprendía un olor peculiar, a moho con una desagradable capa dulce, como una cebolla sin pelar. De hecho, el olor era peor que peculiar: era repelente. Aun así, su mente le informó de que Kay siempre había olido así, y él no conseguía entender cómo podía haberlo soportado jamás.

–¿Crees que pueden volar? –sugirió Cyril con voz lánguida. Kay lo miró como si su marido fuese bobo

–¿Qué?

–Los trajes, todas esas bonitas plumas.

Kay no se animó a decir nada. La conversación no avanzaba.

–¿Vamos a dormir? –sugirió Cyril, desesperado.

–Sí, vamos.

Cyril no sintió timidez ni vergüenza al desvestirse –a la luz de esa perniciosa fealdad, desvelar un cuerpo desnudo solo parecía dejar al descubierto lo que era– y tampoco se avergonzó por tener colgajos y manchas en la piel que también, sencillamente, *eran*. Sí que echó una mirada al órgano marchito que tenía entre las piernas, asombrado al pensar que alguna vez una mujer pudo encontrarlo atractivo, y en ese momento se dio cuenta de que nunca había

preguntado si los neohumanos aún tenían relaciones sexuales. Pero no había preguntado, por supuesto. Su curiosidad se había disecado.

Kay también se quitó la ropa sin aspavientos. Desvestidos, se miraron el uno al otro y se pareció a mirar la pared o una silla. No se agitó nada.

Cyril siempre había dormido en el lado izquierdo de la cama, un territorio que reclamó en un acto reflejo. Ya era difícil recordar, sin que importase cuántos eones habían transcurrido en tiempo real, que subjetivamente solo habían pasado muy pocas noches desde la última vez que compartieron un colchón. No obstante, ese día, Cyril se acurrucó con torpeza contra un cuerpo ajeno. Durante la noche, Kay no paró de poner un brazo en la almohada de Cyril o de darle pataditas en la espinilla, y a él no le resultó fácil reprimir la irritación aun sabiendo que Kay no pretendía atacarlo a propósito. Ella hablaba en sueños, entre dientes, y él no entendía cómo alguna vez esos diálogos de Kay dormida pudieron parecerle adorables. Esa noche solo una verdadera educación inglesa le impidió gritar: «¡Cállate!». Sentía frío cada vez que ella revolvía la ropa de cama, y cada vez que volvía a colocarla bien, sentía calor. Un empeine contra la pantorrilla lo despertaba de golpe (piel escamosa, como del Ártico), mientras que una mano contra su cuello le hacía sentir, si deseaba apartarla, el mismo pánico que podría haber sentido si le hubiese caído un murciélago del techo. La cama no era lo bastante grande para dividirla en dos feudos aparte y, por mucho que intentase dormir junto a esa mujer que seguía siendo su esposa, envuelto o entrelazado con ella, no encontraba la manera de sentirse cómodo. Nada encajaba.

Cuando, al cabo de un largo día dedicado a embalar y a esperar a los hombres de la mudanza, Kay abrió por primera vez la libra de picada descongelada, Cyril observó que toqueteaba la carne con un suspiro de decepción antes de dividirla en dos mitades para empezar a hacer las hamburguesas. En el medio del montoncito, puede que no más de treinta gramos seguían pareciendo carne. El resto aún conservaba un rojo vibrante, y Cyril tal vez diera por sentado que, si esos treinta gramos se hubieran separado del resto, habrían conservado el sabor original. En el centro de la psique de Cyril

existía algo que se había preservado de la misma manera, y en las horas que precedieron al amanecer fue ese pedacito el que lloró, lloró y lloró.

12. ÉRASE UNA VEZ EN LAMBETH

–Un momento. Seamos claros. –Kay volvió a poner los pies en el suelo y se enderezó en la silla–. Estás proponiendo que lleguemos a los ochenta y después nos suicidemos. Esa palabra no la has mencionado. Cualquiera que conciba un plan así no debería valerse de eufemismos y evasivas.

–Totalmente de acuerdo. Estoy proponiendo que lleguemos a los ochenta y después nos suicidemos.

–Oh, por el amor de Dios, Cyril Wilkinson, no seas ridículo. ¡Sinceramente, hay veces que...!

Cyril pareció herido.

–Hablaba en serio.

–Lo sé –dijo Kay, poniéndose de pie–. Por eso es ridículo.

–Entonces ¿qué propones tú para evitarnos el destino de tu padre?

–Nada. Nuestro destino no está del todo en nuestras manos. Sé que eso es algo del mundo que a ti no te gusta, pero tiene un lado bueno: ese destino tampoco es del todo responsabilidad tuya. O, si terminamos mal, culpa nuestra.

–No me gusta que desprecies sin más una idea sobre la que he reflexionado muchas horas –dijo Cyril, enfurruñado.

–Tienes un montón de ideas brillantes, querido –dijo Kay, besándolo en la cabeza–, solo que esta no es una de ellas. En cambio, tu propuesta de poner otro tragaluz en el jardín de invierno es genial.

–¿Qué tiene de malo planificar una salida limpia? –preguntó él, de mal humor.

¡Por Dios! ¿No podía olvidarse del tema?

–Desde un punto de vista psicológico, un pacto de suicidio

estúpido y numéricamente arbitrario no es realista y, además, yo no quiero suicidarme. ¿Te basta eso? De vez en cuando hay personas que tienen una vida activa en la vejez, una vida que las satisface y enriquece. Y si creer en esa posibilidad se parece a creer en las hadas, pues muy bien, yo creo en las hadas.

Kay colocó en el lavaplatos los dos bonitos vasos de jerez. ¿En qué diablos había estado pensando? Beber a una hora tan temprana... Si al menos se hubiera dado a la bebida para ahogar las penas por la muerte de su padre, pero no lamentaba que hubiese fallecido. Solo lamentaba no lamentarlo.

Apenas cuatro años después, Kay, a los cincuenta y cinco, se acogió a la jubilación del NHS. Antes de anunciárselo a Cyril, la angustiaba la posibilidad de que él considerase una traición la decisión de dejar la sanidad pública a la primera oportunidad que se presentara. Peor aún, la preocupaba que se burlara de la segunda carrera que a partir de ese momento esperaba sacar adelante. La actividad para la que quería formarse no conllevaba ninguna carga moral; no tenía cualidad moral alguna. Trabajar con superficies, formas y colores no tenía nada que ver con hacer el bien, aunque, si se esforzaba, podía dar para vivir bien.

Sin embargo, cuando expuso sus planes –tanteando el terreno, nerviosa, como dando a entender que ante el menor signo de desaliento podía olvidar por completo ese capricho–, la sorprendió que Cyril se brindase a apoyarla. Su marido elogió el trabajo que había hecho en la casa cuando la redecoró, y no veía razón alguna para que no pudiera consolidar su instinto innovador para el diseño. Le aseguró que en el Saint Thomas había hecho como enfermera mucho más que cumplir con su deber, y hasta le confesó sentir una sana envidia por una profesión que podía ofrecerle grandes oportunidades de ser creativa. Kay nunca había estado más segura que esa noche: se había casado con el hombre apropiado. Cyril no era, ni de lejos, tan rígido como parecían creer sus hijos. Aunque

podía quedar atrapado en sus propias ambiciones y en su manera de ver las cosas, en el fondo era afectuoso. Se preocupaba muchísimo por la felicidad de Kay. Cierto, creció en una época en la que se esperaba que las mujeres asumieran un papel sumiso y callado, pero no se había quedado anclado en la década de 1950 y era capaz de cambiar.

Kay acabó Interiorismo en Kingston, y los trabajos para amigos y amigos de amigos acabaron brindándole la más que osada oportunidad de postularse para reformar el vestíbulo de un hotel lujoso y relativamente nuevo, el One Aldwych de Covent Garden. No solo se hizo con el encargo, sino que su trabajo –una modernización audaz, si bien acogedoraganó un premio nacional de diseño. Tras dar el salto a las propiedades comerciales, no tardó en pedir honorarios suculentos y pudo escoger los espacios que la inspiraban. Así se ganó una codiciada reputación de decoradora que nunca sacrificaba la funcionalidad por el *high concept* y que pensaba que los interiores podían combinar modernidad y estilo sin ser fríos e inhumanos. Tal vez le preocupaba que Cyril se sintiera eclipsado e, incluso, un punto celoso, pero no era así; su marido no podía estar más orgulloso, y vivía arrastrando a sus amigos a restaurantes con el comedor diseñado por Kay aun cuando sirvieran basura en lugar de comida.

Poco después, el doctor Wilkinson al fin reconoció (básicamente ante sí mismo) que ya había hecho todo lo que debía por la sanidad pública. Cuando se retiró con sesenta y dos años, la calurosa despedida en la clínica de Bermondsey le hizo derramar alguna lágrima, pero no dejó que los médicos ni los enfermeros ni los recepcionistas se marchasen antes de ayudarlo a apurar el regalo: un whisky puro de malta de veinticinco años. Ya en casa, no pasó demasiado tiempo de brazos cruzados antes de ponerse en serio con las memorias. Al principio andaba siempre medio disculpándose por el proyecto, afirmando que escribía solo para su propia satisfacción. Aunque en secreto albergaba ciertas esperanzas –siempre modestas: que a los chicos pudieran interesarles las memorias del padre, por ejemplo–, no creía de verdad que ese libro llegara alguna vez a publicarse. El proceso de repasar su vida se reveló placentero en sí

mismo. Cuando, con timidez, le permitió a Kay ver el borrador final, la efusiva reacción de su mujer lo abochornó tanto como la inmensa admiración de sus colegas de Bermondsey.

–¡No hacía falta que exagerases! –le suplicó–. Cariño, bastaba con que esto no te pareciese mortalmente aburrido.

Aunque solo fuese porque Kay insistió, envió el archivo por correo electrónico a un compañero del coro masculino casado con una editora de Orion.

Y, como a la mujer de su compañero del coro le fascinaron las memorias de Cyril, Kay insistió en que las cosas marchaban según lo previsto. Así y todo, él no podía estar más asombrado. Orion le hizo una oferta antes de que pasase una semana, y el jugoso anticipo que le pusieron delante lo hizo sonrojar. En cuanto se publicaron las memorias, con el título *Listo para servir,* fueron un éxito de ventas en las listas del *Sunday Times.* A instancias de su editora, Cyril se embarcó en la redacción de un segundo volumen y acabó firmando una larga serie de libros de tema médico para legos, una mezcla muy bien acogida de consejos de salud, sabiduría popular, reflexiones filosóficas sobre la mortalidad y anécdotas sobre pacientes que pidieron mantener el anonimato. Cyril combinaba los monótonos días de trabajo delante del ordenador con firmas de ejemplares, apariciones en festivales y conferencias en facultades de Medicina, y era generoso con la prensa a la hora de dar entrevistas.

De hecho, la casa de Lambeth se convirtió en una meca para médicos jóvenes afectados por una crisis profesional, para los que no sabían si podrían aguantar largas guardias o sobrellevar el sacrificio de la vida familiar y la devastación que les provocaba la pérdida de pacientes. Por otro lado, los aspirantes a interioristas hacían cola para ver a Kay y sonsacarle todo lo que pudiesen sobre los aspectos más exigentes de sus proyectos de principiantes. Los mentores los agasajaban con té y vino, y nunca escatimaban; la casa solía estar a rebosar de jóvenes que pedían consejos a gritos, solicitaban tímidamente unos elogios que quizá significaban mucho para ellos y compartían historias de esa entrañable etapa de la vida que, en tan solo cinco minutos, combinaba un bajón paralizante de confianza con una arrogancia totalmente injustificada. La sangre

joven que se arremolinaba en torno a la mesa de la cocina era un tónico.

Al principio, cuando sus discípulos se deshacían en muestras de veneración, el matrimonio se sentía abochornado. No obstante, aprendieron pronto a tomarse con calma esos homenajes y nunca dejaron que se les subieran a la cabeza, ni siquiera cuando no paraban de oír cosas como «Sois más divertidos que los amigos de mi edad», «Vosotros me entendéis muchísimo mejor que mis padres» o «Pero, por favor..., ¡si podríais pasar por treinta y cinco!».

Por temor a quedar atrapados en los éxitos fulgurantes de una segunda carrera, los cónyuges se dejaban tiempo todos los años para viajar a los destinos que Kay tanto había deseado conocer en la época en que de ningún modo podrían haberse permitido semejante despilfarro. Al principio, a Cyril la idea no le hizo mucha gracia, y si accedió a acompañarla en esas excursiones fue más que nada por hacerle un favor a ella, la más aventurera. Sin embargo, al cabo de un par de viajes, también le picó el gusanillo y no dijo que no a Australia, Malta, Key West, Las Vegas y Japón. Se dio cuenta de que podía conllevar un riesgo, y no menor, el aficionarse a tal o cual proyecto en la vejez y luego no poder desengancharse.

Se compraron una casa de vacaciones palaciega en el Algarve y también reservaron tiempo para pasar con toda la familia dos caóticas semanas de agosto. Como en casi todas las familias, en la suya también había fricciones. Tras albergar ambiciones artísticas cuando era joven, Hayley, estancada en la maternidad de la mediana edad, se sentía frustrada. Roy y ella estaban celosos de lo que ganaba Simon, corredor de bolsa en la City, pero Simon trabajaba hasta tan tarde que rara vez tenía tiempo para gastar lo que ganaba, y no digamos para ver a sus hijos. Igual que otros hijos se alistan en el ejército, hacía tiempo ya que Roy se había presentado voluntario para el papel de oveja negra. Sin embargo, ver florecer a unos padres jubilados inspiró a los tres hijos a buscar en su interior el mismo optimismo y la misma inventiva. Siguiendo el ejemplo de su madre, Hayley decidió continuar estudiando, y en adelante dedicó su lado creativo a enseñar a niños con necesidades especiales de zonas deprimidas de Londres. Puesto que iba todo el día como una peonza

para ayudar a gente más desafortunada que ella, perdió unos kilitos y dejó de estar resentida con su madre, siempre esbelta. Las dos se hicieron muy amigas y no era raro que las tomasen por hermanas.

Harto de trabajar en su correduría, Simon se mudó a Devon para fundar un parque eólico. Por su parte, Roy, como reaccionando a las necesidades de una población marcada por la misma condición de parias con la que él había cargado toda la vida, empezó a trabajar con solicitantes de asilo. Les conseguía clases de inglés, los formaba para presentarse al examen de ciudadanía del Reino Unido cuando aspiraban a obtener la nacionalidad británica y les enseñaba a moverse en los misteriosos y burocráticos pasillos del Ministerio del Interior. Al final, él también sentó cabeza y se casó con una hermosa senegalesa con la que tuvo cuatro preciosos hijos multirraciales, del color de las nueces. Aunque ya eran mayores para ser padres, Percy, el hermano de Kay, y su marido tuvieron gemelos mediante gestación subrogada en Laos. Cuando los nietos se hicieron mayores y empezaron a salir con una estudiante de Derecho taiwanesa, una osteópata colombiana, un programador judío de Sudáfrica y un jugador de fútbol de Samoa, el clan Wilkinson, antaño exclusivamente anglosajón, no tardó en parecerse a uno de esos anuncios de seguros en los que los modelos forman un grupo multicultural, y las reuniones familiares pasaron a ser mucho más variadas y enriquecedoras que las rígidas asambleas civiles de los aburridos viejos ingleses de toda la vida.

Mucho más satisfechos ahora en lo personal, los tres hijos de Kay y Cyril apreciaron más a unos padres a los que antes no habían sabido valorar o a los que habían elegido como blanco unificador de sus burlas compartidas. Hayley se desvivía por expresar gratitud a su madre; de pronto, Kay era para ella un modelo, un ejemplo, tanto por su larga e inagotable dedicación al servicio público como a la hora de lanzarse sin red a un campo más imaginativo; en Navidad, Simon compraba libros de su padre por pilas para repartirlos entre los empleados del parque eólico. Pero puede que el cambio más emotivo fuese el de Roy: aunque como director interino de Hospitality House ganaba una miseria, después de ahorrar durante años, anunció que iba a llevar a sus padres a una expedición por

Senegal con todos los gastos pagados para que conocieran a su familia política, y se negó a aceptar un solo penique con que costear el viaje. La juerga no pudo salir mejor. Aunque los parientes políticos de Roy no hablaban inglés, todos se comunicaron usando un improvisado lenguaje de signos; a veces, los malentendidos fueron para partirse de risa. Por si fuera poco, todos acordaron volver a verse en cuanto pudieran.

Mucho antes de cumplir los setenta, Kay y Cyril se dieron cuenta de la suprema importancia de cuidarse, y se embarcaron juntos en un arduo aunque muy agradable programa de ejercicio físico. A partir de entonces ya no se limitaron a pasear por la orilla del Támesis. Kay tomó clases avanzadas de spinning y se volvió una apasionada de los baños helados en aguas abiertas y en pleno invierno. Cyril empezó a hacer escalada y las siempre fascinantes pesas. Totalmente de acuerdo, como parecían estarlo en todo en esos días, decidieron que sus vacaciones tenían que ser menos ociosas: remaron en canoa por el Amazonas, recorrieron Francia en bicicleta parando en restaurantes con estrellas Michelin e hicieron caminatas por el Sendero de los Apalaches en Estados Unidos, donde, incluso en cuestas muy empinadas, llegaron a adelantar a muchos jóvenes del grupo.

Aunque ahora Cyril ayudaba mucho en la cocina, Kay se ocupó de mejorar la dieta. Para olvidarse del potente pastel de carne y las salchichas con puré, introdujo más nueces, semillas, aceite de oliva y brotes verdes. Las primeras veces, a Cyril el kale no le entusiasmó mucho, pero cuanto más le servía Kay, más empezó a aficionarse, y se ponía de mal humor cuando alguna noche ella preparaba col puntiaguda al vapor. ¿Dónde está el kale? Podría decirse que Kay fomentó el «destete»; adiós, cerdo y cosas pesadas, y así fue como dejaron de gustarles las carnes rojas, el azúcar, la mantequilla y la nata, y el postre favorito de ambos pasó a ser una refrescante ramita de apio.

Así pues, de los setenta a los ochenta se los vio delgados, bronceados, fibrados. En cualquier caso, la atracción mutua era ahora más fuerte que cuando se casaron. Tan electrizante y variada era su vida sexual que a veces, en algún restaurante repleto de

gente, se miraban por encima de la mesa con una sonrisa cómplice e inequívoca que les hacía recordar la noche anterior y prometía la siguiente. Esculpidos con humor cáustico y una sabiduría ganada a pulso, a medida que envejecían sus rostros se volvían, en muchos sentidos, más hermosos que los semblantes tersos e inexpresivos de su inexperta juventud. No era raro que cuando paseaban con indolencia por la acera, de la mano, algunos veinteañeros londinenses se volvieran a mirarlos.

El referéndum sobre la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea había sido una ocasión para que el resto del país se dividiera en dos campos hostiles e irreconciliables, pero, a los Wilkinson, el periodo previo al 23 de junio de 2016 les brindó una bienvenida oportunidad para mantener conversaciones largas y profundas en las que compartían dos posiciones de entrada contrarias. Eran discusiones consideradas, productivas y sin prejuicios. Era tal el respeto que cada uno de ellos sentía por la otra mitad y su mente analítica que ni el uno ni la otra podían evitar sostener la validez de la opinión opuesta. Así, mientras sus compatriotas se destrozaban mutuamente en las cenas, los amables antagonistas de Lambeth no pudieron sino apreciar mejor al contrario, y hasta tal punto que, cuando llegó el día de ir a votar, Cyril se había convencido de que, después de todo, Gran Bretaña estaba mejor sola que acompañada y votó a favor del Brexit, mientras que Kay, que ahora entendía mucho mejor los no pocos aspectos en que el país se beneficiaba de la solidaridad política y el acceso a los mercados de la Unión, votó a favor de quedarse.

Aunque los primeros meses del confinamiento por el coronavirus parecieron agotar a todo el mundo, al matrimonio le emocionó como nunca en la vida la lealtad con que sus tres hijos llamaban a diario para asegurarse de que estaban bien. Los Wilkinson no conseguían entender por qué lloriqueaban tanto otros británicos de edad; ellos no tenían ningún problema para conseguir, en Waitrose, las provisiones de una semana. Además, dado que Cyril había volado un sinfín de veces a Zagreb o Bombay para participar en festivales literarios y Kay había tenido temporadas en que apenas había podido respirar mientras escogía sofás en los jardines del palacio de

Kensington para la mansión de un príncipe saudita, aquel periodo en que era obligatorio quedarse en casa acabó siendo, para ellos, uno de los meses más tranquilos y de más preciada intimidad. Cyril se disculpó de todo corazón por su «imperdonable» comportamiento patriarcal en los primeros años de su relación; Kay no pudo más que perdonarlo.

–Siento curiosidad por saber si aún te acuerdas de aquella tarde... –recordó Kay ese verano, mientras el Gobierno iba levantando poco a poco las restricciones. El final de la cuarentena los entristeció; el cautiverio les encantaba. Como tantos otros británicos, ya no deseaban volver a una vida frenética en la que había que tratar con gente conflictiva y ganarse duramente el sustento–. Debió de ser en 1991, justo después del funeral de mi padre. Propusiste que nos quitáramos la vida a los ochenta.

–Por supuesto que me acuerdo –dijo Cyril, algo ofendido–. Me acuerdo de todo –añadió, y no era una exageración. Como habían estado haciendo sudokus y crucigramas del *Times*, tenían eso que se llama *memoria eidética*.

–De haber seguido tu plan, habríamos muerto hace tres meses –señaló Kay.

–Me pregunto si no estaría yo pasando una depresión sin diagnosticar –dijo Cyril, intrigado–. Fue una proposición anormal, derrotista. Ahora, a los ochenta y uno, tengo más energía, me siento más sano y disfruto más de la vida que a los veinticinco. Me siento más conectado que nunca con el resto de la humanidad. Me encanta tener ochenta y un años. Creo que no me gustaría tener ninguna otra edad.

–Entonces ¿cómo te sentirás cuando tengas ochenta y dos? –preguntó Kay, para fastidiarlo.

–Bueno... Me imagino que tener ochenta y dos me gustará aún más.

Y se comprobó que sí. Tener ochenta y dos años era delicioso, una experiencia que solo superaría tener ochenta y tres; en consecuencia, no había motivo alguno para desear algo que no fuese cumplir ochenta y cuatro. Oh, sí, de vez en cuando notaban que les dolía una articulación, o una punzada en la cintura cuando se

levantaban de una silla, pero esos recordatorios casi imperceptibles siempre eran pasajeros y solo servían para que se sintiesen más agradecidos por su maravillosa vida, sus maravillosas ocupaciones y su maravilloso matrimonio. Puesto que comían kilos de verduras, ninguno de los dos tenía nada más grave que un ataque de estornudos mientras hacían sus flexiones de piernas, zancadas, planchas anaeróbicas y abdominales de todos los días (Cyril seguía haciendo doscientos cada mañana, si bien –como él mismo se molestaba en señalar con modestia– en dos series de cien). Así mantenían el tono muscular, la flexibilidad de las extremidades, la piel radiante y los huesos fuertes.

Entretanto, lo que ocurría en el ancho mundo que los rodeaba parecía reflejar la mejora imparable de la vida en Lambeth. Al susto por algo que, en retrospectiva histórica, resultó ser un bajón económico relativamente breve tras los confinamientos planetarios para frenar la propagación del covid-19, siguió una útil teoría monetaria que demostró ser perfecta. Hete aquí que era más que posible que el Gobierno imprimiese una cantidad infinita de dinero y luego lo diera a sus súbditos para que comprasen cosas. Y si la ciudadanía alguna vez deseaba comprar aún más cosas, las autoridades podían seguir imprimiendo billetes para que la gente siguiera comprando. A todo el mundo le asombró que hasta entonces los economistas retrógrados hubiesen instaurado, sin que hiciera ninguna falta, un sistema de empleo y fiscalidad tan intrincado. La técnica se extendió por toda Europa y estableció un confinamiento muy eficaz por tiempo indefinido, con la diferencia de que en este se podía salir de casa.

Las preocupaciones de antaño por el potencial de la migración descontrolada procedente de países «hiperpoblados» de África y Oriente Medio resultaron ser totalmente infundadas, y cierto gruñón salido del campo de la demografía, un tal Calvin Piper, con sus predicciones alarmistas y racistas –Europa acabaría «inundada» de refugiados– pasó a ser sinónimo del dicho «no hay peor tonto que un viejo tonto». Como habían avisado mucho antes algunos observadores más optimistas del continente, África se convirtió en el nexo global de la innovación tecnológica y acabó desbancando a

China en el papel de motor económico mundial. Lejos de forzar a sus habitantes, desafectos o muertos de hambre, a huir al extranjero en busca de una «vida mejor», los líderes africanos suplicaron a todos los que formaban la diáspora que por favor regresaran a sus respectivos países y aceptaran trabajos muy bien remunerados que nadie ocupaba. (Hospitality House, la fundación de Roy, empezó a quedarse sin solicitantes de asilo, hasta tal punto que se vio obligada a reorientarse hacia la mentoría de chicos blancos de clase trabajadora abocados al fracaso escolar.) Cuando se les concedió a las mujeres de Oriente Medio la igualdad política y social sin condiciones, países como Irán, Afganistán e Irak se volvieron sociedades pacíficas y prósperas de las que ya nadie soñaba con marcharse, y el único problema serio fue la avalancha de turistas norteamericanos que, encaprichados con la región, prorrogaban el visado. Por su parte, los musulmanes se unieron a los cristianos en una nueva religión global («jeslam») que trajo el final del terrorismo.

Tras reducir a cero absoluto y al unísono las emisiones de carbono (porque, claro, ¿a quién no le preocupaba el futuro de sus hijos?), todas las naciones del planeta mantuvieron el calentamiento de la atmósfera a un nivel lo bastante bajo para que la mayoría lo saludase como beneficioso. El aumento mínimo de la temperatura media del planeta tuvo al menos un efecto saludable en la calidad del vino espumoso británico, que superó al champán como la bebida celebratoria ideal incluso en Francia.

Más adelante se descubrió que del dióxido de carbono podía extraerse energía (al fin y al cabo, si los árboles podían...), y los combustibles fósiles –e incluso instalaciones como el parque eólico de Simon– no tardaron mucho en convertirse en meros anacronismos. Como tantos otros productos en Europa, la energía pasó a ser gratis. También gratis, y nada complicado, era el nuevo proceso de desalinización, y la escasez de agua potable, que tan ominosa había parecido unos años antes, pasó a ser un producto más de un *establishment* científico neurótico que, para justificar su existencia, dependía de un número infinito de problemas irresolubles. Asimismo, las bacterias resistentes a los antibióticos

evolucionaron de manera natural hasta volverse resistentes a sí mismas.

Por desgracia, y a pesar de lo armonioso, próspero y ambientalmente sostenible que se había vuelto, el mundo seguía siendo un lugar en que la gente moría. No obstante, desde el punto de vista de los Wilkinson, el permiso final para ausentarse no era sino una ocasión más para decir adiós con clase.

Cuando cumplieron ciento diez y ciento once años, respectivamente, puede que estuviesen un poquito más débiles –ahora Cyril solo hacía ciento ochenta abdominales por la mañana–, pero, por lo demás, seguían en forma, sanos y tan atractivos que los pintores callejeros los abordaban y les rogaban que posasen para sus retratos. La pareja sentía más curiosidad por todo y estaba más interesada que nunca en la vida de los demás, y a consecuencia de ello era cada vez más querida. Cyril acababa de recibir las pruebas de su libro número treinta y dos de la serie médica, centrado en las curas revolucionarias del cáncer de páncreas y la ELA, mientras Kay, por su parte, no acababa de decidir si debía aceptar el encargo de redecorar el castillo de Windsor. Sí, por supuesto, tomaban tintura de quinina para los calambres y de vez en cuando una dosis baja de aspirina para reducir el riesgo de un molesto accidente cerebrovascular, pero, por lo demás, seguían adelante a toda máquina.

Así y todo, llegó un día, a finales de mayo, en que Kay se volvió hacia su marido durante la cena y dijo:

–Oye, cariño, no sé cómo decirlo, pero me siento un poco rara.

–Sí, ahora que lo dices –dijo Cyril–, yo también. Un poquito.

–No quiero decir que me sienta mal –le aseguró ella.

–Claro que no, *bab* –dijo Cyril–. Nunca nos sentimos mal.

–Es más un hormigueo. Un pálpito. Un indicio...

–Un presentimiento –dijo él, con voz grave–. ¿Te pone... triste?

–No –dijo Kay, asombrada–. Para nada. Hace que me sienta completa.

–Es una buena manera de expresarlo. Si tú faltaras y me tocase a mí echar de menos, echaría de menos tu manera de ver las cosas, tu manera de decirlas.

–Si rebobino, no creo que hayamos echado de menos nada, pero sí siento que tenemos tiempo para los preparativos.

Y Kay y Cyril se dedicaron a poner la casa en orden, literalmente. Revisaron hasta el último cajón y tiraron a la basura todos los manuales de instrucciones (de impresoras, tostadoras, planchas eléctricas y microondas que se habían estropeado siglos antes). Kay reservó para Hayley una breve selección de trajes exóticos traídos de sus viajes por el mundo; después plegó el resto de su armario con mucho cuidado para donarlo a tiendas de beneficencia. También se quitaron de encima todas las facturas, las declaraciones de impuestos y los extractos bancarios, mientras Cyril compilaba un libro de recortes con reseñas entusiastas de sus obras, los premios de diseño que había ganado Kay y las cartas de agradecimiento que podrían significar algo para sus descendientes cuando ellos dos ya no estuvieran. Kay se ocupó de la despensa y tiró las bolsas abiertas de cereales, semillas y harinas que pudieran criar bichos si la casa quedaba vacía y cerrada una larga temporada. En general, convinieron que lo último que querían legarle a su progenie era la tarea de revolver cajones repletos de calcetines huérfanos y braguitas con el elástico dado de sí.

–Diría que es un esfuerzo que les debemos a todos esos tataratatataratataranietos –sugirió Kay.

–Sí –dijo Cyril–. Yo no paro de imaginar una cama. Nosotros en el piso de arriba, en una cama con muchos cojines. Recibiendo.

–Ese es el cliché –dijo Kay–, pero yo no quiero verme ahí apoltronada mientras me dan besos en la mejilla, oliendo a alcanfor y teniendo que oír que he sido un maravilloso ejemplo. No puedo imaginar nada más serio y aburrido, como sacado de Tolstói.

–Será por eso por lo que siempre imagino la escena en tonos sepia.

–Creo que somos nosotros los que deberíamos organizar nuestro velatorio. Y nada de que nos encuentren tumbados en la cama. Una juerga como Dios manda, en la mejor tradición irlandesa, y que todos terminen como una cuba.

Como es natural, ni un solo miembro de la familia ni ningún amigo o discípulo se tomó en serio el carácter de la invitación. Se suponía

que los Wilkinson solo querían divertirse –como si dos lumbreras tan veneradas necesitaran una excusa para montar una fiesta–. Ese «velatorio», por llamarlo de alguna manera, se consideró el punto culminante de la agenda social londinense de 2050, y no puede decirse que unos pocos se excusasen por no asistir: es que no faltó nadie.

A última hora de la tarde, en la casa de Lambeth ya no cabía un alfiler. Como no se creyeron que la ocasión fuese lo que decía ser, la mayoría de los invitados llegaron con regalos, paquetes y bolsas que quedaron apilados junto a la puerta. A mediados de verano, hacía buen tiempo, y calor, y en cierto modo Kay había intuido que así sería. Dirigiéndose con ternura a todos los que saludaba en voz baja, la anfitriona se bebió a sorbos una copa de champán que no se le subió a la cabeza. Aunque de mala gana, había accedido a contratar un catering profesional; Cyril le había hecho notar lo larga que era la lista de invitados. No debía pasarse precisamente ese día llenando bandejas en la cocina. Como una travesura, habían acordado servir todos esos platos carnívoros y cremosos que llevaban décadas sin probar, y cuando Kay dio un bocado a una tarta de almendras que le pasó por delante, el subidón que le provocó el azúcar fue excitante y subversivo. También habían preparado una lista de reproducción; por el equipo de sonido, con altavoces distribuidos por toda la casa, fueron sonando los temas favoritos de la época en que se habían casado: Shirley Bassey, los Everly Brothers, Tommy Bruce and the Bruisers.

Kay llevaba un vestido largo y vaporoso de rayón blanco que no se había puesto hacía eones; Cyril, en cambio, que solo deseaba ir cómodo, se puso su habitual camisa de vestir y dejó a mano el cárdigan azul marino con botones de madera y cuello vuelto para la última hora de la noche, cuando sin duda refrescaría. Comparado con el resto, no iba lo que se dice bien vestido para una fiesta de ese copete; todos los invitados se habían puesto sus mejores galas. A Kay la emocionó sobre todo ver que Hayley (la hija ahora tenía setenta y ocho años, pero también se beneficiaba de los genes mágicos de sus padres) debía de haberse pasado horas

arremolinándose el pelo con palillos chinos, la mejor solución para que hiciera juego con las artísticas aves del paraíso de su kimono.

Hubo discursos y, a decir verdad, acabaron siendo un poco desquiciantes; era curioso ver lo mucho que cansaba escuchar a los demás decir lo maravilloso que uno era. Después de que una de las tataranietas recitase un poema de Gerard Manley Hopkins, el matrimonio pidió amablemente a sus admiradores que pusieran punto final a los homenajes.

Hubo luz hasta bien pasadas las diez. Cuando, con desgana, el sol fue dejando en sombras el jardín, Kay y Cyril llenaron otra vez sus copas –con ese vestido blanco, Kay podría haberse negado a pasarse al vino tinto, pero, dado el motivo de la fiesta, un par de gotas en el rayón no habrían tenido mucha importancia– y se escabulleron. También el jardín estaba a rebosar de gente con ganas de divertirse. No obstante, cuando se encendieron las guirnaldas de luces, los anfitriones encontraron un rincón desierto con dos sillas de teca desgastadas por el viento y la lluvia y una mesa para las copas. En ese trozo de césped privado bailaron lento una versión de Van Morrison de «I Wanna Go Home» y «Save the Last Dance for Me», de los Drifters, pero no fue hasta que sonó «(Sittin' on) The Dock of the Bay» cuando Cyril anunció: «Han puesto nuestra canción».

Se sentaron. Kay probó el cabernet (era de las que nunca decía «cab»), y como sus modales en la mesa eran impecables, ni una gota de vino tinto manchó el vestido blanco.

–O sea, ¿que tú también lo sientes? –preguntó.

–Claro que sí. Me siento como si en 1963 hubiéramos iniciado un proceso de convergencia y por fin estuviésemos perfectamente sincronizados. No diría que nos hemos convertido en la misma persona, es más como si formásemos la misma persona –dijo Cyril, y añadió, preocupado de repente–: Pero no te duele nada, ¿verdad, *bab*?

–No, no, nada –le aseguró Kay–. Es solo que ha vuelto esa sensación de determinación, pero mucho más intensa.

Para subrayar esa sensación vertiginosa, se llenó los pulmones con el aroma afrutado del cabernet. La pasión de Kay por el vino tinto siempre había tenido algo de excesivo, y a esas alturas nada iba a

volverla más comedida. Sin embargo, a pesar de la permisividad implícita del momento, quería hacer frente a esa misteriosa frontera con la cabeza clara. Su único y gozoso sorbito de vino fue casi simbólico.

–Tengo que decir que no podríamos haber elegido mejor este tinto, cariño –añadió, limpiándose la boca con una servilleta–. Robusto y equilibrado. Como tú y yo.

Se cogieron de la mano y se besaron con pasión, como se besaban durante horas cuando eran novios, y sus labios se separaron con las mismas pocas ganas de aquellos días cuando tenían que volver a concentrarse en los estudios. Ese beso iluminó con un cosquilleo toda la vida que habían vivido juntos, como si su matrimonio fuera el plato de batería que acabaran de golpear hábilmente con un mazo de fieltro.

La cabeza de Kay cayó sobre el hombro de Cyril. Cyril apoyó la mejilla en la coronilla de Kay. Ni uno solo de los achispados invitados a la fiesta que reían y hablaban en voz alta y salían a bailar en el césped advirtió nada, y eso era justo lo que el matrimonio quería. Mientras la luna iba subiendo por detrás de la esplendorosa melena blanca de Kay y la rodeaba con una aureola plateada, Cyril repitió la bendición final de su mujer: «Robusto y equilibrado».

Lo mejor fue que, después de todo, había vida después de la muerte.

13. LA ÚLTIMA ÚLTIMA CENA

Kay se había movido todo el día con la extraña sensación de estar flotando, levitando a unos cinco centímetros del suelo como un aerodeslizador que surca las olas sin tocar el agua. Ese atolondramiento, ese desapego y su falta de seriedad no podían estar más fuera de lugar, como si el principio que durante décadas había guiado todas sus decisiones importantes fuera solo una imaginativa tomadura de pelo. Mientras bebía a sorbos lo que quedaba del champán, la sensación de estar levitando, de efervescencia, se entremezcló con el refrescante cosquilleo de las burbujas en la nariz. Pero si la cabeza le daba vueltas no era por el alcohol. Se sentía como si ella fuese el champán y se elevara en el aire, pip, pip, pip. Podría haber estado consumida por el miedo y la angustia toda la velada, pero no conseguía recordar una sola noche de los últimos tiempos en que su marido y ella lo hubiesen pasado mejor.

Consideró la posibilidad de soltar una larga perorata sobre los muchos asuntos de actualidad que tanto les habían interesado y de cuya resolución nunca se enterarían, pero en ese momento todo lo que antes les hacía morderse las uñas parecía pasarles por delante como restos de un naufragio. Las protestas a favor de la democracia en Hong Kong, la pandemia y la precaria salud del primer ministro británico podrían haber sido esas bolsas de plástico que ya ahogaban los océanos y de las que David Attenborough no dejaba de hablar. Cerrar el libro en esos dramas inacabados estaba lejos de ser frustrante; al contrario, desentenderse suponía un gran alivio. La sensación de estar flotando persistía, con la diferencia de que ahora Kay se elevaba cada vez más hasta estar suspendida en el aire a cientos de metros de altura y mirando a todas las personitas que,

abajo, correteaban, chocaban entre sí y armaban jaleo como siempre habían hecho. La mirada de Kay no era precisamente compasiva, pero casi.

–¿Qué supones que echaremos en falta? –preguntó, sin pensar en nada en especial y levantándose para abrir una botella de un caro cabernet que por nada del mundo iba a dejarle a Roy.

–A nosotros –dijo Cyril.

–Sí, por supuesto –dijo ella con una sonrisa y sirviendo el vino con cierta torpeza–. Pero ¿qué va a pasarle a este lugar?

Ya era «este lugar», un sitio lejano. Puede que por fin hubiese llegado a dominar el obligatorio distanciamiento social que había impuesto el Gobierno.

–Cosas buenas. Cosas terribles. Lo normal –dijo Cyril–. Me he cansado de preocuparme por eso, como si preocuparse sirviera para algo. Mira la catástrofe económica en que nos encontramos...

–Pero es muy tranquila –señaló Kay, melancólica–. Yo pensaba que una catástrofe haría mucho más ruido.

–Sí, es inquietante, ¿verdad? Me trae a la memoria aquella novela, *La hora final,* ¿te acuerdas? Pasa en Australia, donde todo está en calma, hace calor y los cielos son claros, pero se espera la llegada inexorable de radiación nuclear. Como los tories siguen manteniendo durante meses esta locura del confinamiento, tendremos suerte si conseguimos escapar de esta lluvia radiactiva de histeria que podría ser tan funesta como la real. De hecho, los desastres que no vamos a ver son incontables. Quién sabe..., una invasión extraterrestre, como en H. G. Wells. O incluso el retorno a la penuria y la escasez con las que crecimos. Detestaría intentar sobrevivir en un mundo en el que mi mujer ya no puede permitirse una botella de vino tinto.

–Muy gracioso.

Tras echar un trago con gesto desafiante, Kay, histriónicamente ofendida, se disculpó y se fue al cuarto de baño.

–Pero también es posible –dijo entusiasmada al volverque la ciencia médica descubra una cura para el envejecimiento. ¡Qué tontos pareceríamos entonces!

–O que la criogenia experimente un adelanto espectacular –postuló Cyril– que haga posible despertar dentro de cientos de años.

En ese caso, estamos dando la espalda también a los viajes en el tiempo.

–A lo mejor descubrimos que el alzhéimer solo es una desgracia para los demás, que en realidad la demencia es divertidísima, como sentarse a ver una película con los mejores momentos de tu vida. A lo mejor descubrimos que una residencia para ancianos se parece a un gran balneario de la cadena Butlin, donde, jugando a los bolos en vacaciones, enseguida hacemos amigos.

–O también puede ser que caiga muerto antes de que termine este año y tú vuelvas a casarte, esta vez con un hombre más joven que votó a favor del Brexit, como tú.

–¿Volver a casarme? Me agoto de solo pensarlo.

–Soy yo el que te agota –dijo Cyril.

–Mejor que lo digas tú y no yo.

La botella de cabernet dio tiempo para largas cavilaciones sobre el destino de sus hijos. Kay estaba convencida de que todas las horas extras de Simon en la oficina lo llevaban de cabeza al divorcio, y que el confinamiento podría, como mínimo, salvar ese matrimonio; Cyril, en cambio, sostenía que verse de repente encerrado con la familia todo el día podía desembocar en un asesinato masivo. Tras esas disquisiciones, dejaron los platos sucios en la mesa del comedor y la cocina sin recoger. No hacerlo fue tan liberador que, antes de ir a la sala, Kay cedió a un impulso que había tenido antes: cogió su plato de porcelana y lo tiró al suelo.

Cyril se limitó a enarcar una ceja.

–Pensaba que querías conservar el juego entero para Hayley.

–Hayley nunca usará la vajilla que nos regalaron cuando nos casamos. Es algo generacional. Intentará venderla, descubrirá que nadie la quiere y acabará haciendo añicos la mitad del juego de camino a Oxfam.

–¿Oporto y *crumble* de manzana? –propuso Cyril.

–Cariño, el postre me ha salido fatal, y que me aspen si voy a irme de este mundo con el sabor del fracaso en la boca. Y no me vengas ahora con dos copitas más de oporto. Voy a abrir otro cabernet.

–¿Por qué tengo la sensación de estar viendo a tu yo real e inmoderado queriendo ocupar el primer plano?... La borrachina que

ha estado escondida ahí durante años y que por fin aflora a la superficie.

–Puede que tengas razón. –Kay descorchó la botella con estrépito–. Te juro que lamento de verdad oír el ruido del corcho por última vez.

–Ya –la reprendió él–. Pero ¿quién dice que no podrás abrir una tercera?

–¿Sabe una cosa, señor Wilkinson? Me gusta mucho su estilo ahora que está usted a punto de pasar a mejor vida.

Cyril prefirió el whisky de malta que le habían regalado los colegas cuando se jubiló.

–No me puedo creer que todavía tengas esa botella –dijo Kay, tendiéndose en el sofá con su enorme copa globo llena casi hasta el borde–. Qué rata eres. Deberías haberla compartido con todos los que fueron a desearte suerte en la despedida.

–Decidí guardarla para una ocasión especial. ¿Y qué podría ser más especial que esta noche?

–Especial o no, es la única que nos queda. Pero me pica la curiosidad. Dado que esta noche va de mandar todo a tomar por culo...

–No estoy seguro de haberte oído jamás hablar así...

–Lo sé. Se me ocurrió probar, ahora que todo el mundo parece decirlo con tanta naturalidad. ¡A TOMAR POR CULO POR CULO POR CULO! Interesante. No se viene el mundo abajo.

–Lo has dicho tan alto que te habrán oído los Samson.

–¿Y a mí qué? Pero iba a preguntar una cosa: ¿tienes la intención de aferrarte al plan y seguir insistiendo para que esperemos a las campanadas de medianoche? ¿No hacer nada hasta el último segundo? ¿Seguir siendo el mismo tipo respetuoso de la ley con el que he convivido cincuenta y siete años?

–¿De verdad he sido tan déspota?

Kay se lo pensó antes de contestar.

–¡Sí!

Rieron. Cyril se acurrucó junto a Kay en el sofá. Estaban hechos el uno para el otro, incluso sentados.

–Siento la obligación de hacer esta pregunta –dijo Kay–. ¿Te

arrepientes de algo?

Sin perder un segundo, Cyril dijo:

–Podría haber prescindido de todas esas vacaciones en el extranjero.

–¿Cómo? –exclamó Kay, enderezándose.

–Pensabas que iba a decir que no, ¿verdad?, que no me arrepentía de nada.

–Una mentira piadosa podría haberme gustado más. Y si hay algo de lo que podrías arrepentirte es de haber sido tan imbécil cuando quise estudiar Interiorismo, sobre todo porque al final me fue estupendamente.

–Lo que hice entonces fue darte mi sincera opinión.

–Y quiso la casualidad que te equivocaras.

–La casualidad quiso que mi opinión difiriese de la tuya. No es lo mismo que decir «me equivoqué». ¿Y tú? ¿De qué te arrepientes?

–De no haber dicho «a tomar por culo» más a menudo.

–Kay, por favor, en serio –dijo Cyril, apurando el whisky, y era raro que la llamase por el nombre de pila–. ¿Te parece una chorrada esta idea? ¿Te gustaría olvidarla?

–Entonces tendríamos que fregar los platos.

–Yo no bromeaba.

–Yo tampoco. Pero lo cierto es que no tengo ningunas ganas de fregar.

–Los platos podemos dejarlos para mañana. En un arrebato.

–Pero no tenemos un penique, Cyril. Nos lo hemos gastado todo. No podemos permitirnos no seguir adelante con el plan.

–Tenemos la pensión. Dos pensiones. Siempre podemos vender esta casa y alquilar un apartamento.

–No te miento si te digo que estoy esperando que Roy se entere de que no heredará nada. Deseo ver qué cara pone.

–Has cambiado de tema. Y has sido muy ambivalente respecto de nuestro pacto desde el principio, *bab*, así que no pienso empujarte a hacer algo irrevocable si no quieres.

Kay suspiró y dejó la copa en la mesa.

–Eso es verdad. He estado... ¿Cómo...? Inquieta, debatiéndome. Pero tú no te casaste con una tonta tan timorata que, justo ahora

que hemos llegado al umbral de mis ochenta años (las últimas dos horas de mi ochenta cumpleaños), por fin logre armarse de valor para proponer, como Fred Astaire, «vamos a cancelar todo este asunto». Ese plan tuyo me ha angustiado, y he esperado más que nada en el mundo que un arquetípico Hombre de la Furgoneta Blanca se nos llevara por delante en un paso de cebra y nos evitara el trabajo. Pero, ya ves, los dos miramos a ambos lados antes de cruzar y aquí estamos.

»Sinceramente, he vacilado, sí. Sobre todo este último año, cuando todo iba apuntando a que deberíamos enfrentarnos a la prueba. He considerado la posibilidad de hacer mutis antes de tiempo, y más de una vez. Pero no me comprometí con la idea solo porque sea una incauta, y muy maleable. No ha estado siempre en el primer plano de mi mente, pero el recuerdo de lo que le ocurrió a mi padre, y en menor medida a mi madre, es una advertencia y sigue estando muy vivo. No me pusiste una pistola en la sien para que aceptara, y gran parte de tus temibles discursos sobre el «bloqueo de camas» y los costes de los «viejos-viejos» para el NHS era innecesaria, porque en lo principal ya estaba de acuerdo contigo. Eres tú el que parece estar perdiendo los nervios, y eso, si te soy franca, me deja de una pieza. ¿Desde cuándo te falta fuerza precisamente a ti para sostener tus convicciones?

–Vale la pena reconsiderarlo una última vez, ¿no? Aunque reconsiderarlo por última vez sea lo último que hagamos... Y mis convicciones..., bueno, siempre me han parecido algo aparte –dijo Cyril, y levantó las hojas impresas para el funeral–. Como si pudiera adoptarlas y abandonarlas.

–Pues me pregunto si tal vez creo en este proyecto más que tú. Porque lo que está en juego no me parece algo abstracto ni lejano. Ya no –replicó Kay–. Es cierto que no estamos tan mal como habíamos temido, pero no nos parecemos en nada a lo que fuimos, cariño. Cuando miro nuestras fotos antiguas se me derrite el corazón, igual que cuando veo fotos de gente que ha muerto. Hemos ido renunciando a un montón de cosas, pero poco a poco, en nuestra visión periférica, y por eso casi ni nos hemos dado cuenta. Sospecho que así es como suceden las cosas. Tú dejaste el coro, yo

me ocupo menos del jardín, y ahora le pagamos a Dan para que recorte los setos. Oficialmente nunca he dejado mi trabajo de interiorista, pero para el caso es lo mismo. Tú tienes estenosis y, aunque hay momentos en que parece que exageras el dolor, otras veces creo que disimulas, y es entonces cuando te duele de verdad. Podrías operarte, pero a tu edad el pronóstico no sería bueno. Nunca te lo dije, pero a mí me diagnosticaron hipertensión...

–¿Desde cuándo?

Dadas las circunstancias, era un despropósito que Cyril se preocupara por una posible enfermedad cardiaca, pero así y todo le dolía que se lo hubiera ocultado.

–Puede que estemos casados, pero sigue existiendo ese ámbito del que podemos decir «es asunto mío» –dijo Kay–. Según parece, tengo la presión disparada y eso hace que sea mucho más difícil de tratar. Obviamente, también aumenta el riesgo de embolia, que puede, en efecto, y no creo que haga falta que se lo diga a un médico de cabecera, matar a alguien sin previo aviso en pocos minutos. Además, algunos de los peores cuadros se ven cuando uno sobrevive. También me duele el hombro derecho, de la mañana a la noche, y eso tampoco te lo mencioné. El dolor me baja por todo el brazo y a veces se me entumece; es un problema neurológico, sin duda, y podría ser síntoma de algo grave. Aparte de la implantación de prótesis, la artritis no tiene cura, y la mía está empeorando. Es probable que sea capaz de asumir que ya no volveré a caminar, pero no quiero no volver a caminar.

»Porque nada dice que no podamos vivir con estos achaques. El problema es que sí podemos, como también podemos vivir con todos los demás males que pronto llegarán a algún lugar cerca de casa. Hace tiempo ya que empezamos a abandonar lo que hemos hecho siempre, lo que hemos sido siempre... A sacrificarnos poco a poco, como ranas en agua hirviendo. Por tanto, ya existe la posibilidad de vivir cierta vejez imaginaria en la que seguimos lúcidos y siendo el alma de la fiesta hasta los ciento diez años.

–Eso nunca habría sido posible –dijo Cyril–. Yo tampoco era el alma de la fiesta cuando tenía veinticinco.

–Eras el alma de mi fiesta –dijo Kay–. Y la fiesta de esta noche ha

sido espléndida.

–Habrá sido una velada maravillosa aun si la *pièce de résistance* nos espanta.

–Pero, si seguimos adelante y nos limitamos a fregar los platos, estadísticamente es probable que te mueras antes que yo. De ese segundo matrimonio con un tío cachas partidario del Brexit yo no sé nada... No estoy segura de tener la energía necesaria, y me preocupa que ese tipo no deje nunca de hablar de derechos de pesca entre países, pero es probable que pueda seguir funcionando sola. Me atrevo a decir que podría hacer la compra y calentarme una lata de alubias...

–Te las arreglarías mejor que yo. Eres más sociable.

–Es posible, pero la pregunta es si me apetece una vida así. Si de verdad quiero ir arrastrándome hasta una tienda a comprar alubias.

–Venga, venga –dijo Cyril–. Estamos en 2020. Como mínimo podrías hacer *penne* con pesto.

–Hablo en serio, Cyril. Prefiero que lo dejemos todo cuando todavía duele hacerlo. Cuando todavía podemos sentirlo como una pérdida. Cuando lo que perdemos aún está entero, no deteriorado ni disminuido, convertido en algo feo y triste. Mientras haya gente que todavía sienta vernos partir. De Roy no estoy segura, pero sí sé que Simon lo sentirá. Para ser justa, Hayley lo sentirá más de lo que cree. Es tan melodramática que le cuesta sentir emociones de verdad. Vive fingiendo. Todo ese histrionismo es una forma de evitar la realidad. Curioso, ¿no? En el fondo, fingir que se siente algo es una manera de no sentirlo.

–Eso es lo que me resulta más duro de dejar –dijo Cyril–. Tus apartes. Han hecho que mis días fuesen infinitamente más estimulantes.

–Pero lo que estoy diciendo no es un aparte, y debería ser música para tus oídos. A ti solo hay una cosa que te gusta más que un buen pastel de carne a la cerveza, y es tener razón. ¿Te parece que volvamos a 1991? Tenías razón. Sé que no paro de castigarte por ser un ideólogo tan obstinado, pero, cada vez que me he rebelado contra esa propuesta tuya, esa idea antinatural, he acabado volviendo a tu manera de ver las cosas. Como un búmeran. Ochenta

años... ¿Tenemos esa sensación en este preciso momento? Es mucho tiempo. No nos ha ido mal, ¿verdad? Y nosotros, no tú y yo por separado, sino Nosotros, con mayúscula, estamos acostumbrándonos a destruir todo lo bueno que tenemos antes de irnos, y se está haciendo tarde. ¿Te acuerdas de esas películas de terror con las que crecimos? ¿Zombis, momias, el monstruo de Frankenstein, tambaleándose con la boca abierta y los ojos en blanco? Esas criaturas apuntaban al miedo primario, a la muerte en vida. Y, a pesar de ser uno de nuestros terrores míticos, eso es lo que ahora queremos para todos, una muerte en vida. ¡Una profanación! ¡Un sacrilegio!...

–Siempre te pones a gritar cuando bebes –dijo Cyril.

–Bah, como todo el mundo –dijo Kay, irritada por la interrupción.

–Es que..., ya sabes, los Samson...

–¡A TOMAR POR CULO! –gritó Kay a la ventana–. Esta es la última noche de nuestra vida. ¿O no?

–Creía que era eso lo que estábamos discutiendo. Y como todas las demás noches de nuestra vida hemos intentado ser considerados con los vecinos, también deberíamos serlo esta noche, que es la última.

–Lo que quería decir –prosiguió Kay, explayándose en tono condescendiente y ahora a mucho menos volumen– es que nuestras vidas son nuestras obras. Sí, claro, podemos hacer un pacto con el diablo y aceptar la decrepitud a cambio de seguir técnicamente con vida (como una parodia de lo que fuimos, una autohumillación con patas, o sin), pero eso se parece a vandalizar nuestra creación. Se parece a destruir lo que amamos para conservarlo. Tú y yo todavía podemos hablar y decir cosas con sentido. Todavía podemos disfrutar de nuestra compañía. Hay más gente que todavía puede disfrutar de nuestra compañía. Tú eras un tenor muy bueno. Vayámonos bien.

–¿Estás totalmente segura?

–No dejo de tener la impresión de que estoy más segura que tú.

–Pero eso que has dicho, que somos nuestra propia «obra de arte», tenía un toque sospechosamente elevado, como de altos vuelos. Como si estuvieras tratando de convencerte de algo.

–Pues te lo pondré más fácil. ¿Será mucho mejor nuestra vida de lo que es ahora? ¿Cómo de mejor? ¿Qué posibilidades hay de que a partir de ahora todo empeore? No digo que empeore un poquito, sino que empeore un montón.

–Todas las posibilidades –dijo Cyril.

Fue Kay la que trajo el agua, los vasos y la graciosa caja de la jabonera; fue Kay la primera en alzar el vaso con la palma de la mano llena de pastillas, la que esperó a que su marido la imitase antes de asentir rápida y enérgicamente con la barbilla, como quien señala el comienzo de un concurso de comer empanadas o de un juego de mesa, y fue ella también la que acercó a Cyril hacia el hombro que no le dolía, con cariño, y, para consolarlo, le rodeó la espalda con un brazo. Pero sería un sinsentido hundirse en los cojines del sofá sin beberse lo que quedaba en la copa, aún casi llena; así pues, besando con los ojos cerrados los sedosos cabellos que caían sobre la frente de su marido, Kay apuró el resto de su copa de cabernet.

1. NHS, en inglés, Servicio Nacional de Salud. *(N. del T.)*

Ilustración: CSA-Printstock / iStock. Concepto: Eva Mutter

Primera edición: noviembre 2026

Diseño de la colección: Compañía (lookatcia.com)
© Andrea Proenza, 2026
Representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S. A. U, 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433952714

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es